



N. R. González Mazzorana

Los años de la selva



Los amos de la selva

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© N. R. González Mazzorana

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Edición y corrección

Alejandra Pérez Tarazona

Diagramación

Bairon Torres

Diseño de portada

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5450-2

Depósito legal: DC2023001734

N. R. González Mazzorana

Los amos de la selva

I

EN EL UMBRAL DE RIONEGRO

*Cuando el amo profana al hombre y la selva,
fatalmente se asoma al umbral de las tinieblas.*

Después de abandonar las oficinas del Ministerio de Relaciones Interiores, caminé eufórico por la calle atestada de personas, quienes en ese momento solo significaban un obstáculo en mi afán de conseguir un taxi. Estaba muy entusiasmado por la expectativa que se me presentaba en un futuro inmediato y, a la vez, me sentía complacido por haber conseguido finalmente el permiso oficial para visitar ciertas aéreas vedadas del territorio nacional, después de estar durante algunos meses agilizando el papeleo administrativo. Al fin pude detener el taxi y lo abordé, no sin antes regatear el precio de la carrera. Durante el recorrido por las modernas avenidas y calles de Caracas, iba desmenuzando las ideas y los planes acumulados en mi mente, parcialmente relegados por la demora del permiso gubernamental. Sin embargo, nuestro equipo nunca perdió su entusiasmo por el objetivo propuesto, que era investigar y complementar toda la información acerca de la era de Tomás Funes y la primera época cauchera en el Territorio Federal Amazonas. Este proyecto iba a ser financiado por una prestigiosa revista histórico-cultural de la

Compañía Shell. Cuando bajé del automóvil, frente al edificio donde tenía mi apartamento, ya había definido los pasos inmediatos que daría. Durante los días subsiguientes me reuní con mis compañeros para coordinar las actividades previas a la expedición. Posteriormente esbozamos nuestro plan de trabajo y organizamos el viaje, dejando los pormenores de carácter eventual para resolverlos en el camino.

Una semana después de mi entrevista con el funcionario del ministerio, a primera hora de una mañana fría, bajamos por la moderna y recién construida autopista al aeropuerto de Maiquetía y, después de desayunar, abordamos un avión de la Línea Aeropostal. Sobrevolamos la costa hacia el oeste, buscando la zona de menor altura de la cordillera costera para virar hacia el sur y seguir esa ruta hasta hacer escala en Calabozo y San Fernando de Apure, ciudades ubicadas en el llano venezolano; así como también en Puerto Páez, situado en la confluencia del río Meta con el Orinoco. Finalmente, al cabo de tres horas de haber partido de Maiquetía, estábamos sobrevolando los confines sureños del país. Una extensa zona de transición entre el llano, el macizo guayanés y la selva orinoquense, donde la única población existente era nuestro próximo destino. Al observar desde las alturas los raudales de Atures o Mapara –como le llamaban antiguamente– comprendí, solo hasta ese entonces, que los protagonistas de los hechos que nos proponíamos investigar, vivieron en una región realmente aislada del mundo conocido y transitable. En pueblos o rancheríos perdidos en la inmensidad de selvas intrincadas e impenetrables tal como existen en otras partes del globo, donde algunas comunidades se encuentran aisladas por grandes montañas, casi inaccesibles, con caminos muy cerrados, inestables y peligrosos. Aun cuando ya conocía la región, el panorama me llevó a compararla con una isla aislada por mares tan extensos que la hace casi inaccesible desde tierra firme, empero los habitantes persisten en vivir allí.

El ámbito hacia donde nos dirigíamos, el país de los árboles de savia blanca que una vez el hombre convirtió en oro, se encuentra inmerso y al mismo tiempo rodeado por la selva tupida e inaccesible. El único acceso lo constituye el río, pero esa portentosa entrada no es, de ninguna manera, de fácil travesía, pues en esa zona el río se vuelca en impresionante extensión sobre innumerables y arraigadas rocas negruzcas, produciendo imponentes torrenteras, espumosas y profundas, de perennes rugidos. Se crean así, oleadas de velocidad vertiginosa y remolinos tenebrosos, capaces de triturar y engullirse a cualquier embarcación atrapada en sus insaciables fauces esparcidas de orilla a orilla, a lo largo de kilómetros como lo haría un espécimen monstruoso. En época de verano, el río merma la cuarta parte de su caudal y muestra la ribera con sus bellas y extensas playas, piedras en cantidades incontables y de diversos tamaños que obstaculizan y aumentan el peligro de la navegación entre chorreras y raudales. Por un momento, desde el avión pudimos divisar un tramo de la serpenteante y angosta carretera que se extiende paralelamente al río, entre colinas pedregosas, sabanetas y montañas. Actualmente esa vía sortea el paso por los raudales de Atures y Maipures. Cuando el avión bimotor se inclinó para girar de sur a este, alineándose con el campo de aterrizaje, pudimos observar detenidamente el espectáculo de los raudales; no tendríamos oportunidad de pasarlos navegando, como lo habían hecho, en su tiempo, los hombres y mujeres que vivieron la época del caucho. Debían ser personas con mucho valor y experiencia. Valor tenían innatamente, no obstante, la experiencia tuvieron que buscarla en los audaces indígenas, únicos capaces de sortear las peligrosas gargantadas dispuestas a volcar, en un instante, a cualquier embarcación contra la roca asomada. Mi compañero, el periodista Miguel Yépez, veía por primera vez este prodigio natural y con mucho entusiasmo tomó innumerables fotografías. También me acompañaba el doctor Martín Andueza y coincidimos en apreciar que los empresarios y negociantes de la goma, llegados de otros

estados como Bolívar, Guárico, Trujillo, Miranda, Falcón, el Distrito Federal o cualquier otra región del país y también del extranjero, tuvo que haber sido impulsada por una fuerza sobrehumana o tal vez por un vicio despreciable como la ambición de riquezas. Tal como les ocurrió, en su tiempo, a los conquistadores y colonizadores españoles. Por ende, es viable decir con el doctor Luis José González Herrera, que estos hombres realizaron la colonización tardía en un territorio donde los españoles no lo hicieron en su tiempo.

El avión correteó por la pista natural hasta detenerse frente a una casa de paredes de tablas y techo de zinc donde funciona el terminal de pasajeros, ubicado a cinco kilómetros de Puerto Ayacucho, el poblado que había sustituido a San Fernando de Atabapo como capital del Territorio a finales del año 1928. Descendimos del avión bajo el sol inclemente del mediodía y caminamos hacia el terminal sofocados por el vaporoso aire caliente que allí circulaba. Recogimos nuestro equipaje y nos dirigimos al poblado por una carretera de tierra en el jeep de nuestro amigo Raúl González quien, como otros vecinos, acostumbraba ir al campo de aviación por distracción, por estar al tanto de quiénes iban o venían y para recibir nuevas noticias. Gentilmente nos llevó hasta el Gran Hotel Amazonas, de reciente construcción. Acordamos hablar con él más tarde, aunque nos aclaró que su hermano Néstor Rafael era quien conocía a fondo el tema cauchero y para ese tiempo no se encontraba en el pueblo. Ambos eran hijos de Rafael Federico González, un empresario cauchero de quién ya teníamos referencia y de doña Leocadia Mendoza, una de las primeras habitantes de Puerto Ayacucho. Después de proporcionarnos alguna información y ciertas aclaratorias, señalando aciertos y equivocaciones de varios autores, Raúl nos facilitó también fotografías de algunos familiares y de personajes de la época cauchera. Finalmente, enterado de nuestro propósito, nos recomendó a Sixto Mayuare, el transportista que nos llevaría en su falca hasta

San Fernando de Atabapo y posteriormente hasta Santa Rosa de Amanadona. Yo lo conocía y estuve de acuerdo para contratarlo.

Durante la semana que permanecemos en Puerto Ayacucho nos dedicamos a indagar, entre algunas personas de avanzada edad, acerca de los acontecimientos ocurridos durante la explotación del caucho. La mayoría de ellas –por no decir todas– se habían mudado desde San Fernando de Atabapo a Puerto Ayacucho, después de la muerte de Tomás Funes y el subsiguiente traslado de la capital desde San Fernando hasta Atures. No obtuvimos mayores logros, pues la gente parecía enmudecer ante el recordatorio de aquellos tiempos. Para nuestra sorpresa, algunas ancianas, atemorizadas, se persignaron al oír el nombre de Tomás Funes. Por otra parte, nos ocupamos de conseguir provisiones y alimentos enlatados, combustible y otros efectos necesarios para realizar nuestro viaje. Y en nuestros ratos libres nos echábamos un chapuzón en la piscina del hotel o nos entreteníamos en el pequeño zoológico con los loros, guacamayas y monos enjaulados. Salimos en la madrugada para dirigirnos a Samariapo en un pequeño camión. La construcción de esta vía fue contratada al ingeniero Santiago Aguerrevere por el gobierno del presidente J. V. Gómez para salvar los raudales de Atures y Maipures, en cumplimiento del tratado de división territorial con Colombia, ya que se había cumplido el plazo para entregar la región de Maipures, por donde los venezolanos efectuaban el transbordo obligatorio a causa de los raudales. Para llenar el humeante radiador del maltrecho vehículo, nos detuvimos en uno de los caños que atraviesa la carretera de tierra y en el silencio de la soledad, el viento nos permitió escuchar el rugir perenne de los raudales que habíamos divisado desde el avión. Después de hora y media de andar llegamos al puerto, donde finaliza la carretera. Está situado poco antes de la desembocadura del río Samariapo, en una ensenada de aguas serenas y verdosas.

Para ese entonces, había bajado el nivel del río y necesitábamos ayuda para desvarar la embarcación. Sixto la buscó entre algunos indígenas que andaban realengos; pero todos dicen: “no, no quiere trabajar, ya trabajando en ese que llaman Plan de Emergencia”. Se refieren al plan de empleo implementado por el gobierno, poco después de la caída de la dictadura perezjimenista. A lo lejos se oye el golpeteo de martillos y el vocerío de capataces y obreros que levantan el puente sobre el río Samariapo, el último que debió construir Aguerrevere y no pudo por razones de logística, pues la estructura metálica nunca llegó al sitio. Ante esta circunstancia, optamos por reunir nuestras fuerzas y con mucho esfuerzo deslizamos la falca hacia el río. Nos embarcamos y Sixto puso en marcha el motor. La falca se deslizó suavemente y bajamos un corto trecho del río Samariapo hasta llegar a su desembocadura. Al girar a la izquierda se nos extendió el Orinoco, fresco, ancho y brioso, salpicado de islotes y piedras. Mientras navegábamos, consideré que finalmente habíamos logrado afianzar los pasos hacia nuestros objetivos. Me sentí libre de ciertos contratiempos que venían acompañándonos: tuvimos dificultades hasta para lograr las cosas más sencillas, debido a ciertas costumbres practicadas por muchos lugareños referentes a la mentira, picardía y la falta de responsabilidad. Con el ronco sonido del motor y la caricia de la brisa fresca del río, vino a mi pensamiento la imagen de aquellas antiguas embarcaciones de carpintería de ribera, de aquellas piraguas cargadas de mercancía o bolones de caucho que remontaban el río impulsadas por una maquinaria humana. De hombres de pequeña estatura, con brazos de fuerte musculatura, de piel curtida y sudorosa que iban voceando bullas acompasadas y continuas mientras jalaban una gruesa sogá tejida con fibra de chiqui-chiqui llamada espía, cuyo extremo había sido atado a un árbol de la orilla por un marinero que se había adelantado en una pequeña curiara. El mismo marinero tomaba el otro cabo de la sogá y, al mismo tiempo que los demás tiraban de la sogá haciendo avanzar

la falca, se adelantaba de nuevo para realizar la misma operación con la sogá y así, sucesivamente, de tramo en tramo avanzaba la piragua. Y en aquel dificultoso avance, los navegantes debían estar alertas ante el peligro de las culebras que, amenazantes, acechaban desde los árboles ribereños y también ante el ataque de enjambres de furiosas avispas si acaso llegaran a tropezar los avisperos que colgaban –como las frutas de chigo– a lo largo de las frondosas riberas del Orinoco. Navegar bajando era más fácil: se hacía por el medio del río impulsando la embarcación con palancas o remos. Así navegaban en tiempos del caucho: a remo, palanca o espía. ¡Y pensar que nosotros considerábamos nuestra excursión como una aventura sin precedentes!

Arrimamos en la isla de Ratón, la más grande del Orinoco, allí tratamos de indagar acerca de la vida de Víctor Modesto Aldana, un general coriano que vivió en esta isla y había sido famoso por sus extravagancias sicopáticas. Con todo, no conseguimos algún indicio verídico que atestiguara lo ocurrido, tampoco el poblado de la isla ofrece ningún atractivo como para quedarse más tiempo del que habíamos previsto para realizar nuestra investigación. La actividad principal se concentra en un colegio salesiano para niños y otro para niñas. Al frente del puerto, donde antiguamente Aldana poseía un sitio llamado El Camisón, existe un comercio de mercancías y hoy día es territorio colombiano. Continuamos nuestro viaje y al alejarnos veíamos cómo, tras la tupida línea ribereña, se alejaban de nosotros la serranía del Cuao y el incólume cerro Autana, ícono de la cultura Jivi. A medida que remontábamos el río van apareciendo lugares donde existieron los barracones caucheros que solo Sixto conocía por referencia, pues hoy día no quedan rastros de aquellos sitios. Este era el sitio de fulano de tal, aquel otro en la punta, de zutano –nos va diciendo– a veces agrega algunas remembranzas, referentes a cada uno de esos lugares que en una época tuvieron febril actividad cauchera o balatera. Pasado el mediodía almorzamos a

bordo de la falca un sancocho bonguero preparado por Sixto, a base de pescado, algunas verduras que llevábamos y bastante ají dulce, lo acompañamos con casabe. A lo largo del recorrido vemos, entre prolongadas distancias, algunos caseríos o ranchos ubicados en la parte alta de la orilla; pequeñas curiaras de pescadores lamen el barro del improvisado puerto adornado con el revoloteo de nubes de mariposas. En la orilla pétrea, donde se desliza el agua con rapidez, las mujeres en cuclillas lavan sus ropas, otras las colocan sobre la candente laja para secarlas, mientras los niños se bañan retozando en el río. Todos saludaban animosamente a nuestro paso. Al final de la tarde divisamos la sabaneta sobre la cual se levanta San Fernando de Atabapo, la antigua capital cauchera. Sus casas de blancas paredes se asientan bajo las palmeras y mangos que adornan el poblado; sobre ellos, se eleva el cielo azul nítido con nubes de ovejitas blancas y el paisaje se completa con su reflejo en el espejado negro del río. Arrimamos al puerto y allí fuimos recibidos amablemente por el sargento Ortiz, comandante del puesto de la Guardia Regional.

En cuanto se entera de nuestro cometido, nos lleva a conocer a don Gilberto Mendoza, juez del departamento; medio hermano de Néstor y Raúl. Don Gilberto es un consumado poeta, asiduo lector, buen conversador y conocedor de aquella época, aunque había nacido un año después del fusilamiento de Funes. Era un cronista no oficial, porque oficial no había. Nos manifiesta de antemano que no tenía buen concepto ni simpatía por el personaje en cuestión. Entre otras recomendaciones, nos aconsejó que entrevistáramos al señor Sinforiano Piñate, quien había sido peón y soldado del legendario Tomás Funes y podía contarnos sus experiencias sobre el tema. El sargento nos prometió localizarlo al día siguiente. Entretanto, Sixto y su marinero se encargan de nuestro equipaje. En la falca disponíamos de un mueble para poder escribir y un lugar para cocinar, hasta podíamos colgar nuestras hamacas. Aun así, por seguridad y mayor comodidad, preguntamos por una posada. El juez nos

informó que no había ninguna, razón por la cual nos hospedó en un depósito de productos forestales que se encontraba vacío. Por la mañana el sargento Ortiz, como lo había ofrecido, envió por el viejo soldado-cauchero Sinfiorano Piñate. Al llegar nos presentamos, sin embargo, no le planteamos el tema para darle tiempo de entrar en confianza, pues ya nos habían advertido que era receloso al momento de contar sus vivencias. Lo invitamos a cenar con nosotros para conversar detenidamente sobre el asunto cauchero, con el propósito de averiguar y complementar el trabajo acerca de la era de Tomás Funes y la primera época cauchera. Aunque ya teníamos algunos apuntes en las libretas, tomados de otros autores y cronistas, queríamos corroborar la historia con la versión de fuentes directas. Nos vamos presentando a nuestros informantes como corresponsales de una revista cultural, que vinimos desde la capital del país y a medida que lo hacíamos, se notaba en ellos la curiosidad acerca de las particularidades de cada uno de nosotros: el periodista Miguel Yépez, el más joven del grupo, era vivaracho, bajito y moreno, trataba a la gente con mucha confianza. El doctor Martín Andueza, eminente sociólogo y antropólogo, una persona afable, frisaba los sesenta años, de piel, barba y pelo blancos, comúnmente vestía con indumentaria de explorador: botas, chaqueta y sombrero de tela; y yo, Gustavo Quintero, profesor de historia natural, con cincuenta y dos años a cuesta, por mi altura debía inclinarme constantemente al pasar por los marcos; usaba vestimenta cómoda: alpargatas, pantalones de kaki, guayabera y sombrero pelo e' guama.

Nuestro guía, el señor Sixto Mayuare, era un veterano transportista y también dueño de la embarcación donde viajábamos: una falca de mediano tamaño con motor fuera de borda de los que estaba muy orgulloso. El doctor Martín Andueza y yo habíamos estado antes en el Territorio Amazonas en funciones diferentes cada uno, él como médico rural y yo, como secretario general de gobierno. Antes de oscurecer nos dirigimos al único restaurante del pueblo para

encontramos con don Sinforiano Piñate. Mientras lo esperábamos paladeando unas cervezas bien frías, Sixto Mayuare nos contó una historia muy poco conocida en la región.

II

EL LÁTEX DORADO

*La madreselva oculta tesoros invaluables,
los niega o los concede en forma inestimable.*

—Mi abuelo nos contaba que hace muchísimo tiempo allá en su pueblo, por el río Inírida, un día a pleno sol arrimaron dos grandes piraguas lejos del puerto. Allí no había gente en aquel momento y desembarcaron muchos hombres armados con escopetas y machetes; sin que nadie los viera subieron el barranco, en silencio se metieron por los pajonales y avanzaron agachaditos. El caserío estaba algo retirado de la orilla para evitar la inundación y en aquel momento parecía desierto; en un santiamén los asaltantes rodearon todas las casas, y cuando la gente se dio cuenta, ya era tarde para hacer algo. Entonces los gritos de las órdenes que daban ellos y los gritos de pavor que pegaban los del pueblo cundieron por dondequiera. Apresaban y se llevaban a los hombres, a las mujeres y a los muchachos; solo dejaban a los viejos y a los niños en las casas. Todo fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de escapar, el que intentaba coger el monte o corría a cualquier parte, no joda... Le disparaban por la espalda y allí quedaba tendido mordiendo el suelo. Fueron muchos los que cayeron así, no pudieron hacer nada para defenderse. La

gente fue obligada, a fuerza de golpes y empujones, a embarcarse en las piraguas, mientras otros asaltantes con antorchas quemaban los techos de palma de las casas y rápidamente la candela se extendía por todo el caserío. Después, cuando se alejaban, los bandidos dispararon desde sus piraguas a los pocos que huían del incendio, lo hacían por pura maldad porque ya los habían desechados. Al final, el pueblo ardió completamente y quedó vuelto cenizas.

«Los asaltantes se llevaban prisioneros a hombres, mujeres y jóvenes competentes para el trabajo duro. Los ancianos y los niños quedaban desamparados, sin techo ni comida y tenían que buscar refugio en otro sitio o en otro caserío. Mi abuelo estaba pequeño, pero se acordaba de aquel suceso tan terrible y nos contó a nosotros, sus nietos, cómo en aquella época los sirigueros brasileros hacían esas incursiones que llamaban razias. Él decía que esos asaltos a poblados para capturar a hombres y mujeres era para someterlos a la esclavitud en los cauchales situados más allá de la frontera con Brasil. En algunos casos, hasta mataban a los ancianos y a los niños para no dejar testigos y después quemaban las casas».

Decía que otra manera de atrapar a los indios era engañándolos con el ofrecimiento de un buen trabajo y buen pago. A los indígenas capturados los llevaban en las bodegas de las piraguas, encadenados, sometidos a la inmundicia y tratados con brutalidad por los racionales. Desde las regiones del río Inírida, del Casiquiare y del Guainía donde ocurrieron estas razias, hacían un viaje de muchos días remontando el río Negro hasta el Amazonas, para llevar a los indios a realizar trabajos forzados en las haciendas del lado brasileño.

—Por cierto —dijo el doctor Martín Andueza—. Estos hechos que nos cuenta Sixto, sucedieron en la década de los años cuarenta del siglo XVIII, cuando se inició la explotación cauchera en Brasil, Perú y Colombia. Y no nos debe extrañar, pues la institución de la esclavitud estaba tan arraigada que estos señores andaban acompañados por un padre capellán, supervisor de la compra de esclavos. Solo

muchos años después, en 1860, comenzó a producirse el caucho en la selva venezolana, específicamente en el Casiquiare, por iniciativa de un francés de apellido Troughón.

—Bueno, aparte de eso —continuó Sixto Mayuare—, mi papá también nos contaba muchas leyendas indígenas, pero a uno se le van olvidando con el tiempo... Bueno, ahora recuerdo uno de...

—No importa, señor Sixto —dijo el impetuoso joven reportero Miguel Yépez—. Mejor siga contándonos sobre la época de explotación de caucho.

—Un momento, disculpa Miguel. No está de más escuchar a nuestro amigo —advertí—. Está bien, Sixto, échenos el cuento.

—Anjá, bueno... Había una laguna encantada cerca del pueblo, nunca se secaba y había peces de sobra, no joda, en cantidad. Le dicen encantada porque la gente de antes, los antigüeros, creían que era morada de un Máviri. Ahora la gente ya no cree nada de eso.

—¿Acaso era la misma laguna de Tití? —pregunté.

—Sí, sí, era esa misma. La gente de antes decía que allí había una enorme serpiente que se transformaba en piedra. Cuando iban a pescar al Orinoco tenían que pasar, a juro, por la orilla de esa laguna y entonces decían: “¿para qué vamos a ir al Orinoco? Si allá, al lado de esas dos piedras del medio, hay peces como arroz, como en ribazón”. Casi siempre había varias curiaras y las usaban para pescar allí mismo, donde rápidamente sacaban para el sancocho del día. Los que iban a pescar de noche, decían que las piedras entonces desaparecían, nunca se supo cómo.

«Bueno, con el tiempo fue bajando el nivel de la laguna, se estaba secando, pero ocurrió que un día, cuando se acercaban los días santos, cayó uno de los más grandes chaparrones que el pueblo de Atabapo recuerde. Eran truenos y centellas durante todo el día y toda la noche. Se decía que la serpiente había crecido tanto, tanto, que la laguna resultó pequeña para contenerla y entonces aprovechó el chubasco para mudarse a otro sitio. Llegaron a ver el rastro o el

tallado que había dejado sobre la tierra al moverse desde la laguna, a pesar de aquel chubascón tan grande que aterraba a la gente, no joda, era como si hubieran arrastrado un bongo grande. El rastro quedó marcado a lo largo de la ribera del Atabapo hasta el foso donde están los restos del vapor. Decían que allí existía otro Máwari y por eso, hasta hace poco no dejaban bañarse a los muchachos en ese sitio; pero este foso era muy pequeño para la serpiente y desde ahí cruzó la playa, pasó el Atabapo y se metió en el Guaviare. Entonces la gente notó con asombro el crecimiento del río causado por la serpiente al cruzarlo ¡caraj...! Casi llegó a inundar las casas. Los antigüeros dicen que por fin la serpiente llegó a la inmensa laguna de Guaimara, detrás de Amanavén, al lado norte del Guaviare y allí se quedó...».

—Oiga joven, denos otras cervezas, por favor—, pidió el periodista Yépez y agregó—: para tragarme este culebrón.

Lo recriminé con un gesto, luego miré mi reloj; eran las siete de la noche y ya teníamos media hora esperando la comida. Habíamos ido a “El Completo”, pues era el único bar-restaurant que encontramos abierto, con servicio y cerveza fría porque tenía planta eléctrica propia. Al momento de llegar el señor Piñate, el dueño del restaurante, hijo de don Gilberto Mendoza, comenzó a traer los platos bien repletos con pescado guisado, arroz y tajadas. Comimos y tomamos refresco de panela con limón. Sixto Mayuare nos dijo que iría a visitar a algunos viejos familiares y se despidió diciendo: “indio comido, indio ido”. Después acordamos caminar un poco, para bajar la comida, hasta la casa del señor Sinforiano Piñate, donde nos esperaban algunos viejos vecinos del poblado. Allí, como habíamos programado temprano, nos reunimos con ellos y continuamos la disertación acerca del producto natural que dio origen a una espuria riqueza causante de mucha violencia y maltrato de los indígenas en el Territorio Amazonas.

* * *

Era húmedo y sombrío el vientre del monstruo verde donde brotó la semilla del árbol y fue creciendo subrepticamente, entre la gigantesca maraña de grandes árboles, en una superficie que se extiende por toda la cuenca meridional del río Amazonas, penetrando por el sur hasta los cursos altos de los afluentes del río Paraguay y por el norte, en parte de la cuenca del Orinoco. La semilla de caucho, pequeño germen que se origina en flores dispuestas en panojas muy pobladas, cuyos ejes principales y algunas veces los secundarios, terminan en una sola flor femenina mucho mayor que las numerosas flores masculinas de la inflorescencia. Da un fruto con forma de cápsula con tres compartimientos, cada uno con una semilla del tamaño de la punta de un dedo índice, de color blancuzco veteadas de negro. El caucho hevea tiene la particularidad de tener los vasos conductores y lactíferos no verticales, sino inclinados ligeramente de derecha a izquierda y de arriba hacia abajo. El látex es un producto de tejidos vivos, espeso, de color blanco o amarillento, con una densidad ligeramente inferior a uno, de reacción ácida.

Entre los árboles de caucho silvestres de la selva amazónica, abundan dos clases: “*Hevea Brasiliensis*” y “Castilla”. El más trabajado ha sido el “*Hevea Brasiliensis*” porque produce una goma más fina. Crece en las selvas ribereñas del Orinoco, desde la isla Ratón hasta la bifurcación del Casiquiare y desde allí hasta la frontera con Brasil. La zona del Casiquiare es la más rica en caucho y produjo las dos terceras partes de la cosecha total del país. El indígena identificado con la selva y sus productos, hacía uso racional del caucho, así fue hasta la llegada de los explotadores forasteros convertidos en amos, quienes, a través de sus capataces criollos, enseñaron al indio una nueva técnica para luego obligarlo a castrar y descuajar los árboles de manera más efectiva y rendidora. Con el nuevo método ambos,

indígena y árbol fueron desangrados por los dueños del caucho, que además de adueñarse de la selva, del indio, de sus mujeres y de sus hijos, también se adueñaron de sus destinos. La ruina rondaba sobre los peones y la fortuna circulaba entre los patronos. La savia blanca había sido utilizada tradicionalmente por el indígena para carenar embarcaciones, fabricar pelotas y jugar con ellas, práctica denominada deporte allende el Atlántico, en donde llegaron a utilizar artefactos como bicicletas, automóviles, aparatos eléctricos, los cuales exigían la materia prima que se encontraba en la Amazonía, descubierta para ellos por el botánico *La Condamine*, y el ingeniero Fresneau. Para ese entonces se desató la fiebre del caucho como, por otras razones y circunstancias, sobrevino la fiebre de la cacería de ballenas; también, la fiebre del oro californiano, con el despropósito común de la práctica esclavista como ocurrió con el caucho. El proceso de explotación del caucho se dio mediante la esclavización de la mano de obra sumisa que sobrevivía bajo la sombra de los árboles. La savia, las gotas blancuzcas se endurecían en bolones a fuerza de lágrimas, sudor y muerte de los indios, de hombres, mujeres y niños, sacrificados en ofrenda a la sevicia; y así, aquellas gotas blancuzcas se convertían en “látex dorado” y en “oro negro” al ser comercializadas. Bolones de goma anduvieron en bongos, piraguas y vapores desde los pequeños afluentes hasta los grandes ríos, hacia Manaus o Ciudad Bolívar. Desde allí eran transportados en trasatlánticos a Nueva York o Liverpool para completar la pirámide sostenida con la tribulación de los peones caucheros. La tecnología inglesa aportó avances al procesar el látex, desde 1763 obteniendo cánulas, tubos e inyectores. En 1823 Hancock y Macintosh inventaron la tela de hule o impermeable. En 1840 el norteamericano Charles Good Year descubrió la vulcanización del caucho.

La primera época de explotación cauchera terminó con la Gran Depresión de 1929. Su principal característica fue el degradante maltrato a los peones. Durante la segunda época de explotación,

el proceso de elaboración del tradicional bolón llegó a su fin en el momento que los compradores no quisieron más los bolones, porque les llegaban adulterados, con añadidura de otros productos y hasta con piedras y palos. Los bolones fueron sustituidos parcialmente por láminas de caucho. Estas eran moldeadas en unas cubetas, agregándose al látex una solución de alumbre de aproximadamente 6%, luego se somete el caucho coagulado a cierta presión para quitarle el agua. Aun así, a pocos empresarios se les suministró máquinas laminadoras y pocos fueron quienes dominaron la técnica. Los empresarios del caucho de la primera época eran personas ajenas al ambiente selvático que, a pesar de ello, fueron atraídas por el afán de riqueza. Por esa causa, invadieron el hábitat indígena trayendo consigo sus costumbres y comodidades. Estos negociantes caucheros se dedicaban generalmente a combinar la actividad del comercio de mercancías con la explotación del caucho mediante la utilización del sistema de endeude por “avance”. Además, controlaban y aseguraban la producción a través de capataces o subcontratistas. Por otra parte, también se daban a la tarea de cazar indios con iguales o peores métodos que los usados por los mandatarios, para tripular embarcaciones o para otras faenas agrícolas o domésticas.

Según el doctor Samuel Darío Maldonado, la explotación de la goma se realizaba con la participación de varios grupos de acuerdo a su oficio: a los negociantes que recorrían las barracas para permutar caucho por mercancía los llamaban regatones. Algunos tenían sus propios transportes y marinería, otros eran contratados por empresarios; con frecuencia causaban trastornos a los dueños de las barracas porque les sonsacaban el personal cuando les fallaba el propio. En otros casos efectuaban negocios clandestinos con el capataz del barracón para apoderarse de la goma que ya estaba comprometida. Los mañoqueros eran negociantes del mañoco, el alimento básico de los peones caucheros, elaborado por los indios mediante el procesamiento de la yuca amarga. El mapire de mañoco

era obtenido por estos negociantes a mínimo precio expoliando al indio con permutas desiguales, para venderlo a buen precio a los empresarios de la goma. Y los gobernantes, tanto los titulares nombrados por el ejecutivo nacional, como los que tomaban el poder por la fuerza, en su mayoría no se dedicaban a la administración pública, como era su deber, sino a utilizar el poder para comerciar caucho e imponer exacciones impositivas.

Iban al Amazonas con el objeto de enriquecerse, aunque muchos murieron en el intento o salieron huyéndole a la muerte. En definitiva, la vida de algunos gobernadores no fue nada halagadora. Las de unos fue más bien dramática y de miedo; las de otros de zozobra, de desengaños y traiciones. Muy pocos escaparon de la maledicencia. Enviaban comisiones por los ríos y caños para cazar, a mano armada, a los pacíficos indios, tan seres humanos como ellos, para traerlos maniatados a los pueblos y entregarlos a los barraqueros o explotadores de caucho, a cambio de dinero o mercancías. A causa de estos atropellos, los indígenas huían de las riberas y se internaban en la profundidad de la selva, pese a que existieron gobernantes excepcionales que lucharon por implantar la justicia y el progreso. Quisieron hacer el bien y se toparon con los explotadores. Quisieron proteger al indio y enfrentaron a los empresarios. Entre estos destacan Francisco Michelena y Rojas, José Joaquín Fuentes, Federico Montolieu, Bartolomé Tavera-Acosta y Samuel Darío Maldonado. Por otra parte, como elemento básico del sistema de explotación estaba el personal, es decir, los peones, la mano de obra integrada principalmente por los nativos, hijos de la selva. La etnia que más participó fue la maquiritare o ye'kuana, seguida de los piaroa. En menor grado, también los Baniva, Baré, Curripaco y Guarequena fueron peones caucheros, aunque se les trataba como “ya civilizados”, con cierta benevolencia. Además, alguno que otro criollo o yaránabe, formó parte de la peonada. Todos estaban organizados en cuadrillas, cada una bajo la orden

directa de un caporal. La interrelación que se dio entre estos protagonistas de la primera época cauchera, para mover el mecanismo de explotación en Venezuela fue similar al de Brasil, Perú y otros países amazónicos, aunque no alcanzó la importancia de estos, debido a la menor producción. La subcultura cauchera adaptada en el Sur fue forjada con el acuerdo del poder político local y regional con el comerciante cauchero, ligado frecuentemente a una compañía internacional encargada de comercializar el caucho con las fábricas industriales. Se incluía en ese mecanismo al indígena como mano de obra barata con imposición de trabajo forzado, dirigido por capataces rigurosos y brutales. Estos factores no siempre engranaron positivamente, al contrario, los abusos desembocaron en graves conflictos entre las partes interesadas.

Un ejemplo lo constituyó el caso protagonizado por el doctor Carl Erik Bovallius, quien llegó con el pretexto de una misión científica, pero, en su afán por monopolizar la producción, –intento conocido como *l'affaire Fabiani*– dejó como consecuencia, entre los años 1883 y 1886, la caída de dos gobernadores, cuatro movimientos revolucionarios, combates, saqueos y muchos intereses destruidos. Otro caso fue la intervención de la *Compagnie Général de l'Orénoque* que ocasionó motines, combates, la caída de otro gobernador, muertes, despojos y hasta la desaparición de la misma compañía (1890-1891). Y las arbitrariedades de los agentes de *The Orinoco Shipping and Trading Co. Ltd.* tuvieron como consecuencia cinco movimientos a mano armada, la caída de cuatro gobernadores, combates, saqueos, robos y asesinatos entre 1898 y 1899. “¡Doloroso cuadro de desolación!”, había manifestado una vez el escritor Tavera-Acosta.

—Por cierto –intervino don Rufo, un viejo cauchero que se nos había unido y compartía sus conocimientos con entusiasmo–, al final de eso que ustedes llaman primera época cauchera, yo vivía en San Antonio del Orinoco. A mediados de octubre nosotros salimos

p' al monte. Navegamos a canaleta en un gran bongo maquiritare con carroza de palma, bajo la carroza iba el caporal, el mañoco y el bastimento. Al comenzar el viaje, íbamos envueltos en la bruma de la mañana, hacía frío, pero después navegamos bajo un tremendo solazo y finalmente con la brisa fresca del atardecer. Arrimamos en una laja para pasar la noche y salimos de madrugada. En la tarde llegamos al sitio donde se encontraba nuestra barraca sobre un barranco en la orilla del río, nos alegramos de verla todavía en pie. La barraca o barracón era el sitio de explotación, donde se acopiaba la cosecha diaria de látex para fumigarlo allí mismo. Ubicado en la ribera de los ríos, estaba compuesto por uno o varios caneyes y el fumigadero; era habitado por los peones indígenas o criollos que trabajaban por avance. El propietario solamente los visitaba a veces.

Desembarcamos los pertrechos y corotos, limpiamos la barraca y sus alrededores, destruimos algunos avisperos y finalmente, nos instalamos y colgamos los chinchorros. Al día siguiente, nos levantamos muy de madrugada, algunos compañeros prepararon el guarapo y calentaron el sancocho del día anterior y un trozo de carne de lapa. Teníamos que hacerlo porque a las mujeres de nosotros las dejamos en San Antonio por orden de don Carlos. Así comíamos a diario, casi siempre disponíamos de carne de lapa, danto salado o pescado. Si por rareza no había otra comida, teníamos que conformarnos con yucuta caliente. Mientras tanto, otros preparábamos el apero –cuchillas, maneas, taturó y sacos de lona–, todo para sacar y transportar el látex. Los cazadores afilaban los machetes, alistaban la escopeta y su chácara con municiones y anzuelos.

«Nos internábamos en la profundidad de la selva, avanzando con la luz de un mechero porque en ese momento aún no salía el sol. Con mi machete iba abriendo camino entre la intrincada y oscura espesura; el propósito era abrir una “estrada”, o sea, un camino adecuado para los peones caucheros. Como rumbero y explorador, yo trazaba el camino y echaba ojo de lado a lado en busca de árboles

de caucho entre el monte. Otro compañero, detrás de mí, peinaba el resto de maleza y bejucos. Venían después los caucheros en una fila, como bachacos buscando hojas, iban picando los troncos y colocando los taturros. Yo trabajé con Carlos Wendehake y aprendí mucho. El tronco del árbol se pica de abajo hacia arriba con un cuchillo de castrar, se dan tres o cuatro cortes junticos en forma de bandera o “espina de pescado” a más o menos un metro del suelo. Hay que dejar la mitad del tronco sin picar, para un segundo recorrido durante la semana. Para subir a la parte superior del árbol, se usa una especie de espuela metálica en cada pie; si no hay, se utiliza una manea. De antemano, se coloca debajo de dicho corte, una faja hecha con la penca filamentosa de palma de moriche en contorno del tronco y arreglada de tal manera, que forme un seno hacia abajo para canalizar la leche hacia la petaca. Esta petaca es un envase hecho con el tallo de la manaca y se pone al pie del árbol. Cuando hay, se usa un “taturro” que es un envase de lata. Así se va haciendo, de árbol en árbol, a través de la estrada. Después de una larga jornada, con las ropas húmedas y pegadas a la piel nos sentábamos a descansar, comer algo y tomar yucuta. Durante el descanso conversábamos todos muy contentos y yo me daba cuenta de que, a pesar de las privaciones, con todo lo malo, éramos felices. Debe ser que ya estábamos acostumbrados a eso, o tal vez no había o no conocíamos otro modo de vida...

»Después regresábamos por las estradas recolectando la producción del día. Árbol por árbol íbamos recogiendo y vaciando los taturros en baldes o en sacos de lona para transportar el látex hasta el barracón, donde se realizaba la esfumación de la savia del caucho para coagularlo y hacer los bolones. Cada peón trabajaba unos doscientos cincuenta árboles y recolectaba entre 16 y 20 litros de savia diarios. Regresábamos a las tres de la tarde y procedíamos a esfumar el caucho. Para producir humo blanco y denso se utiliza madera de “masarandú.” Sobre el fogón se coloca un hollón, que es

un cono de lata para canalizar el humo y sobre este se coloca una vara sostenido por dos horquetas, donde se va formando el bolón de caucho. Al girar la vara, el látex colocado en ella se va secando con el humo, se le agrega más gradualmente y así va creciendo el bolón, hasta alcanzar unos cincuenta o sesenta kilos. Este método antiguo se utilizó al principio, después se secaba el caucho utilizando máquinas laminadoras facilitadas por la empresa. A veces se presentaban problemas entre el caporal y el dueño, esto a consecuencia de la intromisión de los regatones, que hacían negocio bajo cuerda con el caporal para comprarles el producto que tenían comprometido de antemano. Los regatones iban por el río pa'riba y pa'bajo comprando caucho o permutándolo por mercancía, víveres o prendas, todo lo que uno quisiera.

»Los capataces eran duros, muy crueles con el personal. Una vez a un compañero lo picó una culebra en el pie y el capataz en vez de buscar para curarlo dijo: «¡Carajo, ojalá lo hubiera pica'o en la cabeza!». Menos mal que un compañero le preparó un remedio casero. A mí, una vez casi me pica una, eso fue durante un corto descanso que hicimos, un bullicio me despertó y me levanté rápidamente con el machete en la mano, entonces caí en cuenta del motivo de la bulla: mis compañeros estaban matando una serpiente mapanare a mi lado; eso ocurría mucho en el monte».

—Hemos oído —dijo un circunstante— que también se trabajaba el balatá. ¿Cuál era el procedimiento para elaborar este producto?

—Caramba, de eso ustedes saben más que nosotros —intervino Miguel Yépez, el periodista, y mientras preparaba su libreta de apuntes agregó—. A ver, señor Piñate, ¿puede responder la pregunta? Y cuéntenos su experiencia en la explotación cauchera, por favor.

—Ah, bueno. Cómo no. La goma y el balatá se trabajan en el tiempo comprendido entre septiembre y octubre hasta marzo o abril, según se presente el verano. Para trabajar el balatá, un árbol distinto al caucho, uno primero sube el tronco con ayuda de las espuelas,

se sostiene con la guaya para tener las manos libres cuando se va subiendo, se hace un canal con el machete, una ranura. Entonces se empieza a picar desde arriba para abajo con un corte en “v”. Algunos comienzan al revés de abajo para arriba, pero eso es malo porque al subir uno, se mancha mucho la guaya. No se debe picar sino media cara del tronco, si se pica todo, el árbol se seca. Se deja la otra cara para la cosecha del próximo año. El tamaño del corte es según lo ancho del árbol. Después se va recogiendo la leche en una bolsa de lona o “burra” pequeña, de allí se vierte todo en una bolsa más grande de lona también o “burra” grande para transportar el látex hasta el campamento, donde se pone a cocinar en una paila grande, más o menos de diez galones. Luego, cuando está a punto, se vierte en un molde rectangular forrado internamente con hojas de platanillo para que no se pegue, resultando así, una marqueta de treinta a cuarenta kilos.

La “industria” cauchera, generó por una parte muy poca circulación monetaria debido a un sistema de cadena de crédito e intercambio de especies conocido como “avance,” el sistema básico de relación entre la mano de obra nativa y el empresario criollo. Por otro lado, produjo, bajo el signo del progreso de la industria, algunas riquezas y lujos inauditos a pocos empresarios industriales, explotadores del sufrimiento de la raza que resultó encerrada en un extenso campo de exterminio, encubierto por las grandes copas de los árboles. A veces uno piensa en lo milagrosa que es la naturaleza al concebir este maravilloso árbol para bien de la humanidad. Con todo, la maldad humana lo había transformado en instrumento de esclavitud y sufrimiento. Como sea, el producto obtenido de la savia de los árboles hecho con el sudor y sacrificio de los nativos, una vez en poder de los empresarios, se iba a tierras lejanas, a las naciones industriales; mientras los hijos de la selva, permanecían como atados al pie de los patronos, los dueños de la selva. El subcontratista era quien manejaba un personal de 50 a 60 peones, podía

ser o no el mismo capataz. Si un indígena que se iba a sacar caucho se adeudaba con la mercancía y vituallas necesarias para sobrevivir en la selva; ahora bien, resulta que esa mercancía tenía un precio muy alto, mientras el caucho que traerá se lo pagarán a menos de su valor en el mercado, por eso le será difícil pagar la deuda. En tal caso, tenía, obligatoriamente, que endeudarse de nuevo y así aumentaba progresivamente la deuda. Era casi imposible salir de ese círculo vicioso.

—Sí señor, así era eso —prosiguió Sinforiano Piñate—. Al final de la cosecha, uno iba a arreglar cuenta y el patrón decía: “Usted hizo tanto, abona tanto y queda debiendo tanto”. La cuenta la llevaba él. Para la siguiente cosecha, otra vez, a ver qué necesitas. Voy a llevar un mosquitero, un par de pantalones y camisas, cuatro cortes de tela, un paquete de fósforos, un hacha, una docena de anzuelos, cuatro pilas, hilo, agujas, peinetas, tres cuchillos, sal, jabón, esto y lo otro, y nuevamente lo vuelven a “avanzar” a uno. Era la costumbre de los patronos para tener al personal seguro, de una cosecha a otra. Cuando el indígena se cansaba de estar en el sitio se desesperaba, porque son nómadas, no tenía más remedio que “picurearse”; es decir, se escapaba, pues. Entonces se repetía la cacería humana iniciada por los siringueros, solo que ahora no eran ellos sino los capataces criollos que perseguían a los picureados para regresarlos al trabajo y que pagaran la deuda. De nada valía buscar otro patrón porque aquel le mandaba la cuenta al otro y este se la cobraba al picureado. Sacaban a los maquiritares de las cabeceras de los ríos y abusaban sexualmente de las indiecitas. Yo vi a la gente de José Inés traer al barracón a unos maquiritares amarrados como bestias y atarlos por las manos a un botalón para azotarlos con un mecate mojado y tenerlos sin comida ni agua siquiera, por tres días. Después les echaron salmuera en las heridas. También vi a otros dos indios que se habían picureado, los agarraron y los llevaron a San

Antonio. Los guindaron por los pies con un mecate en una mata de sarrapia. No joda, así los tuvieron varios días, pasando las de Caín.

—Oiga señor Piñate: ¿usted recuerda a otros empresarios caucheros?

—¿Quiénes eran los regatones? —preguntó un circunstante.

—Bueno, sí. Hablando de la primera etapa de explotación, como dicen los doctores, había actividad en la zona del Casiquiare, dominada por Rodríguez Franco, después le cedió una parte a Paúl Sprick, un señor alemán elegante y muy bondadoso; los indígenas le decían el Cacique Blanco. También estaba el francés Jacinto Gaviní, el progenitor de todos los Gaviní de San Carlos. Otro empresario con barracones allí era Ángel María Bustos, que vino con el gobernador Venancio Pulgar, socio y amigo de José Joaquín Fuentes, quien también fue gobernador. En la zona de Río Negro dominaban: Pedro Level, un empresario honorable; Julio César Pesquera y el brasilero Joaquín Pereira Da Silva. En el Alto Orinoco, la zona entre la boca del río Mavaca y La Esmeralda estaba controlada por Emiliano Pérez Franco, coriano, quien además de explotar caucho, tuvo ganado en las sabanas que están al lado del Duida. En Tama-Tama, tenía sitio el señor Jesús María Noguera, el papá de la señora Merlina. Bajando el Orinoco, entre el Cunucunuma y Cariche estaba Tomás Funes, cuando era un acreditado empresario, y el turco Jorge Paraquet, jorobado y mujeriego. Más abajo, en San Antonio estaba Carlos Wendehake, descendiente de alemanes. Al este, todo el Ventuari estaba dominado por Federico “Chicho” González, cuñado de Tavera-Acosta y su hermano Pedro González, asociados con el español Ramiro Queijeiro y el colombiano Federico Pérez. Al norte, Orinoco abajo, estaba Horacio Luzardo, el procurador; en Ratón tenía su sitio el general Víctor Aldana, muy tremebundo, por cierto, su socio era Manuel María González, el secuaz de Funes. Otros vivían en San Fernando y disponían de regatones a su servicio como don Juan Maniglia, Eva de Saba, mejor conocida

como la madama Saba, Paraquet, José Inés Sué, Guillermo Ross; José Sulbarán, Salomón Kházen, apoderado de la Casa Blohm & Cía. de Ciudad Bolívar. Fíjense que todos los patrones eran forasteros, a quienes los indígenas llamaban yaránabes; los peones sí eran de aquí.

Estos empresarios o negociantes del caucho que, por cierto, explotaban tanto al caucho como al hombre, eran dueños de los peones, de sus mujeres y de los niños, del mañoco, del bastimento; eran dueños de las curiaras, de los bongos, de las piraguas y de los ríos; eran los dueños de los cauchales. En fin, eran los amos de la selva. Tenían recursos económicos y posición social para dominar las zonas de producción donde su personal se distribuía a lo largo de las grandes manchas de cauchales, claro está, manteniendo una lucha constante contra las calamidades. Con todo, la producción era muy buena para ellos, porque lo único que los adversaba era la selva misma, que intervenía ocultamente para proteger y defender a sus hijos, a hermanos y parientes indígenas del maltrato de esos negociantes.

III

EMPRESARIOS, CAUCHEROS Y BARRACONES

*No puede haber empresario sin peón
y peón sin empresario carece de condición.*

Habíamos conversado con don Octavio Maniglia, quien nos proporcionó información sobre la actividad comercial llevada a cabo por su padre Juan Maniglia y su participación en la industria cauchera. Don Octavio, junto a sus hermanos, fueron unos de los pocos herederos de familias caucheras que continuaron con los negocios y desarrollaron otros como pioneros del comercio post cauchero, tanto en el extinto pueblo de Atures como en Puerto Ayacucho.

JUAN MANIGLIA

Llegó a Ciudad Bolívar desde Salerno, Italia, su tierra natal, a los 18 años. Se desempeñó como vendedor ambulante entre Uputa y Tumeremo, utilizando un arreo de mulas. Tres años después, en 1913, atraído por la fiebre de explotación del caucho, organiza un viaje para traer mercancías a San Fernando de Atabapo. En esos tiempos también trae desde La Urbana, un lote de reses a

Maipures y organiza un sistema de transporte con cinco carretas de bueyes entre Maipures y Tuparro, para salvar los raudales de Maipures, cada carreta era empujada por dos bueyes. Estos carruajes fueron quemados por Arévalo Cedeño a su paso por Atures y los bueyes fueron sacrificados para alimentar a la tropa cuando se dirigía a combatir a Funes. Dado al éxito que tuvo con el trueque de mercancías por caucho, Juan Maniglia regresa y vuelve para subir el Orinoco y el Casiquiare hasta San Carlos de Rio Negro. Repetía estos viajes de acuerdo a la temporada de explotación de los productos forestales, convirtiéndose así en uno de los principales regatones de la época, aunque no estableció barracones como otros empresarios, sino que permutaba mercancía por bolones de caucho. A la actividad de regatón se dedicó hasta 1924 cuando, al iniciarse la carretera, definitivamente se establece en Puerto Ayacucho (Perico), donde se dedicó al comercio y al transporte fluvial entre Puerto Ayacucho y Ciudad Bolívar con su lancha Santa María impulsada por velas y La Nora con motor a gasoil. Don Juan Maniglia fue el primero en traer a Puerto Ayacucho el primer camión Chevrolet de cuatro cilindros, donde fueron transportados dos puentes de acero para salvar los caños Paria Grande y Paria Chica en la carretera de Samariapo. También trajo la primera planta eléctrica. A partir del año 40 participó en la Segunda Época de explotación del caucho. Juan Maniglia fue el único de los regatones que, al visualizar la declinación de la explotación cauchera, emprendió actividades económicas alternas que contribuyeron al desarrollo del flamante Puerto Ayacucho, antiguo Perico, donde murió en mayo de 1958. Su obra fue continuada por sus hijos Octavio, Juancho, César y Humberto.

Para continuar indagando la historia era necesario conocer los lugares donde ocurrieron los hechos durante la época de la explotación del caucho, como también referirnos a los principales empresarios caucheros que estuvieron relacionados con Tomás Funes,

a fin de consustanciarnos con el protagonista y su ambiente. Para esto nos proponíamos realizar un periplo por las zonas caucheras en busca de más datos y referencias orales para la historia amazonesa. Remontaremos el Orinoco hasta el delta del Ventuario, navegaremos por este río hasta Las Carmelitas y regresaremos para continuar la navegación por el río padre. Bajando el Casiquiare, subiremos el río Negro hasta Santa Rosa de Amanadona, donde estuvo la renombrada aduana del Territorio. Subiremos el Guainía para llegar a Maroa, el pueblo que una vez fue capital del Territorio Amazonas. De regreso, continuaremos por la ruta que incluía el paso por el istmo de Pimichín y visitaremos a Yavita, también capital efímera. Finalmente, regresaremos a San Fernando bajando el Temi y el río Atabapo. En efecto, salimos del puerto de San Fernando a primera hora de la mañana; bajamos un corto trayecto hasta la desembocadura del Atabapo y, remontando el Orinoco, observamos la conocida entrada a la laguna de Tití, que es el puerto alterno del poblado. Vimos pequeños caseríos a orillas del río: Minicia, Santa Bárbara, antiguos barracones caucheros y finalmente, al atardecer, nos adentramos por una de las bocas del delta del Ventuario, el principal afluente del Orinoco en el Amazonas venezolano. Después de navegar varias horas por sus aguas verdosas entre afloraciones rocosas que eran sorteadas con habilidad por Mayuare, arribamos a Las Carmelitas, donde fuimos recibidos cordialmente por don Néstor Rafael González. Conocimos su pulpería, muy surtida con mercancías variadas, que ocupa una edificación de bahareque y madera, de dos plantas y techo de zinc, construida en un lugar privilegiado, pues desde allí se observa un panorama tan extenso que permite controlar la aproximación de las embarcaciones que suben o bajan el río. Después de la cena, conversamos amenamente en el corredor de la casa de don Néstor. Hablamos acerca de la vida de su padre Chicho González, nos acompañan don Félix Devia y don Octaviano Chirinos quien presenció la toma del cuartel de Funes

por parte de Arévalo Cedeño. Observamos la tubería instalada para el alumbrado con carburo, ahora está inservible y la iluminación la proporcionaba una planta eléctrica. Don Néstor, siguiendo la tradición de su padre, conserva y mantiene en su sitio comodidades del mundo moderno, recursos y equipos que no habíamos conseguido en toda la extensión del Territorio Amazonas, excepto en la capital. En la sala del caserón, sobre una mesa llena de utensilios domésticos que comparten el espacio con una radio Telefunken, está colocado un gran retrato de Chicho González que resalta entre otras fotos familiares.

RAFAEL FEDERICO (CHICHO) GONZÁLEZ

Fue uno de los grandes empresarios caucheros –indicó el doctor Andueza–, solo lo conocí de vista, pero sé algo de él por las referencias que hace el famoso explorador alemán Theodor Koch-Grünberg, durante una expedición que realizó desde Manaus subiendo el río Branco, desde allí pasa a Venezuela por las cabeceras del río Merevari y continúa navegando, haciendo transbordos entre la zona de divorcio de aguas hasta llegar al Ventuario cerca del salto el Mono. Bajó este río salvando los saltos de Oso y Tencua, sin conseguir alma alguna en su trayecto; finalmente unos indígenas le informaron que el único sitio establecido en esa zona era el de Chicho González. Después de navegar sorteando las piedras de aquel río de riberas despobladas, llegó a la boca del caño Yureba y lo subió. Estaban entrando en los dominios de Chicho González. Al principio solo encontraron unos viejos caneyes inundados y más adelante, detrás de una vuelta, divisaron unos palafitos grandes en un puerto donde, entre varias curiaras, se destacaba una gran piragua pintada de azul y blanco, donde Chicho transportaba la mercancía y el caucho a fuerza de palanqueros y remeros. Era el sitio llamado “El Descanso”. Dice Koch-Grünberg que un hombre blanco, alto y esbelto, de nariz larga y aguileña y bigotes puntiagudos apareció

en la orilla para recibirlo gentilmente y lo condujo por una balsa de madera flotante hasta tierra firme. Se presentó como Rafael Federico González, sus allegados y también los indios le decían simplemente Chicho. Desde hacía dos años pasaba cada verano, cuando era tiempo de cosecha, en la orilla del caño Yureba, el resto del año lo pasaba en San Fernando. Allí, siendo muy joven, estuvo involucrado en el enfrentamiento entre Víctor Aldana y Blanco Fombona. Como testigo del hecho fue enviado con Rafael Coll y otro, detenidos a Ciudad Bolívar.

Su simpática y joven mujer llevaba la casa, que era rústica de techo de palma de manaca y paredes de bahareque, organizada pulcramente y la luz de este hogar era una graciosa niña de ocho meses. Al entrar le sirvieron café y cigarrillos. Se sentaron en una mesa rustica, cubierta con mantel limpio y servilletas. Comieron exquisitamente, con tenedores, cuchillos, platos de losa y hasta tomaron una copa de vino. La verdad es que estaba tan asombrado, como si estuviera en otro mundo porque jamás se imaginó encontrarse con algo así en aquella inhóspita selva. Tuvieron una agradable conversación sobre su viaje y acerca de las noticias mundiales de las cuales no se había enterado ni en lo más mínimo desde hacía más de un año.

Chicho le contó que hacía doce años, había acompañado a su cuñado, el eficiente gobernador Tavera-Acosta en su viaje de inspección por el Territorio bajo su jurisdicción. Koch-Grünberg observó el almanaque y se dio cuenta que la fecha de sus apuntes tenía un día de adelanto, entonces Chicho le aclaró que la discordancia se debía a que no había tomado en cuenta que el año era bisesto. Era 29 de diciembre del año 1912.

«Al día siguiente el explorador se enteró que cuatro de los marineros ye'kuanas se negaban a seguir adelante por temor a un capataz, con quien habían trabajado anteriormente y, como se le habían picureado, seguramente deseaba capturarlos. Entonces Chicho los mandó Yureba arriba para que buscaran reemplazo entre

sus hombres, aunque estaban muy ocupados extrayendo látex. Todo el día había un constante ir y venir de bongos y piraguas. Los peones de Chicho traían los bolones de caucho y recibían mercaderías en forma de trueque o avance. Aparte de negros y mestizos, tenía a su servicio indios de distintas tribus: maquiritare, piaroa, piapoco del Guaviare, puinave del Inírida, Guahibo del Vichada, yavitero del Alto Arabapo y hasta un Tucano del Alto Vaupés. En la cena sirvieron un excelente chocolate con galletas. Señala Koch-Grünberg que no probaba eso desde hacía mucho tiempo y que al día siguiente afianzó la buena impresión que tenía de sus anfitriones, cuya amabilidad natural era muy apreciable. Que eran personas buenas y tranquilas, evidentemente con buenos sentimientos por la manera como jugaban con su niñita y porque también se interesaron por su querida familia a quien mucho añoraba. Estaba admirado de ver la forma como la mujer de Chicho realizaba las labores. No se oía ni gritería ni ruido de platos. Con toda tranquilidad, sin que se notara nada, la señora, con su servicio, desarrollaba el trabajo casero. La comida la servían puntualmente y a pesar de la sencillez ¡Qué clase de comida, compadre! Después del múltiple trabajo diario, la señora se sentaba hasta media noche, a la luz de un farol, frente su máquina de coser para hacerle las ropitas a su niñita.

»Lo malsano del sitio eran los mosquitos, especialmente por la mañana y por la tarde, apunta Koch-Grünberg. Durante esas horas casi no se podía respirar. Chicho le prestó un gran mosquitero bajo el cual se protegió del terrible ataque y pudo leer tranquilamente la prensa. Hasta ese confín del país le llegaba la prensa, aunque obviamente, con algo de retardo. Los titulares: El gobierno revolucionario chino había proclamado la República y había nombrado presidente provisional al líder Sun Yat-sen. La guerra entre Italia y Turquía por causa de Trípoli, se iniciaba con el bombardeo a Beirut. El desembarco de marines en Nicaragua. El hundimiento del Titanic, con más de mil quinientas víctimas...

»Al mediodía regresaron los marineros con la gente de reemplazo. Trajeron la noticia de que casi todos los indios recolectores de caucho, dieciocho hombres y nueve mujeres, estaban gravemente enfermos de sarampión. Antes de la llegada de Koch-Grünberg al sitio ya habían muerto tres peones. Los fieles hombres recibieron su bien merecido pago y se fueron. En la oscuridad llegó el hermano de Chicho, Pedro González con dos indios enfermos. Hasta avanzada la noche Chicho González estuvo escribiendo cartas que enviaría a San Fernando al día siguiente con Koch-Grünberg. Se despidieron en la orilla y fueron alejándose de tan especial familia y de la graciosa niñita hasta perderse de vista. Apunta el explorador alemán que “El Descanso” resultó ser un descanso reconfortante para su cuerpo y alma, que la paz que allí encontró le proporcionó momentos felices después de mucho tiempo de vida errante entre la selva. Por eso, alejarse de allí despertó su nostalgia. El amable anfitrión lo abasteció abundantemente de conservas, harinas, café, azúcar, cigarrillos y otras vituallas. Cuando Koch-Grünberg se opuso a aceptar esa mercancía sin nada a cambio, Chicho le dijo a su manera tranquila y modesta: conserve usted de mí y de mi casa un buen recuerdo. Eso me basta. De eso puede estar seguro le respondió el alemán.

»¿Qué les parece? Además, Chicho le proporcionó tres hombres para el viaje: dos maquiritares y un “racional”. También un bongo más espacioso donde pudiera navegar hasta Yavita si consiguiera suficientes remeros en San Fernando de Atabapo. Salieron del caño Yureba y bajaron el Ventuario hasta desembocar en el Orinoco. Bajando el río se les hacía menos forzado impulsar el bongo con canaletes. Poco antes de ocultarse el sol arrimaron y acamparon en una laja. No tenía que preocuparse por nada porque el patrón que le facilitó Chicho cocinaba y les servía: sardinas en aceite, arroz, bollos de maíz y café. A las cuatro de la mañana salieron con la luz de la luna. La brisa fría anunciaba el amanecer y el alba comenzó por el este frente a la proa. Lentamente se cubrió el horizonte de suaves y

múltiples colores. De pronto se asomó el globo y el hechizo de la aurora se desvaneció en el cielo sin nubes para dar lugar al candente sol. Hicieron algunos disparos mientras gritaban: ¡Feliz Año Nuevo! Después de una breve parada en Santa Bárbara, donde Chicho tenía una barraca con algunos caucheros, continuaron la jornada hasta acampar sobre una laja bajo el firmamento centellante. Al día siguiente se embarcaron a las cuatro de la madrugada. Al aclarar observaron la serranía del Sipapo asomándose a lontananza sobre la orla boscosa. Transcurrido cierto tiempo observaron una larga construcción techada con palmas y algunos caneyes ubicados sobre una laja de poca inclinación y que forma un puerto protegido contra las tempestades que vienen del este. Era el sitio de un tal Eduardo Vázquez, muy temido entre los indios. Un blanco y cuatro remeros indios en una curiara le salieron al encuentro. Era el propio Vázquez en persona y andaba buscando a cuatro maquiritares que se les habían picureado; menos mal que se habían quedado, pues era fehaciente que el hombre no tenía buenas intenciones. Por la tarde llegaron a la vuelta de la desembocadura del Atabapo y al rato arrimaron en San Fernando. Cuando iban por la calle en fila india hacia la casa de Chicho, donde se hospedarían, los llamó un caballero elegantemente vestido. Era Pablo Enrique Pulido, jefe civil del municipio; en aquel tiempo estaba reemplazando a su hermano, el gobernador Roberto Pulido, que se encontraba viajando a Ciudad Bolívar. Les ofreció alojamiento y se le puso a la orden. Dice Koch-Grünberg que jamás se imaginó que ese señor tenía sus días contados.

»Mucho tiempo después supe que, en febrero del año 1920, Chicho González había fundado otro sitio, abajo del caño Yureba, en un lugar conocido como Yacuray. En el lugar más alto construyó una casa de dos plantas, con entresuelo de tablas y balcón corrido al estilo de las casas de Ciudad Bolívar, donde había nacido. Al lado construyó su casa familiar, que tenía piso de madera en el corredor y la sala. La había dotado de un sistema de alumbrado a gas de

carburo. Realmente era un enclave de civilísima avanzada en pleno corazón de la selva. En el año 28 lo bautizaron con el nombre de Las Carmelitas. Después me informaron que Chicho se había enfermado y se había ido a Ciudad Bolívar a verse con los médicos, pero murió en el camino y fue enterrado en La Urbana en el año 42, dejó una familia en San Fernando, otra en Ciudad Bolívar y otra en Maracay».

—Chicho y Pedro González con sus socios tenían negocio en Las Carmelitas —agregó Sixto Mayuare, después de habernos despedido de don Néstor—, también en San Fernando y dicen que otra casa comercial en La Urbana. Chicho sí era cacique: rígido, no se reía, se la pasaba encerrado, cuando salía no aflojaba su wíchester de cañón recortado, aunque sí era un hombre bueno, trataba bien a la gente, no la maltrataba, trataba a todos como hombres y tenía de todo en su negocio. Su hermano Pedro González sí era fuñío, malo. Le gustaba planear a la gente y los hacía trabajar de seis a seis, sin comer. Eso sí, le gustaba la música, tanto que cuando estaba muriéndose, en Las Carmelitas, pidió que le pusieran en la vitrola el disco de su canción preferida.

En Las Carmelitas encontramos mucho material de apoyo para nuestra investigación, reforzada por las historias que nos contó don Néstor, quien tiene allí en pleno corazón de la selva un verdadero museo. Nos proporcionó un baquiano para ir hasta El Descanso, solo que allí no encontramos ni rastro de lo que había sido el campamento cauchero de Chicho González, la selva había borrado todo vestigio de presencia humana. Don Néstor, al igual que los Maniglia fue uno de los pocos que continuó el comercio post cauchero. Conserva la tradición de su padre y nos trató con la misma gentileza y generosidad. Nos hospedó y proporcionó alimentos suculentos a cambio de nada. Al despedirnos con mucha nostalgia dejamos un cúmulo de testimonios tal vez el más significativo de la historia del caucho.

Bajamos el río Ventuari hasta su desembocadura en forma de delta, desde allí nos dirigimos hacia el sur, remontando el Orinoco. Después de pasar a los pies del impresionante y solitario cerro Yapacana, arrimamos a San Antonio, el sitio desde donde Carlos Wendehake dominó la zona y controló la producción de caucho y balatá.

CARLOS WENDEHAKE

Era un empresario que laboró antes y después de la época de Tomás Funes quien era su compadre –manifestó don Sinforiano–. Wendehake era venezolano de origen franco-alemán, algunos blancos lo apodaban “el Caballero de la Selva” por su donaire y sus finos modales: no pronunciaba palabras obscenas, ni una grosería, ni permitía que otros lo hicieran, ni siquiera a los marineros en el puerto, ni en la Casa Real, el gran caney donde los transeúntes colgaban sus chinchorros. Nació en Ciudad Bolívar y se vino al Territorio en 1905, cuando contaba con 17 años. Inicialmente tuvo sus barracas en caño Yagua, dedicándose a la extracción del caucho, del balatá y también del oro en el Yapacana. Después se radicó en San Antonio cuando su cuñado, el empresario Rafael Reyes –también de Ciudad Bolívar–, le cedió el sitio cauchero que había fundado allí y se fue a Trinidad. En San Antonio, Carlos Wendehake trabajó con Maquiritares y Puinaves, estableció un poblado que llegó a tener hasta 40 casas a cada lado de la suya: “la casa grande”. Con techo de palma y altas paredes de bahareque, donde vivía con dos mujeres: América y Anita, quienes eran hermanas y se repartían fraternamente los deberes conyugales y hogareños. El sitio contaba con trapiche y alambique para fabricar panela y destilar aguardiente. Cultivaban la caña en la temporada cuando no se extraía el caucho, pues el mismo personal se dedicaba a ambas actividades y, a la vez, eran los principales clientes del negocio del aguardiente. Tenía ganado y cultivaba café y cacao, productos que, junto al caucho, exportaba al

Brasil en su lancha con dos pisos, de manufactura brasilera con motor “puqui-puqui”. En la casa grande también fabricaban pan y pasta. Se trabajaba duro allí en San Antonio, la jornada comenzaba antes de la salida del sol y terminaba con la puesta, no había descanso, no se conocía domingo. “Rial” no se veía por ninguna parte, tampoco hacía falta, porque no había donde comprar sino en la pulpería de don Carlos. Le pagaban a uno con puro coroto; bueno, eso sí, se conseguía de todo: pantalones, camisas, cortes de tela, anzuelos, jabón, azúcar, sal y hasta escopetas y municiones. Eso se lo anotaban a la cuenta de uno; hasta los tatusos para recoger balatá tenía que pagarlo uno mismo. ¡Ah, y el mañoco también!

«Para el tiempo de la fiesta patronal de San Antonio nos desquítbamos parrandeando durante toda esa semana, ¡Ah! Qué grandes fiestas eran aquellas, mucha música; a Wendehake le gustaba que le cantaran esta:

Wendehake, Wendehake
hombre de la selva hermosa,
si te atacan, jaque mate,
si te piden, tú das rosas.
¡Oh! San Antonio Bendito,
dame una guaricha buena,
que entre besito y besito
vaya aliviando mi pena.

»Pero solamente se parrandeaba por las noches; durante el día, había que trabajar duro como siempre, nada de descanso. Carajo, don Carlos era muy estricto. El caserío de San Antonio era la base de don Carlos para el control de la región cauchera que se hacía a través del río y se extendía desde la desembocadura del Ventuario hasta el río Mavaca, menos la zona bajo el control de Jesús María Noguera, quien desde Tama-Tama dominaba su territorio que finalizaba en

la bifurcación del Casiquiare. Desde allí, bajando el río, la zona era controlada desde Capiwara por el alemán Paúl Sprick y el turco Salomón Kházen».

—Ese Wendehake era duro —señaló Sixto Mayuare—. Mi papá fue con él a trabajar sarrapia. Mire, me contaba que, a las cuatro de la mañana, p'arriba a trabajar. A esa hora comenzaba la jornada que duraba hasta oscurecer.

—En 1936 —afirmó don Gilberto Mendoza—, Wendehake fue designado por el gobernador Alfredo Franco como inspector de policía de frontera, con jurisdicción en el territorio comprendido entre San Fernando hasta la piedra del Cocuy. Y en 1941 fue nombrado jefe civil de Atures, por el gobernador Carlos Álamo Ibarra, quien lo llamó el Sigfrido de la selva amazónica.

En cierta oportunidad, Carlos Wendehake venía de hacer un viaje por el Ventuario con Rafael Ángel Pesquera, hijo de Julio César. Padeecía de una angina de pecho, adquirida en una zambullida, tratando de rescatar en el fondo del río un motor fuera de borda de su amigo Chicho. Se agravó en el camino y en Santa Bárbara expiró el 14 de noviembre de 1943, a los 55 años. Fue llevado a San Fernando donde lo velaron en casa de Jesús Noguera, su gran amigo.

«En San Antonio solo encontramos algunos restos de construcciones que habían albergado a los caucheros y familiares de Carlos Wendehake, hoy día allí no existe nadie que haya vivido en aquella época. Los Wendehake han abandonado el Territorio, algunos se han ido al exterior, en Amazonas solo quedan los hijos naturales. Continuamos al día siguiente nuestro periplo hacia Tama-Tama, un lugar paradisíaco situado río arriba y diagonalmente de la boca del Casiquiare, donde estuvo establecido otro importante empresario cauchero: Jesús María Noguera. Era oriundo de Ciudad Bolívar y desde allí vino a establecer sitio en Tama-Tama, donde todo su personal cauchero esparcido por las orillas del Casiquiare llevaba la producción de caucho y balatá. Osó desafiar la inclemencia de la

selva y supo manejarla con éxito, pues Noguera era parco en el hablar y rápido en la acción. También tenía una casa comercial en San Fernando. Mantuvo una especial amistad con Carlos Wendehake, extendida entre sus respectivas familias, especialmente entre su hija Merlina y Pachi, la hija de Carlos, para quienes la vida en la selva no fue calamitosa, pues, durante su juventud disfrutaron de las bondades selváticas.; fue comisario general del Cunucunuma en tiempos del gobernador Francisco Manamá y de Pérez Briceño, quien lo removió del cargo».

Posteriormente tuvo problemas con el gobernador Samuel Darío Maldonado por sus tratos y abusos contra los descendientes del antiguo capitán del Cunucunuma Cayetano Charamare. Dicen que en una ocasión trabajó bajo las órdenes de Funes. Durante los acontecimientos que condujeron a la muerte de este, Noguera estaba ausente y cuando llegó a San Fernando, encontró que su casa comercial había sido saqueada por la gente de Arévalo Cedeño. Al finalizar la Gran Depresión, también participó en la segunda etapa de explotación del caucho. En 1941 el gobernador Álamo Ibarra lo nombró su jefe de seguridad; un año después, el gobernador Francisco de Paula Medina le asignó el cargo de jefe civil de San Fernando. Aquí murió, en diciembre de 1945. Pernoamos en Tama-Tama y continuamos, Orinoco arriba, hacia La Esmeralda, tras la pista de Pérez Franco.

EMILIANO PÉREZ FRANCO

Fue un destacado empresario cauchero cuyo nombre retumba en los pliegues rocosos e inaccesibles del Duida. Bajo la sombra de esa mole, en La Esmeralda, se había fundado y era dueño de ese sitio, donde tenía ganado, siembras de yuca, plátano, maíz y explotaba caucho y sarrapia. Era coriano y estaba casado con Elvira Yanave, casiquireña. Su gente remontaba el Padamo y el Orinoco hasta la boca del Mavaca en busca de caucho y cacería. En la actualidad solo

se destacan, entre las hermosas colinas y sabanas enmarcadas por la serranía, las instalaciones de un colegio salesiano para niños y niñas indígenas. En el lugar no encontramos rastros de aquella época de Pérez Franco, averiguamos que le iba muy bien hasta que, un día del año 29, un grupo de yanomamis armado con flechas y macanas llegó a La Esmeralda y rodearon la casa. Esto ocurrió a eso de las diez de la mañana; ese día, uno de sus hijos, que era su brazo derecho, había salido para Tama-Tama. El coronel Pérez Franco estuvo tentado a disparar contra los indígenas; Pero recapacitó y no lo hizo, más bien los dejó entrar, suponiendo que ellos venían a robar y no a matar. Ante las amenazas de las flechas, la atemorizada familia del coronel se encerró en su cuarto. Los indios, supuestamente guiados por un antiguo peón, entraron y registraron todas las habitaciones. Atrevidamente sacaron toda la comida y herramientas. El asalto duró hasta eso de la una de la tarde, después los indios se fueron rumbo al río Iguapo. Enseguida Pérez Franco despachó una comisión para Tama-Tama en busca de auxilio. Más tarde llegó su hijo con un grupo de hombres y salieron inmediatamente en persecución de los asaltantes. Los alcanzaron a orilla del río Iguapo y los tirotearon. Los indios abandonaron parte de los objetos robados y huyeron monte adentro para volver a sus tierras. Entonces, el hijo de Pérez Franco regresó a la casa con la mercancía recuperada. Dos meses más tarde, Pérez Franco, desalentado por el asalto, caleteó todo su ganado en tres balsas de rolas de cedro a Santa Bárbara, donde lo vendió y después abandonó definitivamente La Esmeralda para establecerse en Puerto Ayacucho.

—Yo lo conocí allí, cuando fue presidente del Concejo Municipal —apuntó el doctor Andueza—, entre los años 1937 y 1939; era un hombre de contextura fuerte, a veces se vestía con el uniforme militar de campo y usaba polainas.

Como no teníamos información de que se hubiera asentado algún barracón más allá de La Esmeralda, resolvimos regresar. Después de

pasar un día allí, bajamos el Orinoco hasta la bifurcación para navegar el Casiquiare. Al anochecer arrimamos al sitio Capiwara, donde aún quedaban rastros fantasmagóricos de la época de Rodríguez Franco y Paúl Sprick, dos caucheros de personalidades antagónicas.

JUSTO VICENTE RODRÍGUEZ FRANCO

Tenía su sitio en Capiwara a orillas río Casiquiare —indicó el doctor Andueza luego de consultar su libreta—. Allí se había establecido antes que llegara Paul Sprick. En 1913 recibió al gran explorador Koch-Grünberg, quien venía del Ventuario y se dirigía a Manaos por el río Negro. Se dedicó indistintamente a la actividad de empresario cauchero y al oficio de funcionario público. Era amigo de Tomás Funes y lo apoyó en el cruento golpe contra el gobernador Roberto Pulido conocido como la Funera, seguidamente fue nombrado gobernador interino por el propio Funes y ejerció, como su adlátere incondicional, durante breve tiempo. Después del asesinato de Manuel María González, en el cual intervino directamente, presintió que Funes se estaba librando de sus viejos cómplices de la matanza de mayo y otros crímenes; entonces abandonó el Territorio eludiendo así una posible orden mortal del despótico gobernante. Cuando Rodríguez Franco abandonó Capiwara, llegó allí el empresario alemán Paúl Sprick. Tiempos después, durante los años treinta, J. V. Rodríguez Franco organizó los trabajos de balatá y chicle en el Bajo Caura y el Erebató; para ese entonces los ye'kuana trabajaron con él, sin que recibieran los maltratos acostumbrados.

«El coronel Rodríguez Franco regresó al Territorio Amazonas mucho tiempo después de la muerte de Funes y habiendo ya desaparecido el presidente Gómez, como integrante de una expedición organizada por el general Alfredo Franco, primer gobernador del Territorio en el régimen de López Contreras, quien al enterarse que el gobernador gomecista coronel Jesús Canelón Garmendia se negaba a entregar el gobierno, a pesar de haber sido sustituido por

él, reclutó ochenta hombres y con suficiente armamento, emprendió viaje en el vapor Meta desde Ciudad Bolívar; dispuesto a reemplazar a Canelón, en previsión de no dar paso a otro Funes. Alfredo Franco había peleado al lado de Arévalo Cedeño, lo acompañaba en la expedición contra Tomás Funes y fue comisionado para vender 370 quintales de balatá que le habían decomisado a don Ramiro Caijeiro, el recio español socio de Chicho González. Pero Franco desertó con el producto de la venta.

»El coronel Jesús Canelón era natural del estado Lara, de gran contextura física, de voz potente, activo y voluntarioso. Fue quien recibió a los primeros misioneros salesianos y colaboró con ellos para construir la primera iglesia. Todo el mundo le temía; si alguien caía en desgracia ante él, lo hacía amarrar a la pata de un tronco frente al río, para torturarlo sin darle agua teniendo el agua tan cerca. Este gobernador erótico y malsano quiso faltarle el respeto a monseñor De Ferrari, entonces intervino el padre Bonvecchio y lo desafió a duelo: “usted es un hombre igual que yo –le espetó–. Saque su revólver para que se bata conmigo”. Y el otro se ablandó. Tiempo después, Canelón acompañado de un agente de la Sagrada, intentó robarse a una hija de Juan y María Maniglia, ahijada de monseñor; como los Maniglia eran vecinos de la Misión Salesiana, el mismo padre Bonvecchio y Jesús Álvarez, el chofer de los Maniglia, al sorprenderlos los tirotearon y los raptos huyeron».

Esto ocurrió aproximadamente a la una de la madrugada y una hora más tarde el gobernador abandonó el puerto en la lancha Amazonas. Al mes y medio del incidente regresó con la mano vendada todavía. Entonces, monseñor les aconsejó a sus compadres que se asilaran con su hija en Puerto Carreño, Colombia. En ese poblado se encontraban cuando la expedición del gobernador Alfredo Franco arrió allí y el comisario colaboró con armas, pues se rumoreaba que la gente de Canelón iba al encuentro del vapor Meta para atacarlo. En ese puerto se embarcaron para unirse a la fuerza: Félix Devia,

Nepo Patiño, Antonio López, Andrade y otros más. También se embarcó don Juan Maniglia y el capitán Infante, ambos perseguidos por Canelón. Llegaron a Provincial, donde pernoctaron. Desde allí partieron por tierra treinta hombres armados al mando del coronel Rodríguez Franco y el capitán Infante para atacar por ese flanco a las fuerzas del coronel Canelón en caso que fuera necesario.

«El 17 de febrero de 1936 el vapor Meta se aproximaba a Puerto Ayacucho acercando a la orilla a media máquina. El general Franco con la vista fija en el puerto ordenó alerta máxima a sus hombres armados que venían a la expectativa sobre la cubierta y desde su puesto de mando, al lado del timón, el general divisó a un hombre solitario que se acercaba a la orilla. El capitán utilizó sus binóculos y dijo que era el coronel Canelón, no veía a nadie más. Dudando si se trataba de una emboscada o no, el general Alfredo Franco ordenó: ¡Adelante! Luego, al caer el planchón a tierra, viendo la actitud receptiva de Canelón, bajó a saludarlo. Canelón le tendió la mano y lo abrazó diciéndole: Lo estaba esperando para entregarle la gobernación.

»Después, se dirigieron a pie a la casa de gobierno. Bajo el techo de palma y zinc, en un ambiente definido por paredes de bahareque, realizaron la transmisión de mando. En septiembre del mismo año Rodríguez Franco acompañó al gobernador Alfredo Franco en un viaje hasta Río Negro, repartiendo regalías entre los humildes pobladores».

PAÚL SPRICK

Vino desde Hamburgo, su ciudad natal, en 1917, año de paz funesta. Atraído por aquellos bolones de caucho y macetas de chiqui-chique que llegaban desde Venezuela. Fue quizás el último empresario en incorporarse a la explotación cauchera de la primera época. Y fue directamente a la zona donde mayormente se extraían esos productos: Se instaló en Capiwara a orillas del Casiquiare, cerca

del sitio abandonado por J. V. Rodríguez Franco, y construyó un caserón adaptando algunas formas arquitectónicas de su tierra natal, cubriendo las ventanas con tela metálica para protegerse de la nube de mosquitos que envuelve la zona. Comenzó a trabajar el caucho, luego balatá y chiqui-chique. Al principio todo iba bien, durante cierto tiempo estuvo asociado con el turco Salomón Kházen, pero al transcurrir el tiempo, comenzó a declinar su prosperidad, principalmente a causa de su excesiva bondad. No podía competir con los demás explotadores de caucho que explotaban más al hombre que el mismo caucho. En cambio, él pagaba lo justo y trataba a su gente con respeto y honor, lo llamaban el cacique blanco del Casiquiare, aunque la gente ya acostumbrada a la esclavitud, al amo y al abuso personal, no le correspondía, tal vez estaba acostumbrada al látigo y al desprecio. A pesar de todo, contaba con personas fieles y servidoras como Fernando Nieves y su familia, entre otros, también de su confianza, a quienes enviaba en su piragua hacia Manaos o Ciudad Bolívar con productos forestales que, al cabo de algunas semanas, volvían con la piragua repleta de mercancías y comestibles para surtir su pulpería. Disponía de exquisitas bebidas y bocadillos con que obsequiaba a sus visitantes. Mientras esperaba el regreso de su gente, se dedicaba a labrar la tierra, aguardando el resultado, la cosecha, con inquebrantable tenacidad nórdica.

Posiblemente la tierra del Casiquiare tenía otra vocación y no respondió a sus anhelos. Solo tuvo éxito con la caña y montó un trapiche para procesarla y elaborar panela como lo hacían en otros sitios caucheros. Su laboriosidad lo lleva a trabajar la sarrapia y en febrero de 1934, se traslada en varias falcas, a la región de Agua Mena con un centenar de recolectores de sarrapia. A su paso por Puerto Ayacucho se hospeda en casa de los salesianos. En 1945, cuando se vio muy afectado por un cáncer, le regaló el trapiche a Fernando antes de abandonar definitivamente Capiwara. Viajó a Caracas acompañado de Ramón Nieves, hermano de Fernando, a

quien encargó de entregarle a doña Matilde un cofre con joyas y morocotas. Don Paúl no pudo vencer al cáncer y murió. Cuando Ramón regresó a reclamar el cofre le dijeron: “¿qué cofre? ¿Cuál cofre, hombre? Ustedes se lo llevaron”.

¿No se acuerdan? ¡Ah pues! Don Paúl dejó muchas deudas por cobrar que estaban anotadas en su libreta. Se la dejó a su cocinero Pedro Nieves, el maestro de la escuelita de Capiwara, con el encargo de cobrarle a don Juancho Maniglia y otros deudores. Entre los empresarios caucheros, Paúl Sprick fue una excepción, por su trato ecuánime y bondadoso con sus trabajadores; dicen que, si no hizo gran fortuna, por lo menos nunca le faltó nada y tuvo suficiente para vivir cómodamente y ayudar a muchos desvalidos. Por otra parte, también disfrutó de paz y tranquilidad, a pesar de haber transitado una época en la que los depredadores del Territorio estaban en su apogeo. Mantuvo buenas relaciones comerciales con Funes, cuidándose siempre de no inmiscuirse en cuestiones políticas. En 1943 el gobernador Julio Alvarado Silva, en consideración de que el matrimonio entre parejas era dificultoso autoriza, entre otros ciudadanos, a don Paúl Sprick para officiar matrimonios en Capiwara. También tuvo sus inquietudes como muchos europeos de descubrir nuevas tierras. Intentó descubrir las fuentes del Orinoco y en ese empeño de realizar su sueño llegó hasta el raudal de Guaharibos. Fue el último cauchero extranjero que trajinó por la región. Por la zona del Casiquiare, en la Ceiba, también estaba el barracón de Ángel María Bustos.

Él y los Fuentes eran socios, dueños de la Casa *Bustos & Fuentes*, la firma más importante que negociaba caucho y balatá en San Carlos de Río Negro. Eran los que le daban vida económica al pueblo. Bustos había sido gobernador del Territorio en 1893, encargado por el titular, general Venancio Pulgar hijo. Continuamos hasta la desembocadura del Casiquiare, donde del Guainía cambia de nombre para llamarse río Negro. Estos ríos son los cauces principales de la

penillanura del Casiquiare y las vías fundamentales utilizadas en la época cauchera, aun cuando se presentan numerosos obstáculos en sus cauces, como las moles graníticas y bancos de arena que dificultan la navegación cuando bajan las aguas en época de verano, además esta zona está, excesivamente, plagada de mosquitos. Bajamos el río Negro hasta arrimar a San Carlos. En San Carlos visitamos los sitios donde ocurrieron trágicos acontecimientos durante la época de Tomás Funes, tomamos fotografías y luego fuimos hasta Santa Rosa de Amanadona, allí pernoctamos y regresamos subiendo el río Negro y el Guainía. En Maroa vivió Jacinto Gaviní, empresario cauchero, conoció y atendió al explorador Koch- Grumberg a su paso por esa región. Algunos le achacan su muerte a Tomás Funes, más no fue así, lo asesinó un brasileño en Camisón, frente a la isla de Ratón por problemas de negocios.

Desde Maroa continuamos por el caño Pimichín hasta el caserío epónimo. Hasta aquí nos acompañó nuestro transportista Sixto Mayuare, pues regresó a San Fernando en su falca por el Casiquiare y el Orinoco. Nosotros debíamos atravesar el istmo por tierra hasta el poblado de Yavita, este transbordo lo pudimos hacer en un Jeep gracias a la colaboración de don Eloy Fajardo, a la sazón prefecto del departamento Casiquiare. En este trayecto cayó mortalmente herido por el desprendimiento de una rama, el gobernador y famoso explorador Francisco Michelena y Rojas en el año 1877. En Yavita fletamos otra falca para bajar el río Temi hasta la confluencia de los tres ríos que forman el Atabapo: por la izquierda, desde Colombia llega el Guasacavi: desde la derecha viene el Atacavi. Por otra parte, de acuerdo a nuestra apreciación, el verdadero origen del Atabapo es el Temi. Todos son de aguas de coloración negruzca, atribuida a la presencia de ácidos húmicos disueltos y se asocia con el escurrimiento superficial en zonas de bosques bajos y abiertos desarrollados en suelos propios del trópico. Desde la confluencia, bajamos el Atabapo hasta San Fernando, recorriendo el límite fronterizo con Colombia.

Habíamos visitado estos sitios, hoy día, parcialmente abandonados, donde transcurrieron los quehaceres de estos hombres en el tiempo del auge de la primera época de explotación del caucho, de la selva y de los hijos de la selva. Esta época terminó al iniciarse la década de los treinta. Habían llegado con el propósito de hacer fortuna a toda costa, incluyendo la violencia y el despojo, empeñados en someter al indígena a la esclavitud, además con cierto empeño de someter a la selva que los recibió impasiblemente. Pero, al provocar la voracidad selvática, ella los trituró y los engulló inexorable y subrepticamente con sus efluvios mágicos para anonadarlos y enloquecerlos hasta hacerlos sucumbir lentamente. Por otra parte, tuvieron que enfrentar enfermedades y privaciones de todo tipo, que unos superaron y otros evitaron. Ahora solo quedan rastros y pocos restos de aquellos sitios y caseríos que una vez florecieron bajo el estigma del caucho. De ese poblado productor como lo fue San Antonio, sobrevive un viejo caney donde cuelgan sus chinchorros los transeúntes, como un nubloso recuerdo de lo que fue la Casa Real, donde todavía se huele el ambiente perfumado por los azahares, porque aún quedan algunos limoneros y cafetos sembrados por las damas del Caballero de la Selva. En Capiwara, la necesidad de la gente hizo que dismantelaran todas las instalaciones que había dejado don Paúl Sprick como herencia a sus fieles acompañantes indígenas. Otros sitios tuvieron más suerte en la sobrevivencia de la hecatombe cauchera como Las Carmelitas, donde perduran las buenas casas que Chicho González construyó y han sido conservadas con tesón por su hijo Néstor Rafael, ejerciendo, como una secuela de aquellos tiempos, la explotación del pendare y el chicle; despachando desde la pulpería a los indígenas y subcontratistas que van a la selva y vienen con el producto para ser embalado con fardo y etiquetado como *product of Venezuela*.

Desde aquel recóndito sitio será exportado a la empresa *Dreyfus* en Nueva York. Mientras tanto, van creciendo los árboles frutales

que Néstor Rafael, el gobernador de Las Carmelitas –como lo llaman sus amigos– siembra cada Año Nuevo, regándolos con aguardiente para celebrar la conquista de aquel lote de tierra natural y convertirlo en un oasis de satisfacción para el hombre actual. También subsisten: Tama-Tama del tesorero Jesús María Noguera, donde los norteamericanos de la misión Nuevas Tribus construyeron una bella aldea, un emporio de influencia religiosa. Y La Esmeralda del coronel Emiliano Pérez Franco, donde ha surgido un gran centro de educación católica y nuevas generaciones han repoblado la tierra. Algunos de estos poblados resurgieron bajo la economía de la segunda época de explotación cauchera, menos oprobiosa que la primera. En los actuales momentos la población indígena en general, goza de libertad plena, esperanzada en el nuevo estilo de gobernar, aunque sospecho, por algunos casos que he observado, el advenimiento de nuevos amos destinados a someterlos, es más, tengo el presentimiento de que, paradójicamente, estos amos son algunas instituciones políticas que actualmente pretenden reivindicar la condición indígena. Al regresar a San Fernando de Atabapo, nuestros amigos nos recibieron con gran expectativa y curiosidad. Ahora ya teníamos una visión conjunta y general del contexto natural del escenario de operaciones caucheras que nos daba sustento para engranar la historia donde fueron partícipes los dueños y los hijos de la selva, en aquel entorno selvático, virgen y misterioso, entre las comodidades del patrón y el ambiente insalubre de las barracas. Cuando cotejamos nuestras anotaciones con don Gilberto Mendoza, nos agregó unos datos sobre Horacio Luzardo, un empresario cauchero y funcionario público poco conocido, el cual tuvo que ver con varios acontecimientos políticos o militares y su participación en la época cauchera fue muy singular.

HORACIO LUZARDO

Probablemente era oriundo de los llanos del Casanare, había ocupado el cargo de Procurador del Territorio desde los tiempos que Yavita fuera capital. Asumió por primera vez la gobernación en 1878, cuando ocurrió el alzamiento del coronel José Antonio González, comandante de la guarnición militar, quién al no aceptar el gobierno interino de Fidel Rengifo, lo destituyó y se proclamó Jefe civil y militar del Territorio Amazonas. Para afrontar esta situación el gobierno nacional ordenó al procurador Horacio Luzardo encargarse de la gobernación hasta cuando llegase el señor Rufino Bigott, quien había sido nombrado gobernador en sustitución de Federico Montelieu. En 1879, a consecuencia del asesinato del gobernador encargado Carlos Guzmán ocurrido en Maipures, Luzardo ocupa nuevamente el gobierno como interino hasta la llegada del general Guillermo Carballo, quien asumió la gobernación como titular designado por el gobierno nacional. Posteriormente, a finales del mes de octubre del año 1887, el gobernador Silverio Galarraga falleció en Maipures cuando regresaba de Caracas, donde había ido a juramentarse como titular. Entonces, el procurador Horacio Luzardo fungió de gobernador interino del Territorio Amazonas. El 7 de mayo de 1890, un grupo armado capitaneado por Valentín Pérez atacó sorpresivamente a San Fernando. Horacio Luzardo y otros ciudadanos amigos del gobernador D'Aubeterre, organizaron rápidamente la defensa de la plaza, aun cuando no contaba con muchos hombres armados, pues la mayoría estaba internada en la selva extrayendo caucho. Valentín Pérez, y su mesnada de sublevados se impusieron tras breve tiroteo. El doctor D'Aubeterre y sus amigos se batieron en retirada, saliendo por el camino de Tití hacia el Orinoco y huyeron hacia el sur. Al año siguiente, en Maroa, para ese tiempo capital del Territorio Amazonas, el gobernador Ladislao Caballero renunció al cargo, ocupándose del gobierno el procurador Horacio Luzardo, a quien comenzaron a apodar el Usurpador,

porque ya era la cuarta vez que ejercía como gobernador accidental. El mismo, actuaba apegado a la ley, pues en cuanto llegó el titular Pedro Mier y Terán, le entregó la gobernación.

A comienzos del año 1898, aparece por primera vez el doctor Carl Bovallius representando los intereses de la *Orinoco Shipping and Trading*, para imponer al gobernador Andrés Level Gutiérrez que había sido rechazado por los empresarios caucheros. De madrugada desembarcaron en San Carlos de Río Negro, procedentes del Brasil con setenta hombres armados con modernos rifles de repetición wíchester, al mando del general Justiniano Márquez Ayala, portando consignas del partido liberal, solo para aparentar, porque en verdad luchaban por el control del negocio del caucho. Las mesnadas, se desplegaron y tomaron el poblado sin oposición. La sola posesión de los rifles de repetición bastaba para decidir la contienda. Atraparon al gobernador Lucio Celis, y a la mayoría de los hombres que había firmado la petición al gobierno nacional para restituir al gobernador Sergio Casado. Entre los presos se encontraba al procurador Luzardo y el exgobernador Juan Anselmo. Level ordenó embarcarlos junto con la mayoría de los detenidos para enviarlos a Ciudad Bolívar, donde serían juzgados. Para el año 1908, con el Orinoco henchido, cubriendo enormes extensiones de sus orillas y sus aguas bravías bramando en los raudales, Horacio Luzardo se encontraba en San Fernando una vez más encargado de la gobernación, esta vez a causa de que el secretario del gobernador Prato y otros empleados de la gobernación, estafaron a varios negociantes, ofreciendo prebendas que no cumplieron y se fugaron a Brasil. Los estafados se ofrecieron para perseguir a los estafadores, pero el coronel Prato, en vez de utilizarlos, se escapó también, pero rumbo a Ciudad Bolívar. En esas circunstancias, Horacio Luzardo consideró su deber asumir accidentalmente las riendas de la gobernación, cumpliendo así con la responsabilidad de mantener el orden institucional durante la transitoriedad administrativa.

Durante la gestión del gobernador Samuel Darío Maldonado, el general Horacio Luzardo fue nombrado Jefe civil del departamento Atabapo. Don Horacio Luzardo, el sempiterno procurador, que, en el lapso de veintinueve años, había ocupado accidentalmente la gobernación en cinco oportunidades, también había alcanzado el título honorífico de general y había sobrevivido los tiempos de Tomás Funes. Tenía su personal cauchero en Castillito, a orillas del río Orinoco y su casa en San Fernando era la única que tuvo piso de tablas, antes que la de Funes. Dice don Gilberto Mendoza que un día abandonó el pueblo llevándose a sus hijos y no se supo más de ellos. Probablemente murió en Manaos mientras ocupaba el cargo de cónsul de Venezuela. No dejó testimonio acerca de su dilatada vivencia, ni siquiera verbalmente a través de sus amigos, y evitó comentar sus declaraciones ante el fiscal del Ministerio Público que esclarecían los hechos ocurridos aquel terrible ocho de mayo. Obviamente, su declaración tendenciosa a Funes, era coherente con el enfoque de los comerciantes caucheros, de no haber actuado condescendentemente, no hubiese sobrevivido.

IV

LOS GOBERNANTES

*Buscando riqueza, encontraron ruina.
Otros, bajo amenaza, huyeron o murieron.
Exitosos fueron pocos contra la selva divina.*

Había llovido toda la noche y continuaba lloviendo al amanecer; esperábamos que cesara la fina llovizna blanca, pero eso no ocurrió sino hasta pasado el mediodía. De todos modos, sin esperar que escampara, salimos a almorzar atendiendo a una invitación de un amigo del doctor Andueza. La leve mojada recibida, a pesar de los impermeables que usamos, valió la pena por el succulento sancocho de pescado. Cuando terminamos de comer ya había escampado y queríamos conversar en el patio de la casa, bajo frondosos árboles de mango, pero aún caen gotas de sus hojas. Entonces nuestro excelente y afable anfitrión, manda a colgar unas hamacas en el corredor de la casa donde pudimos descansar plácidamente, mientras Sixto Mayuare va a casa de unos familiares. Entre la conversación, saboreamos un delicioso café y un cigarrillo mientras ordenábamos nuestras anotaciones. La lluvia ha refrescado el ambiente y nos dicen que ha comenzado el invierno, pues ya ha sido anunciado por el vuelo de los bachacos. En efecto, hace dos días, observamos nubes

de bachacos en vuelo nupcial y muchas personas recolectándolos para preparar catara picante con bachaco culón.

Don Gilberto y don Sinforiano llegaron más tarde, Antonio del Orinoco tarde y con ellos formalizamos la conversación. Yo participaba apoyándome en las anotaciones que había hecho hasta ese momento en mi libreta. Mi propósito era cotejar los datos allí recopilados con nuestros informantes. Convenimos entonces en tratar sobre quiénes habían sido los gobernantes que antecedieron y tuvieron alguna relación personal con Tomás Funes. Consultando fechas, tuvimos conocimiento de que el antecesor más lejano fue:

VÍCTOR MODESTO ALDANA.

Un general nativo de Coro que había realizado un largo viaje desde esa ciudad para guerrear en los llanos contra los godos. Durante varios años combatió hasta que, después de ser derrotado en las Mangas Coveras de Apure, resuelve dirigirse al Sur, hacia la profundidad de la selva. Pocos días después de haber llegado a San Fernando de Atabapo, el general Víctor Modesto Aldana le dijo al patrón de la piragua: “no me gusta este pueblo. Vamos a devolvernos. Prepara todo para salir de madrugada”. Regresó buscando el sitio que le había agradado cuando se dirigía a la capital del caucho, fue atraído por la cantidad de islas y las colinas pétreas que resguardaban el río, de agitadas aguas, dispuestas a caer a los torrentosos raudales de Maipures. Corrían los días del año 1885 y desde esa fecha se estableció en el extremo norte de la isla Ratón, la más grande del Orinoco, y bautizó el sitio “La Providencia” para dedicarse a la actividad de cauchero y regatón. También se dedicó al cultivo de la caña para extraer melado, papelón y aguardiente; instaló trapiche y alambiques, su molienda y la de Juan Anselmo, quien también había sido gobernante del Territorio, eran las que más aguardiente destilaban en la zona. Era de estatura pequeña, nervioso, impulsivo, astuto y atrabiliario, aunque también era emprendedor y tenía la

virtud de la constancia, por eso se mantuvo en el azaroso oficio, conquistando, de cualquier manera, barracas caucheras a lo largo del eje fluvial amazonense extendido desde los raudales de Atures hasta la frontera con Brasil. A veces, cuando la ocasión lo merecía, recorría personalmente ese trayecto en su falca La Arepera. Al cabo de quince años en el negocio cauchero no le había ido mal, al contrario, en ese tiempo obtuvo fortuna, montó su emporio y había organizado un numeroso personal, incluyendo indígenas, prófugos y malhechores, que le era adicto y fiel. Con todo, no estaba conforme con eso. Su carácter impulsivo lo llevó a sublevarse con casi cien hombres, armados con machetes cola e' gallo, algunos fusiles y revólveres, para derrocar al gobernador Emilio Cadenas Briceño, un gobernante espurio que se hacía llamar jefe superior del Territorio.

* * *

Aldana se inmiscuye en los asuntos políticos a causa de los acontecimientos ocurridos a partir de octubre de 1899. Para ese entonces, el general Cipriano Castro invadía por las fronteras del Táchira, mientras en Amazonas, un grupo revolucionario de sesenta hombres encabezados por los coroneles Ramón González y Francisco Mirabal han saqueado e incendiado las propiedades de la Compañía *The Orinoco Shipping and Trading Co. Ltd*, en Maipures y perseguido a sus representantes. Uno de estos era el doctor Carl Erik Bovallius, biólogo y arqueólogo; para vengarse le promete al coronel Emilio Cadenas Briceño y a sus partidarios, condonarles las deudas que tenían con la Compañía si logran acabar con el grupo revolucionario. Entonces Cadenas Briceño organiza una partida con malhechores y prófugos de la justicia colombiana que deambulaban por las corrientes del Vichada. Mientras tanto, en horas de la tarde del 20 de octubre, el grupo de González y Mirabal abordó del vapor

Morganito y veinte embarcaciones desembarcan en el puerto con el propósito de tomar la capital, San Fernando de Atabapo. Tras combatir durante cinco horas contra el destacamento del gobernador, general Carrasco Meléndez, lo derrotan y este huye herido a la selva. Luego destruyen todas las propiedades de la *Orinoco Shipping*. Al grupo se había incorporado el coronel coriano Silvestre Colina a quien los jefes de la revuelta nombran jefe civil y militar del territorio. La tranquilidad se mantuvo hasta que una madrugada de diciembre de aquel año, una patulea invade el poblado sigilosamente. El jefe de los invasores, al frente de un grupo rodea la casa del gobernador Colina y toca a la puerta.

—¡Coronel Colina, usted está preso! —Se oye la voz en la oscuridad.

— ¿A quién debo entregarme? —responde el gobernador.

—No tenga miedo, es el coronel Emilio Cadenas Briceño quien le habla. Entréguese que lo tengo rodeado.

—No conozco el miedo —afirma Silvestre Colina—, pero lamento no disponer de mis hombres para hacerle tragar esa insolencia suya. Usted ha violado la constitución y yo estoy aquí para hacerla respetar.

—Entren y arresten a ese bravucón, ordena el coronel Emilio Cadenas Briceño.

Y culmina así el ataque para derrocar al gobernador y sus sesenta revolucionarios incruentamente. Para el momento de su derrocamiento Silvestre Colina solo había gobernado durante veintiocho días. Cadenas Briceño, el bandolero adepto a Bovallius, después de arrestarlo, lo llevó personalmente a la plaza pública donde se encontraban diecinueve prisioneros, entre ellos Sinforiano Orozco, Enrique Constasti y otros colaboradores de Colina amarrados como reses y sometidos al escarnio público.

—Coronel Colina, está usted en libertad. Yo me voy con estos a Maroa—, anuncia Emilio Cadenas mientras el gobernador derrotado

y sorprendido se niega a dejar a sus amigos prisioneros, pero estos finalmente le convencen de que acepte la insólita oferta.

Emilio Cadenas se embarcó en el vapor *Morganito* de la *Orinoco Shipping*, llevándose a los prisioneros. La guerra entre caucheros se había desatado y la venganza del sueco Bovallius se había consumado, manteniendo por un tiempo el monopolio de la producción cauchera. Emilio Cadenas había producido una ola de crímenes, que arrastró a sus enemigos en Maroa y Yavita, entre ellos a Enrique Contasti y el ex gobernador Pedro Mier y Terán. Después bajo el río Orinoco con su banda armada hacia la isla de Ratón para someter a Víctor Aldana y sus aldaneros como les decían a sus hombres. Mientras tanto, el astuto Aldana ya venía subiendo el río con el objetivo de atacar y para tomar la capital del Territorio. Se toparon frente al barracón de Coco e' Mono, propiedad de Pedro Hermoso Guardia. En la cruenta escaramuza fluvial, Aldana derrotó a Cadenas quien apenas pudo escapar; huyó a Ciudad Bolívar donde fue encarcelado y fusilado por los partidarios de la Revolución Libertadora. Aldana continuó su incursión, remontando el Orinoco y desembarcó en San Fernando sin oposición. Se hizo cargo del gobierno y se auto nombró jefe de la Defensa Territorial, título inventado por él porque le gustaba la originalidad, así mismo, le dio el nombre de Fuerza Territorial a su pequeño terrible ejército de peones armados.

Después de aquellos violentos acontecimientos, el gobierno nacional designó al señor Alfredo Level. Entonces, para ganar tiempo y encubrir los desmanes y crímenes que había cometido, ordenó a su mesnada de aldaneros entorpecer la llegada del nuevo gobernante. Había asesinado en compañía de Sergio Lira a Nicolás Sánchez y, en complicidad con Pedro Hermoso, a Gatinho con toda su familia. Gatinho era un hábil navegante indígena, práctico le dicen en la región, tenía su propia piragua que había traído desde Brasil y se dedicaba al negocio del transporte. Por su experiencia y responsabilidad era muy solicitado por negociantes, caucheros y regatones.

Algunos de estos, en lugar de contratar sus servicios, intentaron abusar o esclavizarlo con el fin de que les sirviera como buen guía, y tuvo que esconderse en varias oportunidades; era una excepción en esos tiempos que un indígena fuera empresario libre. Fue uno de los primeros habitantes de isla Ratón. Era muy servicial y cumplía cabalmente con sus compromisos, pero una vez, por motivos de fuerza mayor, no pudo cumplir con un encargo. El encargo era del impulsivo y atrabiliario Víctor Aldana. No le reclamó, ni pidió explicaciones, así que la represalia no se hizo esperar: un día, por orden suya, los aldaneros asaltaron la casa de Gatinho y lo mataron, también a sus hijos de doce y catorce años; los rociaron con kerosén y le prendieron fuego. Además, violaron y asesinaron a la mujer y la hija del infortunado navegante. Cuando Aldana se enteró que el señor...

ALFREDO LEVEL

Ya venía en camino, tuvo un ataque de rabia y nerviosismo. No esperaba que llegara tan pronto el gobernador titular. Alfredo Level pudo sortear todos los inconvenientes y obstáculos que interpusieron los aldaneros para entorpecer su viaje, sobre todo en los peligrosos pasos de los raudales, donde tuvo mucha dificultad para conseguir a los indígenas que transbordaban la carga y pasaban las embarcaciones, ya que habían sido retenidos por la horda de Aldana. Finalmente llegó sano y salvo a San Fernando, en abril de 1900, donde fue recibido en medio del júbilo popular, puesto que era conocido allí por su buena reputación de ciudadano honrado y laborioso. Aldana optó por entregar la gobernación, eso sí, con parsimonia y altanería, como era su proceder. Regresó con su mesnada a la isla de Ratón, su sitio de operaciones, y desde allí continuó dominando los ríos y barrancones, desde La Urbana hasta la Piedra de Cocuy; seguiría ejerciendo predominio y persuasión sobre los gobernantes, sobre los caucheros de menor poder y a quien pudiera engatusar. Y como

era jugador empedernido, ponía a correr el dinero en la mesa, que la mayoría de las veces se le escapaba, pero lo reponía jugando con picardía. Sentía que lo embargaba la nostalgia por aquellos tiempos de gobernante; le había tomado gusto al poder político. Y como el deseo de los empecinados se hace realidad, el destino le tendría preparada otra oportunidad tres años más tarde. Alfredo Level, hombre afable y trabajador, tampoco ejerció la gobernación por mucho tiempo, pues solo permaneció cinco meses en el cargo y no pudo poner en práctica sus buenas intenciones de gobernar a favor de la colectividad, al ser sustituido por Tavera-Acosta.

—Dicen que, en su sitio de Ratón, Aldana tenía un cementerio particular con doscientas tumbas de víctimas suyas —apuntó Miguel Yépez, el periodista—. Ah, y que tenía un harén de indias núbiles.

—Bueno —intervino don Sinforiano Piñate—. Yo creo que eso es parte de la inventiva popular. Lo del harén no tiene nada de extraño, pero, ¿a quién se le ocurre eso del cementerio privado con tantos muertos ajenos?

—Lo que pasa con estos hombres —acotó don Gilberto—, como también ocurre en el caso de Funes, es que la gente los rodea de una aureola misteriosa y fenomenal, para endiosarlos o, mejor dicho, para endiablarlos. Yo no me explico por qué el ser humano tiende a rendirle pleitesía a los déspotas y tiranos. Son los adulantes, con sus exageradas y continuas lisonjas los que abonan el ego y crean esos monstruos. Para muestra un botón: fíjense, por ejemplo, ustedes preguntan por Funes, pero no preguntan por un Michelena y Rojas, un Blanco Fombona o un Tavera-Acosta, quienes fueron gobernantes de buena índole.

—Hasta ahora tiene razón don Gilberto, sin embargo, nosotros estamos investigando una época de la historia —aclaré—, y en la historia hay cabida para todos los bandos. Por cierto, ahora que usted lo menciona, vamos a referirnos uno de los pocos hombres probos

que han ejercido la gobernación de Amazonas y está inmerso en la época histórica que nos incumbe:

BARTOLOMÉ TAVERA-ACOSTA

Fue nombrado gobernador del Territorio por el presidente Cipriano Castro a comienzos del mes de septiembre de 1900. Su llegada produjo en la población una confortable impresión de confianza porque ya estaban al tanto de que no era comerciante, ni protector de monopolios explotadores de productos forestales y esas condiciones le serían favorables para gobernar el Territorio. En efecto, gobernó durante veinte meses con probidad, como mandatario competente, liberal y progresista, condiciones que contrastaban radicalmente con los anteriores mandatarios, provocadores de disturbios y de incontrolables arbitrariedades. En su tiempo, la paz se mantuvo inalterable, el comercio libre de trabas y dificultades, la industria adquirió impulso. Estimuló a los artesanos, protegió al indígena, la justicia se impartió con equidad. Los pueblos mostraron algún adelanto en su aspecto físico, con la ejecución de obras como la refacción de la casa de gobierno de la capital. Una casa en Pimichín para transeúntes y depósito de mercancías; fabricación de nuevas casas y reparación de las casas municipales en Maroa y San Carlos; nuevas casas en varios caseríos. Promovió el establecimiento de escuelas y la construcción de la iglesia en San Fernando. Auspició la instalación del Concejo Municipal que no había sesionado en veinte años. Recorrió el Territorio Amazonas a través de sus vías fluviales, nunca anduvo armado ni con escolta alguna. Realizó investigaciones antropológicas, lingüísticas, geográficas, botánicas y zoológicas y señaló los errores y falsedades del Barón Humboldt y rectificaciones a la obra de otros exploradores, desde Solano hasta Chaffanjon, todo lo cual dejó plasmado en su obra “Río Negro”, una monografía de carácter regional, donde se condensa la historia, geografía y etnología de la región. Tavera-Acosta viajó a Ciudad

Bolívar y dejó encargado de la gobernación a Ramón Ángel Zerpa. No regresó más. Su gestión administrativa recibió elogios de don Marcelino Bueno en sus crónicas. Tavera-Acosta había nacido en Carúpano en marzo de 1865. Fue naturalista, etnólogo y escritor, además coronel por tradición. Fundó el periódico margariteño *La Aurora* y el semanario *Ecos y notas* en Ciudad Bolívar, donde vivió buena parte de su vida. Allí escribió la mayoría de sus treinta obras, entre ellas “Anales de Guayana” que es la crónica más densa escrita de la región desde la Colonia hasta la Guerra de los Azules. Fue concejal, diputado a la Asamblea Legislativa y luego, secretario general de gobierno del estado Bolívar, y senador en el Congreso Nacional hasta el momento de su muerte acaecida en Maracay en febrero de 1931.

—Mientras transcurría el mandato de Tavera-Acosta, Tomás Funes estaba como un tigre agazapado, esperando —apuntó el doctor Andueza—. Observaba cómo corría el dinero en la aduana de Ciudad Bolívar, donde trabajaba como un humilde servidor público. Veía cómo llegaba la riqueza hecha goma desde el lejano Territorio Amazonas que, durante el año 1902, produjo 121 toneladas de caucho.

* * *

En aquellos tiempos, había triunfado la Revolución Libertadora en Guayana y los revolucionarios nombran al coronel Sinfiriano Orozco, gobernador del Territorio Amazonas. Orozco se embarcó con una milicia y navegó hacia la capital cauchera a tomar posesión del cargo. La tropa del gobierno interceptó a los revolucionarios en el Raudal de San Borja y entablaron combate fluvial. Orozco salió triunfante. Mató a los jefes enemigos y a la tropa le ofreció el perdón. “¡Vengan conmigo!” les dijo, y todos se fueron con él, al no haber

más sitio donde caerse muerto. Llegó a San Fernando de Atabapo y tomó las riendas del gobierno incruentamente, pues Ramón Ángel Zerpa, encargado de la gobernación y sus colaboradores, habían huido del poblado. A los dos meses de gobierno revolucionario, la gente se rebeló contra Orozco bajo el mando del mismo Zerpa y retomaron, sin derramamiento de sangre, el poder local. Las fuerzas de la Revolución Libertadora continuaban dominando en Guayana por lo cual, Zerpa, en prevención, organizó una milicia y nombró al general Víctor Aldana jefe de operaciones militares. La Revolución Libertadora había sido liquidada en el Centro y Oriente del país. Su jefe, el general Manuel Antonio Matos, había huido del país dejando abandonados a sus 10.000 soldados cuando sitiaban La Victoria, donde luego fueron derrotados por los 6.000 soldados del gobierno de Cipriano Castro.

— ¡Allí estaba Funes! —exclamó el doctor Andueza—. Con los de Manuel Matos. Allí cayó preso.

Para ese entonces, la escuadra extranjera que bloqueaba los puertos venezolanos se había retirado. Los revolucionarios de Guayana aguardaban ansiosos la hora de vengar la caída del coronel Orozco y posiblemente desconocían que su causa estaba perdida por la derrota de La Victoria. En aquellos tiempos la comunicación entre la capital del caucho y el resto de la nación era muy difícil; podía decirse que estaban casi incomunicadas, así que, las noticias llegaban con mucho retardo. Entonces, en pleno invierno, invadieron el Territorio; remontaron penosamente los raudales de Atures y los de Maipures. Zarparon de este puerto el 6 de agosto de 1903 y navegaron hacia San Fernando al mando del coronel Ignacio Díaz Matos, quien había sido administrador de la Aduana de Río Negro. Les faltaba poco para llegar cuando fueron interceptados en El Mery por la fuerza de Aldana. Se produjo una escaramuza fluvial. Al tronar de los disparos sobrevino el abordaje de los bongos y piraguas con el sonido metálico de los machetes afilados ávidos de sangre. Aldana,

a bordo de un vapor, maniobraba con astucia y sagacidad; logró vencer a la avanzada revolucionaria infringiendo la muerte a sesenta enemigos, incluyendo al coronel Díaz Matos. Regresó triunfante a San Fernando en el vapor *León* de quince toneladas, un vestigio de la flota de la Compañía General del Orinoco. Fue recibido como héroe y proclamado jefe de la Defensa Territorial por el gobernador Ramón Zerpa, para darle la satisfacción de disfrutar oficialmente del título que tanto le gustaba. Estuvo cogobernando hasta la llegada del gobernador titular Arístides Fandeo, entonces se retiró a su guarida en isla de Ratón, a la espera de otra oportunidad, porque ya el poder político lo había embriagado y buscaría la forma de satisfacer su ambición. A pesar de la inestabilidad política, aquel año la producción de caucho fue de 130 toneladas.

ARÍSTIDES FANDEO

El nuevo gobernador llegó a San Fernando a finales de 1903, casualmente en el mismo vapor donde venía Tomás Funes y su socio, el empresario guayanés Justo Díaz. Al poco tiempo, Fandeo, quien había hecho amistad con Blanco Fombona en Maracaibo, comenzó a cometer todo tipo de abusos y persecuciones, cobro injusto y violento de impuestos y multas a los comerciantes y empresarios caucheros. Esta situación era la causa de que en esos tiempos quedaban pocos habitantes en esa capital; para colmo, la peste de la viruela los exterminaba, principalmente a la población indígena. Algunos comerciantes afectados por los desafueros del gobernante, se refugiaron en Brasil y otros llegaron a Caracas para denunciar los atropellos y exacciones cometidos por el general Fandeo. Con sus acusaciones lograron que el gobierno nacional lo destituyera, y fue reemplazado por:

JOSÉ MARÍA DÍAZ

Al flamante gobernador Díaz se le había visto conversar animadamente con Víctor Modesto Aldana, aunque después se decía que habían tenido desavenencias y por último que habían discutido acaloradamente. A pocas semanas de haber llegado, Díaz cayó enfermo y murió. No se supo cuál fue la causa de su muerte, pero apenas Díaz expiró su último aliento, Aldana, con desplante y parsimoniosamente, se encargó de la gobernación apoyado por la fuerza de sus aldaneros. Entonces corrió un rumor entre los pueblerinos; de boca a oído decían que Díaz había sido envenenado por el perverso Aldana.

Aldana esperaba permanecer algún tiempo disfrutando del poder y, creyendo tener tiempo suficiente para ir y venir, fue con su fuerza territorial a echarle ojo a su sitio en isla Ratón. Había transcurrido varios meses desde la muerte del gobernador José María Díaz hasta el momento de ser designado Blanco Fombona como nuevo gobernante.

RUFINO BLANCO FOMBONA

Era un hombre elegante, de prestancia, entroncado en la sociedad caraqueña. Numerosas actividades ocuparon el tiempo de Blanco Fombona, entre ellas la novelística, la historia y la política. También puede ser definido como un polígrafo cuya obra, inmensa, abarca casi todos los géneros: historia, ensayo, novela, poesía, diarios. Además, fue un consuetudinario duelista, fueron muchos los que sostuvo a lo largo de su tormentosa vida. Llegó al Territorio Amazonas el 1 de junio de 1905 como gobernador, nombrado por el presidente Castro, no para favorecerlo sino para quitarse de encima al fogoso y polémico personaje de exabruptas reacciones, de mal genio y déspota. La gobernación del Territorio no era muy cotizada para ese entonces, más bien era codiciada, y la designación de gobernantes

se manejaba con una política de intenciones paradójicamente opuestas: algunos eran nombrados por castigo, para que dejaran sus restos abonando la tierra del caucho; otros, para que pudieran hacer fortuna en recompensa de servicio y amistad. Pero otros, que disponían de una horda armada como Cadenas, Colina o Aldana, simplemente se adueñaban del poder para su propio beneficio, aupados, en oportunidades, por los amos de la selva. Unos y otros fueron arrastrados por el raudal de la detracción y zozobraron en remolinos profundos de la infamia. Para llegar a su destino, Blanco Fombona realizó una odisea tropical acompañado de escasos ayudantes. Partieron desde La Guaira en el vapor Manzanares navegando la costa del mar Caribe y remontando el Orinoco hasta Ciudad Bolívar, y desde allí por vía fluvial en el vapor Apure hasta Caicara. Desde este poblado viajaron a caballo hasta el sitio de Babilla, a orillas del Orinoco. Allí abandonaron los caballos y se embarcaron en curiaras, remontaron el río a canaleta intimidados por grandes caimanes que pululaban las aguas orinoquenses. Pasaron los raudales de Atures y Maipures y finalmente llegaron al Atabapo. Al acercarse a San Fernando, los vecinos aglomerados en el puerto, los recibieron alegremente, con disparos al aire. Desde el inicio de su gestión comenzó a tomar medidas contra los explotadores de los indios y a regularizar la explotación del caucho; razones, entre otras, por las cuales tardó más tiempo en el viaje que en el ejercicio del cargo. Constituyó el Concejo Municipal; creó por decreto escuelas en cada pueblo; la de San Fernando comenzó a funcionar cuarenta y ocho horas después de su arribo. Despachó a su hermano Haroldo hacia Caracas, para conseguir y enviar cuanto antes obreros, curas, materiales de construcción y armas. Proyectó construir una capilla y una cárcel en San Fernando y asignó grandes extensiones de terreno para una plantación de caucho.

—Sesenta años después —apuntó el doctor Andueza—, se cumplió su proyecto de plantación cauchera en Trapichote cerca de Santa

Bárbara, y en El Pozo, aquí en San Fernando, falta ahora ver el resultado.

* * *

Hasta oídos del gobernante interino Víctor Aldana, llegó la voz de que el nuevo gobernador titular, Rufino Blanco Fombona, era de carácter decidido y había dicho con voz autoritaria: "aquí vengo a gobernar y a que me obedezcan". "¡Ah! Así es la cosa, ¡otro patiquín caraqueño tratando de envalentonarse!", exclamó. "Ese bolsicón no sabe lo que le espera. Ni siquiera ha tenido la gentileza de solicitarme la entrega de la gobernación". Estaba en La Providencia, su sitio en isla de Ratón y le había permitido pasar los raudales, pues con solo una orden suya los aldaneros lo habrían liquidado como a muchos otros. Pese a esto, preparaba otro plan: "vamos a colocar el kacure, para que el pececito entre. Primero vamos hacerle una invitación formal, ¡secretario!" "Ordene mi general". "Escriba allí: Señor gobernador... no, no, pronto va a dejar de serlo. Escriba: Señor doctor Rufino Blanco Fombona, etcétera: reciba ante todo mis saludos y mis deseos de que haya tenido un buen restablecimiento después de su largo viaje. Le envío la presente para hacerle una cordial invitación a visitarme y degustar un sancocho de gallina a mi modesta casa en esta Isla. Supongo que no me dejará desairado, así como estoy seguro que me contará entre sus amigos. También le agradezco traer a su secretario que, siendo liberal, debe gustarle el sancocho de gallina gorda. Atentamente: general Víctor Modesto Aldana, gobernador interino y jefe de la Defensa Territorial". El flamante gobernador Blanco Fombona, joven, recio, apto para la pelea y sin una pizca de pendejo percibió que la invitación olía a trampa. Presentía que, por haberse negado a negociar caucho con Varela, presidente del estado Bolívar y sus socios, estos habían

pactado con Aldana su inmediata salida del gobierno. “Esto le va a pesar, Rufino”, le había dicho Varela, en alusión a que dejaría de ganar dinero. Se sintió nervioso, ¿con miedo? No, “quien cobarde se muestra deja de ser jefe”, era una de sus consignas. Abandonó los estudios por la carrera militar y participó en la Revolución Legalista en 1892. Como secretario general de gobierno en el Zulia (1900), mató, en defensa propia, a un coronel que intentó detenerlo por orden del gobernador Benjamín Ruiz y se batió a tiros con los soldados de la comisión que pretendía arrestarlo. Antes de este lance, en una calle de la parroquia el Valle, en Caracas, había tenido un duelo a tiros con un edecán del presidente Andrade. Ninguno salió herido, pero este suceso marcó la oposición de Blanco Fombona al régimen de Andrade...

Los recuerdos de sus innumerables citas con la muerte le proporcionaban confianza en sí mismo. “Si voy allá, solo podré ganarle en duelo a espada o con revólver. Mejor es esperarlo aquí; yo soy quien manda y él debe venir a mí”. No disponía de suficientes hombres para enfrentar a la temible fuerza territorial aldanera, así que debía pensar en un plan y a esto se dedicó en la noche, antes de dormirse, hasta ocurrírsele uno. Lo ejecutaría contando solo con veinte hombres a su disposición en ese momento. Alternativas no había muchas, aun así, envió una comisión a buscar algunos empresarios caucheros a sus sitios y barracones, para que lo apoyaran con sus peones. Entre tanto trabajaba febrilmente organizando la comarca y al final del día se tonificaba bañándose en el río libre de amenazas de caimanes y caribes.

Pasaban los días y Aldana no recibía contestación. Comenzó a alterarse y cuando llegaron los mensajeros, no solo con una respuesta negativa, sino también catalogada por él de grosera y ofensiva, se encolerizó y ordenó a sus hombres afilar los machetes cola e' gallo y aceitar los wíncesters. A los veinticuatro días de haber asumido el cargo, el gobernador bajó al puerto a recibir al general Aldana

y su comitiva de ochenta hombres armados. Arrimaron en quince bongos y desembarcaron en orden de combate, muchos con machetes y pocos con fusil o revólveres en mano.

—Usted debe ser el doctor Blanco Fombona, me imagino.

—No se lo imagine. Soy Rufino Blanco Fombona, gobernador titular del Territorio.

—¿Ah, sí...? Mis saludos doctor, aunque usted vea a mis hombres armados, andamos en son de paz, solo que en mi condición de gobernador interino vengo a solicitarle la renuncia. Tómelo como una formalidad tratándose de que todavía no le he entregado el mando.

—Bienvenido don Víctor Aldana —dijo haciéndose el desentendido.

—General... general Víctor Modesto Aldana, gobernador interino —recalcó, luego añadió—: Por cierto, veo que se encuentra muy solo, doctor.

—Así es, mis hombres andan en varias comisiones, creo que me agarró de sorpresa —mintió Rufino Blanco—. Yo esperaba visitarlo pronto, pero usted sabe que mis múltiples ocupaciones me impidieron atender su invitación; así que vamos a la casa donde le ofreceré unos tragos y un sancocho para resarcirlo.

—Más bien, recuerde mi propósito: vengo por su renuncia.

—De eso trataremos cuando llegemos a la casa de gobierno.

Mientras caminaban hacia la casa, el astuto Aldana, sorprendido por la ingenuidad del gobernador, recordó el dicho de que “no es tan fiero el tigre como lo pintan”. Mientras Blanco Fombona pensaba con angustia sobre la trampa que le había armado, confiando que sus hombres guardaran el secreto, bajo pena de muerte. Ni su hermano ni los caucheros que había mandado a buscar estaban allí para ayudarlo... Aldana lo miró de reojo, percibió su preocupación y le dijo confiado:

—No se me asuste don Rufino, ya le he dicho que vengo en son de paz, solo quiero su renuncia y eso le conviene.

—Yo no me asusto antes de tiempo don Víctor, es más, voy a aplicar la doctrina de don Vicente de Emparan.

—Ya le dije que soy general, no me diga don... ¿Y se puede saber cuál es esa doctrina, don Rufino?

—Si no quieren que gobierne, yo tampoco quiero mando.

—Así se habla don Rufino, ya veo que nos entendemos.

Al llegar frente a la casa de gobierno, Blanco Fombona los invitó a entrar y sentarse en la fila de mesones dispuestos frente a una gran cortina de coleta. Se distribuyeron confiadamente los aldaneros en los bancos rústicos alrededor de los mesones, algunos colocaron sus armas bajo el taburete respectivo, otros se la terciaron sobre la espalda. Víctor Aldana, Rufino Blanco y su secretario permanecían de pie esperando que todos se sentaran. Finalmente, Aldana tomó asiento en la silla de baqueta tras la mesa que servía de escritorio. El gobernador y su secretario seguían de pie. El murmullo de los hombres aumentó en solicitud de aguardiente. De pronto Aldana se levantó impetuosamente y los calló. Y, en el tenso silencio, se dirigió altaneramente a Blanco Fombona:

—Vamos a resolver nuestros asuntos antes de comer. Para comenzar, lo más conveniente es que me entregue su revólver y dicte su renuncia.

—Yo no uso revólver, general—, dijo Rufino Blanco mientras se levantaba el liquilique.

“No es tan fiero el tigre como lo pintan”, pensó el ladino Aldana sintiendo al mismo tiempo grata complacía por lo fácil que estaba resultando la ejecución de su plan. Blanco Fombona agregó:

—Mientras el secretario levanta el acta, tomemos nosotros una copita, a nadie le vendría mal.

—De acuerdo —asintió Aldana—, no hay inconveniente.

Mientras el brandy escaldaba las gargantas de los hombres, el secretario, con mano temblorosa, escribía sentado en un lado de la mesa. Cuando finalizó, Aldana ordenó impaciente: lea. El escribano

leyó el contenido tartamudeando y finalmente enfatizó: “por lo tanto, presento formalmente de manera irrevocable mi renuncia al cargo de gobernador del Territorio Federal Amazonas y entrego el mando al general Víctor Modesto Aldana”.

—Un momento, allí le hace falta algo.

— ¿Qué será, general?

—Agregue Dios y Federación y la fecha de hoy.

El secretario hizo la enmendadura y Aldana exclamó:

—Ya está. Ahora si puede repartir el aguardiente... Y a firmar se ha dicho.

—Usted primero, general.

Y el vanidoso Aldana tomó la pluma y se inclinó para firmar, entonces Blanco Fombona aprovechó el momento para golpearlo con fuerza en la nuca al tiempo que ordenó: “¡Fuego!”. Se descorrió súbitamente la cortina dejando al descubierto a veinte hombres armados con wínchesters. Veinte aldaneros cayeron con la primera descarga y el resto fue blanco fácil de los fusileros. El intrépido Rufino Blanco desarmó al sorprendido Aldana quitándole el revólver y la daga, pero en ese preciso momento estaba solo y no pudo retenerlo. Víctor Aldana escapó entre el tiroteo y la desbandada de sus hombres; entendiendo que no era momento de pelear, se arrastró como un reptil bajo los mesones y las silletas para salir a toda carrera hacia el puerto donde llegó con solo tres de los suyos. Rápidamente, amparados por la confusión reinante por doquier y presionados por el cerco fatal que se cernía sobre ellos, recogieron canaletes y amarras; desvararon la curiara, saltaron sobre ella y remararon con todas sus fuerzas y con prisa para alejarse de la orilla río abajo. Cuando terminó el tiroteo, casi sesenta aldaneros habían muerto y veinte quedaron heridos, incluyendo al mismo Aldana. El gobernador Rufino Blanco, empeñado en apresarlos, salió en persecución del fugitivo en una curiara con dos marineros, Mientras tanto, su secretario aún permanecía escondido bajo el escritorio. Aldana le llevaba mucha ventaja

y fue ganando cada vez mayor distancia. Como se desplazaba por la orilla era difícil atisbarlo y cuando Blanco Fombona divisaba la silueta de la curiara de los fugitivos en lontananza la tiroteaba; al agotársele las balas en la proximidad de la noche, se vio obligado a regresar. Rápidamente organizó la persecución y, en cuanto se alistaron las bogas, antes la salida del sol, abordó una falca y salieron tras el fugitivo, remando sin cesar.

En su ausencia se encargó de la gobernación el juez de Primera Instancia. Aldana había navegado toda la noche; cuando pasaban frente a la isla de Ratón el marinero preguntó: “¿Arrimamos en La Providencia, mi general?”. “Ni po’el carajo, echa canalete que ya estamos cerca de Maipures y allí conseguiremos bastimento y una lancha”. En efecto, su compadre Luis Botello le proporcionó apoyo para proseguir el viaje. Cuando llegó Blanco Fombona se enteró de que Aldana había sido auxiliado, entonces se encolerizó de tal manera que hizo amarrar a Botello de pies y manos, en cuatro estacas clavadas en el suelo, sin permitir que le dieran comida ni agua. En un descuido de los torturadores, la hija de Botello le llevó agua y un sombrero, pero al ser sorprendida fue tomada por su larga cabellera y zarandeada por el mismo Blanco Fombona. En pleno sol y boca arriba permaneció Luis Botello hasta el regreso de los marineros que le había facilitado a Víctor Aldana. Y, al informarse del sitio donde lo habían dejado, Blanco Fombona salió tras él. Aldana realizó el viaje más rápido que había hecho persona alguna, hasta ese momento: desde San Fernando hasta Ciudad Bolívar tardó solo siete días y al llegar, sin perder tiempo, Aldana acusó a Blanco Fombona de haberse rebelado contra el presidente Cipriano Castro y haber asesinado a Tomás Gorrín y Sergio Lira. El intrépido Blanco Fombona iba tras Aldana para arrestarlo, pero cuando llegó a Ciudad Bolívar, el apresado fue él, por orden de Varela el presidente de Estado y cómplice de Aldana. Durante el proceso también fue apresado Víctor Aldana. Luego encarcelaron a Rafael Coll, a Rafael

Federico González y otros. Todos fueron enviados en el vapor de guerra Restaurador a La Guaira, con destino a Caracas donde continuaría el juicio. Blanco Fombona fue sentenciado, encarcelado y perdió la gobernación; solo había gobernado por tres semanas, aun así, dejó ejemplo de integridad y valor. Tiempo después, en 1906, fue desterrado del país.

En 1909 fue secretario del Congreso Nacional y envió una carta al presidente Gómez solicitando la destitución del canciller J. J. Paúl, porque este había solicitado la presencia de naves militares norteamericanas en el puerto de La Guaira. En 1915 fundó en Madrid la Editorial América. En su obra *El diario de mi vida*, narra su experiencia y observaciones sobre el Territorio Amazonas. Fue cónsul de Paraguay en Lérida, España. España republicana lo honró dándole su ciudadanía y fue nombrado gobernador de la provincia de Almería, luego de la provincia de Navarra. ¡Un venezolano gobernador de dos provincias españolas! Nació en Caracas el 17 de junio de 1874 y murió en Buenos Aires el 16 de octubre de 1944. Para suplir a Blanco Fombona, se encargó el juez de primera instancia hasta que el gobierno nacional nombró al señor Ramón Maldonado.

RAMÓN MALDONADO

Arribó a San Fernando dos meses después de aquella balacera, como nuevo gobernador titular. Puesto que se trataba de otro aliado de Varela, presidente del estado Bolívar, quien estaba ligado al comercio del caucho, llegó con sus piraguas repletas de mercancías para negociar, sin rodeos, caucho y balatá. Como era costumbre, la llegada de nuevas mercancías al pueblo atraía al puerto mucha gente, principalmente a otros comerciantes minoristas que necesitaban surtir sus pulperías. Sin perder tiempo, sin detenerse a organizar empresa como lo habían hecho otros, Maldonado inició su negocio y todo le funcionó exitosamente hasta que, transcurrido un año de su llegada, fue asesinado por su propio secretario general. Nadie pudo

averiguar la causa de este crimen ya que el asesino fue ultimado a su vez por un fiel empleado de Maldonado. Para suplir la falta absoluta del gobernador, Florentino Reverón asumió el gobierno hasta el año 1907, cuando fue sustituido por un gobernador titular.

CARLOS PRATO

Solo tiene como tétrica referencia el incidente ocurrido recién iniciado su mandato, cuando el secretario de gobierno y otros de sus empleados, ofrecieron a varios ciudadanos ciertos beneficios a cambio de cierta suma. Lejos de cumplir, huyeron con el dinero recolectado a Brasil, remontando el Atabapo. Al enterarse, los embaucados acudieron a la gobernación en solicitud de justicia. Viendo que el gobernador Prato no movía un brazo para solventar la situación, los estafados y algunos vecinos se ofrecieron para salir en persecución de los estafadores, sorprendiéndose de que, inexplicablemente, también el gobernador había huido, pero con rumbo a Ciudad Bolívar, razón por la cual presumieron que, o era cómplice de los embaucadores, o no tuvo bríos para enfrentar la situación.

FRANCISCO MANAMÁ

Fue nombrado en sustitución del coronel Prato. Era natural de Barinas. Durante su gobierno, la vida en la capital, en los caseríos y en las barracas transcurrió en calma; no precisamente en paz, porque los empresarios caucheros, amos de la selva, mantenían una sórdida guerra de competencia a costa de la esclavitud de indígenas y mestizos. Víctor Aldana se había conformado con el cargo de jefe civil del Departamento Atures. Antes de cumplir los dos años de gobierno, Manamá viajó a Caracas para renunciar al cargo. Los señores Máximo Barrios y Tobías Angulo, ambos barinenses, que habían venido con su paisano el gobernador, se quedaron y formaron extensas familias.

— ¿Y dónde estaba Tomás Funes mientras ocurrían estos acontecimientos? —preguntó un circunstante.

—Funes continuaba dedicado a explotar caucho —respondí—. Agazapado, como el tigre cuando acecha a su presa. Todavía no había llegado su hora. La actuación del hombre es consecuencia de la circunstancia que atraviesa en un momento dado. Había permanecido al margen de los acontecimientos durante la caída de Aldana y su grupo de Guayana con la desaparición del gobernador Ramón Maldonado. Sí, porque Aldana se había demorado en Ciudad Bolívar incriminando a Rufino Blanco Fombona de haberse alzado contra el gobierno de Cipriano Castro. Aunque también estaba desprestigiado por haber fracasado en el intento de deponer a Blanco Fombona en San Fernando y se tomó su tiempo para regresar a la selva. Mientras estuvo ausente, su sitio era atendido por su socio el general Manuel María González.

En efecto, Tomás Funes no se mezcla en la política y se consolida como empresario y regatón, amasando fortuna y prestigio. Llegó a comprar el personal y el negocio que tenía Julio Cesar Pesquera en El Carmen, cerca de la Piedra de Cocuy, incluyendo cuarenta peones. Pesquera se vio en la necesidad de venderle, debido al hostigamiento que le hacía el general José Antonio Varela, administrador de la aduana de Santa Rosa de Amanadona. Funes encargó de dicho negocio al general Manuel María González...

—Un momento, ¿eso quiere decir que también compró el personal? —interrumpió el periodista Yépez—. Y otra cosa: Manuel González estaba ocupado con lo de Aldana, atendiendo su negocio, ¿cómo hacía para atender dos sitios tan distantes?

—Bueno, sí, el personal era parte del negocio en venta —respondí—, eso era lo que se estilaba en aquellos tiempos y era legalizado por las autoridades, incluso después de Funes.

En el año veinticinco, González Hermanos Scrs. introdujo una demanda porque en el negocio balatero que le habían comprado

al Sr. Salomón Kházen, figuraban como parte del negocio, cinco obreros, quienes le adeudaban a este empresario cierta cantidad de dinero por los avances que les habían hecho para la cosecha de aquel año; pero, resultó que el Sr. Juan Arvelo, domiciliado en Río Negro, los sedujo a sabiendas de que eran obreros de los compradores y se los llevó a trabajar balatá al Papunagua en la región limítrofe de Colombia. Por tal motivo, el secretario general de gobierno ordenó al jefe civil de San Carlos “que, si están en poder de dicho señor los indígenas en referencia, proceder en consecuencia al arreglo del asunto de modo que tales procedimientos arbitrarios y desmoralizadores no se cometan y queden los intereses de González Hnos. Scrs. debidamente indemnizados”. Era la esclavitud disfrazada. Y en cuanto a lo otro, déjame aclararte que este general Manuel González debió ser más bien un almirante, porque pasaba más tiempo en un barco que en tierra, por lo tanto, no le era difícil atender ambos sitios. Era muy inquieto y activo, y no paraba mucho tiempo en algún sitio, se sentía más seguro en medio del río, entre sus remeros y soldados. Francisco Manamá dejó encargado de la gobernación al coronel Néstor Pérez Briceño, quien tuvo un desempeño sin pena ni gloria y dejó a la capital cauchera en un estado de total abandono. Así la encontró Samuel Darío Maldonado cuando arribó como gobernador titular.

SAMUEL DARÍO MALDONADO

Era tachirense, de Ureña. Fue novelista, poeta, explorador, médico graduado en la Universidad de Carabobo, con estudios de especialización en las Universidades de Viena y Berlín; profundizó sus estudios de antropología y etnología en Francia. Estuvo preso en La Rotunda por adversar al presidente Cipriano Castro. Nombrado gobernador por el presidente Gómez, llegó al Territorio Amazonas una tarde de febrero de 1911 y fue recibido en Puerto Bagre por el general Víctor Modesto Aldana, jefe civil del Municipio Atures.

“Bienvenido ciudadano, ¿cómo le fue en el viaje? Siga adelante gobernador”. Al día siguiente, en Atures, recibió apaciblemente las órdenes del gobernador. “Sí, mi coronel, se hará como usted dice...”. ¿Quién iba a creer que este era el mismo Aldana que se enfrentó con sevicia a los revolucionarios del coronel Ignacio Díaz? ¿Es el mismo Aldana que se insubordinó a Rufino Blanco Fombona? ¿Qué vientos selváticos hará cambiar la conducta de la gente...?

Atures constaba de veinticinco casas de bahareque y techo de palmas, diecinueve de ellas situadas en la planicie y las restantes al otro lado del Cataniapo. El flamante gobernador Maldonado vino a trabajar, a ordenar y administrar como manda la ley. Clausuró el cementerio y abrió otro, más alejado de las casas. Trazó la plaza de la futura ciudad, dándole ochenta metros de lado. Eligió y trazó el lugar para la iglesia, asimismo eligió los espacios para la construcción de escuelas de niños y niñas, casa municipal, casa del cura, cuartel de policía y cárcel. Toda la manzana fue destinada exclusivamente para edificaciones públicas. Siguió camino hacia la capital atabapeña y Aldana lo acompañó hasta Camisón, sitio de su propiedad ubicado frente al extremo sur de la isla Ratón, allí tenía su vivienda, un trapiche y alambique. Maldonado le ordenó al general Aldana explorar el terreno entre Carestía hasta Morganito. Aldana encontró una solución para la construcción de la carretera que salvaría los raudales, por el lado oriental del río; es decir, por donde se extiende la vía actual. También le ordenó tomar datos para que le informara sobre el camino entre la boca del Sipapo hasta Santa Bárbara. “Todo se hará como usted ordene ciudadano gobernador”. En el trayecto, Maldonado observó varias barracas de los caucheros y pronto se daría cuenta que en Amazonas no había pueblos sino barracas. El personal que las habitaba regresaba al sitio o poblado donde tenían sus casas después de cada cosecha, aunque pronto saldrían de nuevo a llevar el producto a los mercados, es decir, a Ciudad Bolívar o Manaos; desde estos centros acarreaban las mercancías

para la pulpería del patrón. Al encontrarse con gente de la tribu Jivi le regaló hachas y machetes comprados al general Aldana. A Juan Mirabal le ordenó fundar un pueblo en Caño Ucata con la tribu Jivi. Igual hizo con Pedro Hermoso Guardia para que fundara otro en Raudal del Vichada.

Al llegar a San Fernando, despachó desde la gobernación y nombró secretario interino a Simón Bello Torres. Ratificó como jefe civil de Atures al general Víctor Aldana; jefe civil de Atabapo al general Horacio Luzardo; fiscal interino del Ministerio Público a Rufo Turón. Como no encontró ni una escuela, ordenó la fundación de una escuela mixta en cada una de las capitales de los cuatro municipios. Tampoco encontró locales apropiados para instalar oficinas públicas y decretó la construcción de la casa de gobierno. También ordenó la construcción de una nueva iglesia, así como la plantación de árboles en la Plaza y hacia el embarcadero, para hacer una avenida que llevaría el nombre de Solano, en honor al fundador del pueblo. Por último, ordenó: “ciudadano jefe civil, tenga la bondad de encargarse del aseo de todo el poblado, notifique a los vecinos para que procedan a la limpieza interior de las casas y al retiro de animales domésticos de las calles”. Para ese entonces el poblado tenía ciento cuarenta y ocho habitantes. Cincuenta casas de bahareque con techo de palmas y siete techadas con láminas de zinc. La única casa con piso de tablas era la del general Horacio Luzardo, el sempiterno procurador. Después de organizar la capital, el gobernador salió en visita oficial hacia los municipios. Subió el Atabapo encontrando a su paso solo ruinas y campanas: Maroa con solo tres casas habitadas y tres campanas. San Carlos de Río Negro, habitado por treinta y un habitantes, con cuarenta y dos casas incluyendo iglesia y jefatura civil. Como autoridad local solo encontró al administrador de la aduana, Ventura Gutiérrez. De quince fusiles *Springfield* que figuraban en el inventario, solo consiguió tres. No encontró pueblos sino barracas. Los pueblos estaban desolados porque los habitantes

estaban en las barracas extrayendo caucho. Llegó hasta la frontera con Brasil, acompañado de Pedro Level Duarte, el coronel Néstor Pérez Briceño, su antecesor; Ventura Gutiérrez y Jesús María Pesquera. Hizo gestiones para colocar el poste fronterizo.

De regreso nombró a Justo Rodríguez Franco como jefe civil del Municipio Río Negro y a Miguel Aguilera jefe civil del Casiquiare. Actuó con firmeza, vigor y esfuerzo por cortar de raíz los males que se derivaban del mal trato de los criollos sobre los indígenas y dijo: “nada me ha intimidado, nada me detuvo en palabras convertidas en hechos, nada olvidé, nada me pasó inadvertido, ningún temor me inmovilizó el brazo, ni me amilanó el espíritu. Hice lo humanamente posible. Donde encontré indios enfermos, les impuse a sus patronos los cuidados. O les reprendí rudamente por no asistirlos. A los que arrebataron por la fuerza los hijos a sus madres para su servicio, los obligué a devolverlos inmediatamente. A los que apalean o dan zurriagazos al indio desvalido, los hice multar. A los patronos de embarcaciones que maltratan a la marinería indígena, los arresté en el acto”. Al examinar los libros mayores de los comerciantes que hacían negocios con los indios, encontró asentado en ellos partidas escandalosas que tenían un recargo de 300 y 400 por ciento en los precios de los artículos suministrados a los trabajadores y llegó a la conclusión de que los llamados dueños de personal, verdaderamente explotaban al indio y no a la goma. En los libros, anotó los precios justos y suprimió los excesos. A los mañoqueros les aseguró que se encontrarían con el rigor del gobierno dispuesto a impedirles cualquier abuso y reglamentó la compra de mañoco. Suprimió la trata de indios y de indias. Suprimió las nefandas cacerías humanas. Prohibió que alguien particular o alguna comisión oficial salieran a buscar indios para someterlos a trabajos forzados. Como no existía alumbrado público en San Fernando, mandó por 86 fanales. A Bernardo Pérez le negó el permiso para explotación por abuso al indígena. A Jesús María Noguera, depuesto por su antecesor del

cargo de comisario del Cunucunuma, le suspendió el permiso para ejercer comercio con los indios, por sus tratos y manejos ilícitos con la sucesión del indígena Cayetano Charamare, antiguo capitán del Cunucunuma. Fue sustituido por Luciano López, a quien consideró hombre probo y laborioso.

Desde San Carlos navegó por el Casiquiare hasta el Orinoco y visitó las barracas de Álvarez Hermanos, de Ángel María Bustos, de Roque Jordán, de Jacinto Gavini, de Justo Rodríguez Franco y la de Emiliano Pérez Franco. De La Esmeralda bajó el Orinoco y encontró los barracones de Jesús María Noguera, de Tomás Funes, de Jorge Paraquet, de Narciso Orozco y los de Rafael F. González. De regreso a la capital decretó la fundación de la ciudad San Juan de Pasimoni, en las inmediaciones de la desembocadura del río Pasimoni, a margen izquierda. El jefe civil del Municipio quedó encargado de la ejecución del Decreto según plano levantado al efecto por el mismo gobernador. Por disposición del ciudadano general-presidente Gómez, eligió un sitio apropiado para reubicar la Aduana, solicitó a Ventura Gutiérrez un presupuesto para cortar la madera y otro a Rodríguez Franco para construir la sede de la Aduana sobre pilotes. Concedió al coronel Tomás Funes, de quien dijo era “uno de los comerciantes y explotadores de goma más activo y acreditados de la localidad”, el primer permiso para establecer una fundación de cría en la sabana de Santa Bárbara. Para ese momento, Víctor Galípoli tenía 400 reses en Maipures. Maldonado recorrió el Territorio, como lo había hecho Tavera-Acosta: sin armas ni custodia. Al hacer una estimación de su corto mandato, manifestó: “he lavado, después de algunos siglos, con la esponja de la buena voluntad y en la presente administración, uno de los borrones que aún existía en Venezuela. Si no se derogasen las disposiciones que he puesto en vigor, como es la costumbre, creo que en el Territorio habrá una marcha regular y armoniosa en que ciudadanos y mandatarios obtendrán todo el bien deseable. Si en el lapso de un mes San Fernando parece como

si fuera una población nueva, puedo asegurar que, con ese impulso, dentro de un año sería la más vistosa del Territorio, y si el Ejecutivo Nacional le tendiera la mano para la construcción de malecones, sería el puerto fluvial más cómodo y seguro, más amplio en el panorama de la confluencia del Atabapo y del Guaviare, cerca del puerto de Tití en el Orinoco, con un horizonte físico único por lo original y de futura grandeza y prosperidad incalculables”.

—Lamentablemente, sus aspiraciones fueron aniquiladas por el gobernador que lo reemplazó —comentó el doctor Andueza—. Ni el Gobierno Regional como tampoco el presidente Gómez, quien era el ejecutivo en persona, tomaron en cuenta tan loables ideas del esclarecido gobernante, a pesar de haber sido su ministro de Instrucción Pública. Por cierto, tampoco se pudo desarrollar la idea de escuelas ambulantes que había ordenado poner en ejecución a Rodríguez Franco, ni el sistema de telégrafo inalámbrico, como lo tenían, para la época, en la selva amazónica de Brasil y Perú. Esta actitud no es nada extraña, lamentablemente en nuestro país no se premia la gestión productiva, la eficiencia ni la honradez a excepción de la actividad literaria. Por el contrario, los galardones se los llevan los militares y los burócratas ineficientes. A un año de actividades, Maldonado regresó a Caracas muy enfermo y renunció a la gobernación. En su reemplazo, el presidente Gómez envía al Amazonas como gobernador al general Roberto Pulido, su paisano, compadre y camarada de armas, sin sospechar que lo mandaba al degolladero.

ROBERTO PULIDO

Había nacido y crecido en el medio más refinado de los Andes venezolanos. Había recibido la más esmerada educación trunca, cuando estaba a punto de iniciar su carrera universitaria, por la guerra emprendida por Cipriano Castro y sus sesenta centauros que lo condujo a la marcha promisoriosa de victoria y poder. Era un hombretón curtido en las últimas luchas armadas ocurridas en el

país, un general “chopoe' piedra” que, en el ocaso de su vida, se encontraba en situación precaria y le solicitó al presidente Gómez la gobernación del Territorio con el único propósito de solventar sus problemas económicos. “Hace un año precisamente pedí a usted la Gobernación del Territorio Amazonas –le escribí desde Puerto Cabello–. Cuando le hice esa exigencia fue muy tarde, pues usted ya se la había ofrecido al doctor Samuel Darío Maldonado. Hoy día, el doctor Maldonado se encuentra en Caracas muy enfermo, según me dicen, y supongo no regresará; pero en el caso de que él lo quiera, él es un hombre útil para desempeñar cualquier otro cargo, para el cual yo tal vez no lo sea. Y ya que no puedo estar cerca, muy cerca, tan cerca de usted como siempre lo he anhelado, deseo irme lejos, muy lejos, donde ni los ojos ni los oídos me mortifiquen. Usted sabe, general, que yo he sido amigo de usted, no desde ahora, pero amigo de verdad que le da lo único que tiene: la vida, como tal vez no se la dan sino muy pocos... Es por esto, que le pido este puesto. Sé que voy a luchar allá con las privaciones y la muerte, pero lo prefiero que luchar en Caracas por la vida; por lo menos allá veo el resultado, ya me estoy poniendo viejo y como estoy solo, veo agotar esperanzas y horizontes, pues no veo nada efectivo en mi porvenir...”.

Gómez, el benemérito, complació a Pulido tal vez persuadido de que su amigo realmente iba a ofrendarle la vida, al desafiar a la muerte en condiciones adversas. El general Roberto Pulido arribó a San Fernando en octubre de 1912 y no llegó solo, sino rodeado de una corte compuesta por hermanos, cuñados, familiares, amigos y aspirantes a cargos públicos. El señor Bernardo Guevara, a quien Samuel D. Maldonado había dejado encargado, le hizo entrega de la gobernación cumpliendo con el protocolo de ocasión. En su discurso de entrada, Pulido ofreció una administración a favor de los intereses populares; pero no tardó mucho en mostrar su verdadero propósito: labrar una fortuna en corto tiempo y, de cualquier forma. La primera medida fue controlar militarmente a Atures, San

Fernando y San Carlos. Nombró en los cargos, solo a personal de su séquito. Estableció la empresa Pulido Hermanos & Cía., con una pulpería llena de mercancías, víveres y quincallería para efectuar trueque y “avanzar” al personal. Compró curiaras, bongos y piraguas, a precios impuestos por él. Envío comisiones a los pueblos y barrancones para convocar a los empresarios caucheros a reunirse con él en la capital. Se le presentaban dos opciones: trabajar con los empresarios y regatones o con los negociantes intermediarios y avances. “Pero, ¿qué estoy haciendo? –pensó– Si puedo trabajar con todos; si mi paisano el presidente me dio el nombramiento para que yo gobernara a mi antojo, sin presentar cuentas ni testimonios, sino con absoluta autonomía”. Logró la representación de los intereses de la Sociedad Anónima Belga “Sindicato de Río Negro” con sede en Trinidad, con lo cual obtuvo el monopolio de los recursos naturales del Casiquiare.

Desde el primer momento de su llegada su esposa, doña Mercedes, bella y distinguida dama tachirense, inicia el arreglo de su hogar asistida por sus sirvientas y algunos peones. Era dura la tarea de revertir el estado inhóspito de la casa destartada que se le ofreció como residencia al gobernante, pero era el reto que se le presentaba a quien ha dejado las comodidades de la ciudad, para cumplir con su deber de esposa abnegada. Pulido era socio de su cuñado Manuel María Baldó y con él tenía un contrato celebrado con el Gobierno Nacional mediante el cual monopolizaban todo el transporte territorial. Se apoderó de la empresa de carros de bueyes utilizados para hacer el transporte en los trayectos no navegables del río entre Atures y Maipures. Realizó una primera visita oficial a los poblados principales del Territorio, en bongos y piraguas repletas de comestibles y licores, acompañado por una escolta bien armada. Les comunicó a los jefes civiles y comisarios su intención de mantenerlos en los cargos y de proteger a los productores con la condición de trabajar conjuntamente con él por la prosperidad de la región. A los

empresarios les comunicó que la firma Pulido Hermanos aspiraba a comprarles toda la producción puesta en San Fernando a precio igual o superior al existente en la plaza. Cuando visitó Santa Rosa de Amanadona hizo un pacto de connivencia con el general José Antonio Varela, administrador de la Aduana. Llegaron a un acuerdo para acaparar todos los negocios, las explotaciones caucheras y acabar con los comerciantes que no colaboraran con ellos. El primer paso del trato fue incautar la lancha *Irma de la Casa Bustos*, cargada con quinientos quintales de goma. La embarcación tenía un escondite atestado de armas y municiones; pero Roberto Pulido no lo supo nunca. Cuando regresó a San Fernando, se dedicó a preparar un sinnúmero de impuestos: impuesto por gravamen de las mercancías procedentes del centro del país. Derecho de Regatón. Derecho de Barraca. Impuesto sobre el cobro de acreencias que vinieran a hacerse efectivas en el Territorio por apoderados del resto del país. Un derecho por el registro de cada carro de bueyes. Un derecho de guía de la sarrapia. Un derecho sobre la goma. Impuesto especial de papel sellado. Impuesto que debía pagar cada peón dedicado a trabajar goma. Impuesto que debía pagar cada peón que trabajara la sarrapia. Impuesto “Fajina” del servicio personal de un jornalero. Impuesto de peaje por persona por atravesar el río Cataniapo y otro por cada cosa que pasara. Pago de un derecho por reconocimiento de las cuentas llevadas por los empresarios. Pago de un derecho de revisión de carga... el secretario hizo una pausa. “Listo mi general”. “Ya va, hombre, espérese. Agregue que estos impuestos se deben pagar al contado o en caucho aquí, no en pagarés sobre casas comerciales en Ciudad Bolívar”. El gobernador-empresario reunió a los comerciantes para informarles que haría entrar en vigencia nuevos impuestos. En consecuencia, muchos empresarios se vieron obligados a vender su producción a Pulido Hermanos & Cía. a la mitad del precio establecido. Al principio los negociantes caucheros aceptaron con resignación las rigurosas condiciones impuestas y

muchos participaron en el negocio asociados con el gobernador. Mantuvieron cordiales relaciones, pues, a pesar de las exacciones, todavía obtenían ganancias a expensas de los peones: los salarios y la comida disminuían mientras el trabajo forzado aumentaba; el látigo serpenteaba sobre la espalda y el machete se blandía amenazante antes de vapulear la carne. Los capataces, revólver al cinto y el wíchester terciado recorrían los campamentos para evitar cualquier intento de escape. Toneladas de caucho y balatá, obtenidos de aquella infame manera, llegaban al puerto de San Fernando y todo iba a parar al depósito de Pulido Hermanos & Cía.

A la postre, estas exacciones exasperaron a los empresarios, a los amos del caucho y de la selva. Los más afectados se reunieron en San Fernando para negociar con el gobernador Pulido. Propusieron incluso, pagar en efectivo a precio de plaza el caucho en Ciudad Bolívar, pero Pulido no transigió. “Podemos ir a Caracas para denunciarlo”, opinó uno de los circunstantes, como hicimos con el general Fandeo. “No, no, que va, esta situación es diferente –refutó otro–, no ven que el benemérito es amigo del hombre. Los que vamos a quedar mal parados, somos nosotros”. En tal situación, comenzó a propagarse subrepticamente entre los comerciantes el propósito de derrocar al gobernador Roberto Pulido. Los empresarios caucheros volvieron a reunirse clandestinamente; allí estaban Horacio Luzardo, Carlos Enrique Odreman, Federico (Chicho) González, José Antonio Sulbarán, Justo Vicente Rodríguez Franco, Miguel Pulido, Juan Maniglia, Ramiro Queijeiro, Rafael Alfonzo Rivero, Luciano López, Tomás Funes y otros, para debatir sobre las alternativas de librarse de Pulido; enviar una comisión a Caracas con una carta de protesta firmada por todos estaba descartada de antemano. Levantar una poblada y asaltar la casa de Gobierno era otra opción, se desechó porque Roberto Pulido contaba con tropa bien armada y dispuesta a disparar sin consideración, la matanza sería desenfrenada en ambos bandos. Uno de ellos asomó la idea de secuestrarlo y asesinarlo, pero

otros concluyeron que era una opción desatinada porque sus leales andinos podían tomar represalias imprevisibles. Era predecible que no llegaran a un acuerdo, porque estos hombres eran individualistas, autosuficientes y arrogantes. En vista del desacuerdo, Tomás Funes intervino para proponer que, si estaban conformes en darle carta blanca, él aseguraba librarlos del gobernador, a su manera, en forma contundente y definitiva. Aunque hablaba muy poco, solo lo necesario y con voz baja, inmutable y autoritaria; su experiencia militar y su reconocida fama como comerciante responsable fue suficiente para merecer la confianza de los amos del caucho. “Confiamos en que no nos defraudará coronel”, dijo uno. “Vamos a dejar el asunto en sus manos, cuente con nuestro apoyo”, dijo otro y finalmente, por unanimidad, decidieron que Tomás Funes planeara la manera de liberarse de Pulido.

Pulido era un extorsionador, especulador y voraz monopolista, mas no tenía intenciones de matar a nadie. No hasta que sintió una piedra en el zapato: había llegado a sus oídos cierto rumor sobre una conjuración dirigida contra él, entonces, con premura, buscó para aliarse con el viejo zorro Víctor Aldana para liquidar a Funes y su camarilla, y con este propósito le escribió: “Resuelto pues, como tenemos los dos, acabar con este cacique y sus secuaces, yo me moveré en mayo para el Orinoco, Casiquiare y Río Negro; de paso hablaré con Funes y le haré toda clase de promesas para adormecerlo. Más adelante hablaré con Rodríguez Franco, Jacinto Gaviní y Ventura Gutiérrez en el mismo sentido, y en Amanadona me entenderé con nuestro buen amigo José Varela para que esté preparado para la fecha en que hemos de dar el golpe en San Fernando. El general Varela tiene unos cuantos Wíchester en la Aduana y unas cuantas cápsulas, las armas que tiene usted en Ratón y los treinta fusiles de precisión que tengo yo, no hay quien se nos pare. Lo esencial es hacer desaparecer a Funes y algunos de sus prosélitos como, por

ejemplo: Rodríguez Franco, Pérez Briceño, González Perdomo, Ventura Gutiérrez, Luciano López y otros más que usted sabrá”.

Por otro lado, Tomás Funes, que tenía un pálpito de la emboscada en su contra, cuenta con la disponibilidad de aproximadamente trescientos hombres, distribuidos en distintos sitios, contándose en primer término los cincuenta que tiene Pérez Briceño en Trocoapure y Babilla, todos racionales; cuarenta que tiene González Perdomo en Chicaramoni, y más o menos treinta que dispone Luciano López en Cariche. Toda esta gente es adicta a Funes, lo aprecian mucho y hasta son capaces de hacerse matar por él. Al acercarse el momento del golpe, los empresarios conjurados consideraron conveniente que una comisión de ellos asistiera a una reunión con el gobernador apenas llegara de un viaje, para simular sumisión a su gobierno y plantearle las mismas quejas de siempre y así, evitar sospechas. Mientras tanto, Pulido, el gobernador-comerciante, recorría los montes, selva adentro, andando por ríos y caños tributarios del Orinoco hasta el Casiquiare supervisando sus barracas, siempre acompañado por su séquito armado. “¿Cómo va todo?”. “Muy bien mi general, lo malo es que esta gente es muy floja, debimos haber traído a gente de nuestra tierra”. “No sea toche, hombre, para eso está usted. Hágalos trabajar a juro. Una arenga aquí, un regaño allá, según su evaluación del sitio”. Después del periplo, regresó en la lancha a vapor de Jacinto Gavini. Arribó a San Fernando en la mañana del 8 de mayo, cansado, sucio e impregnado de olor a caucho. Se aseó, se cambió la ropa y almorzó antes de recibir a la comitiva de negociantes que le esperaban. Le expusieron una vez más que la cuota asignada de caucho y balatá era insuficiente. Que no les había cancelado ciertas deudas, que sus negocios estaban en quiebra debido a los impuestos. Como siempre le ruegan que les rebaje el impuesto y les permita vender más caucho y más balatá en Ciudad Bolívar. Pulido, fastidiado, aunque en tono amigable; cordial, como siempre ha sido su trato con ellos, hace caso omiso

a las peticiones una vez más y, manoseándose el bigote, les habla de la inspección que acaba de realizar, que el negocio va de mal en peor, que la producción es escasa, que no se consiguen buenos trabajadores. “Pero no se preocupen –les dijo–, haré todo lo posible por complacerlos en la próxima cosecha”. “Otra vez con la misma promesa”, murmuraron los caucheros. “Bueno, tómense un cafecito, no, mejor un brandicito”; fue lo único que consiguieron de Pulido. “Que lo disculpen porque se siente enfermo, un poco de fiebre. Va a llover pronto, mejor nos vamos antes que caiga el agua”, dijo uno de los empresarios esa tarde del 8 de mayo de 1913, víspera del golpe. “La orden quedaba en pie; y así estaba decretada, sin apelación, la ruina de los comerciantes proveedores y la miseria de los industriales, de los obreros y de los infelices indios, en provecho de un grupo de privilegiados...”, había anotado Sebastián González preparando la justificación de la asonada.

—Antes de abordar los acontecimientos del 8 de mayo –acoté–, debemos volver atrás para ubicar en el tiempo la presencia de Tomás Funes en este escenario y las circunstancias que llevaron a este hombre laborioso y taciturno a cometer el pecado de soberbia que enferma el alma como ningún otro.

V

TOMÁS FUNES, EMPRESARIO

*Empresario orgulloso de tu dominio,
en la ambición del poder político,
no presientes tu propio exterminio.*

Caminamos por las calles del pueblo, que apenas llegan a una docena trazadas en cuadrícula. Hicimos un recorrido por algunas de ellas para ubicar las casas que alguna vez habían albergado a los hombres y mujeres de la época cauchera, cuando solo existían siete calles. Era evidente que, después de medio siglo transcurrido, no había mucha diferencia en cuanto al crecimiento del poblado. Vimos construcciones hechas con materiales perecederos como bahareque, palmas y láminas de zinc donde algunas aún se mantenían parcialmente en pie. El peso de los años, de la intemperie y de la desidia se había manifestado sobre ellas y estaban muy arruinadas. Don Sinforiano, el cronista popular, nos informaba acerca de los hechos acontecidos en aquella época; mientras Miguel Yépez tomaba fotografías, captó la que fue casa-comercio y cuartel de Funes, detallando los agujeros en las puertas de madera dejados por las balas. Una cruz metálica en la plaza Bolívar señala el sitio donde cayó fusilado. Fuimos al cementerio a fotografiar su tumba. Después, a la casa que fue de

Chicho González, a la de Noguera, la casa de la Prefectura, donde alguna vez existió (antes de quemarse) el comercio del caraqueño José Sulbarán y muchas otras; observamos que ninguna de estas casas antiguas tenía corredores al frente, sino en la parte posterior. En las calles de tierra los animales domésticos rastreaban algo de alimento. Nos ocupamos en estas labores durante toda la mañana para aprovechar la frescura de esa fase del día antes de la acometida del calor soporífero del mediodía en adelante. Fuimos a almorzar a “El Completo”. Allí, mientras esperábamos la comida, el impetuoso reportero insistió:

—Don Sinfioriano, ¿qué otra anécdota sabe usted de Funes? Cuéntenos más sobre ese polémico personaje para complementar la información que tenemos.

— ¡Ah! Bueno, ese era el mayor negociante de caucho, de balatá, de todo y además usurpó el gobierno desde que asesinó al gobernador Pulido y todos sus allegados. En eso fue apoyado por los comerciantes, caucheros y regatones. Según dicen, más de 400 muertos se echó al colete desde que tomó el poder hasta el día de su fusilamiento.

—Arévalo Cedeño dice que descubrió entre los papeles de Funes, una lista de 420 muertos —dijo el doctor Andueza—. Sin embargo, él proclama la venganza de los muchos sacrificados por el tirano Funes, antes de salir de Cravo Norte a combatirlo.

—Sí, eso es lo que dicen —prosiguió don Sinfioriano—. Yo, la verdad, no me imagino que sean tantos muertos los que se le achacan, algunos hablan hasta de miles, imagínese, en ese caso Arévalo Cedeño no hubiera podido llevarse tanta tropa de aquí, él menciona haber reclutado a más de 400 hombres.

—También dicen que Funes no se metía con los indios —apuntó el periodista Yépez— porque ellos eran sus amigos.

—Mire, eso lo dicen los que escriben historias, como ustedes —indicó don Sinfioriano—. Pero yo, que viví esos tiempos, digo que

Funes no tenía amistad con naiden y menos con los indios. Eso de que no se metía con los indios sí es verdad, porque no trabajaba directamente con ellos, sino a través de los regatones y caporales.

—Juan José Rivero, hijo de un empresario cauchero, en un artículo publicado en *Elite* —apuntó el doctor Andueza—, dice que Funes no era malo como se han empeñado hacerlo ver. Al contrario, muchas personas que lo conocieron de cerca, que trabajaron o convivieron con él y que aún viven, aseguran que más bien era un hombre generoso y servicial, justo en su proceder y amigo de los hombres de trabajo; que los malos eran sus secuaces Manuel María González, Luciano López, Maerthacci y, sobre todo, los espalderos Avispa, Picure y Medinita.

— ¡Dígame eso! —exclamó nuestro amigo Rufo, que se había sumado a la conversación de historiadores de Rionegro—. ¿Es que acaso Funes era pendejo? ¿Acaso estaba sujeto al capricho de criminales? No señó. Era un hombre de recia personalidad y temperamento férreo. Que si Avispa y Picure no eran espalderos de Funes sino de Luciano López, son pendejadas. Que cometían sus crímenes a espaldas de Funes, es una contradicción, porque él controlaba todos los actos de sus secuaces. ¡Los cuatro, todos, eran caimanes del mismo pozo! Miren, si alguien fue fiel representante de la era gomecista, fue el propio Tomás Funes, amigo de los hombres de trabajo, sí, ciegos, sordos y mudos. Paz en el cementerio y trabajo en los cauchales y barracones. También es justo reconocer que fue un hombre duro y austero porque teniendo tanto dinero nunca pudo disfrutar de eso.

—De lo que sí estoy seguro —dijo don Sinforiano— es que Funes era el propio amo mayor, el amo de la vida y de la muerte. Había otros amos, pero él era el caudillo. La gente lo aceptaba porque no había otra alternativa. Hasta en la hora de escoger padrino, él era el único capaz de asegurar la protección del ahijado y de sus compadres. Por eso era la persona a quien más escogían para padrino. Aquí a las seis de la tarde ya no se veía un alma, solo algún vigilante

andaba por las calles. Por cierto, una vez una mujer supo que su hijo había llegado de un largo viaje y estaba montando guardia en el cuartel de Funes, entonces fue hasta allá durante la noche; al oír el santo y seña: “¡Alto! ¿Quién vive?”. Reconoció la voz del hijo y contestó: “¡Tu madre!”. El guardia replicó: “¡La tuya!”, y disparó matándola en el acto... Eso sí, Funes tenía varios pescadores que repartían la pesca entre las familias de sus peones cuando estos andaban recolectando goma. Él protegía mucho a las familias de su personal. Quien se metiera con alguna de ellas, el que le cogiera la mujer a otro, o robara algo, ese era hombre muerto. Dicen que no toleraba a la gente ladrona o chismosa, los “lleva y trae”, que eso lo volvía como un tigre; claro, como un tigre para matar a los inculpados con esos chismes. Y en tal caso, yo me pregunto: ¿por qué andaba escuchando conversaciones y vigilando a todos, si no le gustaban los chismes?

—Si a ver vamos —dijo del doctor Andueza—, según Abel Barrios existe un diario de la vida de Funes; asegura haberlo visto en una biblioteca de Barcelona.

Por un momento nos confundimos al intentar ponernos de acuerdo para comenzar a tomar apuntes sobre aquel sátrapa que había gobernado drásticamente durante ocho años en los confines selváticos del país. Como el diario de su vida no se había encontrado hasta ese momento, tampoco la fecha ni el lugar de nacimiento, unos dicen que había nacido en Cúpira, algunos que en Píritu Viejo, otros en Cúa y otros aseguran que en San José de Río Chico; son pueblos cercanos, en la región de Barlovento. No importa donde se nace, sino donde se vive. Que, si nació el 10 de febrero de 1879, o en 1870, o en 1855, es lo de menos, pues el tiempo de vida de este tipo de persona está determinado por la época y circunstancias en que vivió, lo importante es cómo las asumió. Su madre era de ascendencia caribe y su padre José Miguel Guevara, de origen criollo, aunque algunos insisten en que era el general Manuel Antonio

Guevara. El niño acuariano fue esculpado por una adivina: nació para mandar, será introvertido, íntegro y aunque será amante de la soledad, lo veo rodeado de mucha gente, pero alejado de su tierra, encerrado entre rejas de árboles que sangran... No quiso decir que lo veía sangrando también. Será muy rico y poderoso. Y su madre salió contenta y orgullosa del consultorio.

Dicen que a los trece años se aburrió de jugar y vagar. Tampoco quiso estudiar y su ansiedad por la aventura lo empujó por el camino de las armas; se unió a su medio hermano, el general Lorenzo Guevara en 1892 e intervino en las escaramuzas libradas en Guatire contra el cuerpo del ejército de la revolución legalista mandado por el general Martín Vegas. La guerra continuaba y en 1899 se encontró combatiendo bajo el mando del mismo general Guevara, esta vez en el Guárico contra el general Ramón Guerra, que se había alzado contra el presidente Ignacio Andrade. Peleó como un tigre en el asalto a Guatire, también en el combate del Morichal de Lamedero, donde le otorgan el grado de sargento. Después de aquel triunfo decisivo para el gobierno, amainaron los combates y no hubo más ascensos para él. Y un año después abandonó los arreos militares. Reaparece en el escenario político-militar cuando se une a las tropas de la Revolución Libertadora de Manuel Antonio Matos. En 1902, Matos abandona a sus tropas antes de enfrentar a las fuerzas del gobierno en la población aragüeña de la Victoria, y sus tropas son derrotadas por Cipriano Castro, presidente de la República. Funes es hecho prisionero y encerrado en el Castillo de San Carlos, desde allí se fuga y luego se dedica por poco tiempo a contrabandear.

En tiempos del presidente Castro, su hermanastro Lorenzo Guevara fue nombrado jefe civil y militar de Guayana y Funes obtuvo un cargo en la Aduana de Ciudad Bolívar; allí tuvo oportunidad de percibir lo productivo que era el negocio cauchero. El hombre de mediana estatura, de cara ancha y pómulos salientes, de frente ancha y mirada penetrante, veía como pasaban decenas de toneladas

de bolones de caucho, marquetas de balatá y otros productos forestales provenientes de la selva. Cuando el general Lorenzo Guevara se retiró, él también lo hizo. Había quedado atraído por fabulosas riquezas que provenían de las cosechas de caucho, de la sarrapia y de las plumas de garza que alcanzaban precios astronómicos en los mercados europeos. Entonces decidió probar fortuna y se dirigió hacia el territorio selvático, donde se originaba y se extraía la materia prima que, aun sin ser procesada, producía grandes fortunas. Se asoció con Justo Díaz, quien le asomó la idea de fundar una empresa cauchera, solicitando una concesión de caucho y balatá. Un día muy temprano, se embarcaron en el vapor que los llevaría, remontando el río, hasta Perico, la puerta de los grandes raudales del Orinoco. Durante varios días de monótona navegación, Justo Díaz acaparó la atención del general Arístides Fandeo, quien iba a tomar posesión del cargo de gobernador del Territorio en San Fernando de Atabapo; mientras Funes, que hablaba poco, prefería contemplar la invariable ribera, que escondía tras sí las fabulosas riquezas que se mencionaban en Guayana desde la época de la Conquista. A su pensamiento venía el recuerdo de su reciente pasado y sentía tranquilidad y sosiego en aquellos lares solitarios, donde solo oía el zumbido de la chapaleta del barco. Regresaba a su memoria aquel día cuando fue nombrado comandante de la policía de Cúpira, orgulloso se sintió y se complació de su vocación autoritaria; aunque solamente ejerció el cargo ese día, porque al siguiente se enfrentó a un cacique local. José Peña se llamaba, lo llamaban hasta que osó cuestionar el nombramiento del flamante jefe; en el sitio de discusión quedó tendido. Un hermano suyo, también representante de cacicazgo regional, salió a reclamar venganza. Si lo mataba, vendrían otros más, dedujo Funes y en ese caso, prefirió huir de aquel vengador. Anduvo errante de pueblo en pueblo, de caserío en caserío, de hato en hato, del timbo al tambo hasta que finalmente se halló en medio del combate. Recordó el

estruendo de los fusiles, los choques de espadas y machetes en el asalto a Guatire y, siete años después, el Morichal del Lamedero...

Otro día, mientras observaba el grandioso paisaje del río que se extendía más allá del horizonte ribereño para detenerse en las moles graníticas de la serranía, su pensamiento se solazaba con la idea de un mundo lleno de aventuras, de riquezas y, por qué no, de obras que dignificarían a sus congéneres nativos de la selva. Y cada día, a medida que el vapor remontaba el río, sentía el alejamiento de un mundo conocido para adentrarse cada jornada en un mundo extraño y verde, tan extenso como el mar. La chapaleta dejó de girar cuando arribaron al puerto de Perico, después de seis días de navegación. El pitazo estridente y el chorro de humo que se extendió en el cielo atraieron a los caleteros, quienes concurrieron al sitio de arribo para descargar el barco y desde allí caminaron con los pasajeros hasta Puerto Salvajito donde embarcaron la carga en otro barco. Los pasajeros abordaron la embarcación para navegar río arriba durante un día hasta llegar a la boca del río Tuparro en este sitio hicieron otro transbordo para llegar a Maipures, demorándose un día en el trayecto. Desde ese momento tuvo conciencia de que estos espectaculares y peligrosos raudales, marcaban de manera contundente su destino: era la barrera que separaba su vida futura de su vida pasada, pero no se imaginó que, por aquella misma condición inexorable del destino, nunca más volvería a pasarlos en sentido contrario. Desde Maipures remontaron suavemente por el Orinoco medio, en el vapor de The Orinoco Shipping and Trading Co. Ltd. durante dos días sin contar las noches. Al aproximarse a San Fernando, en la confluencia, les llamó la atención el choque de aguas negras del Atabapo con las barrosas del Guaviare que, sin mezclarse, se infiltran en el Orinoco para acrecentarlo significativamente. Después navegaron solo por aguas negras apacibles antes de arribar al puerto del poblado ansiado. Habían navegado durante diez días recorriendo un trayecto de 1.116 kilómetros.

Díaz y Funes bajaron por el planchón como todos los pasajeros y saludaron a los presentes, con deferencia al gobernador saliente Ramón Zerpa y su jefe de defensa territorial Víctor Aldana. La mayoría de los presentes estaban atentos a los movimientos del general Aristides Fandeo, flamante gobernador del Territorio, quien desembarcó con un séquito de guardias armados encargados celosamente de separarlo de los pobladores y de la chiquillada que, por costumbre, concurrían al puerto cuando arribaba una piragua; algunos lograban burlar el cerco, pero el flamante gobernador no se molestaba sino, al contrario, les manoseaba el cabello y lanzaba un puñado de caramelos para alejarlos. Díaz y Funes encargaron el transporte de sus equipajes a un caletero y al momento de despedirse del mandatario, expusieron una vez más sus propósitos de trabajar honradamente.

—Si vienen con esas intenciones, como estoy seguro que será así, cuenten con mi apoyo —dijo el gobernador—. Y de paso les voy a facilitar alojamiento, mientras consiguen uno definitivo. Les advierto una cosa —agregó circunspectamente—, tengan cuidado de no contagiarse con la viruela.

A los atabapeños les cayó en gracia el mandatario; no obstante, al poco tiempo, se desilusionaron por los desmanes que comenzó a cometer. Viéndose envuelto en aquel panorama lúgubre, muy opuesto a la visión que se había formado de la riqueza cauchera, influenciado por la fama que esta había adquirido, Tomás Funes resolvió probar suerte adentrándose en tierras sureñas, fronterizas con Brasil. Un día se despidió de Justo Díaz y navegó hacia Río Negro. No se trataba de un acto desesperado, el hombre no andaba perdido, nada de eso; tenía sus pasos calculados por su habilidad para los negocios y con su carácter sencillo conquistó la simpatía popular. Antes de viajar, con las morocotas que traía, había comprado una casa, también un par de piraguas y estableció su negocio de regatón, con un barracón cauchero en Trocoapure, entre el Cunucunuma y Cariche, cerca del

barracón de Paraquet. Cuando regresó a San Fernando encontró a Justo Díaz muy enfermo y, antes de este ausentarse por ese motivo, decidió convertir a Funes en socio industrial; cuando llegó a Ciudad Bolívar lo presentó como tal al selecto gremio de comerciantes. En un tiempo de dificultades, Enrique Delepiani le tendió la mano, otorgándole un crédito de consideración en mercancías que debía pagar en caucho y así, Funes pudo continuar consolidando sus negocios. Tanto su fortuna como su fama como empresario fueron creciendo. Entretanto, el gobernador Fandeo, continuaba con sus desmanes y pésima administración, razón por la cual fue denunciado por un grupo de empresarios caucheros en Caracas; en consecuencia, fue destituido por el gobierno nacional.

Funes continuaba dirigiendo su empresa cauchera desde su casa comercio, que era la más visitada. Recibía a los capataces cuando, después de la cosecha, iban a rendir cuenta de la situación de las personas a su cargo; de muertos, enfermos o picureados. “Buenos días patrón, acabo de llegar sin novedad, con el personal completo. Con un cargamento de veinte toneladas de caucho y doce de balatá”. “Bueno –decía Funes–, tómese dos meses de descanso, después incorpórese, y una semana antes de salir para la próxima cosecha, pase por aquí con su gente para despacharlo. A partir de mañana se les comenzará a pagar, primero al caporal y después al personal”. “¿Coronel, no será posible adelantarme algo?”. “No señor, ya le dije que mañana”. “Muy bien mi coronel, con su permiso”. Pero, ay de aquellos caporales que le reportaban malas noticias como la pérdida de vidas o picureados, poca cantidad de bolones de caucho y marquetas de balatá. El infeliz capataz no era tratado con la misma consideración dada al rendidor y muchas veces corría el riesgo, no solo de ser despedido, sino de ingresar a la lista mortal. A veces era preferible desaparecer del mundo cauchero antes que rendir malas cuentas al patrón. Aunque Funes sufrió como otros por la pésima y arbitraria administración del gobernador Fandeo, trabajó durante

ese tiempo sin inmiscuirse en asuntos políticos, manteniendo esta actitud hasta la llegada del gobernador Roberto Pulido. Durante la administración de Arístides Fandeo, de José María Díaz, de Blanco Fombona, de Ramón Maldonado, de Florentino Reverón, de Carlos Prato, de Francisco Manamá y de Samuel Darío Maldonado, Funes trabajó regularmente llegando a producir mil quintales de caucho al año que salían para Ciudad Bolívar o Manaos, y su prestigio aumentaba cada día. Poco tiempo de haber asumido el general Roberto Pulido, fue citado a la casa de gobierno junto a otros empresarios del caucho para ser notificado de los nuevos y exagerados impuestos y exacciones. No hubo manera de negociar: todo o nada, no había término medio para Pulido.

—Otro gobernante lambucio —opinó Rodríguez Franco— que viene a negociar y extorsionar, no a mandar.

—En Caracas como que se están acostumbrando a mandarnos a estos agiotistas —comenta Luciano López—, que no dejan trabajar tranquilamente

—¿Por qué no mandan gente como Manamá, como Tavera-Acosta o Samuel Maldonado? —expresa Pérez Briceño y agrega—: No vale la pena ir a Caracas a protestar como lo hicieron una vez contra el general Fandeo, esta vez no hay esperanza de éxito porque Roberto Pulido sí es muy amigo del benemérito.

—Entonces, tenemos que ponernos de acuerdo para tomar una resolución —manifiesta Tomás Funes—. La prisión o la muerte del general Pulido acarreará terribles consecuencias para todos en el Territorio. Por mi parte, ¡hay que echarle plomo!

Los dueños del caucho han decidido conspirar y organizar la insurrección. Funes no había venido a trabajar para otros sino para que otros trabajaran para él. En lo concerniente al mando, le ha tocado asumir el compromiso de otros, le han dado todo el poder después de deliberar someramente. Ha asumido toda la responsabilidad y se siente capaz; además, cuenta con amigos incondicionales.

La araña teje su tela en absoluto silencio. Aprieta la empuñadura del sable de Lamedero y acaricia el filo frío. No queda otro camino que golpear, golpear fuerte... Eliminar. Exterminar...

VI

LA CONJURACIÓN DE LOS AMOS

*Muchos eran amos, aunque solo uno de ellos
tuvo el poder sobre el destino de aquellos.*

Aquella noche del 8 de mayo llovía torrencialmente; la cortina nocturna era rasgada constantemente por los relámpagos y el silencio era irrumpido seguidamente por el retumbo de los truenos de variado estrépito. En la casa de gobierno, Roberto Pulido y sus allegados dormían. Todos dormían en el poblado porque, cuando llueve, refresca el clima y tanto el indio como el criollo duermen profundamente. Todos duermen, menos los conjurados. Días antes, en la casa de Funes se habían reunido los empresarios caucheros, los dueños de la selva, para tratar los puntos organizativos de la conjura. Funes les había exigido carta blanca para ejecutar el plan. Se la dieron unánimemente, seguros de que sentaría precedente para que los futuros gobernantes no intentaran imitar a Pulido. Asumió su condición de jefe y debía cumplir con la misión propuesta, una acción trascendental, sin arrepentimiento posible ni marcha atrás una vez iniciado. Esa noche, en casa de Salomón Kházen, Funes se reunió con Juan Maniglia, Horacio Luzardo, Ramiro Queijero, José Antonio Sulbarán, Federico González y otros empresarios más

a quienes les conminó que se mantuvieran allí. “Pase lo que pase no salgan de aquí”, les dijo. Luego se marchó para dar las últimas órdenes a sus secuaces y gente de confianza: Manuel María González, Casimiro Zárraga (a) “Avispa”, Gertrudis Medina, Jacinto Pérez (a) “Picure”, Pedro Medina (a) Medinita, Luciano López, Balbino Ruiz, Sebastián González y otros jefes que mandaban un total de casi sesenta hombres racionales, peones; diestros con el machete cola e’ gallo y muchos excelentes tiradores. Desenvainó la espada y los arengó, con voz grave y firme, lanzando la consigna de “Valor y respeto”. Las cabezas deben rodar por el suelo; que nadie tenga compasión con el enemigo. Repartió los wíncesters, los máuseres y la munición que habían rescatado de la bodega oculta de la lancha *Irma*. En casa de Funes la actividad era febril, silenciosa. Unos cargaban los rifles y amolaban los machetes y puñales; otros se rapaban las cabezas o se quitaban las camisas para poder reconocerse entre sí en la oscuridad.

Antes de la media noche salieron sigilosamente caminando por los aleros bajo la pertinaz llovizna. En el silencio relativo solo se oía el croar de sapos y ranas y el aullido de algunos perros desvelados. Se dirigieron hacia la casa de gobierno. Un grupo de avanzada dio muerte silenciosa al centinela para evitar que diera aviso, rodearon la casa y penetraron hasta el cuarto donde dormía el gobernador en su hamaca. El ruido de un tropiezo en la casa oscura lo despertó y aún amodorrado gruñe: “¿Quién anda allí?”. Solo alcanza a percibir las sombras de los asaltantes y trata de incorporarse para empuñar el wíncester que tiene a su lado. Un balazo lo hirió en el estómago y a duras penas logró hacer unos disparos al aire. “¡Cobardes! ¡Asesinos! ¡Malditos!” , alcanzó a vocear. En ese momento Balbino Ruiz, ágilmente, como un felino, se le fue encima y le atestó un machetazo en la nuca. Con espasmos y con las piernas enredadas en el chinchorro, Pulido cayó bañado en sangre. En la misma casa mataron a machetazos, casi simultáneamente, al secretario

de gobierno, el coronel Antonio Espinoza; al hermano de Pulido, Pablo Enrique; a José Soublette, espaldero del gobernador. Juan Espinoza, comerciante y hermano de Antonio logró salir a la calle y corrió; una jauría lo persiguió y al momento de alcanzarlo, la mano de la muerte lo macheteó por la espalda. Se tambaleó, cayó y el montón de matones se le vino encima. También asesinaron a sus hermanos Alberto y Federico Espinoza. Otros grupos asaltaron varias casas y mataron a varios pulidistas: Manuel María Baldó, cuñado de Pulido; Reyes Carvajal, secretario privado de Pulido; los hermanos Amaya y Jesús Capecchi, comerciante. Todos cayeron bajo los afilados machetes o las balas de los wíncesters. También mataron a Heriberto Maggi, recaudador de la Renta de Licores y a su hermano Rafael, saquearon su almacén y en la caja fuerte encontraron más de 60.000 pesos. Ultimaron a los comerciantes Germán Trujillo y Miguel Aguilera. A Eleodoro Linares, jefe de policía y sus agentes; al comisario Domingo Martínez. Todos los empleados y allegados de Pulido fueron sorprendidos y asesinados a machetazos. Con asaltos en distintos sitios del poblado prosiguió la masacre. En la oscuridad de la noche sonaron varios disparos y algunos salieron a curiosear, cayendo asesinada incluso gente inocente y ajena a los acontecimientos. Esa noche, los niños que se despertaban a causa de los disparos se aferraron a sus madres y se encobijaron; los hombres valientes se apostaron tras las puertas de sus casas asiendo el mango de sus machetes en espera del asaltante. Muy pocos fueron los que no oyeron las voces de gemidos mortales que se esparcían por las calles.

Cuando Tomás Funes llegó a la gobernación vio el cadáver de Pulido desnudo de la cintura para arriba que yacía remojado en su propia sangre, y con el pie le dio media vuelta al cuerpo para verificar su muerte. El que había venido a luchar “con las privaciones y la muerte”, a dar su vida por el benemérito, había sido vencido. Y el triunfador sintió que ya no era el mismo, ya no era el tenaz

regatón y exitoso empresario, ya no volvería a ser el mismo de ayer; de ahora en adelante, el manto frío de la muerte sería su cobertor. Todo había salido a la perfección. Comenzó a aclarar el día y los conjurados aplaudieron el éxito de la tenebrosa acción. Una acción digna de un gran estratega militar, mi coronel: no hubo bajas sino las del enemigo. Poco antes de salir el sol, la gente se conglomeró enfrente de la casa de gobierno, se oyeron disparos al aire y gritos de los triunfadores: “¡Viva Tomás Funes! ¡Viva la revolución! ¡Muera Pulido! ¡Abajo la tiranía! ¡Con Funes, valor y respeto!”. “Todavía falta gente –dijo el caudillo–, no debe quedar nada ni nadie de la gente de Pulido, ¡vayan por ellos!”. Entraron violentamente en el consultorio odontológico del Dr. Baldomero Benítez, apreciado por cuantos le conocían y sin mediar palabras lo asesinaron vilmente. El comerciante Enrique Delepiani, persona simpática y querida en Ciudad Bolívar, muy honorable y bondadoso, se había refugiado, herido de bala, en el cuarto de su cuñado Enrique Odremán; aun así, violentaron la puerta y lo arrastraron hasta una zanja donde lo remataron a tiros y lo enterraron. Aquella noche fueron asesinados en casas y calles cuarenta y tres personas. Casi la misma cantidad de muertos que dejó la emboscada del gobernador Blanco Fombona sobre Víctor Aldana. La muerte tiene muchas máscaras: aquellos peones fueron acribillados a tiros y no tuvieron quien los reclamara; estos, ricos comerciantes y personas pertenecientes a distinguidas y honorables familias fueron degollados, amputados... y sí, tuvieron deudos que clamaron venganza. Desde Cumaná, los hermanos del doctor Benítez lanzaron una carta abierta, cuatro meses después de la masacre, denunciando al fiscal Cabrera Malo por su parcialidad manifiesta en un artículo publicado por la prensa, y acusaron de asesinos a Tomás Funes, Manuel María González, Balbino Ruiz y Jacinto “Picure” Pérez como ejecutores del crimen contra su hermano. Los esbirros, en parejas, fueron cargando a sus víctimas hasta las tres fosas comunes, excavadas en los alrededores del poblado. Caían

como muñecos desarticulados, la tierra los engullía, las extremidades quedaban al aire como tratando de emerger del averno. Algunos cadáveres fueron enterrados sin cabeza, las que más tarde eran encontradas y enterradas en otros sitios. En un montículo de tierra fresca sobresalió una mano de ultratumba. Se movía, lentamente se movía y llamó la atención a un piquete. Desenterraron el cuerpo con la intención de rematarlo. Entonces vieron que tenía un escapulario de la Virgen del Carmen. “Por eso vivió tanto –dijo el verdugo–, cuando se lo quitamos murió y me evitó tener que rematarlo”. Con las primeras luces de la aurora atabapeña sobreviene la segunda ola de la orgía; por la sangre de los conjurados corría la adrenalina y sus gargantas están estaban resacas, necesitaban aguardiente para serenarse y calmar el frío mañanero que esparcían las brisas provenientes del tranquilo Atabapo y del tenebroso Guaviare, testigos impasibles de aquella barbarie. Todos necesitaban aguardiente o brandy, menos Tomás Funes quien no tomaba ni fumaba, pero se notaba eufórico. Entonces, arremetieron contra las casas comerciales de todos los adeptos a Pulido y los botiquines fueron vaciados. La mesnada se emborrachó y continuó la persecución de los pulidistas. Cuando Funes dio la orden, solo para cuidarse en salud, de prohibir los robos y saqueos, ya el mal estaba hecho. No obstante González Perdomo, el panegirista del cabecilla de la insurrección anotó: “en combates parciales, la sangre de los depredadores y la sangre de los mártires de la libertad, corrieron juntas en holocausto... Durante horas, los hermanos nos exterminamos como si no viniésemos del mismo vientre y del mismo suelo, sino de los extremos del Universo...”.

Con la desaparición física del gobernador Roberto Pulido, todo su tren gubernamental, sus socios y hasta de sus familiares, tal como lo había previsto, el coronel Tomás Funes consideró dominada la situación, se hizo cargo del gobierno de facto y se dedicó a organizar febrilmente. Como era frío y calculador, sabía que debía atar los cabos sueltos, barrer las huellas y cumplir los compromisos. Lo

primero que hizo fue designar un equipo de gobierno, luego derogó los decretos sobre gravámenes impuestos por Pulido. Ordenó recoger toda la mercancía de los comerciantes asesinados y realizó un inventario, también confiscó la cosecha de caucho que aquellos extintos tenían recogida. Desde ese momento estableció una práctica de gobierno que se caracterizaría por mantener el orden bajo la intimidación, donde su palabra era ley absoluta. Posteriormente, aceptó la sugerencia del bachiller Sebastián González Perdomo de escribir una carta al Benemérito General Presidente, mediante la cual le informaba que se ponía incondicionalmente a sus órdenes, para adelantarse a las noticias que pudieran llegar por otras vías y con otros intereses, contrarios a los suyos: un deber imperioso y solemne, en nuestra sagrada condición de ciudadanos conscientes del supremo derecho que nos asiste, a la sombra augusta de la democracia y en el actual momento histórico porque atraviesa el país, nos mueve hoy a protestar –formal y categóricamente– contra los diarios e ilegales procedimientos sucedidos en el gobierno que presidió el señor general Roberto Pulido; procedimientos que no solo empañaban el brillo de la ley y la dignidad de las instituciones, sino que iban abiertamente contra la vida de los intereses territoriales y los fueros del propio decoro personal. Por eso recurrimos al primer magistrado del país en demanda de justicia.

«Queremos magistrados de otro orden, pero lo suficientemente inspirados en el bien de la comunidad; magistrados como Francisco Manamá, cuya administración fue garantía segura para los intereses Territoriales y cuya liberalidad dejó entre nosotros una huella de honda simpatía; y magistrados de ejecutorias como Samuel Darío Maldonado, cuya inteligencia inició una era de progreso, de rectitud administrativa y de altas rehabilitaciones».

—Bueno, vamos a firmar nosotros y luego búscate a Rodríguez Franco, a Miguel Pulido, a Fuentes, a Sulbarán, a Luzardo, a Chicho González, a Coll y otros para que firmen también –le ordenó al

secretario y seguidamente, organizó una comisión que despachó hacia Caracas a llevar la misiva y entrevistarse con el Benemérito General Presidente.

Al término de la distancia, la comisión con la correspondencia llegó a Caracas. Desde allá los enviaron de regreso a Maracay. Finalmente llegaron a la hacienda “Las Delicias”. Esperaron, donde esperaban los amigos. Un coronel se les acercó y tomó la correspondencia; “ese es Tarazona”, dijo uno. Veían pasar la sombra, rápida, con el movimiento de un bastón, parecía Charles Chaplin. “¡Miren, miren, allá está!”. Solo avistaron la correspondencia sostenida por una mano enguantada. Ya desilusionados, esperaban otearlo desde lejos y solo vieron emerger de la charca un gran hipopótamo para atrapar un cambur lanzado por la mano enguantada. Después de que oyó la lectura de la misiva dijo: “ajá, secretario, contéstele a esos toches, escríbales que yo, el general Gómez, habiendo visto su exposición fechada el 9 de mayo, lamenta los sucesos referidos, que el gobierno mandará próximamente un gobernador que cumplirá fielmente con sus deberes oficiales, garantizando todos los derechos ciudadanos. Es todo. Si preguntan por mí, no me molesten porque voy a estar en los corrales curando una vaca”. No les dio tiempo de avistar la fugaz figura del poderoso chamán, menos de oír su voz, porque Gómez no levanta la voz, domina más en silencio que hablando. Los rudos hombres se sintieron como niños ante la distante presencia del padre severo a quien no pudieron ver.

* * *

Sin olvidar que aún quedaban funcionarios adictos y amigos de Pulido en Río Negro y Atures, con quienes había que arreglar cuentas, Funes procedió a comisionar al general Manuel María González hacia Santa Rosa de Amanadona y al coronel Lucio Sánchez

hacia Atures. A dos días de la masacre, salió el general Manuel González con rumbo a Río Negro, acompañado por Cesar Mijares, Ventura Gutiérrez, el general Juan Manuel López que era paisano de Funes; llevaban a Jacinto Pérez (a) “Picure”, Julián Machado (a) “Bota guinche” y otros espalderos. Transitaron por la pica de Yavita a Pimichín, bajo la penumbra creada por los grandes árboles de Yébaro. Pasaron por La Cruz, que marca el sitio donde había sido herido de muerte el gobernador Francisco Michelena y Rojas de manera misteriosa, pues existen tres versiones de su deceso y hasta el presente no ha sido aclarado suficientemente. En algún lugar del camino, Manuel María González y sus secuaces asesinan a los comerciantes Edmundo Antonio Briceño, el catire Conrado Ramírez y Manuel Rodríguez quien murió sin saber nada de la conspiración. La comisión llegó a Pimichín y allí se demoraron, pues tuvieron problemas para conseguir una embarcación en ese puerto. Finalmente le arrebataron el bongo a un pescador y continuaron; bajaron por el caño Pimichín, por el río Guainía y pasaron frente a Maroa. Allí vivía don Tobías Angulo, hombre recio y generoso. “Ese Tobías Angulo es bien fuñío –dijo César Mijares y Manuel González agregó–: Tiene las bolas bien puestas y hasta suerte tiene, no está en la lista negra”. Da la orden de continuar, las falcas pasaron de largo mientras la gente del poblado saludaba agitando brazos y pañuelos como era costumbre. A su paso por San Carlos asesinan al comisario nombrado por Pulido y reclutan varios hombres para reforzar la mesnada; luego parten desde ese puerto en tres bongos. La familia de la mujer del general Varela residía en Capaco y para neutralizar su intervención, Ventura Gutiérrez navegó hacia allá para apoderarse de todas las curiaras y embarcaciones atracadas en el puerto. Así evitaban que alguien diera aviso a Varela en Santa Rosa. El general José Antonio Varela era trujillano, había sido enviado por el benemérito general presidente al Territorio Amazonas como administrador de la aduana de Santa Rosa de Amanadona, cuando el coronel Néstor Pérez

Briceño ejercía la gobernación, por primera vez. Santa Rosa era para ese entonces la población más importante en la frontera sur. Cuentan los ancianos que, en la anfractuosidad de la laja, situada en el puerto, vivían unas toninas encantadas y por eso su nombre original fue Jamánadona, que significa “morada de toninas”. Era el puerto más austral por donde ingresaban las mercancías importadas procedentes vía Brasil, de Alemania, Francia, Inglaterra y otros países europeos. Era también el puerto clave para la introducción de armas. Esto motivó a Funes, como eficiente empresario, a situarse cerca de aquel poblado; pues le había comprado el sitio a Julio Pesquera, pero se consiguió con la negativa de Varela al ingreso de armas y por esa razón se enemistaron.

César Mijares, en otro bongo, apresó al cuñado de Varela que estaba pescando plácidamente y lo llevó ante González. Lo interrogaron, luego lo embarcaron y lo maniataron para dejarlo abandonado en una isla del río. Las tres embarcaciones se dirigieron a su destino durante la noche y llegaron a Santa Rosa en la madrugada. Cada bongo arrimó en un lugar diferente. Cercaron las salidas del caserío y una avanzada se dirigió hacia la vieja casa de bahareque, sede de la aduana. En el corredor, vencido por el sueño, el guardia de turno con su wíchester al costado, dormía en un chinchorro arropado con su cobija llanera. Ventura Gutiérrez se le acercó paso a paso, sigilosamente, y palpándole levemente le susurró: “despierta. Shiit. No vayas a gritar, solo venimos a detener al general Varela por orden del gobernador”. No había terminado de hablar cuando el guardia da un salto desde el chinchorro y al mismo tiempo dispara contra Gutiérrez hiriéndolo levemente; acto seguido los acompañantes de Gutiérrez acribillan al guardia, avanzan presurosos hacia el interior de la casa e intentan entrar con violencia, golpeando y forjando puertas y ventanas. Varela en ese momento estaba acompañado, además de su mujer, de sus dos hijos, uno de ellos enfermo. Al oír los disparos reforzó las trancas de la puerta y la ventana de su cuarto

y junto a sus hijos, todos armados con wíncesters se dispusieron a resistir el asalto. Se cruzan los disparos entre asaltantes y defensores; los tres valientes hombres acorralados, presienten la imposibilidad de salir airosos, pero están dispuestos a defender sus vidas. En un instante de tregua involuntaria se oye una voz despótica: “¡Ríndete Varela que no tienes salvación!”. Y desde adentro sale la voz trémula como un eco sordo de ultratumba: “yo no me rindo a ningún coño e’ madre como ustedes que son unos bandidos, traicioneros y jala bolas. ¡Mátenme si pueden, carajo!”. Arrecia la balacera. Varela ve caer a su mujer y sus hijos. También ve caer a dos de los asaltantes, aún quedan muchos; se acerca el fin. Agotadas sus balas, en un momento de desesperación intenta escapar. Abre la ventana y, peinilla en mano, procura saltar, pero al asomarse Mijares le asesta un machetazo y le cercena el cuello.

Bajo la luz mortecina de la aurora, en Santa Rosa de Amanadona yacen seis cuerpos sin vida. Ha ocurrido otra mortandad ocasionada por la avaricia y ansias de riqueza desencadenadas por el látex de oro, bajo la mirada atónita de los humildes pobladores del pueblo más meridional del país. Los asaltantes se apoderaron del dinero del difunto y de una piragua cargada de bolones de caucho. Para remolcarla hasta San Fernando, el general González mandó a buscar a San Carlos de Río Negro, la lancha *Irma* con motor a gasolina, que le había sido devuelta a su dueño, el comerciante Ángel María Bustos. Mientras tanto, desde San Fernando, había salido la comisión hacia Atures al mando del coronel Lucio Sánchez con instrucciones de liquidar al personal de Pulido que controlaba el paso de los raudales. Llevaban como prisioneros a doña Ana Mercedes Baldó de Pulido y sus dos hijos menores. Al llegar a Maipures tomaron las rústicas instalaciones a mano armada y pasaron a Atures donde procedieron de igual forma. En la casa donde vivía Manuel María Baldó, quien era el administrador de rentas y jefe de seguridad territorial, encontraron cincuenta máuseres que el presidente Gómez había enviado al

gobernador Pulido. Diez días llevaba doña Mercedes secuestrada en Maipures, vejada y a veces privada de alimentos por todo el día, bajo el asedio lujurioso de Lucio Sánchez, su carcelero, a quien Funes le había encargado matarla porque “Avispa” se había negado diciéndole: “Mi coronel, nosotros matamos hombres, no mujeres, mándenlos a matar a todos los hombres, pero no a una mujer”. Sánchez le había prometido la vida si accedía a sus deseos carnales; pese a ello, la dama se había negado a complacerlo; había resistido hasta el día que fue violada públicamente por él y seguidamente por sus lacayos. Después, la infortunada mujer, enloquecida, se dirigió tambaleante como una zombi hacia el río torrencioso y se fue hundiendo hasta caer atrapada por las fauces de un caimán. También mataron a sus dos niños. A doña Tomasa de Malavé la apresaron y la interrogaron sobre el paradero de su esposo, que no era de la gente de Pulido sino enemigo personal de Funes; lo buscaban en Maipures para asesinarlo y finalmente lo atraparon. La mujer se resistió a delatar a su esposo, y ante su negativa, la torturaron salvajemente sin que la valiente mujer se doblegara; entonces “Avispa” perdió el dominio de sí y la asesinó. Así dijera que no mataba mujeres.

—Algunos mencionan que el doctor Rafael Cabrera Malo informó al presidente Gómez —intervino el doctor Andueza—, que doña Mercedes de Pulido había muerto de beriberi en Atures y que las prendas y otros valores que portaba fueron entregados, bajo inventario, a una hermana y una criada que fueron trasladadas a Ciudad Bolívar. Ahora bien, solo imagínense quién es el informante, pues nada más y nada menos que el abogado defensor de Funes.

Sucedió que, tiempo después, Lucio Sánchez salió de cacería con uno de los espalderos. En el monte localizaron un danto y se separaron para cazarlo, pero el compañero de Sánchez, al sentir un movimiento en la espesura, apuntó y se le fue el tiro, se excusó después, aunque era experto cazador. Cuando se acercó a su presa se dio cuenta que había confundido el danto con su compañero

y, creyendo que estaba muerto, lo cargó en una parihuela hasta el pueblo. Allí se dieron cuenta de que Sánchez estaba moribundo e hicieron lo posible por salvarle la vida; aunque solamente lograron prolongar su agonía. El sufrimiento lo hacía rogar por la muerte, y esta le atendió con lentitud como para hacerle expiar por sus crímenes. Ocultamente algunos decían que no sucedió tal confusión del cazador, sino que el occiso había caído en desgracia ante Funes, cuando comenzaron a descuartizarse los caimanes del mismo pozo.

* * *

La información que llega al centro del poder es confusa: desde Caicara escribe A. N. Sánchez el 24 de mayo informando al general Gómez acerca del asesinato del general Roberto Pulido y como quince de sus empleados y posiblemente al general Varela en San Carlos de Río Negro. Desde Ciudad Bolívar escribe Colón el 31 de mayo, refiriéndose a que ha recibido a los comisionados de Funes encargados de ratificar su adhesión al gobierno y solicita un nuevo gobernador para ponerse a sus órdenes con más de quinientos hombres armados. Manifiesta Colón que ninguno de los llegados asegura categóricamente cómo empezaron los acontecimientos en la noche del 8 de mayo. Transcribe una nómina de veintitrés muertos y agrega: “Considero la situación en Rionegro muy delicada, pues por una parte hay que atender a la vindicta pública por la muerte de todos esos individuos y por las familias de muchos de ellos, y por la otra a la grave actitud de los que están en armas, que son los inmediatos responsables de tanto homicidio, y a los intereses comerciales de allá que también tienen relación con los de esta plaza (...) Ninguno ha sabido darme razón de la suerte de un hermano de la señora de Pulido, ni de un hijo natural de este, que estaban en Atures y de donde se los llevó presos la comisión que

bajó de San Fernando enviada por Funes con tal objeto”. Tomás Funes se empeñaba en reafirmar su poder político en San Fernando. Como un tigre enjaulado se desplazaba de un lado a otro de la casa de gobierno, dando órdenes y dictando cartas a González Perdomo para que le diera el toque rimbombante. Aunque había encargado a Justo Vicente Rodríguez Franco de la gobernación, era solo para guardar apariencias, para cubrirse la espalda. A veces se sentía desconcertado, lo que había ocurrido por su iniciativa y jefatura era algo trascendente, había necesidad de golpear y golpeó contundentemente. En un momento de sosiego pensó que había perdido el tiempo haciendo cosas fútiles y ahora tenía por delante una vida nueva, nuevos retos y nuevos rumbos. Pero estaba preocupado porque la comisión enviada a Caracas para hablar con el benemérito general presidente no regresaba, y tampoco tenía noticia alguna de ella. Se rumoreaba que Gómez no la había recibido y por temor a las represalias que recibirían de Funes, sus integrantes habían huido a Trinidad.

Con el valor del caucho robado en el asalto, Funes negoció en Manaos setecientos máuseres y un cuantioso parque, preparándose por si acaso el benemérito general tomaba represalias contra él, enviando una expedición armada a someterlo. Ante tal eventualidad ordena al general Manuel González, recién llegado de Río Negro, que fuera a ocupar a Maipures con cien hombres. Dispone que Manuel Maerthacci vaya a situarse con cincuenta hombres en los raudales de Atures, sitúa un destacamento en Maroa comandado por Ventura Gutiérrez, otro en San Carlos de Río Negro bajo el mando de Eliseo Henríquez, deja a Carlos Enrique Odreman al mando de una pequeña guarnición en San Fernando y él con trescientos hombres ocupa el sitio del Merey, donde fija su cuartel general. Mientras organizaba su defensa, buscaba librarse de potenciales enemigos tal como era el general Aldana quien, después del golpe sangriento contra Roberto Pulido, se había atrincherado en Camisón,

manteniéndose alejado de la competencia y tratando de sortear la cuenta pendiente con Tomás Funes, pues hacía pocos meses que se había confabulado con Pulido para eliminarlo junto a sus secuaces. Había destruido la comprometedor carta que le había enviado Pulido y todo lo había mantenido en tal secreto, que no apareció en la lista de sacrificados del ocho de mayo. Funes no se había enterado que había conspirado contra él hasta el momento que el intrigante general Manuel María González olvidó que jamás se nombra la sogá en casa del ahorcado y justamente había hablado del tema en el momento de recibir la comisión hacia Maipures. En ese instante Funes recordó que Aldana era muy impulsivo y ladino: “quien sabe qué estará pensando. Mejor será picarle adelante; eso siempre me ha resultado. Quien trajo la sogá que cuelgue al sentenciado. ¡Este es el hombre que necesito para esta misión! Mire, González, se me ocurre que hay que quitarle la estaca de guindar el sombrero”.

—¿A quién, mi coronel?

—¡Ah pues! Al mismo que usted mencionó.

Manuel María González era un tipo flemático, arrebatado y desquiciado; salió entusiasmado de la casa de Funes, iba a matar a dos pájaros de un solo tiro: le cobraría el maltrato que Aldana le dio al momento de disolver la sociedad y de paso, averiguaría si un tal Feliciano tenía un armamento oculto, como le habían informado los soplones. Llegó a Camisón, el hato de Aldana situado frente a la isla Ratón. Con argucias se llevó al zorro viejo Aldana, que tal vez por viejo había perdido la suspicacia, y también a Feliciano Guerrero, como se llamaba el sospechoso. Llegaron hasta la laja de Maipures; una mole granítica, el ara de sacrificios humanos, ofrendados, no a los dioses como los ancestrales mayas, sino como ofrenda a la depravada ambición de aquel ser funesto que había cometido el pecado de la *Hybris*. Era el sitio donde la gente de Funes había asesinado a la esposa de Pulido y sus dos hijos. “Aquí vamos a esperar a la gente que viene con el oro”, dijo Manuel González. Cuando Víctor

Aldana vio que los macheteros se le venían encima, se les enfrentó vociferando: “¡Un general como yo no se mata a machetazos! ¡Se le fusila, caraj...!”. Y al sentir el impacto cortante, escupió sus últimas palabras: “¡Si van a matar a un hombre como yo, amuelen los machetes...!”. Y permaneció de pie hasta ser destrozado. Su cuerpo devastado cayó al abismo desde la altura hasta las aguas turbulentas y el gran remolino de vertiginoso giro lo succionó hasta el fondo de la eternidad. Mientras tanto, Pedro Medina (a) “Medinita” y otros desalmados torturaban a Guerrero para hacerlo confesar el sitio donde ocultaba las armas. Al no tener éxito lo llevaron al matadero. La Familia de Guerrero se refugió en el Sipapo y, seis meses después, recibieron noticias de que el coronel Funes les garantizaba su seguridad personal. Ya era tarde para Feliciano Guerrero.

Una vez dispuesta estratégicamente la trampa, se sintió seguro. No obstante, le escribió nuevamente al presidente Gómez y esta vez le dijo: “dispongo de 3.000 hombres que están a su disposición, mi general y amigo”. Lo retaba de manera velada, al extremo que, dadas las dificultades de transporte, al benemérito general no le quedó otro recurso sino enviar un nuevo gobernador, un fiscal y un nuevo administrador de aduana, cargos que recayeron en el general Abelardo Gorrochotegui, el doctor Cabrera Malo y el general Julio Zavarce, respectivamente. Con los humos en la cabeza, Funes descubrió otra alternativa de vida, a partir de aquella noche lluviosa y tenebrosa de mayo, toda su vida cambiaría; como había cambiado al pasar por los raudales. Había discrepado con su esposa. “Ya no eres el mismo”, le dijo ella después de una discusión. “Te has vuelto un bárbaro, ya no eres el hombre amable que eras antes de meterte en esa fulana política”. Él calló, no era hombre de discusiones sino de mando y, como repuesta, la envió con sus dos hijas a Ciudad Bolívar. La vida marital era un escollo para sus nuevas actividades: al deshacerse de su esposa y sus dos hijas que vivían en San Fernando, quedó libre de compromisos familiares y

actuaba a sus anchas, con las riendas del gobierno bien sostenidas; pero le preocupaba su situación con respecto al gobierno nacional. La circunstancia que más lo atormentaba era demostrarle al gobierno nacional y a la opinión pública la justificación de lo acontecido la lúgubre noche de mayo. Por eso instruyó a su secretario y consejero Sebastián González Perdomo para que le escribiera, una vez más, al presidente justificando los sucesos y las muertes. Al año siguiente saldría a la luz pública el libro titulado “Las Reivindicaciones” donde la mente y la pluma del panegirista de Funes, describe la acción de mayo como una proeza reivindicadora del sufrido y oprimido pueblo atabapeño, por los atropellos desenfrenados cometidos por un gobernador valiéndose de su cargo. En la rimbombante biografía, da los toques finales a la defensa de Funes y lo presenta como un gran guerrero que mostró energía, audacia y valentía en los enfrentamientos de Guatire y Lamedero: “desplegó tanto talento que muy bien pudiera figurar en el muro de los héroes”. Lo describe no solo como el soldado leal y valiente, sino como ciudadano ejemplar, que “se retira de la guerra, cuelga el uniforme, enfunda el sable y va a enfrentarse a las penurias de la naturaleza en la recóndita selva de Rionegro, donde a fuerza de energía, trabajo y constancia, logra acreditarse una digna posición de próspero empresario cauchero”.

En esta faceta lo describe aproximándose a la opinión que tuvo de él Samuel Darío Maldonado, antes de la noche siniestra de mayo, donde la sangre de las víctimas envenenó y ahogó su sentimiento humanístico hasta el momento de su muerte. Dos semanas después de la cruenta insurrección contra Pulido, los espalderos de Funes mataron a Pedro Varela, hombre de trabajo, culto y fuerte empresario de balatá. Los empresarios caucheros y comerciantes que habían avalado la actuación de Funes, consideraban que había ido muy lejos, sobrepasando las expectativas que ellos tenían, pero ya no podían dar marcha atrás. Estaban ahora a merced de un verdadero caudillo, los dueños del caucho habían pasado a ser siervos del nuevo amo.

Para colmo, como consecuencia de la desestabilización económica que produjo el sangriento acontecimiento de mayo, se registró una drástica disminución de la producción cauchera que obviamente los perjudicaba.

—¿Qué pudo haber cambiado la conducta de Funes tan drásticamente? —preguntó el joven Yépez.

—No es fácil responder a eso —respondió el doctor Andueza—. Tal vez sus instintos malsanos brotaron al encontrar el abono del medio ambiente, de la gente que lo rodeaba, se sintió con superioridad ante la sumisión del indígena y la claudicación de sus colegas empresarios. Don Carlos Palau, quien fue su tenedor de libros durante años y nunca tuvo inconvenientes con él, siempre lo recordaba ladino y desconfiado; dijo que de Funes se habían dicho barbaridades, pues era bueno y malo a la vez; que si había logrado poder fue debido a la ignorancia de los lugareños y a la falta de comunicaciones. El ser humano parece estar predispuesto a lo negativo, o lleva por dentro tendencias hacia la maldad, que si no son controladas por una mentalidad adecuada lo sucumben en el abismo de la demencia. Así ocurrió con el joven general Venancio Pulgar hijo, quien fue gobernador del Territorio en 1893 y debido a su mal proceder fue víctima de una revuelta donde perdió la vida. A Víctor Aldana le ocurrió ese fenómeno, aunque sobrevivió por largo tiempo. También un joven bogotano de apellido Barrera, que se radicó en el Guaviare y comerció con Funes fue víctima de su propia maldad y la detracción. La selva y sus ríos no solo tienen la capacidad de engendrar animales de diversos géneros y hasta monstruosas criaturas; también ejerce una influencia maligna que perturba el carácter de las personas cuando, por diversas circunstancias, caen en su halo fatídico. Sin embargo, lo singular es que este fenómeno no afecta a los nativos hijos de la selva, al contrario, ellos conviven plácidamente con los efluvios y misterios de la naturaleza selvática y solo son perturbados por el mundo exterior, el mundo del blanco y del criollo.

—Dentro de poco vamos a quedar sin luz —advirtió don Sinforiano—, porque se va a acabar la gasolina de la planta eléctrica y no tengo más.

Después me aclaró que eso lo había dicho porque tenía mucho sueño y no hallaba la manera de despedirnos. Deduje que esa manera solapada de decir las cosas tal vez se heredó de los tiempos de temor o terror. Más tarde, mientras íbamos caminando por las oscuras calles del pueblo, yo rememoraba que estas mismas casas de bahareque y techo de zinc, ahora deterioradas, habían sido testigos mudos de aquellos hechos que conmovieron la solemne serenidad de la selva y de los ríos que se extendían en sus inmediaciones. En aquel entonces, la codicia y pasiones desenfrenadas de los hombres habían convertido aquel pequeño poblado en una sucursal del infierno; aislado del mundo, por extensas distancias selváticas, solo existía una única vía para entrar o salir y solo una manera: el río y la embarcación. Todavía quedaba el recuerdo de apariciones de espantos nocturnos que le ponían a uno la piel de gallina. Por cierto, nos había contado don Sinforiano de algunas apariciones que ocurrían el miércoles santo. Hace mucho tiempo que estas apariciones no ocurren, sin embargo, mientras caminábamos por las tenebrosas calles, sentí un alivio porque no era miércoles santo. A lo lejos, reventó un relámpago y luego, el estampido consiguiente apenas audible. Sin dilación, los centellazos fueron aproximándose rasgando la oscuridad y antecediéndose a los truenos, cada vez más retumbantes.

VII

LA REINVINDICACIÓN

*La verdad ausente, la mentira impuesta, así,
la sombra del mal se manifiesta.*

Tomás Funes deseaba fervientemente ser reivindicado de toda culpa que pudiera manchar su reputación y para ello promovió, él mismo, la ejecución de un juicio. Asesorado por González Perdomo nombró abogado defensor a Cabrera Malo, quien había sido Ministro de Relaciones Interiores de Cipriano Castro. El abogado Cabrera tomó el caso y el 12 de agosto de 1913 presentó ante el Juez de Primera Instancia en su carácter de Juez del Crimen, un largo escrito donde narraba detenidamente los hechos acontecidos la noche del 8 de mayo, las causas que lo originaron y la justificación de los mismos. Previo al juicio, mantuvo reuniones con los testigos declarantes para afinar y coordinar las declaraciones a fin de no caer en contradicciones, pues el guion había sido preparado por sus asesores, como para una obra teatral. Denunciaba las versiones que habían circulado como falacias y tergiversaciones de la verdad, y, al contrario, en algunos fragmentos de su relato expuso que: estalló en esta capital un movimiento insurreccional contra algunas de las autoridades locales, a efecto de deponerlas de las funciones que ejercían. Las

autoridades prevaricadoras fueron depuestas; y reunido el pueblo en asamblea deliberante, procedió a nombrar un gobernante interino que asegurara el orden y mantuviera a los ciudadanos en el plenísimo disfrute de todas las garantías necesarias. De ese gobierno provisional, continuaron formando parte aquellos funcionarios cuya conducta y procedimientos, bajo el régimen vencido, habían sido irreprochables.

«En los días subsiguientes, el movimiento insurreccional se generalizó por las demás poblaciones del Territorio, y en breve el sistema ominoso que pesaba como una lápida de hierro sobre esta remota región de la República, fue sustituido por otro conforme al querer popular (...) Nadie vio ni pudo ver en los sucesos de mayo, la obra de una multitud delirante, acosada por inmemoriales persecuciones, que a la hora de la cosecha, en el instante sagrado en que esperaba realizar el sueño de meses de sacrificios, en lucha contra una naturaleza salvaje e inmisericorde, se veía en trance inminente de ser despojada del mezquino fruto de sus heroicas inmolaciones... Nadie pensó que los pueblos se lanzan al suicidio por razones de poca monta, o que solo van a él, en último análisis, solo cuando en el alma colectiva se han quebrado todos los resortes de la educación y de la piedad (...) Nadie quiso ver en los hechos imputados lo que representaban en realidad, es decir, la explosión incontenible de una caldera demasiado cargada, explosión que atestigua, fuerza es proclamarlo, no la fragilidad del instrumento, sino la imprudencia del maquinista; y a la luz de su criterio, fundamentalmente erróneo, quieren ver en la catástrofe que ensangrentó nuestro suelo y arruinó por años nuestra hacienda, una serie de homicidios voluntarios, aconsejados por los más bajos instintos animales, perpetrados a sangre fría, encaminados al logro de menguados lucros pecuniarios, realizados con espantoso agravante, cuando, en realidad, los muertos y los heridos cayeron de parte y parte, en lucha franca, en que el pueblo venció porque era natural que venciera; porque era el derecho, es decir, la mayoría,

una mayoría cansada de sentirse succionada hasta los tuétanos por una minoría insignificante voracísima (...)

»En la serie de combates parciales que se siguieron, la sangre de los depredadores y la sangre de los mártires de la libertad, corrieron juntas en holocausto... Durante horas, los hermanos nos exterminamos como si no viniésemos del mismo vientre y del mismo suelo, sino de los extremos del Universo... La culpa no fue nuestra; una fatalidad inexorable nos lanzó a defender el pan de nuestros hijos en el límite de las represiones moderadas, animados solo del deseo de poner a nuestros agresores en la imposibilidad de dañarnos; y lo hubiéramos logrado, sin disparos imprudentemente salidos de las filas contrarias, en los momentos en que nos preparábamos para hacer una manifestación colectiva al gobernador, disparos que causaron en las filas del pueblo, congregados en ejercicio de un derecho reconocido, muchas bajas (...)

»Un pueblo, lo mismo que un hombre, no puede ser juzgado sin tener en cuenta las disposiciones de su espíritu, su carácter, sus tendencias, las condiciones económicas del instante en que se rebela; en una palabra: el estado moral y material de la colectividad en un momento determinado. Para el ocho de mayo del corriente año el pueblo rionegrero [sic] se hallaba presa de una intensa agitación.

»El general Roberto Pulido, o más exactamente, los que se decían sus adeptos, habían hecho circular, imprudentes, la cínica noticia de que, en esta cosecha ¡necesitaban redondear ciento cincuenta mil pesos! Y, por otra parte, ninguno de los procedimientos de Pulido iba encaminado a disipar en la conciencia del pueblo el pavoroso intento. A la sazón existían en el Territorio catorce impuestos (...) y como si esta carga impositiva, abrumadora, no le pareciera todavía suficiente extorción, el general Roberto Pulido y sus adeptos, resolvieron ejecutar uno de los actos más inicuos y opresivos que se hayan perpetrado jamás en el Territorio.

»Me refiero a la ejecución prematura de un contrato, negado por el Congreso Nacional y como consecuencia de la cual Pulido y sus socios tenían el derecho de prohibir el tráfico de vehículos particulares y se creyeron autorizados para adquirir del industrial Plácido Palacios, un tren de carros al precio vil que ellos le impusieran. Elevaron el precio de transporte de cada quintal y redujeron los jornales de los peones que empleaban en el acarreo (...)

»La prensa, sugestionada, ha mentido, pues, cuando ha atribuido a fines de especulaciones punibles los sucesos del Territorio; ha mentido, cuando ha asegurado que los caídos en esta brega a muerte, provocada por los opresores, cayeran para cancelar deudas ilusorias; ha mentido, gravemente cuando imputara, como lo ha hecho, a personas totalmente irresponsables, una participación criminosa; ha mentido, cuando ha incluido en la pavorosa lista de víctimas, urdidas por sus redactores, a gente distante de la zona de operaciones; ha mentido, cuando ha falseado la fisonomía propia del suceso, para atribuirle un carácter de delincuencia de derecho común; ha mentido, finalmente, cuando, sin discreción ni acierto, adoptó las narraciones de ambiciosos despechados que vieron, una vez por todas, disipadas sus esperanzas de lucro en el Territorio; y mintió cuando aceptó pseudónimos irresponsables como fuentes seguras, falsificación de firmas de peones analfabetas para darle un semblante de veracidad a los acalorados relatos de imaginaciones extraviadas por un odio injusto...

»Como refutación elocuentísima de tantas falsías y de tantos delitos, es preciso hacer constar que los bienes de los muertos y desaparecidos en los combates librados, fueron contra una costumbre general, no entregados a manera de botín, sino cuidadosamente inventariados y depositados por decreto judicial, previa orden del gobernador interino de este Territorio.

»Hay más aún. Durante el largo espacio de tiempo corrido desde el ocho de mayo hasta la fecha, las numerosas fuerzas que ha

sido necesario poner en pie de guerra, para defender los intereses individuales contra los merodeadores inevitables y hacerle frente a la empresa revolucionaria que se tramaba y que al fin hicimos abortar. He sido yo el único que ha subvenido a todos los gastos indispensables, hasta el extremo de que, reto a los comerciantes y propietarios de esta región, a declarar si, en algún tiempo, han sido molestados con contribuciones o subsidios de cualquier especie. O si, al contrario, he sido yo quien ha sostenido y equipado del todo, el lúcido y numeroso ejército, surgido en un instante, como un solo hombre, para salvar siquiera los residuos de la codicia del último gobierno (...)

»Por todo lo expuesto, en virtud de que se hace precisa una cuidadosa investigación de los sucesos referidos; como una prueba irrefutable de que aguardamos confiados el fallo de la historia y nos sometemos respetuosos a las decisiones de los tribunales de Venezuela (...) Ruego a usted, ciudadano Juez, que se sirva, con la urgencia que el caso requiere, proceder a la instrucción del sumario respectivo, y en su oportunidad, fallar conforme a derecho. Y se hará justicia».

Exposición del Fiscal:

Ciudadano Juez de Primera Instancia en lo civil, criminal y mercantil del Territorio Federal Amazonas. Presente.

Yo, Ovidio C. Méndez, de este domicilio y mayor de edad, en mi carácter de Fiscal del Ministerio Público en el juicio que cursa en este Tribunal, relativos a la averiguación de los hechos ocurridos en este Territorio Federal Amazonas, en los meses de mayo y junio del año pasado, ante usted expongo:

Consta de las declaraciones contestes de los testigos Ramiro Queijeiro, Carlos Enrique Odremán, Luciano López y Rafael Alfonso Rivero, que el día ocho de mayo del presente año, entre las 7:30 y 8 de la noche, hubo en esta ciudad un movimiento insurreccional a efecto

de deponer a las autoridades locales, lo que se hizo, dando ello origen a una lucha a mano armada entre el pueblo y las autoridades. Lucha en que aparecen provocadores los ciudadanos alojados en una casa situada en esta población, entre las esquinas de la señora Juana Orozco y Pedro Manrique Veliz, como se comprueba, no solamente en las deposiciones de los testigos José Antonio Sulbarán y Pedro Martínez G., sino también con la inspección ocular practicada por este Tribunal con fecha 14 de agosto. Así mismo resulta de las declaraciones de los mismos testigos prenombrados, que el movimiento insurreccional se extendió a los demás Municipios del Territorio, en forma tal, que hubo un encuentro, igualmente a mano armada, entre los ciudadanos y las autoridades, el día 16 de mayo, en Santa Rosa de Amanadona y del cual resultaron siete heridos y un muerto en las filas insurrectas, y cuatro muertos en las filas del gobierno.

Por los documentos que en cinco folios útiles produzco, verá el Tribunal que, nombrado el señor general Abelardo Gorrochotegui, gobernador del Territorio Federal Amazonas, y llegando a esta capital el día 11 de agosto, tomó posesión de su destino, quedando, en consecuencia, restablecida y normalizada la situación política del Territorio, habiendo incontinenti depuesto las armas los alzados.

Ahora bien: según el artículo 145 del Código Penal, es llegado el caso de cesar en el procedimiento; y, en tal virtud pido a usted sobreseer en el presente juicio, todo de conformidad con el artículo 6°, garantía 14 del Artículo 23 de la Constitución Nacional y con el número 8°, artículo 178 del Código de Enjuiciamiento Criminal. Es Justicia.

San Fernando de Atabapo, 12 de mayo de 1914.

Sentencia:

Estados Unidos de Venezuela. –En su nombre–. El Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, Mercantil y Criminal del Territorio Federal Amazonas.

Visto en doce de agosto del corriente año. El ciudadano coronel Tomás Funes, comerciante de este domicilio y mayor de edad, presentó a este Tribunal un escrito de diez y siete folios útiles, pidiendo en mérito de las razones que él expone, el esclarecimiento judicial de los hechos ocurridos en este Territorio, durante los meses de mayo y de junio del pasado año. De conformidad con lo ordenado en el artículo 42 del Código de Enjuiciamiento Criminal, el Juzgado ordenó la siguiente información sumaria, y procedió a practicar todas aquellas diligencias conducentes a la comprobación del cuerpo del delito y a la investigación de la persona o personas responsables de los hechos aludidos. A este efecto, el Tribunal mandó citar todas las personas que pudieran ser sabedoras de los hechos...

Declararon: Horacio Luzardo, Carlos Enrique Odremán, Juan Maniglia, Jacinto Gavini. Todos atestiguaron siguiendo la misma cartilla, el mismo guion del Fiscal, el Juez recapitula.

De lo expuesto, resulta:

Que el día ocho de mayo del pasado año, estalló en esta capital y en los días siguientes en los demás pueblos del Territorio, un alzamiento o insurrección contra algunas de las autoridades locales, a efecto de deponerlas de sus funciones;

Que el pueblo de San Fernando de Atabapo se preparaba a hacer una manifestación pacífica al gobernador del Territorio, con el fin de obtener de él la concesión de ciertas medidas de interés general, especial y muy señaladamente, la relativa al pago de los impuestos que gravaban las salidas de las gomas con rumbo a Ciudad Bolívar, pues el gobernador había prohibido el embarque de la cosecha, aquí detenida por su orden, mientras no le hubieran sido satisfechos los derechos respectivos en dinero efectivo, contra la costumbre, admitida de antiguo, de pagar en giros a la vista contra las casas consignatarias del fruto;

Que en los momentos en que los manifestantes se dirigían a la casa del gobernador, algunas personas de la intimidad de este, hicieron fuego sobre el pueblo, causando bajas en las filas de los manifestantes;

Que, ya cerca de la casa del gobernador, los manifestantes fueron recibidos a tiros, habiendo disparado sobre ellos un ciudadano de nombre Antonio Rioja y el mismo gobernador;

Que por tal razón se produjo en el pueblo la consiguiente sobrexcitación de ánimo, y este procedió a armarse y darse una organización regular, ejemplo que fue seguido por todos los habitantes del Territorio;

Que la provocación al pueblo partió del seno de los amigos y empleados del gobernador, quienes con su actitud opresiva e injustificada colocaron a los ciudadanos en legítima defensa;

Que naturalmente debieron producirse y en efecto se produjeron en el Territorio, al favor del desconcierto y del estado de acefalía en que quedó, excesos y demasías; y para prevenirlos y reprimirlos, hubo que acelerarse el levantamiento de fuerzas regulares de todos los Municipios del vecindario;

Que estas tropas, así puestas en pie, fueron voluntarias constituidas por la gran mayoría de comerciantes nacionales y extranjeros aquí residentes, y que la designación el jefe que debía comandarlas recayó, por unánime plebiscito, en la persona del coronel Tomás Funes, importante comerciante del Territorio, quien acto continuo se puso al frente de ellas y dictó las medidas necesarias para el sostenimiento del orden, en tanto que el Gobierno Nacional proveería a la vacante en que había quedado la Gobernación, con el nombramiento de las autoridades administrativas competentes;

Que durante el espacio de tiempo que duró el régimen militar, indispensable para el mantenimiento del orden y la custodia de los grandes intereses aquí radicados, ningún ciudadano fue reclutado, ni se exigieron contribuciones de ninguna especie a los comerciantes y propietarios; pues el jefe de las fuerzas, coronel Tomás Funes, proveyó a sus solas expensas, a todo lo necesario al equipo y mantenimiento, no solamente de las tropas, sino aun de aquellas poblaciones que por la ausencia de sus comerciantes y braceros y la incomunicación

del Territorio con el resto de la República, carecían de los medios usuales de subsistencia.

Expuestos así los hechos que resultan de los autos, el Tribunal pasa a ocuparse del pedimento del Fiscal del Ministerio Público, quien en escrito de fecha doce de mayo del corriente exige el sobreseimiento por los motivos que él alega.

Después de seis considerandos, el juez expone:

Por todo lo expuesto, este tribunal, administrando justicia en nombre de los Estados Unidos de Venezuela y por autoridad de la Ley, en observancia a lo establecido en el caso 8 artículo 178 arriba citado, sobresee en el presente juicio.

Publíquese, regístrese. Consúltese con el Superior. Dada en el salón de las audiencias del Tribunal de 1ª Instancia en lo civil, mercantil y criminal del Territorio Federal Amazonas, en San Fernando de Atabapo, a los diez y seis días del mes de mayo de mil novecientos catorce.

El Juez: Pedro Hermoso Guardia

El Secretario: R. Rojas Hernández.

Ese mismo día desapareció el comerciante José Ramírez. Se corrió el rumor de que lo había capturado un salvajito y algunos cazadores se internaron en la selva a rastrearlo. También dijeron solapadamente que habían visto a Ramírez con “Avispa” y “Picure” por el camino de Tití, que conducía a una laguna alimentada por el Orinoco en invierno, cuando se rebalsaba y albergaba a los ávidos caimanes. Ya otros habían desaparecido en esa zona, y de tanto desaparecer gente, sus aguas reflejaban horror.

VIII

MANDATARIOS O MANDADORES

*El temor y la angustia lo estremecen, su poder sucumbe
y su alma envilece, ante el cerco de la bestia, perece.*

ABELARDO GORROCHOTEGUI

Tomó posesión del cargo como gobernador del Territorio tres meses después de la matanza de mayo, hecho que comenzó a mencionarse como “la Funera”. Abelardo Gorrochotegui era militar y poeta, caballero de salón, de buen vestir. Bonachón, vivaracho y malicioso; acomedido padre de familia. Nació en Ciudad Bolívar en 1861 y estaba residenciado en Caracas, donde tenía un pequeño museo de utensilios y artesanía indígena. Poseía un excelente vocabulario de voces maquiritares, pues había sido antes gobernador accidental del Territorio Amazonas en 1891. Fue senador al Congreso Nacional y gobernador del Distrito Federal. En sus ratos libres caminaba por la plaza Bolívar de Caracas en espera de algún empleo. Necesitaba resarcirse económicamente. Se miraba las manos con dos anillos con pequeños rubíes que lucían sus dedos. El reloj, la leontina y el dedal del bastón eran de oro. “¿Será posible que me vea obligado a venderlos?”. El presidente no olvidaba a sus amigos y él era su amigo, fue su subalterno en la jefatura de un batallón en la batalla de La Puerta contra Luciano Mendoza y triunfaron. Cuando recibió

la noticia, Gorrochotegui celebró el ansiado nombramiento. Sin embargo, al enterarse de la situación que iba a enfrentar, dudó y hasta pensó renunciar, pero era un acto suicida renunciarle al benemérito que lo había distinguido por la amistad y el valor; pensó en la Rotunda y decidió que era preferible y honroso morir en la selva como gobernador y no en la cárcel como un desgraciado. “¿Por qué tengo que pensar eso? no joda, yo tengo suficientes cojones para embolsillarme a ese sargentucho”.

El presidente Gómez había seleccionado antes, para ocupar el cargo, al doctor José Rafael Núñez, hombre precavido y cuando tuvo noticias de la Funera, renunció. Ante esta situación, Gómez resolvió nombrar a Gorrochotegui. El general Abelardo Gorrochotegui fue recomendado por el doctor Samuel Darío Maldonado como el único capaz de ir a Rionegro a lidiar con Funes. Maldonado era uno de los confundidos con las noticias contradictorias que llegaban a la capital del país, pues no entendía aún cómo aquellos hombres de responsabilidad que conoció en la selva, fueran ahora los protagonistas de aquella orgía de sangre. Aunque eran hombres rudos y de trabajo, no había visto en ellos visos de insolencia, al contrario, habían colaborado con él denodadamente. Un mes después de tomar esa decisión, Gómez recibió correspondencia del coronel Doroteo Flores desde Puerto Cabello, ofreciéndose, tardíamente, para ir al Amazonas a encargarse de dominar a Funes y restablecer el orden. El 11 de agosto lo recibieron de la manera más espléndida, el mismo Funes había ido hasta los raudales de Atures para darle la bienvenida, y cuando el general bajó de la piragua, le tendió la mano diciéndole que estaba esperándolo para entregarle la gobernación. Luego, mientras observaba el agua correr con bravura y alejarse hacia el lejano mar, recordó aquel presentimiento que tuvo cuando pasó por primera vez los raudales; él no haría esto nunca y apuró el regreso a la Capital del caucho. González Perdomo había redactado

un decreto declarando ese día de júbilo y ordenó rendir honores militares al flamante gobernador cuando pisara tierra atabapeña.

—Programa de gobierno, no traigo —manifestó el nuevo gobernador—, porque el hombre es hijo de las circunstancias y cuando quiera hacer el bien y alcanzar el éxito le basta con colocar por encima de los intereses personales, el honor y la responsabilidad del cargo público; tampoco traigo programa administrativo, porque son los pueblos los que deben de marcar al magistrado los derroteros de su obra.

— ¡Ah! El hombre aparenta ser un auténtico demócrata—, opinó Funes.

—Tal vez, mi coronel, pero sin pretender contradecirle, más bien parece socialista—, señaló González Perdomo.

Luego del singular discurso, Funes lo invitó a una carne asada, a la que asistieron los principales comerciantes y funcionarios; y mientras otros charlaban y degustaban el convite, el convidador pensaba: “Ahora sé que ha llegado mi hora, con este todo será fácil”. En su primera correspondencia dirigida al presidente Gómez, Gorrochotegui le comunicó estos acontecimientos, agregando que: “el coronel Funes y los representantes del comercio y agrupaciones territoriales, me han dado las elocuentes manifestaciones de aprecio y adhesión requeridas por la actualidad de las circunstancias. El coronel Funes, hombre de palabra, educado en el trabajo y en la escuela del decoro, no solamente se adhiere en un todo a las decisiones de esta época política-administrativa, sino que ofrece apoyarme abiertamente para llevar a cabo el plan que me propongo desplegar. El coronel Funes, regido de una profunda honradez ciudadana, de motu proprio se ha presentado antes los tribunales competentes, para exigir, en nombre de Rionegro y en el suyo mismo, su fallo sobre el asunto, teniendo como tiene la firme convicción de que en todo lo sucedido no obró la mano aleposa del crimen, sino el desbordamiento de un pueblo cansado de sufrir...”. Por otro lado y, al mismo tiempo, Funes también estaba escribiéndole al presidente,

informándole que había mantenido la paz y el orden. Que había hecho entrega formal del gobierno provisional al general Abelardo Gorrochotegui, a quien habían recibido con demostraciones de alegría y simpatía. Que todos estaban dispuestos a colaborar con su plan administrativo de acuerdo a la Causa de diciembre, la causa del benemérito. Que había introducido ante los tribunales un recuento de los sucesos ocurridos el 8 de mayo, solicitando un juicio porque quería que, tanto el presidente como el país entero, conocieran el fallo definitivo, la precisa y absoluta realidad de las cosas. Hace alabanzas al gobernador Gorrochotegui y promete apoyo del pueblo para que lleve a feliz término la obra de progreso y de rehabilitación que se propone llevar a cabo. Y él, particularmente, será solidario con todas las acciones que tomase el gobernador. Y así, mientras duró la administración de Gorrochotegui, él como jefe regional oficial y el otro, como cabecilla de facto, mantuvieron esta dualidad en sus actuaciones epistolares: Si usted escribe, yo también. Si usted manda, yo también.

Cinco meses después del sangriento golpe de mayo, Funes escribió dos cartas al benemérito presidente. La primera refiriéndose a la insurrección del general Cipriano Castro, que había sido aplastada por las fuerzas del gobierno. Había recibido la noticia tardíamente, pero eso no fue obstáculo para dedicarle loas al benemérito y felicitarlo por el triunfo. La segunda se refería a ciertos desmanes y crímenes cometidos contra pobladores de San Carlos de Río Negro por el general Manuel González. Como todavía le preocupaba lavar la sangre regada y reseca de las víctimas de la noche de mayo, se cubrió las espaldas denunciando a su secuaz ante el mismísimo presidente, adelantándose al gobernador Gorrochotegui le escribió: Aun cuando el gral. Abelardo Gorrochotegui, digno gobernador del Territorio, le participará a usted lo sucedido en San Carlos de Río Negro, entre el cabecilla Manuel González y las autoridades del lugar, quiero también hacerlo directamente, a fin de que Ud.

juzgue serenamente la honradez de mis propósitos y la austeridad de mi palabra empeñada con Ud. a favor de la tranquilidad pública.

«El general Manuel González, con ideas levantiscas y perversas, desechando mi palabra comprometida con Ud., quiso precipitar a los habitantes del Territorio en una revuelta civil, sin objetivo definido, sin ideal premeditado, ignorando que es peligroso mover los pueblos cuando no hay causa justificada o un principio generador. Como era natural, el gral. González fracasó ruidosamente, concluyendo trágicamente una vida de desórdenes y tropelías... De todas partes del Territorio he recibido unánimemente manifestaciones por el orden y la paz, condenando la alevosa conducta del gral. González...».

A comienzos de año finalmente recibió carta del benemérito. Abrió el sobre laqueado, leyó y luego contestó: Su carta, hija de una culta generosidad de Ud. que yo clasifico de trascendental y significativa, tiene para mí el doble mérito de venir, por una parte, de un magistrado como Usted –sencillo y parco en sus apreciaciones–, acostumbrado solamente a hablar el lenguaje llano de la verdad; y por otra, del militar franco y austero que, sin alardear de providencial, ha realizado de un modo casi asombroso –por lo rápido y gallardo– la organización del Ejército Nacional... En estos momentos, bajo los auspicios del liberal e íntegro gobierno del general Gorrochotegui, el Territorio Federal Amazonas, se apresta unánimemente a hacerle una magnífica manifestación de reconocimiento a Usted, para la cual designará delegados especiales a fin de que personalmente le presenten a Usted en mayo, mes en el cual se concluyen los trabajos del caucho, el testimonio de su gratitud y la promesa de seguirlo acompañando en todas las deliberaciones del futuro.... Y el 20 de febrero, una fecha nunca celebrada, pero está grabada en el escudo nacional, le escribió dos cartas, una diciéndole: “acabo de depositar en manos del general Abelardo Gorrochotegui, la solemne y franca manifestación de cariño que le hace a Usted, el Territorio Federal Amazonas, por órgano de su más caracterizada representación”.

Agrega que fue electo por unanimidad presidente del directorio especial que sustentará la alta candidatura de J. V. Gómez para regir los destinos del país en el próximo período presidencial. En la otra correspondencia describe la solemne y franca manifestación de cariño que la gente de Rionegro “tiene contraído con Usted, como todos los pueblos venezolanos, deudas de profunda significación; que lo ha seguido a Usted en pensamiento y corazón a través de su ruta de magistrado, porque lo ha visto sembrar el bien con la voz de la justicia, proteger al proletariado, consubstanciarse con los débiles y no colocar jamás en la balanza la vida de un hombre con la vida de una colectividad; que ha sorprendido en Usted el hombre capaz de imprimir a los destinos del país, con el doble tributo de la fe y de la perseverancia, la enérgica intensidad de una corriente cívica superior... Hombres de civismo y de trabajo, elementos de orden, adscritos con personería indiscutible al código de la moral ciudadana, hacemos esta franca confesión de nuestra fe pública, convenidos por experiencia dolorosa de que solo a la sombra de la paz es que se enaltecen las ideas y se hacen los pueblos fuertes y civilizados. Sea esta, señor general Gómez, la última palabra de un pueblo agradecido, a quién debe las amplias prerrogativas de que goza hoy, al amparo de un gobierno serio, justo y liberal, como lo es el del general Abelardo Gorrochotegui, quien ha sido fiel intérprete de su política – eminentemente conciliadora – a la vez que un celoso guardián del honor magistraticio”. Rubrican esta declaración: Tomás Funes, Juan Levanti, Horacio Luzardo, José A. Sulbarán, Antonio Levanti, J. V. Rodríguez Franco, N. Pérez Briceño, J. Gavini, Ulises B. Henríquez, R. A. González Rivero, Carlos Wendehake, J. A. Franco, Bustos & Fuentes, Ramiro Queijeiro, P. Hermoso Guardia, Manuel Maerthacci, Rafael Coll, Ventura Gutiérrez, Carlos E. Odreman, Rafael F. González, Luciano López, E. Pérez Franco, Juan M. Noguera y siguen las de cuarenta y siete ciudadanos más,

relacionados con el comercio, con la administración pública y hasta por quienes asesinaron a Pulido y su gente.

Procediendo de manera ya acostumbrada, el gobernador Gorrochotegui también le escribió al presidente en la misma fecha, para informarle sobre las acciones que había llevado a cabo, manifestándole que en el Territorio no existía ninguna novedad y que el coronel Funes y él marchaban cada día mejor identificados en el sentido de mantener completamente la normalidad pública. En términos similares estos hechos les fueron comunicados inmediatamente al presidente por el propio Funes. Días después el empecinado Funes volvió a enviar una carta al presidente con el general Julio Zavarce, quien se dirigía a la capital luego de separarse temporalmente, por motivos de salud, de la aduana de Santa Rosa de Amanadona. En la misiva expresa sus opiniones favorables sobre la conducta del general Zavarce y alaba su labor al frente de la Aduana. El 3 de marzo acusa recibo de una correspondencia enviada hacía tres meses por el presidente Gómez. Días después le escribe para transcribirle una correspondencia que había recibido del comisario especial del Vichada, manifestándole el interés que tenía su gobierno de poblar la zona de Maipures. Funes también transcribe al presidente Gómez la contestación que le dio al comisario especial, en términos respetuosos con firmeza rechaza aquella pretensión diciéndole: Me imagino que Usted, condecorador a fondo de la pragmática oficial, se abstendrá en un todo de extender su autoridad hasta las regiones de Maipures, municipio netamente venezolano por la *Ley de División Territorial*. Estas cosas encierran tal suma de gravedad, que no pueden tratarse ni entre los límites de la amistad, sin haber rozamientos de amor propio o justas susceptibilidades de orgullo nacional. Además, por la grave significación predicha, ni Usted, como Comisario Especial del Vichada, ni la primera autoridad del Territorio Amazonas pueden darle absolutamente ninguna solución; porque son esos asuntos de un orden superior, en los cuales van

empeñados el decoro y la integridad de la República, es decir de ambas Repúblicas.... Termina la carta manifestando que con esto deseaba hacer llegar al conocimiento del presidente Gómez, su gran interés por todo lo concerniente al Honor Nacional y por el prestigio y la gloria del primer magistrado. En el papel y en la apariencia todo marchaba tranquilamente, las correspondencias paralelas plasmaban esa situación; sin embargo, en realidad el gobernador Gorrochotegui vivía en continuo desasosiego y azaro. Había llegado al umbral del abismo húmedo verdinegro sin escoltas y sin armas, como le habían recomendado en el Ministerio, instigados por los mandaderos de Funes. De este modo el caudillo atabapeño le había entregado la gobernación y a la vez demostró lo que sus emisarios pregonaban en Ciudad Bolívar y Caracas: actuaba con desprendimiento total a la ambición de mando y sumisión absoluta a la autoridad nacional, acatando así, los consejos del bachiller González Perdomo. En consecuencia, manifestó su intención de regresar al mostrador de su negocio para continuar la explotación de caucho, balatá y sarrapia. Con esto logró un triunfo político, que le dio ascendencia sobre toda la Amazonía. En lo sucesivo comerciaría y haría transacciones con el aval de seguridad legal del gobierno del Territorio Amazonas que garantizaba sus actividades comerciales.

Desde el día que entregó la gobernación a Gorrochotegui, el incisivo y reservado Funes no lo perdía de vista, lo trataba con hipocresía y ese menosprecio se anidaba en él, sobre todo, porque su antagonista venía de un estamento militar superior al suyo y porque, como general y gobernador por segunda vez, andaba presuntuoso de su titularidad. Tenía el mando titular que Funes aún no poseía, pero su ego lo ambicionaba con anhelo. Al dejar deslizar estas apreciaciones, su sagacidad y experiencia en el trato con los hombres le hizo ver que las cualidades de Gorrochotegui, solo le servían de mampara para ocultar algunas debilidades de su condición humana. Esas lenidades le iban a permitir el dominio sobre aquel hombre

bonachón, de mostacho estirado en curva, nariz recta, ojos claros y vivaces, que andaba con donaire. La araña teje su tela en absoluto silencio y comenzó a tejer la tela cuando consideró propicia la ocasión, como lo recuerda el gobernador Gorrochotegui:

«A pocos días de haberme entregado el cargo, Tomás Funes me dispensó una visita. Andaba vestido con su mejor traje, con corbata negra de lacito; mangas ajustadas con un par de yuntas grandes de media libra inglesa cada una. La saboneta asegurada por deslumbrante cadena de oro tendida de un bolsillo a otro del chaleco. Al saludarnos nos sostuvimos la mirada retadora entre dos hombres que manejábamos las riendas del poder. Como anfitrión, yo solo tenía titularidad, nombrado nada menos que por el benemérito general Gómez, aun cuando yo era un mandatario sin edecanes, sin oficiales armados que hicieran cumplir mis órdenes y escudaran mis decretos. El visitante, se carteaba con el presidente, tenía a su mando quinientos hombres en armas, mantenidos exclusivamente por él. Era la garantía de la paz y el orden. Él pretendía avalar la ejecución del plan de gobierno y controlar el negocio de caucho, de balatá y de la sarrapia, por algo era el empresario de mayor prestigio entre los explotadores. En mi mente quedaron plasmadas las facciones de Funes: de cara ancha, pómulos redondeados y salientes, ojos negros, mirada oblicua y penetrante, orejas pequeñas pegadas a la mastoides, sin lóbulos; nariz normal apenas perfilada sobre bigotes negros y boca de labios delgados; frente lisa con entradas amplias coronada por el cabello negro, liso y escaso. El conjunto de su cuerpo de mediana estatura, daba la impresión de un hombre pacífico, tranquilo y emprendedor. Durante nuestra conversación protocolar yo lo miraba de reojo, tratando de dilucidar la personalidad del hombre que había hecho fama de ser un hombre frío y sanguinario. Salió de mi análisis cuando me extendió una lista de los nombres de las personas que proponía para desempeñar los cargos públicos jefaturas civiles en todo el Territorio. Solo exceptuaba al secretario,

continuaría siendo Néstor Pérez Briceño. Leí lentamente la lista, tratando de ganar tiempo, comprendí en ese momento que mi suerte estaba echada. Había llegado el momento de proceder a poner en práctica mi propósito inicial de evitar el destino de mis antecesores Maldonado y Pulido, ni limpio ni muerto: quería regresar con vida y con algunas morocotas a Caracas. Acepté y firmé.

»Cuando Funes salió, observé que se le habían unido sus espalderos Jacinto “Picure” Pérez, Casimiro “Avispa” Zárraga y otros hombres armados. Regresé a mi escritorio, me recosté de la silla de cuero de espaldar alto y en ese momento me di cuenta de algo que no estaba antes. Recogí las brillantes morocotas que Funes había dejado sobre el escritorio, tuve el impulso de salir tras él para devolvérselas, vacilé y, abatido, me dejé caer en el sillón. El Territorio seguiría en paz, aunque fuera a costa del sacrificio de su gobernador titular. Desde aquel día, me trasnochaba pensando, cuál era el punto débil del nuevo extorsionador atabapeño. Manifestaba mi actitud dubitativa tan frecuentemente que mi secretario se dio cuenta de ello. Parecía un toro encerrado dispuesto para ser llevado al matadero.

»Un día, cuando menos lo esperaba, se presentó “Avispa” a la casa de gobierno acompañado por cinco espalderos de aspecto lúgubre armados con wíncesters y machetes. Todos vestían con franela y pantalón kaki. Entró mi despacho autoritariamente. No se quitó el sombrero pelo e’ guama tan calado que apenas dejaba ver su rostro rechoncho y flácido, de nariz chata y cuando habló, mostró una dentadura amarilla y falta de incisivos. Me entregó una misiva de Funes. En ese escrito solicitaba la excepción arancelaria para sus productos y la concesión de permisos fronterizos de exportación e importación, rubricados y con el sello de la gobernación. Anexaba una lista de curiaras, bongos, falcas y piraguas que navegaban por los ríos cargadas de caucho; el impuesto al caucho y balatá; los empresarios; los nombres de los remeros y patronos que debía incluir en la petición. Mandé a elaborar las planillas con el secretario,

luego las firmé y el secretario estampó el sello oficial. Las entregó a “Avispa” que esperaba con los cinco hombres armados. Se retiraron arrogantemente, engreídos, casi con desprecio, sin decir palabra. A mi pensamiento vino una fuerte sensación de impotencia y rabia. Y buscaba la forma de encontrar el punto débil de Funes, ¿cuál será su talón de Aquiles? Era la pregunta que constantemente atormentaba mi mente.

»En una de las visitas que le hice, observé en la pequeña estantería, tal vez, dos docenas de libros, algunos de aspecto manoseado que trataban sobre la Revolución Francesa y otros del escritor colombiano José María Vargas Vila. No hice ningún comentario. Los que conocían a Funes me habían dicho que acostumbraba a narrar los pasajes de la toma de La Bastilla, sus causas y consecuencias; los sucesos entre jacobinos y girondinos, la caída de Robespierre y los episodios de las guerras napoleónicas. También que leía con mucha frecuencia a Vargas Vila, que algunos pasajes lo hacían desfogarse en grandes carcajadas que se escuchaban, debido al silencio imperante, en casi todo el poblado. La mayoría de las personas ignoraban la causa de estas manifestaciones y les causaban presentimientos macabros. Me enteré después que los libros provenían de Colombia ya que en nuestro país estaban prohibidos por orden del presidente Gómez. Cuentan que, en una oportunidad, se le extraviaron unos tomos vargasvilianos, lo cual le causó un gran disgusto que le hizo salir de sus casillas, profirió maldiciones y groserías a gritos, desacostumbradas en él, pues era una persona controlada, que no alzaba la voz y no profería improperios; a ninguno gritaba ni regañaba. Si tenía cuentas que arreglar con algún desgraciado, se limitaba a llamar a un espaldero y en voz baja, suave, bronca, ordenaba liquidarlo. Funes quedó prendado de la manera como Vargas Vila revelaba la inquietud de su alma en sus escritos *Los Providenciales*, *Lo Divino y lo Humano* y como penetraba en las conciencias con *Enma*, *Flor del Fango*, *Ibis* y *Aura*. No escatimaba oportunidad de abordar a cada

visitante, paisano o lector de Vargas Vila, para indagar sobre la vida y obras del autor. Les encargaba libros y los pagaba a precio de oro.

»En mi angustia por descubrir el lado flaco de aquel personaje hipócrita, sicópata, megalómano y mañoso, se me ocurrió pensar que su talón de Aquiles era precisamente su admiración enfermiza por el autor colombiano. Aún no entendía como este hombre admiraba a quien era enemigo acérrimo de la dictadura y el nepotismo. Con todo, me dispuse a actuar con el objetivo de ganarme su confianza: encargué a Bogotá las obras de Vargas Vila en ediciones de lujo para obsequiárselas, fingiendo seguir sus aficiones, pues no existió, no existe, ni existirá tirano que no considere el mejor de sus colaboradores, a quien se identifique con su manera de pensar, de actuar y se subordine a la filosofía del régimen. Cuando tuve los libros en mis manos, grabadas con el nombre del “general” Tomás Funes, título que le habían endilgado los revolucionarios de los llanos, creí tener en mis manos la llave que me abriría la entrada a su secreta individualidad. El mismo día que los recibí se los llevé; lo hice para evitar sospechas o malos entendidos, porque sus espías me seguían los pasos. Me recibió cuando reposaba en su chinchorro colgado en una sala de la silenciosa casa. Era un hermoso chinchorro con barandas, tejido por hábiles manos. Solo se levantó cuando estuve frente a él. Entusiasmado le entregué los libros dándole detalles de su procedencia y haciendo énfasis en la encuadernación, donde el título de general antecedía a su nombre. Me dio la impresión que mi cometido no le impresionó, ni le extrañó, que ya había sido advertido sobre el asunto. Sin embargo, le manifesté mi admiración por el autor de las obras que le estaba obsequiando. Como yo había calculado, Funes, en efecto, se contentó mucho a pesar de no sorprenderse y hasta leyó algunos pasajes con entusiasmo desbordado, comentándolas con conocimiento de causa. Finalmente, al cabo de algunas horas me despedí, no sin antes preguntarle por el artesano de su chinchorro, pues tuve la intención de llevarle uno de regalo al

presidente Gómez. En ese momento sentí en el bolsillo de mi chaleco algo tintineante que Funes dejó caer. Cuando vio mi intención de devolverle el efectivo, convincentemente, me persuadió de que eran mis emolumentos, provenientes de los impuestos.

»Después de algunas semanas, el coronel Funes envió a mi casa al mismo “Avispa”, esta vez para transmitirme una invitación a su casa. Mientras me dirigía hacia allá, seguido por el odioso y maledicente espaldero, recordaba algunos pasajes de un libro de Vargas Vila, en el supuesto caso que habláramos sobre el tema; esa lectura, por cierto, me había ayudado a matar el tedio en aquellos días inactivos. “General”, me dijo cuando llegué. “Tengo muchas ganas de hablar con usted por ser el único que comprende mi verdadera filosofía. Estoy seguro que también se identificará conmigo en las ideas que me oírás decir. Siéntese, tenga la bondad... y ustedes vayan por allí”, les dijo a los espalderos. “Casimiro, que nos manden un cafecito... y agua”. En aquel momento me di cuenta que había dado en la diana, pues sus palabras denotaban una apertura de confianza hacia mí. Después de probar el café, me dijo:

—Se preguntará usted, mi apreciado general, qué ideas pueden venirle a uno en este lugar de la tierra, viéndole la cara a personas que no hacen otra cosa sino comer, cantar, emborracharse y andar con la mala intención por delante. Vivir en la soledad, sin poder disfrutar de los grandes adelantos y diversiones que ofrecen las ciudades, teniendo todo el dinero para hacerlo es una especie de sacrificio que hace uno voluntariamente, pero no con resignación, no, sino con un objetivo sublime: hay fuerzas impalpables e incontrolables tanto de la naturaleza como las humanas que actúan sobre uno, determinando la firmeza en mi manera de ser y de actuar. En virtud de eso, acepto que mi estímulo es el relámpago, el trueno, la tempestad, la lluvia persistente, el calor, la soledad, las ranas, los grillos y, al lado de estos fenómenos telúricos están los seres humanos que hacen todo más insoportable. Y aunque mis nervios reaccionaran ante

esos factores haciéndome extender los brazos para hacer que cesen las tempestades o detener los rayos y centellas; o que el viento sople sobre la selva para refrescar y atemperar este clima insoportable, o por lo menos, para destripar batracios e insectos, eso es imposible, pero si puedo y debo levantar mi espada para forzar a los hombres a tomar el buen sendero. Porque no hay otra manera que no sea la educación y no la tenemos. Lo cierto es, mi apreciado gobernador, que la única manera de disipar los efectos perniciosos es pensar en grande, en algo noble que sirva de ejemplo para esta y las futuras generaciones. Abrirse paso entre los hombres y la selva, devastando lo que estorbe. Amasar poder para implantar un régimen donde predomine el orden y la justicia para elevar la patria al pedestal de la grandeza.

»Me imagino que ya se ha dado cuenta del medio que nos rodea. Aquí en el Territorio, usted lo sabe, siempre ha imperado la ley del más fuerte. Como carecemos de jueces que sentencien equitativamente, aquí el juez es usted mismo. ¿Y cómo sentencia usted? Piense en eso. En estas tierras siempre ha sido así y seguirá así mientras el caucho sea origen de riqueza, aun cuando ya no lo sea, será suplantado por otra cosa, quién sabe, pero siempre será algo relacionado con la riqueza de la tierra. Uno se descuida y enseguida tiene el enemigo encima; por lo tanto, hay que picar adelante para dar dos veces. Los empresarios imponen sus propios métodos en la explotación del caucho y en el trato de sus peones; entonces, no es injusto imponerles a ellos nuestras decisiones, ¿no es así? Si usted no grava el bolón de caucho, lo hacen más abajo del río y usted se queda sin emolumentos. A los caciques que tienen sus sitios río arriba no hay que eliminarlos...no... general, pero hay que dominarlos y pecharlos, así como lo oye...»

—Coronel, lo que es injusto es que precisamente que cada quien imponga leyes de acuerdo a sus intereses cuando lo justo es que todos acatemos las leyes de la República...

—Precisamente general —prosiguió Funes—, ya le he dicho que mi preocupación es que predomine el orden, la justicia y la paz para mantener la grandeza patria, como quiere el benemérito. En fin, mi estimado general, yo considero que el ambiente natural se complementa con la actuación humana para determinarle a uno el curso de la vida. Cuando llegué aquí desde Ciudad Bolívar, mi ilusión era trabajar honradamente, reunir unos cuantos pesos en oro y regresar a mi tierra para disfrutar de ellos, y dese cuenta como estoy: esclavo de lo que acabo de contarle, no amo de la selva como dicen por allí, sino más bien soy esclavo de la selva y tan presto a obedecer sus órdenes gobernador como cualquier ciudadano. Le apuesto que usted vino con el mismo propósito y le aconsejo que no se deje tentar por la actuación de otros gobernantes, que sí han pretendido ser amos; mire lo que le pasó a Blanco Fombona, a Fandeo, a Ramón Maldonado y... Al mismo Pulido pues. Si usted continúa como lo viene haciendo, todo marchará en orden y paz, como lo quiere el benemérito. Yo he hecho lo que me dicta la conciencia. La gente común, la plebe, necesita como el pez necesita el agua, de un guía, de alguien que señale el camino a seguir y por quien luchar; así se han levantado las grandes naciones. Que sea bueno o malo, es lo de menos, el pueblo es como la mujer, necesita tanto inspiración como imposición. Bueno, mi estimado amigo, espero que usted me haya comprendido una vez más y que lo dicho haya quedado entre nosotros, solo grabado en su conciencia.

«Estaba desconcertado. Aunque inusualmente se había extendido en la conversación, terminó sin que mencionara a Vargas Vila y cuando me despedí, tampoco recibí el acostumbrado emolumento. Funes era un hombre enigmático, una caja de sorpresas. Estaba seguro que sufría una enfermedad llamada *Hybris* por los griegos (fanfarronería trágica o desmesurada del ser humano, cuando se hace la ilusión de poder rebasar los límites propios de la condición mortal y llegar a ser como los dioses). Pasé varias noches en vela, tratando

de descifrar lo que Funes había dicho, no porque era complicado sino, porque quería entender su comportamiento patológico. Me horrorizaba pensar que podía caer en el mismo abismo de su destino, que me tragara la selva con su constelación telúrica. Preso de aquel miedo a la ignorancia, abandono y crueldad, mucho temor sentía al imaginarme que Funes podía obligarme a servirle de testaferrero. Por esto no quise, aunque de veras deseaba vender caro mi acatamiento, plantearle mi interés de hacer negocio y comerciar caucho con algunos conocidos que había dejado en mi pasada estadía en el Territorio, pero gracias a Dios no lo hice, como tampoco lo hice, en razón a mis convicciones, cuando fui gobernante interino del Territorio Alto Orinoco durante diez meses en 1891. Solo abrigaba un hilo de esperanza para librarme de aquella pesadilla y era mi resuelta voluntad y disposición de sobrevivir a la hecatombe de los cauchales y regresar sano y salvo a mi querida Caracas. Poco a poco como bajan las aguas de los ríos en verano, me iba dando cuenta que, además de la primera concepción que tenía de Funes como sicópata, criminal, también entendí que era un hombre con vocación de líder y con recursos para llevar a cabo su cometido político y comercial; austero por necesidad, obligado por las circunstancias que lo tenían atado, prisionero de su propósito, pues no podía así disfrutar de sus riquezas en el sentido mundano en aquel pequeño y aislado poblado. Ahora lo consideraba como producto o más bien, víctima de la influencia del medio y de las emanaciones de la selva, lo cual era peor y era lo que yo estaba evitando».

Algunos empleados públicos no tenían, al menos, la cortesía de pasar por el despacho del gobernador ya que iban directamente a darle las novedades a Funes, como era el caso del secretario general de gobierno González Perdomo; trataba a Gorrochotegui con mucha deferencia, pero hasta allí, realmente seguía a Funes. No había recibido ningún impuesto de los caucheros, puesto que se entendían solo con Funes, bajo pretexto de que era un negocio particular suyo.

Transcurría el tiempo, lentamente para él, la mayor parte lo pasaba dentro de la casa de gobierno conversando con su secretario Pérez Briceño, leyendo a Vargas Vila para evitar malas informaciones de los espías; escribiendo notas y poemas. A veces salía de paseo acompañado de Pérez Briceño por las afueras del poblado y por la ribera, esquivando en lo posible la casa de Funes, pues evitaba verse con él, a menos que este lo llamara expresamente. Al atardecer contemplaba la hermosura del paisaje de espectacular colorido, cuando el astro rey, ya cansado de tanto brillar, se va recostando lentamente por donde vienen las aguas del Guaviare a juntarse con las del Atabapo y en extensiva visión reflejan colores danzarines. Al salir de aquel embeleso, lo envolvía el presentimiento de estar vigilado de lejos por los secuaces de Funes, con la sugestión de que, a través de ellos, podía enterarse hasta de sus pensamientos, y llegaba a su mente el deseo desesperado de abordar una embarcación y dejarse llevar hasta el confín de la selva y luego llegar a su ansiada Caracas. Mientras el gobernador cautivo cavilaba sobre cómo librarse de sus cadenas, muy lejos de allí, en el alto Orinoco, subiendo el río Cunucunuma, en un claro de la selva y al lado del río, en el caserío San Ramón, emerge la figura prominente del gran cacique Aramare, hijo de Ramón Tusare, fundador del poblado y legendario capitán de los maquiritares. Las grandes churuatas y homacaris de paredes de bahareque y techo de palma concordaban con el fondo del paisaje: la selva alta y sus horizontes de macizos montañosos azulados de la serranía del Marawaka.

En la comarca se expandía el olor del tronco de Laurel, Cachicamo o Palo Amarillo labrado y hecho bongo por manos laboriosas y mente calculadora; el olor de la yuca fresca molida por mujeres encorvadas sobre la plancha de raspar, se mezclaba con el del murujui y con la harina tostada del mañoco y el casabe, en otro sitio se elevaba el humo oloroso del ahumado de pescado y de carne obtenida por hábiles cazadores. Hasta aquel hacendoso poblado había llegado la

noticia de la presencia de Abelardo Gorrochotegui, amigo del cacique Aramare, hijo del gran cacique Ramón Tusare, quien fue amigo del gobernador Michelena y Rojas. Un día, muy de mañana, Aramare y su gente se embarcaron rumbo a San Fernando; veinte bongos, repletos de bastimento y presentes para el gobernador, partieron del puerto y bajaron el río.

Lejos, muy lejos del hogar, con rumbo
al pintoresco valle de Atabapo,
alcanzó a ver la enhiesta cumbre parda
del formidable cerro de Sipapo.

Tres días después llegó a San Fernando el gran cacique Aramare acompañado por casi doscientos hombres con sus mujeres y acamparon en la ensenada de la orilla del río. A Tomás Funes no le sorprendió la presencia de los hijos de la selva porque había sido avisado con anterioridad por sus espías. Al gobernador Gorrochotegui si le causó sorpresa ver tantos indios, aunque le agradó ver de nuevo y abrazar a su amigo Aramare quien, vestido con su chaqueta militar y su quepis azul, acudió a ponerse a sus órdenes. Por su mente de general gomecista pasó la idea de utilizar esa fuerza en potencia para deshacerse del cerco funesto, pero se le desvaneció con solo imaginarse a tantos indígenas muertos por su causa, por una causa que les era totalmente ajena. Era un ciudadano probo, un general a quien no se le conocían crímenes y un poeta que había sabido acercarse al mundo indígena. Con el cacique venía un gran hechicero, famoso por sus predicciones. Aramare lo llevó a ver al gobernador. Luego de realizar los ritos procedentes el piache manifestó: “yo viéndote ir muy lejos de aquí, como hombre muy rico, en casa grande muy bonita, tú con muchos generales azules y chivatos blancos, muy lejos de aquí...”. El general se imaginó que era la visión del hechicero cuando estuviera en Caracas. “Si tú no vas para allá, entonces te

irá muy mal aquí, cuando tú muriendo, dios Wanadi recibíendote arriba donde está él, pero tu cabeza va sin cuerpo y tu cuerpo sin cabeza...”. Al imaginarse a sí mismo como protagonista, en esta frase, su pensamiento se ofuscó de angustia.

—Bueno, está bien, está bien— dijo con nerviosidad y dio por terminada la sesión.

Y desde aquel momento se había incrementado su ansiedad. En las noches de desvelo le obsesionaba pensar en la predicción del hechicero; no sabía si a causa del desvelo pensaba en eso, o si aquel pensamiento era la causa de su insomnio; sería degollado e iría al cielo, solo que no quería ir al cielo sino a Caracas y vivo. Aquella obsesión taladraba su mente, y ya no pudo seguir escribiendo poemas y loas al cacique Aramare, ni leer a Vargas Vila. Solo pensaba en la manera de salir de aquel laberinto trágico donde estaba metido. El gran hechicero fue conminado a ir a la casa de Funes. El mandamás, como es tradición de los de su clase, tenía su propio brujo, no obstante, quería probar con el foráneo. Después de la consulta, el piache de Aramare desapareció.

Hondo presentimiento
se apoderó del alma de Aramare;
sintió cruzar por su angustiada mente
todo el terror del camajai-minare.

Los hombres de Aramare buscaron por doquier y solo encontraron su guayare en la pica de Titi; Alguien dijo que lo había visto salir con “Picure” y “Avispa”, estos, a su vez dijeron que el piache había ido a realizar un trabajo para Funes y alcanzaría a su gente después. Otros dicen que a Funes le disgustó la predicción que le hizo acerca de su muerte y lo encarceló. A pocos días de su llegada, Aramare y su gente se embarcaron para regresar al Cunucunuma.

Gorrochotegui los despidió en el puerto agitando su pañuelo blanco. Funes, en cambio, los vio partir desde el patio de su casa.

¡Adiós, cacique, adiós!... ¡Que el cielo santo
mitigue vuestro llanto!
¡Adiós, cacique, adiós! Quedad en calma,
que yo con vuestra alma
rogaré sin cesar a Corajina:
Él es bueno, cacique, y me revela
el poder inmortal que te destina.
¡Bendice a Curijana! ¡Él te consuela! ...
Y no tardaron ni diez minutos,
con dos remeros en su canoa
llorando a mares lágrimas tiernas,
partió el cacique de Maracoa.
¡Quedó la playa del Atabapo
lóbrega, yerta, muda, sombría!
Todo lo alegre cesó, murmullos,
cantos, aromas, luz y armonía.

Una mañana el gobernador se sintió muy mal y comenzó a vomitar; le achacó estos síntomas a unas sardinas enlatadas, posiblemente en mal estado, con que había cenado. Había optado por destapar la lata de sardinas porque no le provocó comerse el cochino frito con unas torrijas que le había dejado la cocinera. Luego, al mirarse en el espejo opaco colgado en la pared, se le ocurrió la idea al ver su deslucido semblante. Pasó varios días sin afeitarse, mientras la tos espasmódica y los vómitos arreciaban. Entonces su secretario Pérez Briceño le comunicó a Funes:

—Mi coronel, el general Gorrochotegui está muy enfermo, no sabemos qué es.

—Dígale al general que voy a prepararle el viaje a la capital, mientras tanto, no lo deje salir de la casa y que no vomite más porque va a contagiar a todo el pueblo.

Pérez Briceño regresó con el recado.

—Ya hablé con el compadre Funes, general, va a encargarse del viaje.

—Coronel, usted se encargará de la gobernación, mientras dure mi ausencia... Prepare un oficio para firmarlo.

—Caramba, mi general, le voy a ser franco; yo prefiero declinar al honor que usted me hace, no vaya a ser que a mi compadre no le guste.

—Está bien, tienes razón, como no tengo a más nadie de confianza, en tal caso dejaré a Funes, no hay alternativa. Prepare el oficio con fecha de hoy 9 de mayo, qué casualidad, ¿no? Hace exactamente un año y un día... Escriba, por motivos imperiosos de salud, dejo encargado del despacho al ciudadano coronel Tomás Funes.

—¿No será mejor avisarle antes? Gobernador.

—No, hombre, para qué... estoy seguro de que en este momento ya se ha enterado de todo, lo estuvo deseando desde hace tiempo; lo irónico es que el nombramiento se lo daré yo y no el presidente Gómez ¡Nunca se lo dará! Acuérdense de mí. Bien, termine las formalidades para firmarlo.

Tenía razón Gorrochotegui; el mismo día Funes le estaba escribiendo al presidente en los siguientes términos: “Teniendo que separarse de la Gobernación el señor general Abelardo Gorrochotegui, debido a motivos imprevistos de salud, él ha tenido a bien declinar en mí la responsabilidad de dicho cargo, sabiendo como sabe los vínculos políticos que hoy me ligan estrechamente a Usted y los ardorosos entusiasmos con que he ingresado a la causa de la Rehabilitación Nacional...”, y continúa reiterándole su lealtad incondicional, alabando la administración de Gorrochotegui, a quien apreciaba por sus pulcras condiciones morales y con quien estuvo

plenamente identificado en la labor de paz y obra de progreso. Un mes después de abandonar San Fernando, el general Gorrochotegui llega a Caracas el 23 de julio; venía con intención de desquitarse de las vejaciones que le había hecho sufrir Funes y al día siguiente de su llegada, da la información necesaria al Ministerio del Interior para proceder contra el caudillo de Rionegro. El ministro Zumeta desde Caracas le informa al general Gómez en Maracay: “Gorrochotegui me informa que quiso dejar encargado de la gobernación a un señor Briceño, de la confianza de Funes y hombre de autoridad moral en Río Negro y que este temió aceptar y Funes procedió a encargarse del Gobierno”. El mismo día envía un memorándum con una síntesis de la información dada por Gorrochotegui:

«El plan que se llevó a cabo en Rionegro el 8 de mayo estaba proyectado desde enero, época para la cual ya había sido escrita la alocución que se publicó después de los asesinatos. Funes tenía correspondencia con los revolucionarios de Trinidad y había recibido emisarios de Caracas. El verdadero objetivo de Funes es hacerse fuerte en el Territorio hasta tener la ocasión favorable de bajar por el Orinoco con la intención de adueñarse del estado Bolívar. Actualmente tenía hasta 700 hombres y 400 armas. Estaba haciendo llegar partidas al Territorio para aumentar su gente y había vendido un cargamento de goma por valor de cien mil bolívares para invertirlos en la compra de armas en Manaos, en donde hay abundante existencia de material de guerra. Tiene dos lanchas de vapor que pueden remolcar cada una tres bongos con capacidad de 350 a 400 hombres. Tiene ganado en abundancia. El grupo de Ortega Martínez, Tellera, etc., le ofrecen el estado Bolívar; pero la ambición de él es emular a Cipriano Castro. De Colombia se le han hecho proposiciones que él no acepta porque es decididamente anti-colombiano. No ha encontrado ningún apoyo en las autoridades brasileras. Su consejero y el que le ha alentado a cometer sus peores hechos de sangre es González Perdomo, a quien ha enviado en agencias

revolucionarias y trae comisión para que el Gobierno nombre a Funes gobernador del Territorio. También está aquí Maerthacci, hombre de valor, inteligente, astuto y ejecutor de varios de los asesinatos perpetrados en aquella región. Su misión parece ser la de lograr que se le admita en la Escuela de Aplicación para llevar al Territorio los conocimientos adquiridos y aplicarlos para disciplinar las tropas que se preparan para invadir el estado Bolívar».

El ministro Zumeta le sugiere presidente Gómez no proceder contra González Perdomo, ni contra Maerthacci, para no alarmar a Funes, sino vigilarlos y tenerlos como rehenes. Le indica también que no queda duda de que Funes sacrificaría a quienquiera que se nombrara como gobernador, si acaso aceptara. Una vez hecha la denuncia, es internado por sus familiares en una clínica para recuperar su salud. Allí, en ambiente sosegado y cómodo, cierra los ojos, respira y aspira serenamente. Se advierte a sí mismo: “¡Vivo, estoy vivo! ¡Dios mío, estoy sano y salvo!”. Se complace con la sensación de haber escapado con vida del funesto infierno verde, pero se enfurecía al recordar las afrentas recibidas por el caudillo de Río Negro.

Y a tan solo tres días de haber recibido el presidente Gómez el memorándum del Ministerio del Interior, con las denuncias de Gorrochotegui, ya Tomás Funes estaba comisionando al ex-secretario de Gorrochotegui, el coronel Pérez Briceño para que viajara, desde el recóndito mundo de los castradores de árboles, a entrevistarse con el presidente a quien le enviaba una carta con fecha 27 de julio de 1914, redactada en los siguientes términos: “Respetado jefe y amigo, como le anuncié en mi telegrama de hoy, comisiono ante Usted a mi insospechable amigo y compadre, coronel Néstor Pérez Briceño, quien viene hace años compartiendo conmigo los reveses de la vida y a quien me permito presentarle y recomendarle especialmente. Este amigo le hablará a Usted en el lenguaje rudo y franco del soldado y de su lealtad y decisión le respondo yo; es el único amigo de confianza a quien puedo recomendar esta delicada misión. Él le

manifestará todas mis impresiones y Usted puede comunicarle sus órdenes como si fuera a mi persona”.

—Anjá, ya ven, el hombre está entrando al corral —dijo el presidente Gómez—. Ahora sí vamos a satisfacerlo.

NÉSTOR PÉREZ BRICEÑO

Fue nombrado gobernador del Territorio Amazonas por el presidente J. V. Gómez, quien era reconocido por sus insólitas disposiciones; en este caso, le tomó la palabra a Funes y otorgó el disputado cargo al recomendado coronel. Cuatro meses después de haberse ausentado, Pérez Briceño arribó a San Fernando de Atabapo. Se presentó con humildad al gobernador interino con el oficio de su nombramiento como gobernador titular, en sustitución de Gorrochotegui y se lo entregó con el resto de la correspondencia fechada el 7 de septiembre. El rostro impenetrable de Funes, esta vez dejó al descubierto, a través de un rictus y el brillo de los ojos, un conjunto de sentimientos que surgían uno después de otro: asombro, enojo, envidia, rencor y por último resignación, al reconocer que él mismo tenía la culpa por estar recomendándolo tanto, tal vez excesivamente. Pérez Briceño había sido gobernador encargado del Territorio hacía cuatro años, después había sido secretario de Maldonado y últimamente de Gorrochotegui. “Hice todo lo posible mi coronel, lo que usted me ordenó, pero el benemérito insistió en que yo...yo...”. “No se preocupe compadre —lo interrumpió— usted sabe que entre nosotros no hay problema”. “No lo habrá compadre, se lo aseguro”. Con un gesto despectivo le devolvió el documento y se retiró. Néstor Pérez Briceño se dirigió a su casa pensativo, no se ufanaba de ser gobernador porque sabía que su nombramiento, así viniese del propio presidente Gómez, tendría que convalidarlo frente a su compadre Funes y eso era engorroso hasta para él, que siempre estuvo bajo su sombra. Además, tampoco tuvo el propósito, sobre todo en esas circunstancias, de obtener el cargo que ahora pesaba sobre sus hombros. Después de tomarse un

café servido por su mujer se acostó en su hamaca y reanimado ya, vino a su memoria el intento que hizo por establecer vías y desarrollar el Territorio; en su entrevista con el ministro Zumeta, le había manifestado el interés que tenía Funes en explorar la región de las fuentes del Orinoco. “¿Y no era parte del plan que tiene Funes para adueñarse del estado Bolívar?”. Le había inquirido Zumeta en razón a las denuncias del general Gorrochotegui. Por supuesto, pero no era para adueñarse sino para establecer un enlace para el desarrollo. No se explicaba por qué Gorrochotegui había arremetido contra Funes si cuando fue gobernador no le hacía ni siquiera una crítica. Y habiendo aclarado el punto, había convenido con el ministro en aportar todo lo necesario para la expedición, con tal que el gobierno enviara uno o dos hombres de ciencia, competentes. El ministro le había dicho que los españoles tenían un camino para comunicarse con el Territorio a través del Caura y el Ventuario. Le notó mucho interés en el plan. Por la existencia en esa zona de vastas praderas de clima templado y saludable, propias para la agricultura, el establecimiento de comunicaciones por medio de lanchas y picas que luego pudieran transformarse en vías férreas o para automóviles para darles salida a los productos de esa riquísima región. Podían ofrecer tierras a inmigrantes europeos para su labranza. Le dijo que hasta sería buen sitio para mandar los fugitivos de Cayena que infestaban las ciudades del Litoral y llegaban hasta Caracas, pero esto no le pareció bueno. Otra ventaja sería la de tener un camino disponible para realizar expediciones hacia el Territorio evitando los raudales de Atures y Maipures. El costo de la expedición para buscar el camino del Caura al Ventuario sería muy limitado, porque había quien lo emprendiera requiriendo tan solo los gastos indispensables, podría resarcirse con el producto de lo que descubriera en el trayecto... “Aunque estos planes ya no tendrían ningún interés para Funes”, dedujo el gobernador y, al caer en cuenta de esta situación, soltó una carcajada sarcástica.

—¡Néstor! ¿Qué pasa, chico, de qué te ríes?

—De nada, mi amor, de nada, solamente recordé algo que dijo don Marcelino Bueno—. Y siguió soltando carcajadas estrepitosas.

—Bueno, ¿y cuál es el chiste?... ¿Qué dijo ese señor?

—Que el Territorio no podrá salir del atolladero en que se encuentra sino cuando tenga gente de facultades intelectuales, que tengan conciencia de la práctica de sus derechos y el cumplimiento a sus deberes para lograr la verdadera civilización que todos aspiramos ¡Ja, ja, ja!

—Barajo, yo no veo la gracia...

—Chica, que mientras mande mi compadre Tomás, eso nunca va a ocurrir.

—Néstor, ¿por qué dices eso? Si tú eres el gobernador.

Entonces soltó otra carcajada, ahora con ironía. Se burlaba de él mismo, por la bufonada que debía representar. Casi se ahogó en su propio carcajeo y le atacó la tos. Doña Josefina corrió hacia el tinajero y volvió con un vaso de agua fresca.

En un acto muy sencillo el coronel Tomás Funes, ya calmado, “entregó” la gobernación del Territorio al coronel Néstor Pérez Briceño. No le dio importancia a la formalidad y disipadamente atendía a los concurrentes quienes le prodigaban mayor atención a él que al flamante gobernador, quien solo contaba con la constante compañía de su muy atractiva esposa, y Funes se prendó de ella. La conocía desde hacía mucho tiempo cuando estaba en la plenitud de sus atractivos; sin embargo, nunca se había fijado en aquella mujer de ojos risueños. No le había atraído hasta ese momento. Disimuladamente dejaba posar sobre ella sus ojos de mirada oblicua y penetrante, sin importarle que fuera la mujer del gobernador Pérez Briceño. Funes procedió a escribirle al presidente el 2 de diciembre, para acusar recibo de su correspondencia y manifestarle “...que la opinión pública ha cambiado un tanto en el sentido de darle una interpretación justa y exacta a los acontecimientos de Rio Negro,

restándole a mi nombre un poco del lado trágico que la calumnia urdió en torno de él (...) Tanto en nombre del Territorio como en el mío propio, le agradezco la designación hecha en el coronel Pérez Briceño para gobernador del mismo. Conceptúo innecesario advertirle que yo respondo abiertamente por su conducta, la cual ha sido siempre ajustada a la más severa rectitud". Para sacarse la espina, con resentimiento le participó que, durante el interregno de su desempeño como gobernador interino, había construido con sus propios obreros algunas obras de necesidad pública tales como la Casa de Gobierno, amplia y cómoda, para albergar los distintos poderes públicos; una iglesia en San Fernando; una Casa Municipal en San Carlos de Río Negro y la carretera de Yavita a Pimichín. Y Funes continuaba carteándose con el presidente. En una de sus correspondencias le informaba acerca del viaje y las gestiones de González Perdomo en la capital; que el general Marcial Araujo (a) "Cuello 'e pana" se encontraba en la región del río Meta comprando fusiles y con parque enterrado. Que unos cuantos individuos habían contactado al coronel Sebastián González Perdomo para convencerlo de atraerlo a él, Tomás Funes, a la causa de la revolución. Le exigió una espada, de las que habían traído para el Ejército Nacional, para que dicha espada fuera un vínculo más, en la serie de eslabones que constituían la cadena sus relaciones mutuas. Acusó recibo de la fotografía oficial que le había dedicado, la cual había colocado en un sitio preferencial de su oficina y la conservaría como valioso recuerdo de amistad. Finalmente, le deseaba Felices Pascuas y un Año Nuevo fecundo en bienestar personal y máximo en éxitos oficiales. No recibió la espada. Daba la impresión de que Funes, a pesar de su aguda intuición, no había descifrado el mensaje del general Gómez: le enviaba su retrato para que recordara quien mandaba en el país, mas no le otorgaba el poder que representaba la espada.

Efectivamente, en enero de 1915 los revolucionarios anti gomecistas campeaban por el Meta y el Capanaparo, afianzando sus

preparativos bélicos. Razón por la cual, el gobernador coronel Néstor Pérez Briceño, a sugerencia de Funes, salió hacia los raudales de Maipures con un cuerpo de tropas para vigilar y disuadir a los alzados, darles a entender que el Territorio Amazonas estaba vedado para ellos y se hallaba preparado para rechazar cualquier intento contra el gobierno. En mayo, Funes le escribe al presidente aprovechando el oportuno viaje del general Bernardo Rivas a la capital, dejando encargado de la administración de la Aduana de Santa Rosa de Amanadona el coronel Luis Lugo Díaz. Le informa que hasta el momento de su partida no había ninguna novedad por allá. Cuando el gobernador Pérez Briceño regresó de la expedición de Maipures, sin haber logrado localizar al enemigo, llegó muy enfermo. No era paludismo, ni disentería, solo tenía mucha fiebre. Su mujer, doña Josefina lo atendía solícitamente, le preparó cuantos remedios caseros le recomendaban, de los cuales no obtenía resultados satisfactorios. Funes comenzó a visitarlos, esencialmente por motivos humanitarios. Doña Josefina lo recibía cortésmente. “Buen día coronel, pase adelante”. “Buen día Josefina ¿y cómo sigue el enfermo?”. “Mejorcito, ¿un cafecito coronel?”. “¿Me regala un vaso de agua primero?”. Y continuaban la conversación en el cuarto donde yacía el enfermo. Desde su hamaca, protegido con un mosquitero el convaleciente, con expresión angustiada, trataba de intervenir pronunciando frases incoherentes, apenas audibles; sus interlocutores se hacían los desentendidos y proseguían la conversación. La había conocido desde siempre y se preguntaba por qué la había ignorado hasta ese momento. “Tantas preocupaciones que tiene uno, no se puede amar y mandar al mismo tiempo”, pensaba, y en su reflexión se asomó la conjetura de que se trataba de un asunto de resarcimiento: la titularidad del gobierno sería compensada por la mujer del usurpador y no podía negarse al requerimiento de su ego. En ese instante sentía una atracción indomable por aquella

mujer ajena, y su corazón desafiaba a su mente, haciéndolo dudar a pesar de su apego a los aforismos de Vargas Vila:

¿Amas o deseas a esa mujer que se ha alzado como evocación del mal en tu camino?

Analiza tu sentimiento como hombre; no lo obedezca como bestia.

¿Deseas la hembra? ¿Su carne te seduce?

¿Amas a esa mujer? ¿Su suerte te interesa?

Si es lo primero ¡Adelante! ¡Sé feliz, no temas! Si es lo segundo

¡Detente! ¡Tiembra! Has llegado a la puerta del Misterio...

No te hagas sediento de Misterio: morirás de sed desconocida.

La sed del alma es insaciable. Si la amas ¡Apártate!

Huye de ella como de un incendio; si solo la deseas ¡Sedúcela!

¡Sedúcela...!

Y desde las jaulas de pájaros que doña Josefina cuidaba con esmero, las guacas, los loros, los pericos y las cotorras, presintiendo instintivamente el peligro lanzaron un cotorreo chirriante, irrumpiendo sus cavilaciones. Sintió un maligno impulso de torcerles el pescuezo.

El 4 de agosto de 1915, desde Maipures, Tomás Funes le escribió al benemérito general Gómez advirtiéndole, con preocupación, que el gobierno colombiano había ocupado la boca del Meta y mantenía la intención de ocupar la zona de Maipures. Solicitó instrucciones sobre el asunto: Con dolor hemos visto el avance de las autoridades vecinas hacia el hogar venezolano, pero nos hemos abstenido de tomar una resolución terminante y categórica sobre el particular, en primer término, por el desconocimiento casi total en que nos hallamos con respecto al estado de relaciones entre Venezuela y Colombia y luego, por hallarse los lugares en jurisdicción de un estado completamente autónomo y responsable exclusivo de sus

actos... Dícteme sus órdenes, en el firme convencimiento de que yo sabré cumplirlas por sobre cualquier consideración y frente a cualquier eventualidad. Por otra parte, reitero la presencia de los revolucionarios en el Arauca y también que el doctor Carmelo París, jefe de ellos, le había escrito invitándolo a unírseles. Temía que se había extraviado su correspondencia porque no había recibido una sola letra del presidente Gómez. El 10 de septiembre, escribió acusando recibo de dos notas con fechas del mes de mayo y tres con fechas de julio. Hizo hincapié en el asunto del Laudo y en que “el territorio continúa gozando de la más firme tranquilidad. Y aunque sé que mis enemigos de Guayana se empeñan en mal ponerme con Ud., también sé que podrá apreciar debidamente mi palabra, en la cual va envuelta mi reputación de soldado y mi decoro de hombre público”.

Funes se cuidó esta vez de referirse a la situación de la gobernación, aunque tácitamente tenía las riendas del gobierno territorial. Pasaba el tiempo, semanas y meses sin recibir noticias de la capital, se sintió exasperado por la indefinición y desinterés del gobierno nacional por las cuestiones fronterizas. Por otra parte, también se preocupaba por la enfermedad del gobernador, quien no mejoraba a pesar del tratamiento que recibía del coronel Sebastián González Perdomo. Deseaba la mejoría de Pérez Briceño solo para que pudiera ir a la capital a presentar la renuncia; no había considerado eliminarlo porque el presidente podía sospechar de él. Entonces resolvió instruir al “doctor” González Perdomo para que acelerara la mejoría del enfermo y pudiera viajar cuanto antes a renunciar. González Perdomo se presentó en casa del paciente con una inyectadora y le solicitó a doña Josefina que pusiera a hervir agua, desinfectó la inyectadora y luego sacó de su bolsillo un frasquito; cargó la inyectadora e inoculó el líquido en el brazo del paciente. Al día siguiente el gobernador se alentó y doña Josefina le informó con mucha alegría a Tomás Funes, quien a su vez felicitó al “doctor” González. Dos días después de la

última visita del espurio doctor, el gobernador recayó y murió de repente. Subrepticamente comenzaron a circular los comentarios de que González Perdomo, por orden de Funes, le había puesto una inyección de veneno de acción retardada.

— ¿Quienes andan diciendo eso? —dijo Tomás Funes cuando a sus oídos llegó el rumor—. Tráiganmelos para que me lo digan de frente y no anden hablando a espalda de uno.

—Vamos a saberlo muy pronto mi coronel— dijo Luciano López.

—Si usted lo ordena, mi coronel —apuntó González Perdomo—, le escribimos al benemérito, en las condiciones que usted me dicte, para informarle la infausta noticia de la muerte del gobernador Pérez Briceño.

—Está bien, prepare esa correspondencia, y cuide de no mencionar nada sobre su reemplazo, que nombren a quien quiera, me da lo mismo— dijo con serenidad.

—Me parece, mi coronel que sería oportuno enfatizar en su nombramiento como titular del cargo...

— ¡Qué cargo ni qué carajo, hombre! —objetó Funes, en el entendido que tenía poder desde la caída de Pulido. Luego añadió—: Lo importante es entender que, si el mismo benemérito manda sin ser presidente, porque tiene al Ejército bajo su mando, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Gómez manda en Caracas, y yo mando aquí en el Territorio.

—Así es, mi compadre Tomás Funes es un presidente Gómez en miniatura—, dijo Levanti.

—En miniatura no, déjese de vainas ¡En magistratura! —. Aclaró Funes y González Perdomo le propuso:

—Mi coronel, entonces ¿no sería bueno que usted se acercara personalmente al benemérito? Ahora es el momento propicio.

—No, mi amigo —le respondió concienzudamente—, yo no me muevo de aquí, si me voy puedo perder el chivo y el mecate. ¿Es que usted quiere que me pase lo mismo que a Blanco Fombona? Ni

Dios lo quiera mi coronel. Fíjese, compadre, aquí no me hace falta nada, tengo mujer, casa, comida, sirvientes, amigos como ustedes, negocios, tengo mando, tropa y la obediencia de todos. Aquí me quedo hasta que Dios quiera.

Debido a las exigencias de la Primera Guerra Mundial, se iniciaba en el país la explotación masiva de petróleo. Asimismo, la producción de caucho aumentó considerablemente y obviamente Funes obtenía buenas ganancias del caucho y el balatá. Pese a ello, no estaba del todo satisfecho, aunque no lo reconociera públicamente, pues se consideraba un rey sin corona. A raíz de la enfermedad del gobernador Pérez Briceño, había asumido el cargo tácitamente, tenía todo el gobierno bajo su control; y cuando el titular se encontraba moribundo, ya él ejercía el cargo de manera explícita. Tomás Funes había despejado el camino hacia el poder total. Se había librado de todos los obstáculos, de todos sus enemigos. Ahora solo quedaba esperar el nombramiento como gobernador titular del Territorio. No había motivos para que el benemérito no lo hiciera, pues ya había limpiado su nombre, el sobreseimiento del juicio sobre los hechos de mayo ya estaba en el Archivo General de la Nación.

—Profesor, ¿existía otra causa por la cual el coronel Funes no saliera de San Fernando? —preguntó don Rufo.

—Nosotros suponemos que una causa fue la existencia de muchos enemigos que tenía esparcidos en el país: los hermanos Benítez, algunos comerciantes de Ciudad Bolívar. Por otra parte, su situación con respecto al gobierno nacional no la tenía clara, siempre tuvo la subrepticia sospecha de que el presidente Gómez lo atacara y, por último, aunque pudo viajar a Manaos, Villavicencio o Bogotá, tenemos la impresión de que recelaba de algún rival o alguien aprovechara su ausencia para apoderarse del mando.

Ciertamente Funes estaba atrapado en su propia jaula, donde solo se permitía pasearse por el pueblo.

La casa de Pérez Briceño estaba ubicada a pocos pasos de la suya, solo tenía que atravesar diagonalmente la calle para continuar visitando a la viuda y Funes, el pisapasito de corazón de hierro se dejó llevar por la atracción amorosa y carnal. Su deseo por la mujer crecía en su corazón, aunque trataba de seguir los consejos de Vargas Vila en cuanto al proceder del varón hacia la hembra:

Busca su cuerpo; no busques su alma;
el alma de una mujer es un abismo;
y el abismo atrae;
no te inclines sobre él; ...
—Despósala—, le gritaban la sociedad y la religión.
—Gózala—, le decía el Deseo.
“¡Sedúcela!”, le gritaba la tentadora voz vargasvilana.

Su personalidad y su vida íntima, adormecida por tanto tiempo de luchas, intrigas y perversidades, se abrió al sentimiento y a la pasión. Ciñó el talle de la mujer, la apretó contra su pecho y buscó ansioso la carne de sus labios; embriagándose de besos la llevó mansa, en vilo hasta la hamaca. Y allí, en tálamo ajeno, unieron sus cuerpos, la carne mórbida, blanca y suave, con la tosca, morena y rígida, rasgando sus vestidos sin despojarse siquiera de estos. Desde aquel momento ya no hubo formalidad entre ellos, ni vergüenza, ni recato. Ella era la mujer seducida, vencida, la esclava. Él era el amo, dueño y señor, puesto que era el seductor. No conocía las costumbres íntimas del benemérito, su encumbrado jefe, aunque practicaba una de ellas: nunca durmió en un mismo lecho con la mujer como acostumbraban hacer los machos de la época; solo a veces, cuando el deseo lo vencía, salía en la oscuridad en pos de la

hembra. Entraba y salía al rato sigilosamente. Alguna vez fue visto por algún sonámbulo solitario y se corrió la voz de que solía recorrer las calles durante la noche y pegar el oído a las paredes para escuchar conversaciones conspirativas. En otra oportunidad lo vieron salir en la oscuridad bajo una llovizna cubierto con una manta blanca, lo cual dio origen a la aparición de la leyenda de la Sayona.

Disfrutaba recorriendo el solar de la casa, le ofrecía cambur al mono tití, recorría las jaulas de los tucanes, de las cotorras, de los calzoncitos, de los loros, de los pericos, y a todos les daba un trozo de cambur con un “¡prrrruua lorito!”. Un día un loro le contestó: “¡Prrruua, Tomasfunes el masfunes to, prúa!”. Quedó estupefacto y doña Josefina, abochornada, se vio obligada a decirle que se lo había comprado a una humilde mujer. Funes la mandó a buscar, pero la mujer había desaparecido. Más tarde, cuando fue por el loro para torcerle el pescuezo, el pájaro había abandonado la jaula para lanzar al viento su eslogan impulsivo. A veces iba hasta el corral de aves para alimentarlas y lanzaba puñados de maíz a las pocas gallinas que habían sobrado de las que sirvieron para hacerle los caldos al difunto. En ocasiones utilizaba el excusado que estaba contiguo al corral, después pasaba por el lavadero que también servía de ducha, a lavarse las manos. Físicamente era pulcro en exceso, eso lo hacía sentir pudoroso y además satisfecho y feliz, tenía la vida por delante y estaba dispuesto a gobernar. Mientras tanto, las mansas guacamayas revoloteaban libres entre los árboles frutales de la casa.

* * *

Entre tanto, en el tranquilo ambiente del hogar, aunque en angustiada espera, el general Abelardo Gorrochotegui espera algún resultado de su denuncia contra Funes, siente pasar el tiempo demasiado lento, retardando su venganza. Pero las autoridades nacionales ya

habían dejado de lado a Tomás Funes, se habían olvidado del mayo sangriento. Entonces vuelve a escribir poemas inspirado en sus buenos recuerdos de los indios, de la selva lejana:

¡Oh soledad virgínea! Cuando torne
a las riberas del raudal que baña
el pueblo donde vi por vez primera
la bienhechora realidad del alba,
recordaré, nostálgicos, tus bosques
y en mis canciones te enviaré mis lágrimas.
¿Por qué, Churuata, no me devuelves
los indios tiernos de mis encantos?
¿Y aquellos días de bendiciones,
glorificados,
en que pasaba mi edad florida,
felices ratos,
por qué se fueron como las nubes?
¿Por qué mis párpados
los humedece, choza querida,
constantemente mi acerbo llanto?

Por lo demás, Gorrochotegui combate el tedio distrayéndose en conversaciones con amigos en la Plaza o leyendo las noticias llegadas desde Europa: el 28 de junio el Archiduque Francisco Fernando, heredero al trono austro-húngaro, fue asesinado en Sarajevo, capital de Bosnia. El estallido de la Primera Guerra Mundial. Por muchos años Serbia y Austria-Hungría se encontraban enemistadas, debido a que los patriotas serbios querían unir a todos los suyos en una sola nación, incluyendo a quienes vivían en Austria-Hungría. Por supuesto, esta nación se oponía a ese plan. El gobierno del imperio austro-húngaro decidió que el asesinato del Archiduque sería una excusa válida para arreglar cuentas con Serbia y el 28 de Julio le

declaró la guerra. En realidad, todas las naciones europeas habían estado esperando la guerra. Europa se encontraba dividida en dos bloques: Alemania, Austria- Hungría e Italia eran miembros de la Triple Alianza o Potencias del Centro. Rusia, Francia e Inglaterra formaron la rival Triple Entente, llamada más tarde los Aliados. Los estados balcánicos se agruparon con Serbia y la Triple Entente. Los enemigos de Serbia estaban al lado de la Triple Alianza. El 1° de agosto comenzaron los combates en la frontera ruso-germana. Alemania declaró la guerra a Francia el 3 de agosto. El 4 de agosto el gobierno inglés declaró la guerra al alemán para proteger la neutralidad de Bélgica. Japón entró a la guerra al lado de los aliados el 23 de agosto. Italia decidió permanecer neutral durante el tiempo que restaba para vencerse el plazo de la Triple Alianza. Estados Unidos proclamaba neutralidad en el conflicto. En la nueva guerra se consumirían dos insumos producidos por Venezuela: petróleo y caucho. En el occidente se comenzó a extraer el producto del subsuelo y en el sur se extraía el látex en la superficie verdinosa. Esta extraordinaria circunstancia casualmente convierte a Tomás Funes en un eslabón de la cadena explotadora-mercantilista y guerrerista que sacrificará millares de vidas en los campos de batalla.

También lee en la prensa nacional que el 13 de junio había sido sancionada una nueva Constitución por el congreso de plenipotenciarios, dándole el ejecútese el presidente provisional Victorino Márquez Bustillos. En esta constitución se permitía la reelección presidencial y se elimina el Consejo de Gobierno. Se establece la figura del Comandante General del Ejército, separada de la Presidencia de la República. Gómez ocuparía este cargo y dejaría la presidencia en manos de su hombre de confianza Márquez Bustillos, durante ocho años. Durante ese tiempo, fue informado de la invasión desde Colombia el día 19 de mayo, del general Emilio Arévalo Cedeño, partidario del Mocho Hernández, movimiento que fracasó por completo. El 10 de agosto de 1915 el Ejecutivo Nacional expidió

un decreto para reglamentar la *Ley de Misiones* contemplándose en el artículo dos, que cada misión debía fundarse con una iglesia, una casa escuela, un hospital y una casa para el personal de la misión. En el artículo tres se decía que el personal de cada misión se compondrá de: el vicario o director, el primer asistente, el segundo asistente, un médico y podía agregársele tres hermanas de la Caridad. Terminaba el año y el general Gorrochotegui continúa meditando en su casa, ceñudo, decepcionado porque un sátrapa sicópata seguía mandando como dueño y señor de todo aquel extenso territorio selvático y despoblado. Y él, un ciudadano general probo y amigo del presidente, ha quedado como un mentiroso. Mientras tanto el cínico Funes continuaba aprovechándose de la condescendencia del benemérito-presidente. La historia se repetía; era el mismo caso de Rufino Blanco Fombona contra Víctor Aldana: el gobernador titular, preso y el usurpador, libre... “La libertad, la libertad... –murmura–, es lo máspreciado, qué me importan el poder y el dinero si estoy libre de aquel infierno verde”.

Finalmente, se olvida de Tomás Funes y del Territorio Amazonas. Mas no de Aramare, el notorio cacique amigo suyo, cuyo recuerdo quedó plasmado para siempre en las letras de sus poemas. El general y poeta supo esperar su turno para enfrentar los acontecimientos y los problemas que le deparó la vida, como el prodigioso escape del averno del tirano, a quien sobrevivió siete años. Murió en Caracas en julio de 1927.

IX

GOBERNADOR ENCARGADO

*Dotes de mando tiene usted, y maña de mando tengo yo.
En Caracas manda usted y en Rionegro mando yo.*

Donde convergen tres grandes ríos con aguas de diferentes colores y definidos por tupidas riberas serpenteantes, en el lugar donde la tierra es rodeada por aguas desbordadas, convirtiéndola en una isla inverniza durante medio año. Allá, en el confín sur del país, se encuentra la población de San Fernando de Atabapo, aislada y rodeada por una inmensa región selvática. Fue trazada a la costumbre española por colonizadores dirigidos por don José Solano, quienes la fundaron en febrero del año 1758 en un poblado existente llamado Maracoa, donde vivían desde tiempos inmemorables, indígenas guaipuinave capitaneados, en los tiempos de la llegada de Solano, por el cacique Crucero. Dos siglos después, el poblado constaba de unas cincuenta casas dispuestas a lo largo de siete calles; contaba con iglesia, plaza y casa de gobierno. Sus habitantes vivían apaciblemente y todos sabían que, a pesar de que el gobernador fuese Abelardo Gorrochotegui o bien Néstor Pérez Briceño, quien verdaderamente mandaba era Tomás Funes, sencillamente porque solo él tenía tropas y armas a su disposición. Y efectivamente, se

encargaba de mantener la tranquilidad, una calma basada tanto en el temor como en el miedo, ni más ni menos que al mismo estilo del régimen imperante en el país.

Al ocaso de un día veranero, soleado y caluroso, los ribereños vieron acercarse lentamente una falca por el Guaviare impulsada por palanca y canaleta. Cuando arribó, muchos curiosos se acercaron a ella para enterarse de quienes eran los recién llegados. Además de los remeros, desembarcaron tres forasteros, uno de ellos, acompañado por dos guardaespaldas armados, se presentó como el señor Ojeda, reportero del diario *El Tiempo* que venía desde Bogotá con el propósito de conocer y entrevistar al coronel Tomás Funes. Enseguida fueron a avisarle y él, sintiéndose halagado por aquella deferencia, invitó al periodista a su casa donde cenaron y entablaron agradable charla. Durante los días siguientes sostuvieron largas entrevistas. Funes era hombre de pocas palabras y mucha acción, como entrevistado respondía las preguntas del periodista, sin embargo, muchas veces prefería escuchar las disertaciones de su invitado sobre diversos temas, incluso el literario. Del mismo modo conversaban en la plaza al atardecer o cuando se encontraban en cualquier oportunidad. Transcurrido cierto tiempo, cuando ya Ojeda estaba por concluir su trabajo, Funes le dijo: “¿Podrá usted mostrarme sus escritos para echarle un vistazo y complementar algún dato faltante? No intento corregirle la plana por supuesto”. “Pues, claro mi coronel –respondió Ojeda nerviosamente–, no hay ningún inconveniente, pero déjeme ordenarlas un poco sí, para mañana estará listo”. Desde ese momento Funes mostró un leve cambio de actitud hacia el periodista. Y en su ojeriza advirtió que, a pesar de haber paseado por las obras de autores colombianos, había obviado mencionar a su autor preferido y lo encaró: “¿Qué piensa usted de Vargas Vila?”. Hasta ese momento el reportero no tenía conocimiento de la perversidad de su interlocutor, por el contrario, sus finos modales le habían persuadido a tener confianza en él, por eso, le contestó sinceramente: “pues, mi coronel,

le diré que no me agrada, mi opinión es que las ideas expuestas por él, no son las de un verdadero pensador, especula mucho con las palabras...”. El coronel se le quedó mirando sorprendido y a la vez ofendido por el menosprecio que había escuchado y había perdido el hilo de las palabras. Se levantó de su hamaca, controlando su disgusto y se despidió con un “buenas noches” a secas. El periodista retornó a su vivienda desconcertado por el cambio de humor que había notado en el temperamento circunspecto de su anfitrión. Antes de la media noche, salió un piquete de hombres de la casa-cuartel de Funes armados con “Avispa” a la cabeza. Se detuvo frente a la casa que habitaba el periodista y golpearon fuertemente la puerta. La abrió, somnoliento.

—¿Qué quieren ustedes a esta hora? —Y levanta un farol a kerosén intentando reconocer a los visitantes.

—El coronel lo solicita.

—¿A quién, a mí? ¿A esta hora?

—Sí, a usted mismo, ¿qué tiene de particular? —dijo “Avispa” con altanería—. Él tiene derecho de llamar a quien quiera y cuando le plazca.

—Esperen un momento mientras me visto.

—Que vengan también sus ayudantes, ¡sin armas, por si acaso!
—. Advirtió “Avispa” e hizo una señal para que rodearan la casa en prevención de una fuga.

Cuando se dirigían hacia la orilla del río, el periodista advirtió que no era el camino hacia la casa de Funes y preocupado preguntó: “¿A dónde nos llevan?”. “Ya lo sabrá a su debido tiempo”, le contestó “Avispa” y continuaron caminando. Al llegar a la orilla, los obligaron a embarcarse en una endeble curiara. “¿A dónde vamos? Soy amigo del gobernador, usted debe saber que...”. “Sí, sí. Ya cállese”, irrumpió “Avispa” y le entregó un paquete diciéndole: “ahí le manda su amigo el coronel pa’ que lea en el viaje”. Con manos temblorosas quitó la envoltura y con la tenue luz de los mecheros,

descubrió un libro muy bien empastado de Vargas Vila, era uno de los regalados por Gorrochotegui. Entonces sospechó de qué se trataba: “¿Será que mi opinión adversa a Vargas Vila es la causa por cual ese canalla me expulsa de esta forma? No, no lo creo... pero si puede ser por las investigaciones que estaba haciendo sobre esos crímenes, pero ¿cómo se habrá enterado? ¿Cómo?”. Estaban siendo remolcados por un bongo hacia las tinieblas acuosas y sentían que el agua penetraba por las bordas. Trataban de achicar con las manos y solicitaban auxilio inútilmente. No se imaginaban que estaban más allá de la convergencia de las aguas de dos ríos, pues habían penetrado el turbio Guaviare plagado de caimanes, entonces notaron que la soga de chiqui-chique que los unía al bongo había sido soltada. Solo en ese momento Ojeda comprendió que había sido sorprendido por Funes con la misma muerte. La curiara se había llenado totalmente, pero sus ocupantes abrigaban la esperanza de mantenerse a flote sobre la curiara, tratando de evitar a los caimanes. Estaban a la deriva del destino fatal mientras la noche se alargaba y el frío penetraba sus huesos. Al día siguiente, al amanecer, Funes se paseaba por la orilla del río, sus guardaespaldas le seguían a poca distancia. Se detuvo y enfocó el catalejo hacia la lejanía del Guaviare.

—Parece que son caimanes —dijo quedamente—, no pasarán hacia el Atabapo, porque no les gusta el agua negra.

—No, mi coronel, no son caimanes sino tres cuerpos de ahogados flotando— dijo uno de sus ordenanzas que había utilizado el “larga vista”.

— ¡No contradiga a mi coronel, carajo! —irrumpió “Avispa” dándole un planazo—. Si mi coronel dice que son caimanes, caimanes son, aunque sean ahogados.

Algunos investigadores piensan que el motivo de la sentencia mortal contra Ojeda no fue su opinión desfavorable sobre Vargas Vila, sino la osadía que tuvo de indagar sobre los asesinatos ocurridos en la región, que comprometían a Funes y su posible divulgación

en la prensa colombiana. Otro día, en horas de la tarde, Funes daba un paseo por la extensa orilla atabapeña y mientras caminaba parsimoniosamente, había apartado de su mente el asunto de los negocios para disfrutar del ambiente y la brisa fresca del río. Echó un vistazo hacia la isla que había sido de los Arrendajos, hasta que él ordenó talar toda la vegetación que pudiera ocultar algún avance enemigo hacia el puerto. Le había parecido muy crecido el monte y mando a rozarlo, para mantener buena visión hacia la punta de Guaimara, donde desemboca el Guaviare. Siempre había estado pendiente de una supuesta invasión o ataque del enemigo por ese lado del río. “Por allí debería venir Julio Barrera”, pensó. Y entonces volvió a preocuparse de sus negocios. Por lo pronto le preocupaba que Barrera, uno de sus proveedores no llegara; si bien lo había citado hacía varias semanas y hasta el momento no tenía noticias de él. “Ese miserable no se va a burlar de mí”, sentenció cuando subió el montículo hacia su casa. Barrera había llegado desde Bogotá, era de cuna aristocrática, pero algunos problemas pasionales y desalientos, lo condujeron a orillas del Vichada. Quiso huir de la sociedad depravada, siguiendo los consejos de Rousseau y estableció contacto directo con la naturaleza primitiva, regocijando así su corazón dolorido. A medida que pasaba el tiempo olvidaba el pasado. Se encariñó con los indígenas que le dieron albergue y luego le construyeron su casa. Absorbió el aire acariciante y los efluvios de la selva, se deleitó con el rumor del río, se impregnó de la hechicera savia selvática; todo aquel ambiente se le fue metiendo por los poros hasta llegarle a los huesos. Con sagacidad, inteligencia despierta y sin escrúpulos que obstruyeran su éxito, se dispuso a desarrollar sus conocimientos de medicina y de botánica. Esto le dio oportunidad de captarse la buena voluntad de los nativos, a quienes curaba y dirigía con trato apacible, en el comienzo de su nueva vida. Realizó curaciones, consideradas maravillosas, con el simple empleo de la quinina, del limón o de hierbas cuyas propiedades curativas

conocía. Como secuela, los nativos se fueron formando de Barrera un concepto de ser superior, acrecentado por los ingenuos nativos al escuchar las voces y sonidos musicales provenientes de un extraño artefacto que el racional poseía; para hacerlo funcionar, convirtió en un rito solemne el hecho de colocar el disco de acetato grabado sobre el plato giratorio, la pequeña aguja en el brazo fonocaptor de aquella vitrola. Este recurso le sirvió de aliado poderoso en el plan de subyugar a los indígenas. Revestía sus actuaciones curativas de símbolos y ritos impresionantes. Tales métodos lo elevaron a la condición de brujo, de gran piache blanco, temido y respetado a la vez por la comunidad. A la postre, los malos instintos afloraron sobre su cultura y ahogaron su interés por la vida bucólica que pretendió llevar.

Julio Barrera explotaba la confianza alcanzada en beneficio propio, a tal punto que la tribu trabajaba sin cesar en provecho exclusivo del hechicero forastero: exigió la entrega de centenares de chinchorros que los indígenas fabricaban, monopolizó la producción de casabe y mañoco, las cosechas de pijigüao, la pesca de quelonios; artículos que enviaba a Funes a cambio de morocotas o de mercancías. Las relaciones comerciales entre los dos especuladores marchaban excelentemente: Funes recibía regularmente una falca cargada de productos, principalmente de mañoco y, a veces, otra de peones vendidos como esclavos. Barrera, a cambio, se surtía de mercancías, comestibles y muchas morocotas. Así marchaban sus negocios hasta que Funes le adelantó a Barrera una buena suma en oro. Desde ese momento Barrera paralizó la remisión de productos y buscó otros mercados, con la esperanza de realizar nuevos engaños. Seguramente no se ocupó de conocer bien a su cliente. Funes, disimulando su creciente indignación, lo invitó a visitar a San Fernando; sin embargo, Barrera sabía a qué atenerse, declinó la invitación y a la vez solicitó la visita de aquel. Así andaban los ánimos, cuando la comunidad vichadeña, que Barrera capitaneaba, entró en guerra por diferencias

originadas en raptos de mujeres realizados por ellos a otra tribu que recorría un caño cercano. Al enterarse Barrera de las discrepancias, prometió la victoria total a sus adeptos, siempre que cumplieran las instrucciones que les daría a su debido tiempo. Aceptada la propuesta, hizo fabricar abundante cantidad de mapires. En el interior de ellos, mediante rezos y exorcismos —en verdad, mezclando activos eméticos con el mañoco— introdujo el espíritu del Máwari y les dijo: “lleven estos mapires a sus enemigos, en pago de las mujeres robadas. Ustedes, aunque les dé hambre, no coman de ese mañoco. Cuando los enemigos coman, esperen con paciencia y verán qué fácil será aniquilarlos”. En efecto, los Guahibos aceptaron el mañoco que sus contrarios le ofrecieron y al comerlo con apetencia, sintieron agudos dolores en las entrañas, seguidos de vómitos y malestar general. Extenuados e inermes cayeron postrados los guerreros de la tribu, circunstancia que aprovecharon los hijos del Vichada para exterminarlos a golpes de mazos y lanzazos. Realizada la sórdida hazaña, les prendieron fuego a los caneyes regresando triunfantes a su caserío, donde los esperaba Barrera para cobrar el servicio. Sus exigencias aumentaron de tal forma, que hacían precaria, difícil y amarga la existencia de la comunidad, así llegó a convertirse en una peonada sumisa a las órdenes del presunto piache. Reclamó para él las guarichas más hermosas, amén de mayores diezmos y aumentó la venta de peones a los empresarios caucheros, bajo amenaza de invocar la intervención del Máwari, en caso de no ser complacido ampliamente. Acosados por tantas extorsiones, la comunidad vichadeña decidió pedir auxilio a Funes. Viendo la oportunidad de vengarse y recuperar su inversión, él se mostró dispuesto a complacerlos. Les proporcionó un frasquito de alcaloide, instruyéndoles que lo vaciaran disimuladamente en la yucuta de Barrera. ¡Y el que mataba con veneno, por veneno fue muerto! Al expirar Barrera, los indios machetearon el cuerpo y encendieron una hoguera, quemando en ella el cadáver del malvado traficante.

A pesar de que Funes había alejado a su familia enviándola a Ciudad Bolívar, mantenía correspondencia con ella regularmente, aprovechando los viajes de los comerciantes y en especial a través de su amigo Miguel Pulido, hombre de su confianza y con él prefería enviar las cartas o encomiendas a su esposa. Miguel Pulido tenía negocio en San Fernando y viajaba regularmente a Ciudad Bolívar, donde realizaba compras para reabastecer su casa comercial. Con el tiempo y las constantes visitas, el mensajero y la señora acabaron haciendo vida marital. Se lo informaron a Funes y un fogonazo de odio, de recelo y resentimiento invadió su ser; la traición era su mayor tormento. Cuando logró calmar sus ánimos mandó a llamar al don Juan:

—Oiga, compadre, me han llegado rumores de que usted me está cachapeando el hierro, ¿qué hay de cierto en eso?

—Bueno, yo soy amigo suyo y lo respeto mi coronel. La verdad es que yo no le falté a su mujer, mi coronel, ella fue la que me, me... bueno, usted es hombre, póngase en mi lugar...

—No, tranquilo, solo quería saber hasta dónde llegaba el respeto de los amigos—, dijo Funes con displicencia.

Cuando el hombre salió, llamó a “Avispa” y “Picure” para darles la fatídica orden: “quítenle la estaca de guindar el sombrero”. El padre Rafael Díaz Funes que, por cierto, no era familia de Tomás, se enteró del encuentro y presumió la mortal sentencia dictada por el hombre ofendido. Fue a rogarle por la vida de su amigo Miguel apoyándose en el poder de la sotana. “Está bien —accedió Funes—, tratándose de que usted intercede, dígame que le doy dos horas de plazo para que me desocupe el pueblo”. “Enseguida”, el cura mandó a preparar un bongo con doce bogas. Ya el condenado Miguel Pulido se había adelantado con los preparativos y pudieron salir

antes de la hora señalada, desde un lugar solitario. Enterado con prontitud de la fuga, consultó su saboneta y esperó el tiempo de plazo por él establecido y al cumplirse el tiempo, envió a su gente tras el comerciante, pero no pudieron alcanzarlo. Esa noche, Pulido no dejó que los remeros durmieran, navegaron en la oscuridad para no ser avistados por los hombres de Funes. El padre Díaz, los remeros y el ligero bongo habían salvado de la muerte al hombre que había osado disputarle la mujer a Tomás Funes. El 17 de mayo de 1916 le escribió al presidente, una vez más, solicitándole un sacerdote católico para officiar en la iglesia construida por él, con su peculio particular; y agregó: "ojalá pusiera Ud. su alta influencia acerca del representante de la iglesia católica en Venezuela, a fin de que, de acuerdo con Ud., optara por enviar misioneros católicos de alguna orden litúrgica, que en realidad son los llamados por su temperamento e imaginación a realizar grandes triunfos sicológicos, en el aderezamiento moral de estas muchedumbres". Entretanto, él mismo atendía a esa gente espiritualmente bautizando a la mayoría de los niños cuyos padres veían en el rito sacramental, la manera de asegurar a través del compadrazgo con Tomás Funes su propia integridad física. Volvió a escribirle a Gómez el 6 de agosto, solo para felicitarlo por la gira realizada por algunas ciudades del país y la inauguración de varias carreteras. No recibió contestación de las últimas cartas, ni de las demás que envió en los siguientes años. El señor general J. V. Gómez no soportó más esa relación confusa. Dio la orden de ignorar al coronel Tomás Funes. No le dio el nombramiento de gobernador que tanto anhelaba, al contrario, hizo desaparecer el nombre del Territorio Federal Amazonas de las memorias de los Ministerios del Interior y de Hacienda, desde 1915. No obstante, Tomás Funes se auto nombró gobernador encargado después de la muerte del coronel Néstor Pérez Briceño.

—¿Eso quiere decir —intervino el joven Yépez— que el gobierno nacional dejó al garete, es decir, al abandono, a un territorio tan valioso, tan inmenso?

—En cierta forma sí —dije con cierta duda—, todo quedó en manos de Funes.

—¡Carajo! Siendo así, puede decirse que Tomás Funes, en todo caso, defendió por su cuenta el territorio patrio.

—Bueno, no es extraño que el presidente Gómez haya actuado de esa manera, ya que, por su manera de actuar muy particular, por una parte, no aceptó otorgarle la titularidad de gobernante al hombre que había matado a su gobernador y amigo, y por otra, tan seguro estaba de la fidelidad que le profesaba Funes, que decidió dejarlo actuar por su cuenta. Históricamente, los centrales no veían estas tierras como parte integral del país, sino como un territorio abstracto y lejano, sin vínculos históricos, ni económicos, ni naturales con Caracas. En época de Guzmán Blanco se sugirió que, para pagar la deuda externa y para lograr la salvación de Venezuela, la solución estaba en la venta de Guayana a Inglaterra por quinientas mil libras.

«A partir de aquel tiempo —proseguí—, cuando Tomás Funes se convenció de que no lo nombrarían gobernador, tampoco se ocupó más de realizar obra alguna, a no ser la limpieza rutinaria del pueblo. ¡Ah!, sí emitió un decreto solicitando a todos los cau-cheros o personas con solvencia económica para que contribuyeran con un impuesto para la educación de los niños y sostener el pago del maestro. Pero atrás había dejado aquellos planes de establecer ganadería, montar un aserradero y mejorar la flota del río, que le había expuesto una vez, con vehemente entusiasmo, al gobernador Samuel Darío Maldonado, cuando era un hacendoso comerciante».

—Es hora de dormir —dijo el doctor Andueza—. Mañana iremos a entrevistar a unos familiares de Funes.

—Tendremos que dormir en la falca —dijo el motorista Sixto— porque el depósito donde estábamos lo llenaron de fibra. Ya llevé toda la magaya para allá.

—Vamos a mi casa —invitó Sinfiorano Piñate—, allí hay sitio para colgar las hamacas.

—Gracias Piñate —dijo el doctor Andueza—, pero ya es tarde, no hay alumbrado y tampoco hay luna, mañana podemos ir.

Una luz ambarina de linterna pescadora titiló en el Guaviare.

X

BAJO EL SIGNO FUNESTO

*Los tiempos cambian a voluntad del amo.
Los esclavos van tras el destino de su dueño,
mientras los héroes caen en holocausto vano.*

En la mañana del siguiente día, caminamos por la orilla del río hacia un sitio cuyo fondo de granito liso era propicio para darnos un chapuzón, como lo hacíamos diariamente; aun así, no dejaba de maravillarme esa experiencia de sumergirme en las aguas amarillas sin la presencia de anfibios o saurios peligrosos como expresó Rufino Blanco: “Cuando alegre como un tritón golpeáis las linfas con palmadas, chispea en el aire un rocío de topacio y de oro...”. Más tarde Piñate nos llevó a casa de don José Inés Sué; con él cotejamos nuestros apuntes y nos proporcionó información y datos sobre su pariente y benefactor Tomás Funes. Reseña que este se bañaba en el mismo sitio donde lo hicimos nosotros; y acostumbraba hacerlo al caer la noche, por precaución y recato. En la casa, ya en ruinas, donde Funes resistió el ataque de Arévalo Cedeño, nos mostró algunos detalles como los agujeros de bala en puertas y ventanas, que ya habíamos observado. Pensé que podían conservarse para algún día exhibirlas en un museo, ya quedan pocas cosas o implementos

que den referencia a la época cauchera. Nos indicó, además, el sitio donde encontraron el armamento oculto bajo el piso de madera y el lugar exacto, marcado por él, donde cayó Tomás Funes abatido por las balas de los revolucionarios de Arévalo Cedeño donde hoy día está clavada una pequeña cruz de hierro. En retribución a nuestros obsequios, don José Inés nos regaló una navaja multiuso que había pertenecido a Funes. Basándome en sus informaciones, pude armar otro perfil referente a Tomás Funes: cuando consideró que su ejercicio en el mando se había consolidado, volvió a dedicarse con ahínco a la producción cauchera y balatera trabajando solo con criollos o “rationales”. Se ganó el aprecio de la gente humilde, regalándole pescado del que traían sus doce pescadores, destinado a las familias de los peones y capataces que se ausentaban para la cosecha del caucho o el balatá. A estas familias también les brindaba la protección necesaria, para su integridad física y con seguridad y constancia las dotaba de los demás alimentos necesarios para su manutención en ausencia del padre de familia. Por otra parte, antagónicamente era proclive a los chismes. Esa actitud perversa de su megalomanía daba lugar a que los chismosos de oficio se dedicaran a escuchar subrepticamente, conversaciones privadas hasta en horas de la noche. Cualquier alusión a Funes, a sus secuaces, a las armas, era catalogada como sospechosa y propensa a que el autor o los autores del comentario desaparecieran misteriosamente, o aparecieran después flotando en la laguna de Tití. Sin embargo, su agenda llegaba a ser monótona: se levantaba muy temprano y se aseaba con agua recogida en un tambor, después lo esperaba su taza de café humeante con arepas, huevos y queso preparados por su cocinero. Generalmente recibía a la gente por las mañanas, atendía peticiones que abarcaban desde solicitudes para que fuera padrino de bautismo hasta quejas maritales, pasando por cualquier requerimiento personal. Almorzaba en casa de Josefina, donde solía llegar sigilosamente, como un fantasma, y la sorprendía con un

beso en el cuello. Así andaba siempre, con sus zapatos de suelas de goma, dicen que era para ver si sorprendía a alguien hablando mal de él. En la tarde, después de la siesta, a veces recorría las calles. La gente le adulaba a su paso suave y parsimonioso. “Buenas tardes, mi coronel”. “¿Cómo le va compadre?”. Cuando no era un compadre o comadre, saludaba en tono bajo y miraba fijamente como escrutando la intención del aludido. ¿Será amigo o enemigo? ¿Y quién es aquel, que no salió a saludar? Cuando se topaba con un indio, katumare a cuesta: “¿Cómo está cuñado? ¿Qué lleva ahí?”. “Yuca y topocho”. “Llévalo a mi casa. Pongan esa cosa allá. Quiten eso de aquí”, iba ordenando como el dueño de la hacienda a medida que iba recorriéndola. “Busquen al dueño de esos cochinos, que los meta en su chiquero y que mate uno, aquel capón, y me mande una pierna y un costillar”. La gente aprendió a no molestarlo en la tarde, porque se ponía de mal humor debido a los problemas que le iban complicando la vida en el transcurso del día. A veces salía a sentarse en la plaza, frente a su casa; disfrutaba de la brisa fresca de la tarde, y pronto se rodeaba de amigos y adulates, hablaban sin levantar la voz, emulando al jefe. Para ellos eran momentos de presión, de humillación a veces, por las bromas pesadas, pero era el precio de vivir confiadamente. Al oscurecer iba a su casa donde le esperaba la cena preparada por su sirviente.

* * *

Transcurría el año 1916, y Funes se había acostumbrado a la ausencia de correspondencia desde la capital. “Seguramente el benemérito estará ocupado en Maracay y, como le dejó la presidencia a Márquez Bustillos, ahora se ocupará de otros asuntos”, le dijo a Sebastián González. Le llegaban noticias en la prensa con dos meses de retraso,

que lo ponían al tanto de lo sucedido en el resto del país y en el mundo: la malaria azota al país. El Papa Benedicto XV condecora a Juan Vicente Gómez. Noticias de la guerra; 29 de enero: ataque aéreo a París con zeppelin. Venezuela y Argentina son las únicas naciones neutrales. Gómez, sin embargo, de manera velada manifestaba una inclinación germanófila. Una tarde calurosa se acostó en su hamaca, se meció y ya sosegado, pidió el último periódico que le había llegado. “Oye esto Sebastián: en marzo las tropas austro húngaras degollaron a 9000 civiles serbios. Y estos aquí haciendo un alboroto, molestándolo a uno por ajusticiar a unos cuantos malhechores. Bueno... 130, según la cuenta del intrigante de Tavera Acosta”. “¿Cómo se le va a ocurrir a uno llevar la cuenta de esos miserables? Por cierto, este señor te llama el Tigelino de Rionegro...”. “¿Y quién es ese tal Tigelino, Sebastián?”. “Eso es pura envidia, mi coronel. Era el personaje favorito de Nerón, célebre por sus infamias y la historia lo acusa de ser el verdadero autor del incendio de Roma”. Humm, hizo y pensó: “por algo será”. Volvió a concentrarse en las noticias: comienzo de la ofensiva rusa contra los ejércitos austro-húngaros. Julio: inicio de la ofensiva aliada en el Somme. Diciembre: es asesinado Rasputín en Petrogrado. “¿Dónde queda el río Somme, Sebastián?”. “Ya le digo mi coronel”.

* * *

Los adversarios de Funes estaban en zozobra, ninguno se sentía seguro. Había que hablar en voz diáfana para no despertar sospechas; día y noche las puertas de las casas permanecían abiertas por si acaso los matones tenían que entrar. Al calabozo habían llevado a un comerciante cauchero de apellido Laja, que se atrevió a discrepar: “¿Qué diferencia hay entre el gobierno del finado Pulido y el del coronel Funes? Aquel nos agobiaba con impuestos y este

nos arrebatara el producto de nuestro trabajo”. Alguien lo oyó y lo denunció. Era un detenido incómodo pues recibía visita y viandas de personas importantes del poblado. Algunos de sus amigos ya habían ido a hablar con Funes para rogarle clemencia por él. Funes se impacientaba, se malhumoraba y después, cavilaba: “este hombre es perturbador en la cárcel, pero puede ser peligroso en libertad...”. En ese momento atravesaba el patio de la casa de gobierno donde “Picure” y “Avispa” amolaban sus machetes en las piedras de amolar que estaban en un rincón. Cuando el jefe pasaba cerca de ellos, “Avispa” dijo taimadamente: “estos machetes tienen hambre de carne fresca, mi coronel, no los deje en ayunas”. Entonces le ordenó que pasara por el despacho y, una vez allá le dijo: “saquen a Laja a dar un paseíto por Tití, debe tener las piernas entumecidas”. Al rato vio desde la ventana de su casa a Laja, sumiso, portando sobre su hombro un saco con su hamaca y sus ropas, iba escoltado por los dos matones. Por el camino “Picure” conversó con él: “abre bien los ojos, compañero, uno nunca sabe si volverá a ver lo que se deja atrás”. “Comprendo lo que me quieres decir, me van a matar ¿verdad?”. “Chico, lo que quiero decirte es que abras los ojos pa’ que disfrutes este paseo antes de embarcarte y perderte de aquí, eso es lo que quiere el coronel”. “¡Ah! ahora veo por qué me dejaron traer la magaya”. “Claro, no pienses en cosas de mal agüero, más bien échate un trago, te caerá bien”. Al pensamiento de Laja llegó el recuerdo reciente del brujo que le acompañaba en el oscuro y húmedo calabozo donde Funes mantenía a sus enemigos de baja categoría; los más importantes perdían la cabeza rápidamente. “Bueno cuñao –le preguntó–, ¿qué significa lo que soñé anoche? Yo soñé con muchas estrellas que fueron convirtiéndose en bolones de caucho y luego caían como estrellas fugaces incendiando el poblado”. El piache lo miró de reojo y le contestó pausadamente: “eso quiere decir que van a venir muchos hombres yaránabes y matar a Funes, yo dije pa’ el hace tiempo, debe retirarse, si no se va, lo van agarrar,

como agarrar una gallina en el gallinero, y le van a torcer el pescuezo; entonces él mandó a mi pa'acá, preso, por decirle que lo iban a matar, tú no...”. El piache iba a expresar algo, cuando otro preso lo interrumpió furioso: “¡Qué bolas, adivinando sueños! ¿Quién va a matar a Funes? –Gritó– ¿Quién? ¿Quién coño va a matar a Funes...? ¡Carajo!”. Y el piache de Aramare, ahora en desgracia, calló y se arrinconó. “¿Quién y cuándo?”, repetía mentalmente Laja, hasta el momento que escuchó la voz. “Mira –dijo ‘Picure’ sacándolo de su pesadumbre–, ya estamos llegando y hay mucho barro, será mejor que te quites los botines”. Más adelante, Laja recordó la predicción fatal que le había hecho el piache, y en ese momento sintió una sed abrasadora y se agachó para tomar de la laguna. En ese instante “Avispa” le asestó un golpe mortal con su afilado machete. La sangre se diluyó en el agua. Tomaron el cadáver por los pies y lo arrastraron un poco para abrir el abdomen, sacar las entrañas y sustituirlas con piedras. Cortó el dedo anular para apoderarse de un anillo de oro y entre ambos lanzaron el cadáver al agua. Lavaron sus machetes y sus manos y regresaron. “Quédate tú con los botines que a mí no me sirven –le dijo ‘Avispa’ a ‘Picure’–, y también con el anillo que yo me quedo con el chinchorro y la cadena”. Al acostarse, los compañeros de “Avispa” le oyeron decir: “¡Qué sabroso es dormir en una hamaca fina!”. Y después roncaba tranquilamente. Pocos días después, al atardecer “Picure” andaba luciendo los botines de piel de cocodrilo y una relumbrante sortija de oro, Mientras “Avispa” lucía en su pecho una gruesa cadena y fumaba un aromático habano de la caja que había encontrado en la magaya del infortunado Laja. Y el piache de Aramare, recluso desde el día que se atrevió a decirle la verdad a Funes con respecto al fin de sus días, continuaba haciendo predicciones, a pesar de las protestas de su compañero de celda. Decía que Venancio Camico, un predicador mesiánico nacido en Maroa al que también llamaban Venancio Cristo o el Dios de Mane, famoso por sus hazañas sobrenaturales y sus dotes

de adivino y curandero, lo sacaría del calabozo. Venancio se había ido al Brasil y allá logró fama de curandero de almas y de cuerpos, casaba y bautizaba, profetizaba el fin del mundo y el juicio final. Sin embargo, lo más relevante de su mensaje fue su insistencia en la necesidad de liberar a la población indígena de la opresión que el blanco ejercía con el sistema de avance o endeude. Al regresar a tierra venezolana se supo de su actuación en el caño Aquio entre los años 1850 y 1860. Se decía que había muerto y había resucitado varias veces. Las palabras del piache llegaron a oídos de Funes y llamaron su atención ya que estaba obsesionado por descubrir a sus potenciales enemigos.

—Avispa, búsqume al indio brujo que está en el calabozo, me lo trae bien bañado y vestido.

Cuando se presentaron con el brujo, habló con él y luego ordenó:

—¡Ahora tráiganme a Venancio Camico o Venancio Cristo que es el mismo! —luego, refiriéndose al piache, agregó—: a este me lo dejan de regreso por el Cunucunuma.

Y la comisión salió enseguida hacia el Aquio.

* * *

El año siguiente trascurrió en un ambiente de orden y trabajo: la gente evitaba hacer algún comentario en torno a los temas que pudieran amenazar su integridad física. Los empresarios se dedicaron a trabajar en sus sitios o en sus barracas cuidándose mucho de no atravesarse en el camino de Funes. Solo así podían sobrevivir, porque Funes no molestaba a la gente trabajadora, por supuesto, si se mantenían bajo su dominio y pagaban sus impuestos. En marzo, el presidente Gómez emitió una circular dirigida a los presidentes de Estado, llamando la atención sobre la práctica de pagar a los trabajadores del campo con fichas que solo se recibían en las pulperías

de las fincas donde trabajaban, lo cual, según observaba Gómez “no era legal ni provechoso a las clases jornaleras”. Finalizaba la circular sugiriendo a los mandatarios regionales que dictasen medidas para eliminar esta práctica. Al despacho de Funes no llegó la circular, pero él se enteró leyendo el periódico. “Menos mal que aquí en el Territorio, no existe esa costumbre”, dijo, añorando las cartas del presidente. En la confortable hamaca colgada en el cuarto de su casa, leía también en la prensa de ese mismo mes, que le llegaba con retardo: “abdica el zar de Rusia Nicolás II, llega a su fin la dinastía Romanov de 300 años de antigüedad”. Y pensaba que, si aquellos habían logrado mandar por tantísimos años, tal vez podía él crear una dinastía. “¡Si pudiera tener un hijo varón!”. Hasta aquel momento había tenido solo hembras. Y de un impulso se levantó para ir a casa de doña Josefina.

Una tarde lo visitó una mujer para quejarse y denunciar que los hermanos Álvarez estaban secreteando entre ellos y hablaban de armas, “¡y de usted, mi coronel! Quién sabe si estaban maquinando algo contra usted, mi coronel”. “Está bien, tome esto para que se compre algo”. En verdad acusó a los hermanos Álvarez porque adeudaban cierta cantidad de dinero a su marido y para colmo, como había sido despreciada por uno de ellos que rechazó sus caricias; impulsivamente decidió vengarse acusándolo de seducir mujeres ajenas. Se retiró contenta, sin remordimientos, confiando que el gobernador, como le habían dicho, los obligaría a pagar la deuda y al abusador lo mandaría preso por tres días. Al día siguiente, al amanecer, cuando los hermanos salieron de su casa para limpiar el conuco, una comisión enviada por Funes los detuvo. “¿Qué sucede?”, preguntan sorprendidos. “No venimos a dar explicaciones –contesta ‘Avispa’–, sino a cumplir órdenes de mi coronel”. “Acompáñenos”. Y caminaron selva adentro. Esa mañana se escucharon sordas detonaciones en las inmediaciones del poblado y la gente se imaginó que se trataba de cazadores tempraneros. A los familiares se les hizo

creer que los hermanos se habían extraviado, tal vez los habían capturado los “salvajitos”. Y la madre, las mujeres y los hijos quedaron abandonados a su suerte, ya no tenían quien les llevara el alimento diario. No los visitaban ni los ayudaban, más bien los evitaban. Solo les quedó una salida y era recurrir a la bondad de Funes. Les proporcionó alimentos y ropas en abundancia. “¡Dios se lo pague coronel! ¡Qué bueno es usted!”. Exclamó la madre agradecida. Funes no estuvo conforme, seguía preocupado porque una revuelta no la fraguan solo dos hombres; tenía que haber cómplices. Se preocupaba y cavilaba tratando de descubrir una pista de la supuesta conspiración. El pueblo estaba atemorizado, inseguro; hombres y mujeres hablaban ahora en voz alta. Por hablar quedo y confuso, por murmurar, ordenó matar, sin mediar explicaciones, a tres hombres más. “Por ahora, no hay motivos para matar a nadie”, les dice Funes a sus espalderos, que hacían hablar a sus machetes rabo e gallo, ávidos de sangre. “Sí hay motivo mi coronel, vea usted, los hermanos Aguilera ahora no nos saludan, andan raros y nos miran malamente cuando pasamos frente a ellos”. “¿Y eso qué tiene que ver? A lo mejor no les va bien en los negocios”. “No es que le contradigamos mi coronel, pero aquí todo el mundo sabe que somos, como dijéramos, el brazo derecho y el brazo izquierdo de usted y el que desprecia los brazos también desprecia el cuerpo. Además, son primos de los Álvarez, los que aparecieron muertos el otro día en Tití”. Entonces, Tomás Funes quedó pensativo, ceñudo, y de su cerebro inmutable salió la sentencia fatídica: “está bien, denles comida a sus machetes”. Brazos y machetes salieron a comer, pero los Aguilera habían salido de pesca. Los brazos criminales remaron durante horas en una curiara buscando a los tres sentenciados y al dar con ellos, les tendieron una emboscada. Cayeron sobre los infelices pescadores los machetes hambrientos y saciaron la sed de sangre. Los caimanes remataron el festín y luego, los brazos criminales trambucaron la curiara de los

muertos para borrar las huellas del crimen y regresaron a renovar el filo de los machetes.

Sin embargo, Tomás Funes no estaba conforme, no se sentía plenamente satisfecho de estas acciones que solo calmaban la mal-sana perturbación de sus “brazos” criminales. Alimentar machetes hambrientos ya no le causaba complacencia. Necesitaba de alguien que le avizorara el porvenir, un adivino y confidente que develara la conspiración. Estaba esperando a Venancio Camico, el adivino yerbatero que andaba por Rionegro desde 1850. Decían que había muerto ya nonagenario en 1902, pero el piache de Aramare le había jurado que ahora vivía en el caño Aquio... “Será otro, ese cuento de que ha resucitado no me lo trago –pensó– de todas maneras, lo necesito”. Cuando estuvo frente a Venancio Cristo, observó que era un hombre altivo, moreno, de frágil contextura, de baja estatura y frisaba los cincuenta años; le había calculado más de cien años por las informaciones que había recibido, y para asegurarse de evitar un impostor o un falso profeta, ordenó a sus espalderos que metieran a Venancio dentro de un cajón, clavaran la tapa y lo lanzaran al fondo del Orinoco, asegurándolo a un árbol con una soga de chiqui-chique. Al día siguiente recuperaron el cajón aún amarrado con la soga y se sorprendieron por lo liviano que estaba, luego, al abrirlo quedaron pasmados porque Venancio no estaba dentro. Lo encontraron unos días después en su casa del Caño Aquio y lo trajeron de nuevo ante Funes. El amo de la selva, inconforme con la primera prueba, ordenó a su gente repetir el acto esta vez reforzando el cajón, el cierre de la tapa y aseguraron los amarres, todo para evitar otra fuga del escapista. Lo sometieron a otra prueba más severa en lo más hondo del río. Volvió Venancio a escaparse de manera misteriosa e inexplicable y los esbirros de Funes fueron a buscarlo en su sitio, pero no lo encontraron allí ni en algún otro lugar. Como Venancio, por sus dotes, ya conocía las intenciones de Funes, después de su segundo escape no se dejó ver más por el

tirano, ni sus esbirros. Ninguno de estos se atrevió a darle a su amo el mensaje que le dejó Venancio: “lo atraparían como a una gallina en el gallinero y le torcerían el pescuezo”.

* * *

Doña Josefina le colgaba un chinchorro en el patio sombreado de su casa, rodeado de los pájaros enjaulados, Funes se acostaba y uno de sus criados, Nolasco, lo mecía pacientemente mientras él leía el periódico de fecha retrasada: “En junio, desembarcan en Francia las primeras tropas estadounidenses. En noviembre, las tropas del gobierno mexicano derrotan a las del general Pancho Villa, en el estado de Chihuahua. En diciembre Estados Unidos declara la guerra a Austria-Hungría”. Doña Josefina le llevó café recién colado, lo saboreó con calma y devolvió la taza. Luego, como si el descanso le hubiera hecho recordar un asunto pendiente, salió impetuosamente hacia su casa-cuartel.

* * *

Corría el año 1918 y continuaba la gran guerra: en enero se funda el ejército rojo bajo el impulso de León Trotski. Ataque aéreo alemán a París. Arrojan 14.000 bombas sobre la ciudad luz. En julio las tropas aliadas inician una contraofensiva en las inmediaciones del río Aisne y del Marne, obligando a un repliegue de las fuerzas alemanas. En septiembre Austria-Hungría propone negociaciones de paz a los aliados. La guerra sórdida se libraba en Europa, y consumía el caucho producido en Rionegro, donde aquella gran guerra era un asunto desconocido y lejano para la mayoría de la gente embutida

entre selvas y ríos. Solo a los amos les llegaban las noticias retardadas. Aquí no se libraba guerra alguna, había paz, solo que era una paz sepulcral, una paz repulsiva que mantenía el cautiverio del indígena por el patrón y al patrón por el amo. Podía sobrevivir en aquel ambiente donde no cabía la debilidad ni el apocamiento, el hombre de carácter fuerte, despiadado y agresivo, que arriesgaba la vida o sabía venderla cara, el que no se paraba por nada para conseguir lo que se le antojaba, ya fueran mujeres o riquezas. El humilde no tenía el amparo de las leyes, estaba sujeto al capricho de las autoridades convertidas en agentes comerciales y tenía que hacerse justicia por sí mismo. El que fuera débil, pusilánime o pobre; el que fuera cobarde, no tenía derecho a la vida del hombre libre. Esperaba la muerte en la zozobra del temor y la angustia. Libres eran los hijos de la selva en su propio ambiente, muy lejos de los sitios caucheros y barracones de la satrapía.

—A veces, la fe era lo único que podía salvarlo a uno —opinó el viejo cauchero Rufo que de vez en cuando se unía a nuestro grupo, luego añadió—: Ocurrieron milagros como el caso de un amigo de mi papá, un comerciante llamado Manuel Añez, a quien la gente del general Manuel González había apresado cuando fueron a matar al general Varela en Santa Rosa de Amanadona. Lo tenían maniatado y cuando supo que lo iban a matar comenzó a rezarle a San Marcos de León, rezó con fe, rogando por su vida. Entonces cuando “Picure” se le acercó con el machete en la mano, se quedó viéndolo ya que lo conocía desde antes y le dijo al oído: Amigo, no lo voy a matar, eso sí, piérdase de mi vista ahorita mismo, váyase lejos, pa’ Brasil, porque si lo vuelvo a ver, ahí sí lo mato. Ahora váyase, desaparezca por allá, por ese monte, que yo lo reportaré como muerto. Y así, tal cual como me lo contaron, el hombre se salvó de milagro.

En noviembre se firma el armisticio entre Austria-Hungría y los aliados. Alemania capitula y restituye la Alsacia y la Lorena a Francia. Ese año, en Venezuela, se subleva la guarnición del Castillo de Puerto Cabello. Se establece el bolívar oro como unidad monetaria. El general Juan Pablo Peñaloza invade el Táchira desde Colombia. Sus tropas son derrotadas, Eustaquio Gómez ordena asesinar a todos los prisioneros y sus cuerpos son colgados en grandes garfios a la vista del público hasta descomponerse. “Así voy hacer aquí, si se les ocurre venir”, sentenció Funes. Cuando le llegó la noticia del fallecimiento de Alí, hijo predilecto de Gómez, a consecuencia de la gripe española que estaba azotando a Caracas, le escribió al presidente expresándole sus condolencias, a sabiendas que su carta no sería contestada. Como todos los años la partida hacia los barracones y la llegada de los caucheros eran inalterables, monótonas, ya sea para iniciar la cosecha al comienzo del verano o para finalizarla al inicio del invierno, o bien para las fiestas de fin de año o para las fiestas patronales. Nefasto destino tendrá el caporal que llegara con malas cuentas, o el que llegara con chismes o aquel que hubiera sido denunciado por haberse propasado con la mujer de otro, o por robo; en esos casos llamaba a “Picure” o “Avispa” y le decía al oído la seña fatal: “te mandé a llamar para que llesves a fulano a cortar leña por allí”. Así también, era cotidiano el embarque de los negros bolones de caucho, de las marquetas de balatá y de los sacos de sarrapia desde los depósitos hasta las piraguas, y luego la partida hacia Ciudad Bolívar o Manaos, con el grito de “¡vamos con Dios, patrón!”. “¡Y con la Virgen!”, contestaba el patrón, y avanzaba la piragua con el ritmo sordo y acompasado de los remos. Y quedaba el pueblo casi desértico. Después de la despedida, Funes volvía a su casa acompañado de sus ahijados Carlos Santana Tovar y Pedro

Nolasco Chacín, a quienes había favorecido por ser niños obedientes y aplicados; les dio su amparo junto a sus criados Florentino Piñate y Pascual Betancourt, quienes habían venido desde Río Chico y les asignó un maestro para que les enseñara a leer, a escribir y realizar operaciones aritméticas. Tiempo después, Pascual se casó con una hija de Funes. Los muchachos alimentaban y bañaban en el río a los dos grandes perros de Funes y, de paso, se bañaban ellos también. A final de año, el tenedor de libros le informó que se habían producido 108 ton. de caucho, 1.120 ton. de balatá y 111 ton. de sarrapia. Paúl Sprick continuaba instalándose en su sitio de Capiwara, previa aquiescencia de Tomás Funes. Construía su casa grande y cómoda y estaba complacido de que los techos, por ser de palma de chiquichique, debían ser bien inclinados y simulaban los de las casas de su tierra. Era el último de los empresarios caucheros que intentaba dominar y doblegar la indocilidad selvática para instalarse de acuerdo a sus costumbres y manera de vida.

* * *

1919 fue un año de paz y esperanzas al terminarse la cruenta guerra mundial; y las noticias que daban cuenta de tratados de paz le llegaban a Funes con retardo de meses. En mayo la Asamblea Nacional alemana declara que las condiciones de paz propuestas por los aliados son inaceptables. En junio se firma el tratado de paz entre aliados y Hungría. La delegación alemana firma el tratado de paz en Versalles. El 29 de ese mes, muere atropellado por un automóvil, el doctor José Gregorio Hernández, causando honda consternación en la población caraqueña. En julio, los aliados suspenden el bloqueo marítimo de Alemania y EUA restablece relaciones comerciales con Alemania. En agosto, destacamentos del ejército de Ucrania degüellan a más de 5.000 judíos en la provincia de Padolia. “¡Cójame

ese trompo en la uña, Luciano! Esos europeos no se andan con pendejadas a la hora de cortar cabezas; y aquí se forma un escándalo cuando un enemigo del gobierno pierde la suya, ¿qué te parece?”. “Tiene usted razón, mi coronel”. En verdad, la lejana guerra, aparte de ser noticia para algunos empresarios caucheros, no tenía relevancia en la satrapía. Allí la batalla por la vida se desarrollaba sórdidamente, bajo las estrictas órdenes del terror de Rionegro. Vamos a almorzar. Cuando salían se les atravesaron unas gallinas y Funes preguntó molesto: “¿De quién son esas gallinas? Agárrenlas y se las llevan a doña Josefina y si alguien las reclama, me avisan para pagárselas”. “En seguida mi coronel, a su orden”.

Desde Maracay, el general Gómez escribe al presidente Márquez Bustillos abogando por la salud y el bienestar de la patria, advirtiéndole acerca de la existencia de gran cantidad de cápsulas de revólveres, importadas por algunas casas de comercio. De que podía ocurrir “una vasta introducción de revólveres, cápsulas, puñales, dagas y estoques, instrumentos malditos de delincuencia y destrucción, que en mi concepto debieran ser de prohibida importación por nuestras leyes”. Le recomienda que “continúe dictando medidas enérgicas a las autoridades subalternas, a quienes corresponda, para que sean recogidos e inutilizados todos los instrumentos del mal, y no se conceda, en ningún caso, permiso para introducirlos en el país”. Funes releyó el artículo y lo guardó. Mandó a llamar a Luciano López y le dijo: “Luciano, usted, como jefe civil dé la orden de recoger todas las armas y las municiones que tengan los particulares. Está prohibido el porte de armas, por orden superior”. El presidente Gómez estaba preocupado porque se había develado una conspiración en los cuarteles de Caracas, dirigida por el joven militar Luis Rafael Pimentel. La mayoría de los implicados sufrieron tortura y murieron en la cárcel de la Rotunda. La conspiración recibió la simpatía de jóvenes estudiantes encabezados por Gustavo Machado. San Antonio del Táchira fue invadido por Matías Peñuela con más

de 350 hombres. Después de un encarnizado combate se retiraron a Colombia. En septiembre llegó al Territorio por el Río Negro el geógrafo inglés Hamilton Rice para estudiar el fenómeno natural del Casiquiare y ubicar las fuentes del Orinoco. Su guía era el baré Pedro Caripoco, quien hacía treinta y cinco años había guiado al viajero francés Jean Chaffanjón, también empeñado en descubrir las fuentes. El 21 de enero de 1920, en el raudal Guaharibos se toparon con los yanomamis; estos realizaron sus ritos de encuentro con algarabía; eran muchos. Rice se asustó y ordenó a sus hombres abrir fuego con la ametralladora que llevaba instalada en la proa de la lancha. Veinte indígenas cayeron acribillados y los demás huyeron despavoridos ante el poder mortífero de aquel extraño y mortal artefacto jamás imaginado por ellos. Hamilton Rice abandonó el país tranquilamente y el crimen quedó impune.

* * *

1920. En enero entra en vigor la *Ley Seca* en Estados Unidos. En abril se crea la Escuela de Aviación Militar, el gobierno compraría una escuadrilla de aeroplanos en Francia. En agosto son transmitidas las primeras noticias radiofónicas por la estación 8 MK de Detroit.

—Compadre Luciano, ¿usted se atreve a montarse en un avión?

— ¿Yo? Qué va, ni de vaina, volar es para los pájaros.

—Pero así podríamos llegar hasta Manaos, directo, sin tanto inconveniente.

—Bueno, compadre, como usted lo disponga.

Al final del invierno Funes se apresta para enviar a su gente a las barracas, era tiempo de la cosecha de ese año.

—Mi coronel, no es bueno que despache a todo el personal para los trabajos de goma y balatá —sugirió Luciano López—, mire que

siguen los rumores de revolucionarios por el Casanare y es necesario estar prevenido.

—No se preocupe, compadre, esos son cuatro gatos y conmigo aquí, nada pueden hacer, con veinte hombres que dejemos y el parque que disponemos, es suficiente para correr a esos pelagatos; eso, si se atreven a llegar hasta aquí.

—Ah, mire, Chicho González quiere hablar con usted, para ponerle a la orden su nuevo sitio Las Carmelitas, en el mismo Ventuario, se mudó del Descanso en febrero.

— ¡Anjá! Sí, dígame que venga, tenemos tiempo sin arreglar cuentas.

Y cuando Funes decía arreglar cuentas, no se refería únicamente a las cuentas comerciales. En noviembre se realiza la primera asamblea de la Sociedad de Naciones en Ginebra, con la ausencia de Rusia, Alemania y Estados Unidos. La renta petrolera sigue subiendo, pero la administración de Funes no se beneficia de ello, pues tiene sus propios recursos. A mediados de diciembre comienza a llegar gente a San Fernando y el 24 los caucheros celebran la Navidad, los festejos continúan hasta recibir el año nuevo; a pesar de la tendencia belicosa de los peones cuando toman, el orden implantado por Funes los mantiene controlados. En las fiestas celebradas por algún empresario cauchero, se ofrecían finas bebidas importadas, exquisita comida y los asistentes lucían sus mejores trajes. La recepción era acompañada por pequeños grupos musicales y también por la moderna vitrola. Rafael “Chicho” González, Carlos Wendehake y Sulbarán se destacaban entre los concurrentes como bailarines y por sus elegantes vestimentas. Concluidas las fiestas, el pueblo iba quedando desolado; diariamente salían las embarcaciones repletas de gente y mercancías. En el puerto quedaban las mujeres y los niños agitando las pañoletas a modo de despedida. Cuando los peones comenzaron a embarcarse en los bongos y piraguas para dirigirse a sus barracones caucheros, Luciano López todavía insistía en dejar

un grupo de ellos para reforzar la guarnición, pero el empecinado Funes no transigió. “Voy a mandar al compadre Levanti a los raudales para que eche un vistazo”, fue todo lo que consiguió López.

Y los bongos y piraguas, repletos de gente armada, como los peces en ribazón, remontaban los raudales.

XI

LOS SECUACES

*La historia no menciona tiranos sin secuaces,
para oprimir se necesitan los unos a los otros
como los colmillos a las fauces*

BALBINO RUIZ

Fue el hombre que mató al gobernador Roberto Pulido el ocho de mayo. Era barloventeño y a su llegada al Territorio se había establecido en la isla de Ratón; era un rudo capataz y su tesorero trabajo lo convirtió en modesto negociante cauchero, pero se vio afectado, como otros, por las exacciones del gobernador Pulido. Después de su participación activa en “la Funera”, pasó a ser un comerciante de prestigio y poder, bajo la sombra de Tomás Funes. Sin embargo, por causas desconocidas, en una ocasión viajó a San Fernando y se presentó, en horas de la noche a la casa de Funes. Tocó la puerta insistentemente, en vista de que no abrían, le pidió que por favor le atendiera un fuerte dolor de muela. El que se la daba de dentista con sus allegados, le respondió: “¡Balbino, a esta hora no puedo atenderle!”. Presintió algo mal, olfateó el peligro y sin quitarle la tranca a la puerta, agregó: “véngase mañana porque nadie se ha muerto por un dolor de muela. Aguante el dolor como un macho. Lo espero temprano, ¿oyó?”. El coronel poseía un sentido

desarrollado de percepción ante cualquier actitud amenazante hacia su persona y esta vez lo utilizó. Balbino Ruiz no se presentó al día siguiente, pero sí fueron a casa de Funes algunos chismosos a decirle que lo habían visto portando un revolver bajo la camisa, que eso estaba prohibido. “¿No es así, mi coronel? Tal vez no tenía ningún dolor de muela, sino que lo quería asesinar”. Funes lo mandó a buscar y lo conminó a abrir la boca para examinarlo. Lo interrogó presionando la pinza sobre una pieza sana, pues no tenía ninguna dañada. Le dijo que lo del revólver era una vieja costumbre suya, que de ninguna manera era para usarlo contra él. No le creyó. Balbino Ruiz sabía con quién estaba tratando y tuvo que mentir simulando dolor con un rugido. Hay que sacarla murmuró el dentista y procedió sin anestesia. “Dese unos buches de salmuera compadre, cuando llegue a Ratón estará comiendo carne”. Le conmutó la pena de muerte por el extrañamiento, por los viejos tiempos y para evitar otra mancha de sangre en su alma.

Balbino le agradeció la extracción y también, aunque no lo expresó, por la permuta de su vida por una muela y se fue a Ciudad Bolívar. Al cabo de un año, le escribió a Funes, disculpándose, pidiendo perdón y solicitándole que le permitiera regresar. Balbino había gastado su dinero y necesitaba desenterrar el tesoro que había dejado en isla Ratón a causa de la premura de su viaje anterior. Una y otra vez le escribió insistiendo sobre lo mismo, porque si Funes llegara a saber que había vuelto sin su permiso, era hombre muerto. Finalmente accedió y Balbino Ruiz se apresuró a presentarse. Al llegar a San Fernando, su antiguo compañero Luciano López, que tenía cuentas pendientes con él, por una guaricha, lo recibió cordialmente y, evitando que Ruiz se encontrara con Funes, lo invitó a un almuerzo con carne asada. En una mesa larga engalanada con mantel, se sentaron en los extremos Ruiz, el invitado y López, el anfitrión. A los lados, los principales acólitos y espalderos. Balbino Ruiz se reencontró con viejos compañeros y pocos desconocidos.

Como aperitivo comenzaron con un brindis que se prolongó con muchos tragos de coñac y más tarde, cuando sirvieron, Ruiz probó el primer bocado de carne y con gesto de desaprobación le dijo a Luciano López: “¡Caraj! Pero a esta carne le falta sal”. Era la señal convenida y en ese momento retumbó un disparo; la bala salió del cañón de un rifle Winchester asomado por un pequeño boquete en la pared de bahareque. y Balbino Ruiz cayó mortalmente herido halando consigo el mantel como si quisiera arrastrarlo hacia el abismo, llevándose consigo el secreto del tesoro de morocotas que había ocultado en isla de Ratón. López le ordenó a “Picure” que lo recogiera y lo sepultara. Después salaron la carne asada y se la comieron. Dicen que Funes, al enterarse de que habían matado a quien él había perdonado, se molestó e increpó a Luciano López: “¡Así, a traición, malamente, no se mata a un hombre macho!”, y él le dijo: “caramba, mi coronel, pero ese hombre venía a matarlo a usted”.

MANUEL MAERTHACCI

Había participado con Sebastián González Perdomo en las gestiones que este realizó en la capital del país, para defender a Tomás Funes de las acusaciones y favorecer la opinión sobre los acontecimientos de mayo; después fue encargado por Funes para llevar los libros contables de su casa comercial, oficio que ejerció alternándolo con otros hasta que fue sustituido por Carlos Palau Ospina. Maerthacci, oriundo de Ciudad Bolívar, fue catalogado por el ministro Zumeta como hombre de valor, inteligente y astuto; pero también era un sicópata empedernido, lo cual avalaba su presencia en el círculo de gente de confianza del coronel Funes. Hay evidencia de que en 1911 le siguieron juicio por causa criminal. Uno de sus crímenes lo cometió contra su compadre José Dolores, hombre pacífico, trabajador y mantenía buena amistad con Funes, quien le había hecho algunos favores. Cometió algún desliz, que no fue del agrado

de su compadre. Entonces Maerthacci fue hasta donde Dolores vivía con su mujer y sus hijos en un sitio a orillas del Atabapo, cerca de San Fernando. Llegó acompañado de cuatro hombres con machetes al cinto. Los compadres lo recibieron efusivamente, el ahijado y los otros vástagos también salieron a recibirlo. Todos estaban contentos y honrados con la visita de tan importante personaje del entorno del gobernador. “No tengo nada que ofrecerle para tomar compadre, me sorprendió con su visita”. “No se preocupe compadre que no vinimos a tomar”. Aun así, le obsequiaron un succulento sancocho de gallina, preparado apresuradamente por la solícita comadre. Al terminar, ambos compadres descansaron en sendos chinchorros mientras charlaban amenamente. De pronto Maerthacci se incorporó y dijo gravemente: “el verdadero motivo de mi visita es cumplir órdenes superiores, venga conmigo, tenemos que tratar algunos asuntos, acompáñeme”. “¿Cómo? ¿Por qué?”, preguntaba José Dolores ansiosamente mientras dos de los secuaces lo conducían a un paraje solitario; los otros retenían a la mujer y a los hijos que clamaban piedad, sin embargo, de nada valieron sus súplicas. Manuel Maerthacci era frío ante el lamento, se reía del dolor humano; era imperturbable ante súplicas y lloros del que presiente la muerte. Se alejaron de la casa por un camino. El niño mayor pudo escapar y los alcanzó; inerme llegó hasta los verdugos y se lanzó sobre ellos insensatamente, fue rechazado a patadas y porrazos; lo dejaron inconsciente. No lo asesinaron por la intervención de su padrino. Seguidamente, sin mediar palabras, le cayeron a machetazos al condenado; mientras Maerthacci, sentado en el tronco de un árbol contemplaba la macabra escena con morboso deleite, hasta que el infortunado exhaló el último aliento. Los asesinos regresaron al pueblo en el bongo repleto de gallinas y verduras. Maerthacci llevaba puesto el reloj del difunto y su fonógrafo. Mucho tiempo después, cuando Funes ya había muerto, el hijo de José Dolores y ahijado de Maerthacci, que había sobrevivido a la paliza, le siguió la

pista al asesino de su padre, pues se había desaparecido del territorio, probablemente anticipándose al plan de Funes para deshacerse de sus secuaces; lo buscó tenazmente hasta encontrarlo en la Laja de Babilla, río abajo de los raudales de Atures y, sin atender a sus cobardes súplicas, lo mató a machetazos.

— ¿Y no va a incluir en este paquete a Picture, a Avispa y a Medinita, profesor Quintero? —preguntó Yépez.

—En realidad estos individuos pertenecen a otra especie de verdugos. No eran funcionarios públicos ni gente de oficio artesanal, sino simplemente espalderos, matones a sueldo y, por supuesto, gente de confianza para los trabajos sucios de cuyas peripecias nos hemos enterado en el transcurso de la historia de sus jefes. Pero debemos referirnos a otro de los secuaces más temible del sátrapa Funes:

MANUEL MARÍA GONZÁLEZ

Tenía un espurio prestigio y fama de hombre peligroso y temido, reputación que había crecido considerablemente durante el tiempo de represión y asesinatos del régimen funesto. Y en el engrimiento de su escaso talento se hacía llamar “El Tigre de los llanos,” en clara alusión desafiante al “Tigre de Atabapo”, como algunos llamaban a Funes clandestinamente. Sin embargo, siempre le había sido fiel, pues “era sus ojos” que recorrían todos los ríos y caños del Territorio, ojos que veían el desarrollo de la vida miserable de los peones caucheros y también el comportamiento de los empresarios, en un constante ir y venir de un sitio a otro, como una especie de patrullero fluvial. “Era sus oídos” que oían las expresiones de los empresarios caucheros, regatones y cualquiera que se expresara con algún aire despectivo hacia el jefe. “Era su boca” que le transmitía con aditamento de malicia aquellos hechos, ya filtrados por su malignamente, con ausencia de sentimiento y con alevosía criminal. Manuel María González “era también su brazo” ejecutor de las sentencias de muerte emitidas por el sátrapa cauchero, con la particularidad de que,

debido a su individual y caprichoso comportamiento aparentaban ser ejecutadas por su propia iniciativa, dejando salvo de sospechas a su jefe. Era un mercenario, nunca fue funcionario público y su tiempo libre lo pasaba en el botiquín o en su isla San Rafael, cerca de Santa Rosa de Amanadona, una propiedad que le había entregado Funes como pago por sus servicios, para que la explotara en sociedad con él. El personal a su servicio tenía carácter de peones-soldados y la vida en las barracas se desarrollaba bajo un régimen militarizado con estricta vigilancia de rondas y centinelas. Funes pensaba que ya estaba libre de enemigos y no era conveniente tener a su lado un criminal como ese y comenzó a desconfiar de él. Tomó una radical decisión mientras leía: “En una organización social alguien pugna por sobresalir pretiriendo a los otros; para ello interviene en asuntos que no le incumben, usurpa títulos –había subrayado en el libro de Vargas Vila–, acepta halagos, evidencia ansias de encumbramiento. Quemad esta simiente de cizaña antes que infecte el campo...”. Lo mandó a llamar con “Avispa” y cuando Manuel González llegó, lo saludó cordialmente: “¿Cómo le ha ido general? Hace tiempo que no lo veía”. “Caramba, mi coronel, usted sabe que me la paso en el río, de aquí para allá y de allá para acá, de acuerdo a sus instrucciones”. “Bueno, le tengo otra misión, general. ¿Dispone usted de diez hombres de absoluta confianza?”. “Sí, mi coronel y hasta más, aunque usted sabe que no confío en nadie absolutamente sino en usted; pero me obedecen”. “Bueno, entonces reúnalos y salga antes del atardecer para San Carlos donde le será entregado por Rodríguez Franco un cargamento de balatá que va para Manaos bajo su custodia. Tome la ruta del Casiquiare, en Capiwara don Paúl Sprick le hará entrega de una buena piragua. Aquí tiene las correspondencias que entregará. Oiga, González, esto tiene que hacerse con mucha discreción”. “Sus órdenes serán cumplidas mi coronel, con su permiso mi coronel”. Y dando un taconazo dio media vuelta y se retiró. “Que tenga buen viaje, general”. González se alejó entusiasmado, le gustaba viajar,

en el río se sentía libre de la plaga, del calor y se sentía protegido de sus enemigos. Al día siguiente muy de mañana, se presentó Justo Rodríguez Franco al despacho de Funes. La ordenanza lo anunció. “Que pase, que pase”. Se abrazaron amistosamente los compadres. “Siéntese, amigo Justo Vicente, necesito que usted me preste un servicio con mucha discreción y eficiencia como solo usted sabe hacerlo, cuando quiere”. “No, mi coronel, cuando usted lo desee, yo estoy para servirle, mande usted”. “Bueno, prepárese para salir hoy mismo para San Carlos, antes de mediodía. Eso sí, tiene que llevarse buenos hombres, unos veinte. Llévase además a ‘Eliseo Enríquez, a Ventura Gutiérrez, también a ‘Medinita’ y ‘Avispa’. Esos carajos andan ociosos por allí y echándole vaina a los demás. Yo me quedo con el compadre Luciano López y ‘Picure’ pues aquí todo está tranquilo. Le recomiendo que se vaya por el Atabapo. Cuando llegue a San Carlos, no antes, abra este sobre y proceda de acuerdo a las indicaciones que le doy allí”. El otro se lo entrega en el momento preciso al general Manuel González, son instrucciones sobre un cargamento de balatá. “Como usted diga mi coronel... gobernador”.

Siete días después, en San Carlos de Río Negro, Justo Rodríguez Franco abrió el sobre correspondiente. El mensaje era conciso y rotundo: mate a González y a sus acompañantes cuando llegue. “¡Coño! ¡Mieerda!”, exclamó Rodríguez, sorprendido. “¿Qué pasó, mi coronel?”, preguntó Ventura Gutiérrez. “Nada, nada; después les explico”. “Esta empresa es cojonuda. González tiene guáramo y se defenderá como un tigre, por algo se hace llamar así. ¿Cómo le entraré?... Lo mejor será tenderle una trampa, como hizo Blanco Fombona con Aldana. O mejor será como hizo Funes con Pulido. Eso es. ¡Las dos cosas nojoda! ¡Eliseo... Ventura!”. “Diga usted, a la orden mi coronel”. “Vamos a reclutar unos cincuenta hombres, los reúnen en el caney y cuando estén todos me avisan para informarles un asunto”. “¿Y se puede saber cuál es ese asunto mi coronel?”.

“Después, después les digo. No, esperen, mientras buscan a los hombres vayan regando la voz que el general Manuel González viene por allí con intenciones de liquidar a los comerciantes de aquí, para quitarles sus bienes y después irse a Brasil con toda la cosecha de caucho y balatá”. Se corrió la voz y los comerciantes mismos se encargaron de aportar a sus peones y la cantidad de reclutas requerida por Rodríguez Franco fue superada. Algunos vecinos, viendo el movimiento de gente armada con fusiles y machetes, resolvieron coger el monte; varios optaron por atravesar el río y refugiarse en la orilla opuesta. Otros, menos precavidos y curiosos, se quedaron en espera de los acontecimientos. Salió una comisión río arriba para adelantarse al arribo de González y participarle que las autoridades y el pueblo lo estaban esperando con un sancocho y bebidas en demostración de aprecio. González y su patulea, acostumbrados a regocijarse con las francachelas, aceptaron jubilosos. Al acercarse la falca de González al puerto, sus hombres hicieron disparos y causaron alarma entre los que esperaban, aunque pronto se dieron cuenta que disparaban al aire en señal de alegría y respondieron con igual estrépito. El coronel Justo Rodríguez Franco quiso evitar el primer encuentro con González y se hizo el enfermo, simulando una fiebre causada por paludismo; dejó a cargo de la comitiva a Henríquez y a Gutiérrez. El general González, enterado por la comisión que fue a su encuentro de la presencia de Rodríguez Franco y su mesnada, no tomó precauciones de ningún tipo, pues estaba sugestionado por el homenaje popular que había estimulado su vanidad, sintiéndose querido y temido a la vez por el pueblo que, por el contrario, no había tomado en cuenta a Rodríguez Franco. Sirvieron la “cachaza” y el aguardiente; se fueron desatando las inhibiciones en la gente de ambos bandos y fueron aflorando las barbaridades humanas. La francachela se desarrollaba bajo la sombra de un castaño y todos hablaban, reían y tomaban, en espera del sancocho. González, joven, alto, fuerte y parrandero, aunque había libado bastante, no daba

muestra de embriaguez, altivo por naturaleza, el aguardiente lo había vuelto petulante; por comodidad se quitó el cinto con el revólver, luego el sable que lleva terciado en la espalda y los colocó junto al wíchester al pie del árbol. Justo Rodríguez Franco había seguido los acontecimientos del sarao, desde su casa. Había vencido la duda que le causó la miga de honor aflorada en su ser, para sopesar su agresión contra un compinche de muchos años, sin otra causa que la obediencia al jefe. Al atardecer tomó sus armas parsimoniosamente, incluyendo su puñal y se dirigió al sitio del jolgorio, bajó con el sobre que le había entregado Funes, en la mano. Iba Rodríguez Franco acompañado de sus espalderos y algunos de ellos se emboscaron entre el monte, mientras él continuó con pocos hombres.

Al llegar al pie del castaño puso el pié, como por descuido, sobre el cinto del revólver de González y, alargándole el sobre, lo interpelló a nombre del amo a enterarse de su contenido. “¿Por qué tanta prisa? ¿No puede esperar a que termine la fiesta, coronel?”. “Imposible, general, son órdenes superiores”. González rompió el sobre por un borde, sacó el papel y leyó la misiva: “entréguese como prisionero al portador de la presente, coronel J. V. Rodríguez Franco quien lo conducirá a San Fernando a rendir cuentas. Tomás Funes”. Sus ojos azules se cegaron por la sangre del odio y la furia. Se le fue encima a su contrincante y antes de completar el primer paso recibió un balazo disparado por Justo Rodríguez Franco. Dispararon también Ventura Gutiérrez y “Pancho” Mirabal, el patrón de su falca. “¡Tú también, Pancho! ¡Traidor!”. Logró exclamar al caer atravesado por las balas. Intentó levantarse y lo logró. Quería defenderse, sin embargo, carecía de armas. “¡Bota Guinche, pásame el winche!”, gritó con voz de trueno, pero Bota Guinche no se atrevió a salir para facilitarle el wíchester. González se retiró sin dar la espalda a sus enemigos buscando el río, la única esperanza de salvación. “¡Deténgase general, deténgase o lo mato!”. “¡Venga a detenerme usted si se atreve, cobarde!”. Entonces Rodríguez Franco, en un raro

gesto de nobleza y herido en su amor propio de hombre valiente, hizo una seña para detener la balacera y le arrojó un revólver a “Avispa”: “¡Déselo pa’ que se defienda!”. Y dirigiéndose al acosado le advirtió: “¡Tire con puntería, que de eso depende su vida!”. Hacen fuego simultáneamente y González da en el blanco. Rodríguez Franco tambaleándose sigue disparando sin atinar, su brazo desfallece; se recuesta de un árbol y la vista se le nubla. González, mal herido con varias balas en su cuerpo, se va retirando sin dar la espalda hasta llegar a una vieja curiara y trata de embarcarse, Carlos Figueredo se lo impide, entonces González se apodera de un tocón de machete y le cercena un dedo de la mano con que aguantaba la curiara. En ese momento llega “Avispa” y de un tajo le desprende el brazo a González. Aun así, el moribundo con la mano izquierda trata de estrangular a “Avispa”. Un esfuerzo en vano, pues carecía de fuerzas y se desploma sobre el agua.

“Avispa” continuó rematando el cuerpo a machetazos hasta que unos de los suyos detuvieron la sevicia. Ventura Gutiérrez, también herido en la refriega, revisó el cuerpo aún con un halo de vida y observó que el pecho estaba cruzado con un par de escapularios de la Virgen del Carmen. Cuando se los arrancó, expiró el moribundo. Los secuaces de González no pudieron disparar un solo tiro, ni dar un solo machetazo para defenderlo pues, atolondrados por la borrachera, fueron fácilmente neutralizados. Habían sido sorprendidos y apresados todos por los hombres de Eliseo Henríquez y “Medinita”. Los amarraron alrededor de los árboles en espera del destino que trazaría Rodríguez Franco quien se recuperaba de la herida, acostado en su chinchorro. Se irguió parcialmente y, en cumplimiento de las instrucciones recibidas, dio la orden: “¡Fusílenlos!”. A San Fernando regresó la comisión de verdugos encabezada por Rodríguez Franco; Funes fue informado de los pormenores de la muerte de su antiguo secuaz y González Perdomo, secretario general de gobierno, se apresuró a justificar el asesinato de Manuel González calificándolo

de revolucionario “declarado en contra de los altos propósitos civilizadores del coronel Funes, sin posible justificación, a la vez que, consumando la más infame de las traiciones... Y así se halló desamparado, casi solo, en brazos de una rebelión absurda e imposible; vuelta la espalda por aquellos mismos que él, en un momento de divagación creyó arrastrar en pos de sí... hasta caer sin vida y sin botín en el propio campo de donde imaginó erigir como símbolo de su nombre, un túmulo sangriento a los grandes ideales que antaño prevalecieron como culto de máximas virtudes en el alma de los bravos aborígenes...”. Así era el estilo retórico, rimbombante, la palabrería típica de González Perdomo. Mucho tiempo después de su asesinato, el general Manuel María González entró al mundo de la leyenda. Cuentan que dejó enterrado un cuantioso tesoro, producto de su rapiña durante y después de la noche fatídica de mayo, en la isla San Rafael. Su propia mujer refiere a que estando ellos en esa isla, donde tenían su residencia, una noche, cuando su marido la creía dormida, lo vio salir con un viejo indígena que tenía a su servicio; entre este y otro indígena apodado “Cunaguaro” llevaban un pesado baúl y se internaron en el monte. Después de una hora regresaron solamente González y “Cunaguaro” sin el baúl. Por esa circunstancia, supuso que, al enterrar el tesoro, sepultaron también al viejo indio que había cavado la fosa. “Cunaguaro” nunca reveló el secreto, aunque lo torturaron hasta matarlo. También, al transcurrir el tiempo, comenzó la aparición de su alma en pena. Se oía decir que podía estar en dos sitios diferentes y lejanos al mismo tiempo. Aparecía de pronto desde el castaño blandiendo el tocón de machete en su mano. Sus ojos, que en vida eran azules, arrojaban fuego violeta producto de la fusión del odio azul con el rojo sangriento; abalanzándose sobre el horrorizado vidente con su brazo cortado brotando sangre como una manguera de bomberos. Aquel hombretón temido en vida, se había convertido en un gigante diabólico penando en el limbo espectral.

—Tengo conocimiento que Ventura Gutiérrez sobrevivió a Funes hasta morir de viejo —dijo el doctor Martín Andueza—. Cuenta el doctor Pablo Anduze que, cuando lo conoció en San Carlos, estaba delgado, entrado en años y llevaba una vida solitaria, no salía de su casa. Trató de obtener algún dato sobre su asociación con Funes o algunas anécdotas de su vida, el viejo coronel funero se negó a dar información alguna, actuaba como si tuviera amnesia, aunque andaba armado con un puñal.

* * *

Ahora Funes estaba complacido por un problema menos, estaba libre de rivales, de enemigos... Ya no quedan testigos ni compañeros de sus andanzas criminales; solamente se han salvado los que habían huido. Los empresarios que sobrevivían en su satrapía, su reino de silencio, de miedo y terror no eran de temer. Chicho González, Jesús María Noguera, Juan Maniglia y su compadre Carlos Wendehake, siempre y cuando no echen vaina pueden seguir andando por allí. “El turco ese Paraquet, que se considera enemigo mío; lo dejo vivir para que sufra más, el infeliz ese; además, con todo el dinero que tiene es inofensivo y me conformo con la vaina que le echaste tú, Sebastián. Lee lo que le endosaste”. “Un momento, déjeme buscarlo... aquí está: es un antiguo traficante de baratijas, agotado de pies a cabeza por una espantosa elefancia, que a fuerza de patrañas y rapiñas ha realizado una pequeña fortuna comercial. ¡Paraquet!... Este hombre funesto para quien las autoridades de veinte años acá han sido demasiado indulgentes o demasiado indiferentes; en contra de cuya impunidad han clamado y claman en vano la moral, la higiene o el interés de la salubridad pública. Este corvo y rudo musulmán de la más insignificante especie, perverso como un Carafa, digno por sus procedimientos inquisitoriales de ser incluido en el cuadro de

presidarios de Cayena, ya que su leprosería moral es más espantosa que su leprosería física...”. Con estos calificativos Funes lo dio por castigado y Jorge Miguel Paraquet continuó expoliando a sus clientes en su negocio, explotando caucho en su barracón del Orinoco. Con su trapiche continuó moliendo caña para extraer guarapo, melado y panela. En su caney fabricaban falcas y piraguas y él continuó navegando en su gran piragua acostado en su hamaca, al anochecer decía: “esta gente sí que tiene suerte, ahora remarán en la sombra”. Murió de viejo en San Fernando.

A veces la impaciencia invadía su pensamiento, perturbando su habitual tranquilidad, ya no tenía enemigos que amenazaran su estabilidad como gobernante y empresario. Aunque era parco en sus requerimientos personales, no era mujeriego, ni parrandero, ni jugador, ahora comenzaba a sentir la necesidad de disfrutar merecidamente de su inmensa riqueza, para ello tendría que irse a otra parte del mundo, pero, ¿qué lo ataba al miserable y reducido pueblito? ¿Acaso no era tiempo de abandonar aquel sitio de tantas carencias? Llevaba siete años controlando el poder, incluyendo seis como gobernador... aunque sin nombramiento, sin contacto epistolar con el benemérito. ¿Qué habrá pasado...? “Ya no voy a mandar más emisarios, qué va, ya tengo suficiente con lo de Pérez Briceño... Tampoco voy a ir hasta allá, qué va, de aquí me sacarán muerto. Y el inútil de González Perdomo no había hecho nada, por lo menos Pérez Briceño consiguió el nombramiento para él. Para colmo, me han dicho que quiere publicar un libro revelando mis secretos y eso no me gusta nada. Después del luto por Manuel González, ya veremos. Le haremos una fiestecita a González Perdomo”, y brillaron sus ojos de mirada oblicua como los del caimán antes de atacar.

SEBASTIÁN GONZÁLEZ PERDOMO

Ostentaba el título de bachiller, sin embargo, se hacía llamar unas veces doctor, y otras coronel. Fue, entre los amigos que tuvo Funes,

el más incondicional y cortesano servidor; su efectivo panegirista y su eficiente secretario. En su defensa había escrito en 1914 *El Libro de las Reivindicaciones*, publicado en Caracas. Con su prosa versallesca y estilo excesivamente retórico, descollaba la personalidad de Tomás Funes calificándolo como “serio, sencillo, con esa sencillez que no trata de economizar modestia –atributo inherente a los caracteres superiores–. Grave sin afectación, con esa gravedad que Taine ha clasificado entre las características del dominador, tiene el alma de un antiguo samurái en un frío temperamento de septentrional. Escéptico en ciertas fases del sistema social, sus ideas políticas se inspiran en la filosofía generadora de Rousseau, que implica un sumo interés por el triunfo del derecho de la libertad y del decoro ciudadano...”.

El yaracuyano Sebastián González, de rostro ovalado, nariz perfilada y mostacho de extremos curvados, había vivido en Caracas, conocía de cerca el mundo jurídico y político de la capital y era partidario de que Funes reconociera sin tardanza la jefatura nacional de Juan Vicente Gómez y, en ese sentido, había redactado todas las cartas que Funes enviaba al presidente y también redactó conjuntamente con Cabrera Malo, los escritos para su defensa ante los tribunales por los sucesos del 8 de mayo. A Cabrera Malo lo había recomendado para defender a Funes. Era lector y admirador del autor José María Vargas Vila tanto como su jefe, quien en su afán de trascender había confiado a su panegirista la tarea de escribir su biografía en secreto, el libro llevaría la firma de él, como autobiógrafo. Pero el secreto se develó y Funes se sintió defraudado y traicionado, así que decidió cobrárselas. Un día, convocó a varios de sus incondicionales a degustar un sancocho de gallina; por supuesto incluyó a Sebastián González quien tenía el compromiso de leer ante la selectiva concurrencia sus últimas anotaciones acerca del controversial libro. Estaban en el mismo escenario donde Balbino Ruiz había caído herido mortalmente de un balazo. Desde el inicio

de la tertulia, el coronel Eduardo Vázquez limpiaba su carabina *Springfield M- 1903*, sentado en un rincón detrás de Sebastián González, mientras los demás disfrutaban del convite. Al momento de servir Funes ordenó a Vázquez que se incorporara a la reunión. Cuando el sicario intentó levantarse se escuchó un aparatoso ruido y un estampido alarmando a los concurrentes, menos al ocupante de uno de los extremos del mesón: Sebastián González Perdomo estaba mal herido. La detonación cortó el ánimo de la recepción y entre la confusión, pasó un momento sin que se dieran cuenta del herido. Al verlo caer aparatosamente de espalda, se acercaron a él y constataron que aún vivía. Vázquez se disculpaba dando explicaciones: que por lerdo se le había ido el tiro, que la silla se le resbaló y para evitar caerse apoyó la culata del rifle contra la pared, ¡coño... qué vaina! Ninguno le prestó atención, nadie había visto cómo ocurrió el disparo. Estaban tratando de auxiliar al moribundo, quien daba su último suspiro despidiéndose de su amo: “Tomás... Tomás... no es justo... que... me... hayas...”. “¡Qué descuido!” , dijo Funes impasible y recogió la libreta que el occiso iba a leer por orden suya.

—¿No será el diario que vio don Abel en la biblioteca de Barcelona? —preguntó el impulsivo reportero Yépez.

—Quién sabe, hay que investigar para buscarla— dijo el doctor Andueza.

Luego, se hizo correr la voz de que el disparo había sido accidental y no a mansalva; sin embargo, la mujer del occiso, a quien la curiosidad y su intuición habían llevado a descubrir las intrigas que se habían destapado en la mente de Funes, no creyó en esa versión. Estaba segura de que el autor intelectual del crimen había sido el propio Funes, por temor a que González Perdomo revelara los crímenes cometidos por él, aunque decían que no había matado personalmente a un ser humano, por lo menos mientras estuvo en el Territorio. Cuentan también que, ciertamente, Tomás Funes no tomó parte en persona para deshacerse de sus enemigos, aunque no

titubeaba en mandarlos a matar. Tenía para ello, a su disposición, esbirros que cumplían ciegamente sus órdenes y además aplicaba métodos de intriga que los llevaban a aniquilarse entre ellos mismos.

—El bachiller González Perdomo era muy perverso —opinó don Gilberto Mendoza—. Aunque fue un intelectual, un hombre muy preparado, fue secretario de gobierno y redactaba todos los documentos oficiales. Muy inteligente, pero muy malo.

Funes estaba decidido a eliminar las alimañas que perjudican su séquito, ya que algunos de sus secuaces o colaboradores sobrevivieron a su régimen, aunque ya habían sido sentenciados por él; a morir como fue el caso de Eduardo Vázquez. Había determinado que: Eduardo Vázquez, debía desaparecer por ser su cómplice en el asesinato del bachiller González Perdomo, pues su desaparición había dado lugar a sospechas y presiones sobre Vázquez por parte de la mujer y los amigos del difunto que, a la larga, podían hacerlo hablar. Y por esto fue sentenciado por Funes a su manera peculiar. Otro de sus secuaces, Jimmy, un extranjero antillano que vino a parar al mundo cauchero, también había caído en desgracia y tanto Vázquez como Jimmy debían morir. Sin embargo, antes de que cada quien cumpliera su sentencia, Funes murió en manos de los guerrilleros de Arévalo Cedeño. Poco tiempo después de la ejecución, los sentenciados se encontraron en algún lugar del extenso Amazonas. Vázquez le dice al otro: “chico ¿sabes que unos días antes de caer, el coronel Funes me encargó de matarte?”. “¡Ah caray, hombre! —replica Jimmy— qué casualidad, porque a mí también me encargó de que te matara; por cierto, yo me quedé esperándote en el sitio, solo que esa noche, ya tú sabes, el que se presentó allí fue Arévalo Cedeño”. “Bueno, ahora estamos de quién a quién”, dijo Eduardo Vázquez. De él no se supo más por aquellos lugares, tampoco de Jimmy.

—A mí me contó un viejo maquiritare amigo mío —intervino Piñate—, que ese coronel Eduardo Vázquez y su gente se iban por el Cuntiniamo, por la cabecera del Casanama hasta el caño Majaane

para capturar indígenas. Otras veces iba por el Ventuario y volvía por el Cunucunuma, recorriendo los pueblos de esas cabeceras. De allí se llevaba mucha gente a San Fernando. Cuando capturaba a los que se habían picureado, Vázquez los amarraba y los azotaba con un haz de bejucos, algunos llegaron a morir por estos castigos. En el Ventuario llegaron a un pueblo y se detuvieron por falta de curiaras; entonces un ye'kuana se escapó para avisarle a Pedro González, hermano de Chicho, que estaban recibiendo muchos maltratos. Pedro fue a hablar con Vázquez y le exigió que no maltratara a la gente del Ventuario porque estaban trabajando para él. Allí se enfrentaron y discutieron.

»Continuaron el viaje y se escaparon otros ye'kuanas. Mientras los perseguían, uno de los hombres de Vázquez se perdió en la selva. Por cierto, cuando uno pierde el rumbo y anochece, hay que esperar la salida del sol para orientarse. No hay que perder el ánimo».

Tampoco es necesario ser valiente, porque a muchos valientes los he visto enloquecer. Es necesario tener paciencia y confianza en uno mismo. Caray, hay que ver cuánto se puede aguantar cuando uno no pierde los estribos y se mantiene a la altura de la circunstancia. Por cierto, anteriormente se utilizaba con frecuencia la vía del Ventuario, Erebato y Caura para salir a Bolívar. Dicen que después del fusilamiento de Funes, Antonio Levanti viajó por ese camino con mucho dinero, baúles con morocotas. Se estableció en Ciudad Bolívar donde lo recibió la viuda de Funes, porque él vivía con una de sus hijas. Tenía una lancha grande que cubría la ruta entre el Orinoco y el Caura. “Dime con quién andas y te diré quién eres o dime quien te rodea y te diré cómo acaban tus días”. Y el secuaz más cercano a Funes, el jefe civil de San Fernando, murió poco después que él.

LUCIANO LÓPEZ

Había llegado a Río Negro desde Río Chico para dedicarse a la ruda tarea no solo de ganarse la vida, sino hacerse de un capital, extrayendo productos de la selva. Como no conocía el miedo y era atrabiliario, se desenvolvía holgadamente en aquel medio tremebundo de los barracones, entre la tupida selva y el caudaloso río. Fue, en un tiempo, empresario honrado, tanto así que el gobernador Maldonado lo nombró comisario del Cunucunuma, en razón de su conducta ciudadana. Compartía, como muchos de su época, las funciones de empleado público y las de empresario cauchero; alternando el rudo trabajo con la apacibilidad de los momentos de descanso. Pero todo cambió, a partir de la noche de mayo sangriento. Al igual que en su paisano y compadre Tomás Funes, sobrevino en él una transmutación de su proceder hacia la maldad. Sus desenfrenos lo condujeron a borrar de su conciencia la diferencia entre el bien y el mal. No fue un mercenario como González o Vázquez, ejecutores de oficio, pero sí el principal colaborador de Funes en la administración pública, ocupando el segundo escalafón en el mando. Desdichado aquel que viviera con una india, bien sea bonita o no, que le gustara a López, porque estaba sentenciado a muerte. En San Fernando vivía Pedro Fajardo, propietario de un pequeño comercio y mantenía buenas relaciones con Funes, quien, entre otras cosas, sabía apreciar a los hombres de trabajo y no los molestaba. Aconteció que una noche de luna clara, atrayente y luminosa, Fajardo descansaba con su mujer, sentados en el frente de su humilde casa. Desde allí vio aparecer tres siluetas en la calle y al aproximárseles distinguió a los hombres: eran “Medinita”, “Picure” y “Avispa”. A nombre del coronel Funes le pidieron acudir a su casa para tratar cierto asunto. Fajardo, no tenía nada que temer; se apresuró a cambiarse de ropas y salir para acompañarlos. Lo condujeron fuera del pueblo. Fajardo comenzó a sospechar que algo no estaba bien cuando se dirigieron por el

camino de Tití, aun cuando estaba dispuesto a morir como los hombres valientes.

Lo obligaron a cavar una fosa y cuando estuvo terminada, uno le dijo: “¿cuál es tu última voluntad?”. Resignado y sereno dijo: “que me dejen fumar el último cigarrillo”. Se sentó al borde de la fosa y “Avispa” le dio el cigarrillo encendido. Con tranquilidad fumó y simulaba ver el espiral de humo ascender y disiparse, mientras se preparaba a pegar un salto y perderse en la penumbra; pero, antes de poner en acción su pensamiento, “Picure” le atestó un certero machetazo, los otros dos desalmados lo remataron y el pacífico y laborioso hombre cayó pesadamente al fondo de la fosa. “¡Se estaba dando mucho postín con el cigarro y teníamos sueño!”, dijo “Picure” después, sin remordimiento y, en la misma condición, confesó después de la caída del tirano que, a Fajardo, no lo había llamado Funes; sino Luciano López, quien había ordenado a los tres secuaces eliminar al desdichado hombre para quedarse con su negocio y su mujer. López, como jefe civil, se presentaría luego a la casa de la viuda para darle el pésame fingido y ella lo recibiría desconsolada, así como sus falsas promesas de protección para disfrazar su interés sicalíptico.

Un día llegó a San Fernando un hombre de apellido Varela. Venía desde Valencia atraído por la fama que había adquirido el “oro negro”, el caucho, como generador de riquezas. Con alguna mercancía instaló una pulpería con la intención de enriquecerse rápidamente. No pasaba de treinta años, de buen talante y educado. Al poco tiempo hizo buena amistad con el gobernante quien frecuentaba su negocio y le compraba ropas y telas; lo invitaba a su casa para conversar, porque le agradaba conversar con gente fina e ilustrada, por cierto, muy escasos en la región. Varela hablaba francés y como Funes era admirador de la revolución francesa y de la guillotina, le pedía la traducción de los libros que Varela había llevado. Jacinto “Picure” Pérez, espaldero de confianza, sintió celos,

envidia de la espontánea amistad entre su jefe y el forastero. Empezó a malponerlo sin lograr que el jefe se contrariara. Al no obtener ningún resultado, fue creciendo su animadversión hacia el valenciano y la compartió con Luciano López, quien también sentía ojeriza por Varela. Entonces “Picure” adquirió una mercancía a crédito en la pulpería de Varela con la intención premeditada de no pagarla. Esto llegó a oídos de Funes y enseguida le ordenó que pagara de inmediato. No le quedó más remedio que cancelar la deuda, pero su odio hacia Varela se multiplicó y en complicidad con López, de quien era muy allegado y, además, había compartido con él algunas fechorías, concibieron una estratagema para eliminar al pulpero. Sin duda alguna, la noche de mayo había marcado a los hombres de Tomás Funes con una mácula de maldad y sed de sangre. Era como si hubiera brotado de sus conciencias la malsana pasión por la crueldad.

Entrada la noche oscura, sin luna, cumplida su jornada, Varela se dirigía hacia su hogar, venía confiado porque había vivido hasta ese momento, en un ámbito de seguridad. Al cruzar la esquina un frío halo metálico golpeó su pecho. “Picure” lo había emboscado y, sin mediar palabras, blandía y arrojaba su machete repetidamente sobre su humanidad, López observaba y a cada quebranto del moribundo soltaba una carcajada fatídica y macabra que hacía eco entre los muros circundantes y sombríos. Algunos oyeron el aullido de la hiena y se asomaron temerosos. “¿Acaso tienes miedo? ¿Eres cobarde?”, palpitaba la voz de la conciencia. “¡No, no, no tengo miedo! –replica la voz del corazón–, solo espero la presencia del ángel vengador”. Y en la espera crecía el horror. López sabía que su espeluznante crimen no sería delatado y Picure se vanagloriaba después, diciendo que el machete se le había amellado por lo duro que estaban los huesos del occiso. Llegó a oídos de Funes el hecho sangriento. Dicen que sintió mucho la desaparición del ilustrado valenciano; emplazó a Luciano López y a “Picure”. López lo convenció de que él, como jefe civil,

había aclarado que se había tratado de un asalto para robarlo y el asesino había huido por el río; “lo que dice la gente sobre ‘Picure’ es puro chisme, mi coronel, usted sabe cómo es la gente”, dijo. Y Funes, ceñudo, le creyó; los dos secuaces ni siquiera pasaron por sospechosos ante sus ojos.

López pudo considerar un privilegio el hecho de morir fusilado por el mismo pelotón que liquidó a su jefe; pero esta suposición es remota, ya que su conducta reflejó lo contrario y estuvo lejos de parecerse a la de aquel, pues, mientras Funes recibió la muerte magnánimamente, él la recibió con vileza y llegó a ofrecerle a Arévalo una fuerte suma de dinero a cambio del perdón; sin embargo, este rechazó el ofrecimiento. Entonces gritó, pataleó e insultó a enemigos y amigos.

XII

EL AJUSTICIADOR

*El paladín llanero fijó en el Sur su mirada.
Y desde el Norte vino a triunfar con su mesnada.*

EMILIO ARÉVALO CEDEÑO

Dejó su oficina de telégrafos en Caicara de Maturín, donde había contraído matrimonio con Antonia Ledezma. Enviudó a los nueve meses y se dedicó al negocio de compraventa de caballos. En uno de sus viajes en 1913, mientras conducía manadas de caballos para el estado Apure, hizo un breve paréntesis para contraer nupcias con Pepita Zamora Arévalo. Ese mismo año llevó 200 caballos para la venta, pero se topó con el monopolio impuesto por el presidente general J.V. Gómez. Cuando fue a vender en San Juan de Payara, sus compradores le dijeron: “Emilio, no podemos comprar tus caballos. El general Gómez ha dado orden de que el único comprador sea el general Eulogio Moros, encargado general de La Candelaria y de los bienes gomeros en el Estado. El general Moros te pagará los caballos al precio que él quiera, y te dará su valor en ganado cimarrón de La Candelaria al precio que él quiera; luego nos llamará y nos impondrá comprar los caballos al precio que él quiera y recibiendo el precio de ellos en novillos de último tamaño, los cuales nos pagará al precio que él quiera”. Arévalo vendió los caballos perdiendo, no obstante,

desde ese momento juró en silencio y por la memoria de su padre que abandonaría hogar, esposa y todo para irse a la guerra... El hombre de trabajo, fracasado comerciante, se transforma en guerrero, en guerrillero heroico, jurando no claudicar jamás de su condición de ciudadano digno, estar siempre de pie con el fusil en la mano ante la afrentosa tiranía y no permanecer ante ella de rodillas...

Desde 1914, el mismo año en que Tomás Funes se consolidó como sátrapa de Rionegro, Arévalo Cedeño se rebeló por primera vez contra el Gobierno, atacando, no desde Colombia, como le habían informado al general Gómez, sino desde Cazorla lanzándose con 40 jinetes al asalto del hato La Rubiera. Después de aquel triunfo estuvo asediando los pueblos del llano sin lograr un objetivo ni victoria contundente. En todo caso, tenía en mente desde esas primeras escaramuzas guerrilleras que su plan concreto consistía en la liberación del Territorio Amazonas y la captura de Tomás Funes. Mantenía su plan en una reserva absoluta porque pensaba que, si era descubierto, todo se vendría abajo y no podría ver el coronamiento feliz de una empresa inspirada por la vindicta pública y el patriotismo. La liberación del Territorio Amazonas llegó a convertirse en la obsesión de su vida. Pensaba que una vez liberado el Territorio Amazonas serviría de asiento al gobierno revolucionario, para afianzar la lucha contra la tiranía.

En 1919 buscó apoyo entre los políticos exilados, pero nadie lo ayudó a emprender su empresa; ya desesperanzado, creyendo que su proyecto estaba develado, hizo un último intento y habló con su amigo el coronel Ramón Ayala, yerno del doctor Ortega Martínez; a quién dio a conocer sus planes. Ortega los aprobó y ofreció ayudarlo... “Óiganlo bien todos –dijo Arévalo alguna vez con amargura–: para la liberación del Territorio Amazonas tan solo tuve como contribución, en dinero, de los asilados venezolanos, la pequeña suma de quinientos dólares que me dio mi amigo el coronel Ramón Ayala, quien no podía darme más, porque carecía de recursos,

y quien al darme esa suma, me puso en camino para irme al lugar en donde la abnegación sabía hacer lo que siempre era de beneficio para la causa de Venezuela: las fronteras de Casanare y Arauca”.

Entró a territorio colombiano clandestinamente en noviembre de 1920 y escogió para organizar la tropa, un lugar llamado El Picure en la costa del río Cravo Norte. Se encontraron allí alrededor de doscientos hombres comandados por los generales Fermín Toro, Ricardo Arria, Asiselo Ramírez, Pedro Cachutt, y los coroneles Luis Hernández, Francisco Rodríguez, Napoleón Manuit, Polidoro Cuervo, Elías Aponte, Antonio Delgado, Pedro Montilla. Llegando últimamente a incorporarse el general Pedro Pérez Delgado, conocido como Maisanta y otros oficiales de menor graduación que, unidos por el ideal y los sufrimientos, tan solo aspiraban al sacrificio por la patria y por la seguridad del mañana de sus hijos, a los cuales aspiraban dejarles como herencia, una Venezuela libre, sin caudillos, sin personalismos y regida por instituciones cívicas y republicanas. “Mis compañeros creían que nuestra campaña sería sobre el estado Apure, puesto que yo nada les había dicho del gran proyecto que abrigaba desde hacía años de llevar a cabo la liberación del Territorio Amazonas y la captura de Tomás Funes”, anotó en su diario.

Un día antes de comenzar a cargar las embarcaciones donde viajarían a Rionegro, Arévalo tuvo un encontronazo con Pérez Delgado cuando estaban discutiendo bajo la sombra de algunos árboles de arepito; unos insistían, entre ellos Pérez Delgado, en realizar una campaña sobre el Apure, atacar a San Fernando y después a Calabozo, para extender la guerra en todo el territorio hasta ocupar Caracas. Arévalo por su parte, defendía la opción de remontar el Orinoco y atacar por sorpresa a San Fernando de Atabapo, apoderarse del tesoro, las armas y del caucho de Tomás Funes. Se prolongó la discusión y cuando llegó el momento en que Pérez Delgado estaba a punto convencer a sus camaradas, Arévalo lanzó un grito irrumpiendo el ambiente: “¡No sea bruto Pérez Delgado!”, abriéndose paso hasta

el aludido. En un santiamén Pérez “Maisanta” Delgado se le fue encima enfurecido: “¡Déjese e’ vaina general! ¡A Pedro Pérez no lo grita nadie, nojoda!”. Arévalo, de cuerpo enteco y pequeña estatura, moreno, de grandes orejas, y bigotico recortado, se enfrentó a Pedro Pérez, Maisanta, catire, fortachón y elevada estatura, razón por la cual también lo llamaban el “Americano”. Los oficiales circunstanciales intervinieron, apaciguando los ánimos para evitar un lance fatal. Entonces el general Arévalo Cedeño le dijo a Carmelo París: “Doctor, retire a ese hombre o lo mato ahora mismo”. “No tan pronto, general, no tan pronto y eso si puede”, le respondió Maisanta burlonamente. Esa noche Maisanta, con un escuadrón de caballería, abandonó el campamento.

A media noche del 31 de diciembre de 1920 partió la expedición desde la confluencia del Casanare con el Cravo Norte. Eran ciento noventa y tres hombres, casi desarmados, sin uniformes, unos usaban sombreros de cogollo, franelas remendadas y alpargatas; pocos oficiales usaban botas altas de cordón y sombrero Borsalino, con escasas municiones, pocas provisiones y sin medios de transportes adecuados. Hombres testarudos que se aventuraron a navegar por aguas desconocidas por ellos en su mayor trayecto, en embarcaciones de todo tipo: la canoa guahibera, la mitua de los sáliva, la piragua orinoqueña, el bongo de los mapoyos y la falca rionegrina. Todas viejas y defectuosas. Al llegar a la desembocadura del Casanare sobre el Meta se encontraron con dos grandes embarcaciones que llevaban abastecimiento para Orocué y sus dueños les regalaron unos sacos de harina y de frijoles, así como algunas provisiones. Una noche, una de las embarcaciones chocó contra una roca y quedó destrozada, los ocupantes cayeron al agua perdiendo armas y provisiones. No obstante, todos se salvaron y continuaron con el mismo entusiasmo que les había infundido el jefe guerrillero.

Antes de llegar al Orinoco se incorporaron a la expedición, el general Marcial Azuaje y los coroneles Joaquín Palencia y Cornelio

Oliveros; Palencia conocía el río y solventó muchos problemas. En la desembocadura del Meta, a poca distancia de Puerto Carreño, el coronel Palencia, jefe de espionaje, capturó una piragua donde venían don Ramiro Caijeiro, tesorero del Territorio y socio de Chicho González, y el coronel Pacheco, jefe civil de Atures, con trescientos cincuenta quintales de balata; todo fue decomisado por la revolución. Arévalo comisionó al general Alfredo Franco para vender el balatá y comprar armas y municiones, con el producto de la venta. Franco no regresaría sino después de mucho tiempo, una vez transcurrido el combate de Periquera; había dispuesto del dinero de la venta del balatá, se excusó ante Arévalo aludiendo mentiras y, para colmo, después lo abandonó otra vez.

Continuaron remontando el río, con mucho esfuerzo y con mucho sigilo pasaron los raudales de Atures, Garcita, Zamuro, Maipures y El Muerto, donde se apostaban los vigías de Funes. Y en los breves momentos de descanso, venía a su pensamiento la idea de construir para la paz, un dique para vencer las enormes murallas de caprichosas formas, las barreras infranqueables de borbollones con ruidos ensordecedores, pues “los gobernantes, por desidia, nada quieren para el progreso de esta tierra. Nada será más fácil que destruir aquellos obstáculos para el comercio y para la vida nacional, ya que con su destrucción tendríamos la libre comunicación con el Brasil, aplicando a nuestra América el hermoso pensamiento del gran Víctor Hugo de que a los ríos fronteras deben suceder los ríos arterias para que por ellos pueda circular libremente el comercio, que es base de la grandeza de las naciones”.

Nadie colaboró con los expedicionarios en su trayecto hacia San Fernando por miedo a Funes, al contrario, los desalentaban diciéndoles que no iban a poder contra el poderoso amo, a quien tanto temían y adulaban porque era un hombre sobrenatural por el valor, por la estrategia y por la fuerza invencible que disponía. En cambio, la expedición estaba extenuada. Faltando un día de

navegación para arribar a su destino, arrimaron en el sitio San Rafael, de Pedro Hermoso Guardia, Octaviano Chirinos y Ramón Valbuena, a quienes apresan y obligan a unirse a la expedición como guías. Mientras la expedición de Arévalo estaba a punto de llegar a su destino, el “Americano” había abandonado el caserío indígena y estaba en la hacienda del coronel José Andrés López cuando le avisaron que las tropas del gobierno habían atacado el campamento de su escuadrón. Salió tan de prisa que dejó colgada su espada¹ para ir, atravesando el río en curiara, en auxilio de sus hombres, a quienes en su mayoría encontró muertos. No regresó a la hacienda y se dirigió hacia Caicara con los pocos jinetes que sobrevivieron. A los veintisiete días de haber partido del campamento de El Picure, la expedición de Arévalo llegó a la desembocadura del río Atabapo sobre el Orinoco. Fueron veintisiete noches consecutivas sin dormir sino por ratos, hambre, cuatro días seguidos sin comer, fiebres; aquello ya no era un ejército sino un hospital fluvial de enfermos hambrientos, remando día y noche, impulsados por el patriotismo y el deseo de liberar a Rionegro.

Un fuerte chubasco acompañado por rayos y truenos, azotaba y amenazaba con hundir las malogradas embarcaciones; no obstante, la estrategia le recomendaba al general Arévalo continuar navegando por el Orinoco sigilosamente, a boga sorda, para evitar que el ruido llegara al enemigo y de esta manera, atacar por la retaguardia. Por azar, un joven pescador solitario, oculto entre los árboles de la ribera vio pasar a la flotilla expedicionaria y se adelantó en su rápida curiara para dar aviso. Esa noche había un velorio en el pueblo y hasta allí llegaron cuatro desconocidos, tomaron café y se fueron. Solo doña Calitra, la madre del difunto, una mujer muy querida en el pueblo, sabía quiénes eran los forasteros, ya que el joven pescador le había contado que había visto pasar la flotilla expedicionaria y al llegar

1 Esta espada se conserva bajo custodia de una nieta del coronel José A. López

al puerto de Tití vio a muchos hombres armados. La mujer y el joven acordaron guardar el secreto como una manera de contribuir al derrumbe del régimen tiránico. Efectivamente, los guerrilleros desembarcaron en Tití y marcharon sigilosamente durante cuarenta minutos por la pica que conduce al poblado. Oyeron el cantar de los gallos. Cuando llegaron, eran las cuatro de la mañana. Tomaron posición y comenzó el ataque contra la casa de Tomás Funes, situada frente a la plaza y con patio que daba hacia el río Atabapo. Fue sorprendido y confundido por los primeros tiros pensando que era un ataque de la gente de Pérez Soto, gobernador de Apure a quien tenía recelo. Pero al oír las consignas y vivas del enemigo, se defendió con bravura, haciendo fuego nutrido sobre las sombras de los atacantes que apenas contaban con cinco mil tiros. Luego de los primeros tiroteos entre el sonido de corneta, capturaron el cuartel de policía sin encontrar mayor resistencia ya que los efectivos estaban de permiso asistiendo al velorio del hijo de doña Calitra. En la mañana los revolucionarios ya habían detenido a todas las autoridades con excepción del jefe civil, coronel Luciano López, quien había escapado del cerco con algunos hombres. El coronel Funes permanecía atrincherado, defendiendo su guarida como un tigre.

Al día siguiente, el general Arévalo Cedeño ordenó rescatar un viejo cañón que habían dejado los españoles de la Comisión de Límites, lo limpiaron y lo cargaron con piedras y latas vacías; apuntaron a un flanco de la casa, dispararon y abrieron un boquete para introducir a los macheteros por allí. “Carajo, ¡cómo no se me ocurrió tener aquí ese cañón!”, exclamó Funes después del impacto. Los guerrilleros lograron plegarse a las paredes de la casa, pero los pocos hombres con suficiente pertrecho los mantuvieron a raya durante el resto del día y parte de la noche. A las cuatro de la madrugada, Arévalo Cedeño, viendo que sus municiones se agotaban, ordenó regar con kerosén todas las puertas y aleros de la casa, resuelto a incendiar la posición y destruir al tenaz enemigo con fuego antes de

retirarse avergonzado y fracasado, pues la situación era tensa en el bando atacante por la escasez de municiones y porque, aun incendiando la casa y disparando el cañón, los sitiados podían escapar y no hubieran podido darle caza. Entonces los jefes guerrilleros conminaron a Funes a rendirse, porque en caso contrario incendiarían la casa. A las seis de la mañana, al ver un trapo blanco agitándose por una ventana de la casa de Funes, los generales Arévalo y Fermín Toro respiraron hondo, aliviados. Enviaron como parlamentarios a Eliseo Henríquez, Antonio Levanti y Guillermo Ross, amigos todos de Funes, retenidos por los revolucionarios. Comprendiendo la difícil situación en que se encontraba, el Tigre de Rionegro miraba preocupado hacia afuera tratando de visualizar la ubicación del enemigo. En tal vez el cansancio y el traspasado lo llevaron a imaginarse el viejo cañón como un temible dragón apostado y dispuesto a lanzar su llamarada destructora; no tenía opción de vencer ni de escapar. Tomás Funes, el tigre enjaulado, aceptó todas las condiciones de la rendición: entrega de todo el armamento, equipos de transporte y el caucho en los depósitos, con el compromiso de Arévalo de respetar su vida, así como la de Luciano López y proveerles los recursos necesarios para que viajaran a Brasil. Así, estaba dispuesto a entregarse. Por lo demás, le envió un mensaje a Emilio Arévalo, con uno de los emisarios invitándolo a visitar su casa; Arévalo respondió: “jamás se ha visto que un vencedor visite a un vencido”. Enseguida envió una comisión compuesta por el general Fermín Toro, el general Marcial Azuaje (a) Cuello e’ Pana y el coronel Luis Hernández, acompañados por varios ayudantes con el propósito de traerlo a su presencia. Cuando estos entraron a la casa, notaron la gran cantidad de agujeros en las paredes, por donde se colaban los resplandores solares, para darle un aspecto alucinante al humo denso de la pólvora, Tomás Funes los recibió mirándolos inquisitivamente, imperturbable, sin mover un músculo de la cara, pero afablemente. No lo habían visto nunca antes y se asombraron de su

tranquilidad y sangre fría. Salió de la abaleada casa vestido de blanco y sombrero gris, protegido, como habían dispuesto los integrantes de la comisión, para prevenir cualquier atentado contra su persona por parte de la ira popular, aunque esta nunca se presentó.

Funes confirmó la entrega de armamentos y municiones, goma y balatá que tenía en depósito. Al momento de despedirse, después de acordar el trato, extendió la mano al general Arévalo, y este, haciéndose el desentendido, se la dejó alargada, gruñendo al mismo tiempo: “si todos los ríos de la tierra se juntaran, sus aguas no serían suficientes para purificar manos manchadas de tanta sangre”. El impasible rostro Funes no reveló el malestar de una puñalada que estremeció su ser, pues no estaba acostumbrado a que le hablaran en ese tono. Lo condujeron al cuartel de policía que fungía de cuartel general de la revolución. Allí se encontró nuevamente con los tres amigos que habían acordado la rendición y con su compadre Sixto Sanguinetti. Luego salió una comisión en busca de Luciano López, quien se había atrincherado en el caño Cascaradura. Llevaron un mensaje, conminándole a que se entregara en virtud del convenio al que había llegado Funes con los guerrilleros. López se entregó y fue recluido en un calabozo sin tener contacto con nadie. Desde su celda Luciano López insultaba groseramente al general Arévalo, a los demás cabecillas de la revolución y también a Funes acusándolo de traidor, pues era evidente que el convenio había sido anulado. Mientras tanto, Funes meditaba sobre lo que le parecía ser una terrible pesadilla, entre las húmedas paredes del calabozo que habían alojado a sus numerosos enemigos. Por su mente desfilaban los hechos que lo habían conducido allí: se había confiado demasiado al haber eliminado a todos sus posibles rivales, se creía seguro en su bastión. El gobierno se había desentendido de él por mucho tiempo, aunque el jefe gomecista de Apure, Pérez Soto, le había escrito en términos amistosos y contaba con él para defender al benemérito de los malos hijos de la patria; por otra parte, los revolucionarios

le habían invitado a sumarse a su causa y hasta le dieron el trato de general. Mantuvo un orden interno total, los comerciantes hacían sus contribuciones cabalmente, la tropa le era fiel, los empleados del gobierno eran leales y la población era sumisa y callada. Así, pues, en esas condiciones el ataque lo tomó desprevenido. Cuando oyó el tropel, los disparos y los vítores para el general Arévalo Cedeño y la revolución, cayó en cuenta que solo tenía para defenderse a veinte hombres de su guardia personal, cuyo capitán estaba ausente esa noche y no pudo sumarse a la defensa debido al fuego cruzado. Tampoco estaba “Picure” ni Luciano López. Por la intensidad del tiroteo enemigo supo que las fuerzas atacantes eran superiores a las suyas. Repasaba los hechos para encontrar el punto de quiebre de su actuación y dio con que, días antes, había enviado a su compadre Antonio Levanti a los raudales de Atures en misión exploratoria, pues Luciano López le había informado sobre la presencia de guerrilleros por aquellos lares. Efectivamente, el explorador llegó hasta Atures y regresó sin novedad alguna. A última hora le habían revelado que Levanti sí sabía de la presencia de los guerrilleros, pero le había ocultado la información. “Levanti... Levanti...–pensaba– ¿Será posible que me haya traicionado?. ¡Claro! Él sería el más favorecido con mi muerte. Bueno, ya me las pagarás. Si le hubiera hecho caso a Luciano y no hubiera enviado a los hombres al monte... Otro gallo cantaría... Estaba tan seguro que no pasaría nada, o tal vez, ya me estaba cansando de ser el amo de todo y de todos”, pensaba el reo en su escabrosidad solitaria. Levanti era de Marsella, Francia; llegó a Guayana a los catorce años y al transcurrir los años, llegó a ser muy allegado a Funes y además fue su yerno. Había dicho una vez que su compadre Funes era sorprendente, inteligente, de buen corazón, capaz de quitarse la camisa y dársela a uno de sus hombres. Pero el resultado de su exploración a los raudales de Atures lo llevó a ser considerado como traidor a la causa funesta.

Habían llegado cansados y hambrientos, sin embargo, en esas condiciones tuvieron que combatir; por lo cual no dudaron, pasado el combate, en asaltar la casa de Rafael Alfonso Rivero, la de Andrés Martínez, la de Eva de Saba y la casa comercial de Funes. Dispusieron principalmente de alimentos: sardinas, carne enlatada, casabe, queso, panela; también echaron mano de alpargatas, ropas y otras mercancías. El general Azuaje dirigió la distribución y desde el mostrador preguntaba: “¿a quién le falta fosforo? ¿Quién quiere cigarrillos?”. “Yo, mi general. A mí, mi general”, coreaban los guerrilleros. Los corotos y las vituallas iban pasando de mano en mano hasta que el general descubrió una caja de tabacos disimulada entre rollos de mecates. “¿Quién quiere tabaco?”. “Yo, mi general”, dijeron varios. Al agarrar la caja, se dio cuenta que era muy pesada para contener solo tabaco y un ruido característico llegó a sus oídos. Sopesó la caja y se convenció: “me guardo estos tabacos, a mí también me gusta fumar de vez en cuando”, dijo quedamente. “Ahora vayan al cuartel para que vengan otros a apertrecharse”. Cuando quedó solo, Cuello e’ Pana vació en su alforja la totalidad de morocotas contenida en la caja. Mientras tanto, Arévalo Cedeño, sin probar bocado se alimentaba de esperanza, orgullo y satisfacción. Solamente le preocupaba la situación que se le presentaba con relación a sus dos importantes detenidos. Sí, había prometido respetarles la vida y darles facilidades para irse al Brasil, sin embargo, estaba consciente de que Tomás Funes, hombre empecinado y acostumbrado al poder, regresaría por cualquier medio a retomar su feudo y a imponer su voluntad. Y en su incertidumbre era presionado por sus camaradas de armas para que fusilara al prisionero, principalmente por el coronel Manuit cuyo hermano había sido víctima de Funes. Entretanto los dos detenidos esperaban el permiso para irse al Brasil, confiando en la palabra del caudillo guariqueño.

XIII

SORPRESA FATAL

*Quien esconde armas y oro
y por desgracia la muerte lo sorprende,
su ánima evitará que hallen su tesoro.*

Algunos oficiales de la revolución se ocuparon de vigilar a Funes y a López; otros de realizar el balance de la acción y de atender a los heridos, ya que habían sufrido pérdidas de consideración, contándose entre los heridos el general Asisclo Ramírez y el coronel Napoleón Manuit; mientras los demás continuaban buscando y registrando todos los lugares. La ausencia de dinero contante y sonante no cabía en la mente de aquellos aventureros. La fama de la riqueza de Funes alucinaba la mente de los oficiales y la soldadesca. ¿Cómo era posible que no haya entregado ni siquiera un saquito de morocotas? ¿Qué va, aquí hay gato encerrado! Cuello e' Pana estaba seguro de que en algún sitio estaban ocultos los caudales, baúles de tesoros bien guardados. Recorría la casa-cuartel con pasos firmes sobre el piso de madera, mientras pensaba encontrar esas riquezas. De pronto, su oído percibió un golpe seco, vacío. Enseguida levantó los tablones emocionado por la ilusión del oro, pero lo que descubrió fueron seis cajas de madera que contenían cuantioso armamento: rifles

bien engrasados y muchas municiones. Inmediatamente dio aviso al general Arévalo. “Si Funes no cumplió con el compromiso, yo no tengo obligación de hacerlo”, dijo el caudillo guariqueño y se liberó de la disyuntiva que lo abrumaba. Reunió un Consejo de Oficiales para que, a manera de Tribunal de guerra en campaña, conociera de la causa de Tomás Funes y Luciano López. El 30 de enero de 1921, a las nueve de la mañana terminó sus deliberaciones el Tribunal presidido por él mismo en su carácter de comandante en jefe de la revolución en el Territorio Amazonas, y todos, unánimemente, estuvieron de acuerdo en que la pena de muerte debía ser impuesta a los dos prisioneros, por considerarlos hombres sin conciencia y sin ley, grandes culpables de los horrorosos crímenes cometidos durante ocho años. El coronel Eliseo Henríquez, quien había servido como secretario general de Funes hasta su caída, fue su defensor y también el de López. No encontró manera de negar las acusaciones del fiscal, y se limitó a suplicar el perdón para los dos reos, en nombre de su amistad personal con ellos y la gratitud que les debía.

A Jacinto “Picure” Pérez lo capturó una partida de revolucionarios cuando trataba de escapar. Lo llevaron ante Arévalo y el estado mayor. Le intimidaron a declarar sus crímenes y lo amenazaron con fusilarlo. “Picure”, que era muy sagaz y ladino dijo: “mi general, si usted estuviera en mi lugar y recibiera órdenes superiores, ¿qué haría?”. “Las cumpliría”, respondió Arévalo. “Pues eso es lo que yo he hecho, mi general”, se defendió “Picure” y con esa afirmación salvó su vida. Se fue a vivir en una isla desierta en los raudales de Atures y hasta allá llegaron los vengadores para ajusticiarlo. De “Avispa” se dice que escapó con los primeros tiros y nunca más se supo de él. Algunos de los jefes guerrilleros estaban intrigados por el hecho de que habían capturado solo a dos de los implicados en grandes crímenes durante ocho años, sin embargo, cuando se enteraron de los desmanes del tirano, se dieron cuenta de que los demás culpables

habían sido eliminados por el propio Funes. Tomás Funes continuaba detenido en el húmedo y lúgubre calabozo, impregnado de olor a moho, donde él había enviado a muchos para luego ser “ajusticiados” por “Picure” o “Avispa”. Alguien le avisó que posiblemente sería fusilado y él afirmó, estoicamente que ya se lo imaginaba. Ante esta nueva situación, a su pensamiento galopan imágenes alucinantes que definen el umbral de la muerte y de la eternidad. Y en su mente confundida por las influencias vargasvilanas, de Robespierre y de la doctrina cristiana, se fraguaban visiones apocalípticas: surgían y se disipaban las secuencias de imágenes de aquellos cuerpos mutilados, resucitados, unos sin cabeza, otros sin brazos, sin piernas o cabezas de ojos brotados de tanto buscar sus cuerpos, millares de víctimas de las guerras, de los tiranos, de los gobernantes drásticos como fue él, que deambulaban en el paraíso o en el averno. Al imaginarse que aquellos seres eternizados lo esperaban, no deseó ir a ninguno de los dos hospedajes eternos; tal vez después de esta vida no había ninguna más. En la antesala de la muerte abandonó aquellos pensamientos lúgubres para reparar su propia defensa y reflexionaba: ¿con qué facultad los hombres juzgan a los hombres? ¿Qué derecho tiene un ser sobre la vida de otro ser?... A su pensamiento acudió el recuerdo de una frase de su panegirista González Perdomo, plasmada en su juicio reivindicativo: “Un pueblo, lo mismo que un hombre, no puede ser juzgado sin tener en cuenta las disposiciones de su espíritu, su carácter, sus tendencias, las condiciones económicas del instante en que se rebela; en una palabra: el estado moral y material de la colectividad en un momento determinado”. Solo el Creador tiene el derecho de quitarnos lo que nos ha dado, nadie más. Y sin darse cuenta había caído al abismo de la culpabilidad al reconocer su equivocado proceder. Uno de los presos lo escuchó murmurar: “¡Yo no tengo nada de qué arrepentirme! Lo que hice fue para depurar a la patria de malvados y sinvergüenzas, ¡todo lo que hice y dejé de hacer fue por el bien de la Patria!”. “¿Y quién te

mandó, ño pendejo, a salir de redentor para ser crucificado?”. Pensó en el destino de los hombres que habían tenido el coraje de forjar su propio mundo, como él.

Poco antes de las diez de la mañana se presentó un pelotón de guerrilleros al calabozo y lo escoltaron hasta la plaza. Estaba vestido con su traje blanco y su sombrero gris, los mismos que usaba como gobernador encargado en los actos oficiales. Caminando con paso decidido e inmutable se dirigió con altivez hacia la cita mortal. El capitán Elías Aponte dirigía la parada general de las fuerzas en la plaza pública y el capitán Marcos Porras mandaba el pelotón ejecutor. Los habitantes de San Fernando habían sido convocados para presenciar el ajusticiamiento y allí estaban, a la expectativa, incrédulos porque aún no concebían que el amo de Rionegro estuviera a punto de morir. En aquel momento el condenado llamó a Julio Delgado, uno de sus verdugos, con la autoridad serena que siempre le había caracterizado. Se quitó un anillo de oro con un diamante de gran valor y se lo entregó diciéndole: “úselo en mi nombre, coronel”. Entonces el capitán Porras se acercó para venderlo, el sentenciado rechazó la gracia diciéndole: “los hombres de mi clase no mueren vendados, yo quiero ver a mis enemigos y encarar la muerte con mis propios ojos”. Y lamentando que al último enemigo no lo volvería a ver nunca más, exclamó: “¡Malhaya sea Antonio Levanti que me vendió a Arévalo Cedeño!”. Luego, parsimoniosamente, se quitó el sombrero, saludó al pueblo, lo lanzó al aire y dijo: “me voy, adiós a todos mis amigos”. El ambiente se cargó de emociones en un silencio sepulcral, las gargantas de los presentes se resecaaban y ansiaban aire o líquido y en aquel ambiente tenso, se volvió a escuchar la voz del reo que quiso morir mandando:

—¡Apunten!... ¡Fuego!

Nada ocurrió. El pelotón no obedecía sino a sus jefes naturales. Su voz bronca se perdió en el vacío y por primera vez sintió algo como un corrientazo escalofriante que recorrió su espalda hasta la

garganta reseca, haciéndole sentir una soledad inaudita y caótica al notar que, por primera vez, no le habían obedecido. Se escuchó seguidamente la voz del capitán Porras como un eco.

—¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!

En el umbral de la muerte, el coronel Tomás Funes no escucha estas últimas voces: es lanzado a otro mundo por once balas y su cuerpo perforado se desploma al lado del Samán sobre el suelo húmedo de la tierra atabapeña, contorneándose mortalmente como si tratara de prolongar su vida desesperadamente. Acto seguido a la descarga de fusilería sobrevino, en contraste, un silencio total, abrumador, hasta que el cuerpo reacio a morir, quedó inerte; luego, comenzó un tímido murmullo que aumentó gradualmente hasta convertirse en bullicio.

Entretanto Luciano López, enfurecido, esperaba su turno. Cuando el pelotón fue a buscarlo, como último recurso desesperado por salvar su vida, le ofreció al general Arévalo una fuerte suma de dinero que tenía en Ciudad Bolívar, para que le levantara la sentencia. Arévalo le respondió que, aunque era de sentimientos cristianos y enemigo de derramar sangre, no podía dar satisfacción a la Vindicta Pública con ese dinero. Entonces López le dijo: “general, le ruego me permita un duelo con Levanti, si me mata se habrá cumplido la sentencia, si yo mato a ese traidor de igual manera iré al paredón, solo que así, iré tranquilo”. Arévalo miró a Fermín Toro y este respondió: “negativo el procedimiento”. La segunda descarga del pelotón en esa mañana liquidó a Luciano López. Ejecutada la sentencia, algunas comadres de ambos difuntos gimoteaban, mientras los que habían sido perjudicados o familiares de las víctimas saborearon la justicia humana. El resto de la gente que presenció la ejecución, en su mayoría mujeres, gritaba con entusiasmo aupado por los guerrilleros: “¡Viva la Libertad! ¡Viva Río Negro Libre! ¡Viva el general Arévalo Cedeño!”. Después, Arévalo dirigió unas palabras al pueblo, arregándolo a seguir luchando por su libertad para vivir con dignidad.

Al rato, la plaza estaba desierta, tan solo una mujer estaba al lado del cadáver tibio de Tomás Funes, era su viuda Josefina Mirabal. Sus trémulas manos cerraron para siempre los ojos que fueron de mirada penetrante, quitó la tierra de su cara y de sus ropas. Su sangre regó el suelo patrio bautizando a sus generaciones de maledicencia contagiosa por el resto de su existencia. Después, con la ayuda de su sirviente indígena, montó el cadáver en una carretilla para llevarlo a velar sin la presencia de nadie más, pues los “amigos” estaban ausentes. Solo los perros olfateaban el rastro de su amo. Compró un cajón de madera sin pulir y, al día siguiente, lo sepultó donde él mismo se había sepultado en vida, en tierra lejana de la suya, en la selva donde se ordeñaba la savia blanca de los árboles, para ser convertida en oro por el hombre. Donde había venido a desangrar árboles de caucho y terminó desangrando hombres. En la tierra que comenzaba a engullir el cadáver subrepticamente para crear el abono que alimentaría la historia de la ignominia humana por toda la eternidad. En el suelo que daría origen a la saga del tirano de Rionegro, el terror del Amazonas, el más Funesto, José Tomás Funes, un hombre con muchos epítetos que fue símbolo utilizado, por casualidad del destino, como para personificar a otros déspotas y encubrir otros hechos infames cometidos por los amos de la selva de Rionegro.

Algunos seguían pensando por qué Tomás Funes había regalado su valioso anillo a Julio Delgado, en vez de regalárselo a su mujer, o a otro familiar. Mucho tiempo después se supo que un coronel colombiano había ordenado fusilar a Julio Delgado después del combate de La Mata de los Zamuros, para robarle el anillo de oro y algunos diamantes. Más tarde este oficial lo vendió a don Luis Flores y este a un tal Rodríguez, viajero de la casa Blohm, quien murió ahogado; uno de sus compañeros lo vendió a un ganadero de Arauca, quien también murió accidentalmente; después la joya pasó a manos de un tal López de Villavicencio, quien se suicidó

a los pocos días de haberla adquirido. Y así, el fatídico diamante continuó signando la desgracia con el poder maléfico que su dueño originario le había otorgado después de su muerte.

—Oiga profesor, mejor quédese usted con esta navaja —dijo Miguel Yépez, ofreciéndomela— para incorporarla algún día a un museo.

—¿Y eso por qué? —le dije— Si tanto insististe por tenerla.

—Caramba, profesor, ¿no se ha dado cuenta de que puede haber alguna relación entre el anillo fatídico de Funes y su navaja? Mire, desde que tengo esa navaja me han ocurrido varios accidentes. Primero, por poco me ahogo cuando fui a pescar y se volteó la curiara; después, me resbalé en la laja y me fracturé el brazo, y casi me mato cuando me caí al barranco evitando la mordida de aquel perro, ¿se acuerda?

—Sí, sí, claro, recuerdo cuando te encontramos semi inconsciente; tú creías que estabas yendo al cielo porque mirabas el firmamento. Bueno, puede ser coincidencia, tal vez. Por si acaso, mejor guárdala en tu equipaje.

—Por otro lado, yo sigo con una duda —manifestó el periodista—. De veras, no entiendo qué pasó con la cacareada riqueza de Tomás Funes, no es posible que solo tuviera un anillo valioso. ¿Realmente existió esa fortuna? Y de ser cierto, ¿cómo se esfumó, a dónde fue a parar?

—Con lo que hemos investigado, realmente no tenemos una respuesta precisa a tus preguntas —le respondí—. A pesar de haber hecho algunas indagaciones, solo hemos podido oír conjeturas. Que, si el dinero se lo llevó Antonio Levanti, o lo tenía guardado en Ciudad Bolívar. No se sabe. Ciertamente Funes tuvo que haber reunido gran cantidad de dinero, pero el secreto de su paradero se lo llevó a la tumba.

—Un momento —intervino Rufo, como si algún insecto lo hubiera picado—. A mí me contó un viejo paisano hace mucho tiempo

que, en el momento del ataque de Arévalo, por instrucción de Funes, un ayudante que estaba con él, buscó y sacó de una caleta, una talega llena de morocotas y aprovechando la distracción del cese del fuego cuando hicieron la tregua para la rendición, se arrastró con la talega desde la casa hasta el escusado y la tiró a la mierda.

— ¿Y por qué no lo sacó después? —preguntó el periodista Yépez— No, qué va... es puro cuento, hombre.

—Espérese, ya le cuento —prosiguió Rufo—: el tipo fue reclutado por Arévalo Cedeño y se lo llevó a pelear. Parece que allá, en el llano, mientras se echaba unos tragos con un compañero, al susodicho se le aflojó la lengua y habló más de la cuenta sobre el tesoro. Total, que estaba obsesionado con esas morocotas y no estaba dispuesto a morir sin disfrutar de esa fortuna. Un día se armó de valor y desertó; su compañero y otro lo siguieron sin que él se diera cuenta. Meses después, regresó a San Fernando y sus dos compañeros también, aunque se ocultaban de él, esperando el momento oportuno. Una noche de luna llena, resueltamente se dedicó a sacar el tesoro. Previamente había localizado el sitio, porque ya habían derrumbado el escusado y rellenado el foso. Tomó las provisiones necesarias y excavó con pico y pala, cuidando de que nadie lo viera, sin sospechar siquiera que lo habían seguido desde muy lejos. Finalmente lo encontró. Era una talega de lona y cuando trató de levantarla, por lo podrida que estaba se rompió y se desparramaron las morocotas, nojoda. Entonces, fue a buscar otra talega y cuando regresó, alguien lo mató y se llevó el tesoro. Lo encontraron en el foso días después, muerto de un picazo en la cabeza. Se supo lo del tesoro porque encontraron algunas morocotas regadas entre el mierdero. Después un bonguero confesó que esa madrugada dos hombres fletaron su bongo para ir a Puerto Ayacucho. El transportista contó que se habían trambucado en los chorros de la boca del Samariapo porque los hombres se habían puesto a pelear y el bongo cogió agua. Dijo que le habían echado la culpa y trataron de matarlo, sin embargo,

pudo huir porque ellos se ocuparon más bien de rescatar una talega muy pesada y era lo único que llevaban.

»Hoy en día cuentan que más abajo de aquel sitio, entre las cuevas formadas por la aglomeración de piedras, existe un tesoro de morocotas y piedras preciosas que se conserva allí protegido por un par de esqueletos vivientes. El otro tesoro, o sea, el mayor, porque ese de la letrina era solo, como quien dice, la caja chica, parece que lo encontró un comerciante cuando demolió una parte de la casa de Funes. Estaban excavando para construir las fundaciones y, por casualidad, el comerciante escuchó cuando el obrero dio un picotazo que produjo un sonido metálico. Enseguida el dueño paró el trabajo y él mismo se dedicó solitariamente a sacar el tesoro. Dicen que estaba al lado contrario del lugar donde el general Cuello e' Pana había encontrado las armas. El comerciante disimuló muy bien el encuentro y solo después de haber terminado la construcción de su casa comercial, se mudó a Puerto Ayacucho donde construyó un gran centro comercial. La de San Fernando tuvo que dividirla en dos al divorciarse. A los pocos años, el centro comercial que tenía tres pisos se quemó totalmente, produciendo muchas pérdidas materiales y entonces, el dueño, desesperado por quedar arruinado se suicidó. ¿Qué les parece? Dicen que un entierro es provechoso solo para quien el dueño se lo concede desde ultratumba, si no, es una desgracia. Y todavía quedan muchos por desenterrar».

XIV

EL JUICIO DE LOS AUSENTES

*No juzgues si está ausente la verdad,
porque el verdugo a tu lado andará.*

A los veinticinco días de la toma de San Fernando de Atabapo, Emilio Arévalo Cedeño se investió con la autoridad revolucionaria para nombrar a Manuel Mirabal, vecino del lugar, como gobernador encargado. Luego abandonó el poblado, donde había reunido un ejército de seiscientos hombres. El coronel Henríquez se incorporó a la tropa revolucionaria al momento de retirarse esta de San Fernando, y combatiría valientemente al lado de Arévalo en Cenizas y Periquera, haciendo honor al arrojo coriano. Todos los hombres que habían regresado de los barracones caucheros, aptos para el combate se fueron con él y, al ausentarse los hombres del pueblo, las mujeres quedaron desconsoladas y los niños desamparados. “Nunca tuve intención de quedarme en Rio Negro y ser otro Funes”, dijo Arévalo alguna vez.

—Sí señor —afirmó don Gilberto—. El general Arévalo se llevó a todos los hombres disponibles a combatir por la revolución, a mi papá Ezequiel Gómez y a mi tío Ramón Mendoza los reclutaron, pero no eran tantos como seiscientos, aquí no había tanta gente en

esos tiempos. Ocurrió que después de tres días de jornada bajando el río, una noche mi papá le dijo a mi tío: “qué te parece Ramón, tú sabes cómo quedó tu hermana en San Fernando, esperando parto en un pueblo prácticamente sin gobierno. Mira, te propongo algo: o te devuelves tú, o me devuelvo yo”. “Caramba, Ezequiel, eso significa desertar, es muy peligroso. No, yo no puedo ir”. “Bueno, está bien, entonces guárdame el secreto, yo me regreso”. Dicho y hecho, mi papá se escapó. Agarró el monte, con lo que cargaba encima: un máuser y diez tiros, sin bastimento, sin linterna, sin fósforos, sin nada. Cuando se dieron cuenta de su ausencia ya era tarde para perseguirlo. Le tocó caminar mucho monte y cruzar ríos, evitar culebras y comer lo que consiguiera. Llegó sano y salvo acá, a San Fernando; eso sí, barbudo y demacrado. Cuando mi mamá lo vio, no lo reconoció y salió huyendo con mi hermanito en los brazos.

«También siguieron tras los soldados, familias como la de Faustino Gutiérrez y el empresario cauchero Adrián Plaz, su mujer Gerarda Gutiérrez² con sus hijos Víctor Manuel, Adrián Pascual y Rubén. Se llevó no solo a los hombres, sino también a los muchachos, a los ahijados de Funes, Carlos Santana y Nolasco Chacín. Estos muchachos aprendieron a montar, a colear y ordeñar con los guerrilleros, es decir todos los oficios del quehacer llanero, durante tres años compartieron las andanzas de la gente de Arévalo, tras lo cual decidieron fugarse. Salieron desde la Periquera derrotados por la tropa del gobierno y cruzaron los inmensos sabanales del Casanare durante largos meses de penurias hasta llegar a la boca del Vichada, enflaquecidos y sin fuerzas, donde fueron recibidos por don Carlos Palau, el corregidor. Un mes después los ahijados de Funes continuaron a canaleta hasta San Carlos de Río Negro.

»Bueno, después de combatir durante un tiempo, Arévalo Cedeño le dijo a la gente de Rionegro que podían regresar a sus casas. Y fue

2 Tío, abuelo y abuela respectivamente del Ing. Miguel Gutiérrez Guape.

entonces cuando regresó mi tío Ramón, también Eliseo Henríquez y otros. Recuerdo que siempre cantaban una canción que aprendieron en el llano y decía así:

Tomás Funes se llamaba
el tirano de Rionegro
¡Ah, malaya la justicia
de un Arévalo Cedeño,
el protector del lisiado,
el amigo de los buenos,
el que siempre tuvo espada
al servicio de los pueblos!

Después de la muerte de José Tomás Funes, ocurrió una desbandada en los principales poblados del Territorio. Ante la creencia de que el gobierno del general Gómez tomaría represalias, los que pudieron huyeron a Brasil, los que no, se internaron en la selva penetrando por el Casiquiare, por el Siapa o por el Cauaburí, para salir al Brasil. En San Fernando quedaron solo cinco familias. En Maroa tan solo permanecieron dos ancianas y en San Carlos no quedó gente. Al poco tiempo de haberse retirado Arévalo Cedeño, el coronel gomecista Francisco Méndez, quien era administrador de la aduana en Santa Rosa de Amanadona, desplazó su fuerza hacia San Fernando. Al saber que se aproximaba, el gobernador Manuel Mirabal renunció al cargo y desapareció. El coronel Francisco Méndez desembarcó sin oposición y asumió el gobierno con el título de jefe civil y militar del Territorio».

En febrero del año 23, el gobernador Francisco Méndez solicitó al juez del Territorio Federal Amazonas, por orden del presidente, proceder sin pérdida de tiempo, a instaurar el sumario correspondiente para el esclarecimiento de los hechos delictuosos que últimamente se habían cometido en el Territorio. En consecuencia,

el juez abrió la averiguación correspondiente e hizo comparecer a su Despacho, mediante citación, a los ciudadanos Pedro Hermoso Guardia, Hilario Blanco, Ezequiel Gómez, Felipe Sterlling Rojas, Antonio José Pérez y Manuel Rodríguez Baptista.

En la audiencia de hoy, veintisiete de febrero de mil novecientos veintitrés, a las 10 a.m. compareció, previa citación, un ciudadano que juramentado en forma legal dijo llamarse Pedro Hermoso Guardia, mayor de edad, soltero, comerciante y vecino de esta ciudad, e impuesto del objeto de su comparecencia manifestó no tener inconveniente para declarar. Preguntado: ¿diga Ud. lo que sabe respecto a los últimos crímenes cometidos en este Territorio? Contestó: del último crimen que tengo conocimiento es el cometido por la facción acaudillada por los generales Emilio Arévalo Cedeño, Fermín Toro, Marcial Azuaje, Luis Felipe Hernández y otros, el veintisiete de enero de mil novecientos veintiuno, la cual me hizo preso cerca de esta ciudad, viniendo yo de mi sitio San Rafael que dista como a 20 kilómetros de esta población, y al entrar a la ciudad la tomaron a sangre y fuego reduciendo a prisión al coronel Tomás Funes, que estaba en la plaza como gobernador encargado, y a los tres días se reunieron los jefes revolucionarios con las fuerzas que comandaban y en presencia de todos los habitantes presentes en esta población fusilaron al referido coronel Tomás Funes y a Luciano López, en la plaza, y después de efectuado el fusilamiento dijo en alta voz el general Arévalo Cedeño: que así como lo hacía con Funes hoy, lo haría mañana con el general Gómez y con el general Pérez Soto, a quienes les cargaba la horca pendiente. Preguntado: ¿qué otras personas pueden declarar en este asunto? Contestó: que yo recuerde estaban presente ese día José Antonio Sulbarán, Eliseo Henríquez, Sixto Sanguinetti, Narciso Orozco, Antonio Levanti, Andrés Martínez, Guillermo Ross, Ramiro Caijeiro, Elías Ocanto Pérez, Antonio J. Pérez, Felipe Sterlling Rojas y otros que no recuerdo. Preguntado: ¿le consta a Ud. que el general Emilio Arévalo Cedeño y sus secundantes hayan cometido en esta población otros crímenes, como robos y violaciones, que merezcan ser castigados por las leyes de la República? Contestó: crímenes no tengo conocimiento más que los declarados, violaciones tampoco, de robos sé que robaron la casa de Rafael Alfonso Rivero

y la de la señora Eva de Sabas, pero esto fue obra de la soldadesca pues al siguiente día de dicho robo Arévalo Cedeño hizo llamar a su comando, a todos sus oficiales subalternos y les dijo en mi presencia que el soldado que él supiera que había robado lo hacía fusilar en la plaza. Preguntado: ¿qué otra cosa agravante puede Ud. declarar en este asunto? Contestó: nada más, ninguna otra. Terminada la declaración se conformó y firma con el Tribunal. –El Juez, Teodoro Méndez. –El declarante, Pedro Hermoso Guardia. –El Secretario, Justo Manuel Lovera.

Luego fueron interrogados Hilario Blanco, Manuel Rodríguez Baptista, Felipe Sterlling Rojas y Ezequiel Gómez, todos comerciantes, empresarios o artesanos y solteros. Todos contestaron de forma similar a las preguntas muy parecidas a las que le habían hecho a Pedro Hermoso. El día 27 el gobernador Francisco Méndez envió al Juzgado cuatro documentos originales clasificados donde se comprobaba la participación de los generales Arévalo Cedeño, Fermín Toro, Marcial Azuaje y otros, en el hecho juzgado, pidiendo que esos documentos, tendientes a comprobar la veracidad de los acontecimientos, fueran agregados al juicio. Los documentos se referían a la alocución que había lanzado Arévalo al pueblo de Venezuela, a los habitantes del Territorio y a sus compañeros de armas. Otro documento contenía el acta de deliberación en torno a la decisión de fusilar a Tomás Funes y Luciano López; y el tercer documento acusador era una carta dirigida por Arévalo al doctor J. M. González, en Curacao.

En la audiencia del veintiocho de febrero, previa citación, compareció el ciudadano Antonio José Pérez, quien era representante de la casa mercantil del coronel Francisco Méndez (gobernador) y declaró que había entregado aproximadamente nueve mil bolívares en mercancías a los revolucionarios, por orden de Arévalo Cedeño, sin que, hasta ese momento, hubiera podido cobrar. En esa misma fecha fueron libradas boletas de citación a los ciudadanos mencionados en la última pregunta del interrogatorio por los declarados.

El mismo día compareció el alguacil del Tribunal y expuso: he solicitado acuciosamente en toda la población a los ciudadanos que se me ordenó citar y los informes que he podido obtener son los siguientes: Sixto Sanguinetti y Eliseo Henríquez se encuentran residenciados en jurisdicción de la República del Brasil; Antonio Levanti, Guillermo Ross, Ramiro Queijeiro, Renato Funes y Elías Ocantó Pérez se encuentran en Ciudad Bolívar. El tres de marzo el comisario general del río Ventuario, Rafael F. González ofició al Tribunal participándole que, de conformidad a las instrucciones recibidas solo había podido hacer comparecer a los ciudadanos Pedro Tomás González y Juan Reyes; los demás citados a declarar Renato Funes y Francisco Mendoza, no habían podido comparecer ante esa Comisaría, el primero por encontrarse fuera del Territorio y el segundo por haber fallecido últimamente. El cinco de marzo el Tribunal citó a Octavio Chirinos, comerciante y casado, quien declaró bajo juramento al día siguiente. El 12 de marzo compareció, previa cita, el ciudadano Juan Reyes, soltero y marinero. En la audiencia del 15 de marzo compareció el ciudadano José Antonio Sulbarán, comerciante y soltero; luego rindió declaración el ciudadano Pedro Yépez, soltero y jornalero. Cuatro días después compareció el ciudadano Juan José Díaz, carpintero y soltero, quien declaró, siguiendo el patrón, las interrogaciones anteriores. El diecisiete de marzo, el Juzgado solicitó al jefe civil las partidas de defunción correspondientes a Tomás Funes y Luciano López. No existían en los registros. El diecinueve compareció citado por el Tribunal el ciudadano Luis Manuel Villalba, comerciante y soltero, declaró que vivía en casa de Funes y era su empleado, que el día veintisiete de enero, como a las cuatro de la mañana oyeron unos disparos y se prepararon inmediatamente con las armas por orden de Funes, que al momento comprendieron que los atacaban ya que oyeron toques de corneta y lanzaban vivas a los jefes revolucionarios. Luego compareció el ciudadano Pascual Antonio Betancourt, soltero y

comerciante. El veinte de marzo, previa citación, compareció el ciudadano Juan Nicodemus Sánchez, soltero, agricultor, quien declaró que para aquel momento ejercía el cargo de capitán de un pelotón de veinte hombres que tenía Funes en el cuartel, aunque no había participado en la refriega por encontrarse enfermo y de permiso.

El día veintiuno, previamente citado acudió al Tribunal el ciudadano José Inés Sué, comerciante, soltero y realizó su declaración siguiendo el patrón de los anteriormente citados. Posteriormente fue declarado el ciudadano Lorenzo Gago Arreaza, agricultor y soltero. En la misma audiencia compareció el ciudadano Rafael Alfonzo Rivero, comerciante, quien declaró que habían saqueado su casa comercial. Después rindió declaración el ciudadano Jesús María Noguera, casado, comerciante, y manifestó que al momento del asalto no se encontraba en la ciudad, cuando llegó se sorprendió de que los revolucionarios también habían saqueado su casa comercial, con pérdida de alrededor de veinte mil bolívares en mercancías y que Funes ya había sido fusilado. En la audiencia del veintitrés de marzo, previa citación, compareció el ciudadano Ramón Valbuena, agricultor, declaró bajo juramento haber visto sacar por los revolucionarios, como a las diez de la mañana del día veintisiete de enero, unas doscientas cincuenta armas de precisión y una buena cantidad de cápsulas, después de haberse suspendido el fuego a las siete de la mañana para pactar el tratado de entrega. En la misma audiencia rindió declaración el ciudadano Andrés Martínez, comerciante. Declaró que además de la casa de Funes, de Rafael Alfonzo Rivero, la de Eva de Saba, también la de él había sido saqueada con pérdida de aproximadamente dieciséis mil bolívares. El veinticuatro compareció, previa citación, el ciudadano Narciso Orozco, comerciante y declaró bajo juramento como lo habían hecho todos los citados. El veinticinco de marzo el tribunal emite su veredicto:

SENTENCIA:

Vistas las procedentes diligencias y por cuanto de ellas aparece plenamente comprobado que se han cometido hechos punibles que merecen pena corporal, causantes de las muertes de los ciudadanos coronel Tomás Funes y Luciano López, desprendiéndose indicios de culpabilidad directa de las declaraciones de todos los testigos que figuran en este juicio como también de los documentos acumulados al expediente, marcados con las letras A.B.C. y D. contra los ciudadanos Emilio Arévalo Cedeño, Luis Felipe Hernández, Fermín Toro, Asiselo Ramírez, Marcial Azuaje C. “cuello de pana”, Francisco Teodoro Rodríguez C., R. Arria Ruiz, Napoleón Manuitt, Cornelio Oliveros, Lino H. Luzardo, Pedro Cachutt, Isaías Bello, A.J. Delgado Gómez, Francisco Melean Rojas, Alejandro Pacheco, Bernardo S. Ballinotti, Polidoro Cuervo, A. Riobueno Ruiz, Elías Meza C., Pedro Luzardo, R. A. Mijares, Elías Aponte Hernández, Marcos Porras, Julio Delgado, Manuel M. Mirabal Yanabe, C. A. Rumín Colmenares. Igualmente queda comprobado que son los responsables directos de los delitos de robos e intentona contra el Gobierno de la República legítimamente constituido, delito este último previsto en el artículo 142 del *Código Penal Venezolano*, y por tales motivos, este Tribunal administrando justicia en nombre de los Estados Unidos de Venezuela y por Enjuiciamiento Criminal, decreta auto de detención contra todas las personas ya nombradas por haber quedado plenamente comprobado ser responsables de los delitos aludidos.

—Por cierto —acotó el doctor Andueza—, ese documento “D” es una carta que el general Arévalo le escribe al doctor J. M. González participándole, entre otras cosas, que había capturado un cuantioso parque, tres lanchas de vapor, cañones y muchos elementos más. Y me da la impresión de que Arévalo exagera adrede para darle importancia a su misión, pues en realidad, para ese momento no existía esa cantidad de barcos a vapor, más bien estaban en uso los motores a gasolina, cañones tampoco a excepción de los que habían dejado los españoles.

—Si usted lo dice doctor —admití— parece lógico, pues la expectativa y la ilusión que tenía Arévalo con la captura de la capital del caucho, no resultó tan exitosa como él esperaba. Arévalo sufrió una desilusión por parte de la población que no percibió la muerte del sátrapa como una liberación, ya que, para la mayoría, no pasó de ser una asonada más a la que estaban acostumbrados.

Treinta y cuatro días después, el Juzgado de Primera Instancia suspendió el proceso hasta tanto se lograra la detención de los encausados y el cinco de mayo introdujo en el expediente una notificación: “el Tribunal tiene conocimiento que los responsables de los delitos, los cuales deben ser debidamente castigados, se encuentran refugiados en países extranjeros fronterizos, como son las regiones de Arauca y Casanare, República de Colombia”. Un año después del juicio en su contra, el general Emilio Arévalo Cedeño, en su quinta campaña contra Gómez, asaltó por segunda vez a San Fernando el 27 de mayo de 1924; capturó al gobernador coronel Domingo Aponte y a toda la pequeña guarnición. Continuaba con el sueño de establecer un punto de apoyo para que los revolucionarios del exterior pudieran venir sin peligro por el Brasil a cerrar filas por la liberación de Venezuela. Designó a San Fernando como capital del nuevo gobierno donde se instalaría el directorio de la Revolución Nacional para constituirse en el Supremo Gobierno de la República, en campaña, hasta tanto ocuparan la capital de Venezuela. Los sueños de Arévalo se desvanecieron cuando solamente se presentó el doctor Carlos León y pocos acompañantes, y sin ningún apoyo económico; por una parte y por otra, el 29 de noviembre de 1924 se le presentó una fuerza encabezada por el coronel Carlos D’ Gregorio, comandante de Frontera, y lo forzó a retirarse al Casiquiare. Emilio Arévalo Cedeño libró su último combate en el Territorio contra la fuerza del gobierno en Mavajate, en la desembocadura del Casiquiare. La tropa gomecista al mando de los coroneles Rafael Sánchez, Francisco Méndez y Manuel Caldera, utilizando lanchas con motores fuera

de borda lo interceptó y, entre el 21 y 22 de diciembre, entablaron combate. Los veintiocho hombres de Arévalo emprendieron una penosa retirada por la selva casiquiareña acompañado por algunos banivas que le sirvieron de guías. Habían quedado con solo siete cartuchos, sin comida, sin medicinas y sin esperanzas.

Mientras ocurrían estos hechos en el sur, al norte de los raudales, en Puerto Perico, a inicios del mes de diciembre del mismo año, los pescadores y caleteros, al atardecer vieron llegar con asombro una embarcación a vapor jamás vista por ellos. Desde su interior desembarcaron un centenar de obreros, máquinas, automóviles y camiones que por primera vez tocaban tierra amazónica. Luego supieron que venían a construir una carretera para salvar los raudales de Atures y Maipures y poder llegar con prontitud a la capital del Territorio para salvaguardarla de los ataques de los guerrilleros. El coronel Carlos D' Gregorio estuvo a cargo de la gobernación en San Fernando durante cuatro años, hasta noviembre de 1928 cuando comenzó a trasladar la gobernación del Territorio hacia Atures. Un año después, los empresarios dejaron de explotar caucho y balatá y comenzaron a abandonar sus sitios y barracones. Asimismo, comenzaron a desaparecer los negocios y pulperías, la casa de juegos, la cerveza alemana, y las mercancías y perfumes finos. La carretera que prometía entrelazar la capital del Territorio con el resto del país, paradójicamente funcionó para que esa capital fuera abandonada. Con la administración de Carlos D' Gregorio se cerró un ciclo en la vida de los moradores de los pueblos y sitios ribereños del Territorio. Comenzó el eclipse de una época conflictiva, salvaje e ignominiosa, como lo fue la época cauchera en su primera etapa. Con el cese de la explotación cauchera, desaparecieron riquezas acumuladas por una élite, para dar paso a una situación de pobreza generalizada, donde solo existía el oro en tesoros ocultos, en enterramientos. San Fernando perdió su categoría de capital y esto provocó una emigración de sus pobladores, quedando con solo cinco familias y

muchas casas vacías. La antigua capital del caucho, cuya plaza estaba rodeada de casas comerciales, había desaparecido... temporalmente. También comenzó el ocaso de un tipo de hombre rudo, machista y altanero que se hacía justicia por su propia mano. Desapareció un sistema de vida y comenzó a disiparse la condición sumisa del indígena, implantado por los amos de la selva, para dar paso a otro de características similares sostenido por el erario público y maniobrado por los amos políticos de la ciudad.

—En aquella época —apuntó el doctor Andueza—, la Gran Depresión Mundial también contribuyó a la desaparición de esa industria cauchera que, a la vez, estaba acabando con el futuro de una generación en proceso de identificación idiosincrásica.

— ¿Y eso por qué, profesor? —preguntó un joven atabapeño.

—Mira, una de las mayores dificultades que he tenido en esta investigación y también en las anteriores, ha sido la negativa de la gente a responder a mis preguntas, si lo hacen es con escepticismo y hasta vergüenza. Mi opinión es que esta actitud deriva de una culpabilidad étnica heredada de aquellos protagonistas del perverso pasado del cual fueron víctimas tanto amos como esclavos, tanto criollos como indígenas. El caucho era una mina y al terminarse su extracción, así como los pueblos mineros quedaron solitarios, los pueblos caucheros también fueron abandonados.

—A propósito de pueblos abandonados —intervino Sinforiano Piñate—. En esos pueblos durante la noche los espantos suplantaron a las personas y de la tierra comenzaron a brotar luces ocasionales, en tiempo de Semana Santa, candela que no quema; como señales de tantos tesoros abandonados por los caucheros al ser sorprendidos por los macheteros de Funes. En San Fernando surgieron los encantamientos y sus calles se llenaron de apariciones. Dicen los viejos que a media noche aparecía el espectro de un hombre vagando por las calles, caminaba hacia el cementerio arrastrando una pesada cadena con un ruido similar al causado por el arrastre de un cuero

seco de ganado; era un sonido escalofriante. No se metía por el centro como la gallina gigante, sino por los arrabales.

»Cerca de la casa de Natalio Rojas había tres matas de sarrapia, después de las once y media la gente tenía pavor de pasar por allí porque decían que, bajo las matas, aparecía un ahorcado. Igual sucedía frente a la iglesia donde, a media noche, un monito del tamaño de un tití le impedía el paso, según decían, solamente a los pecadores. Cuando trataban de esquivarlo, el monito saltaba y, a cada salto crecía, saltaba y aumentaba de tamaño asombrosamente a tal punto que el pecador se desmayaba del susto. En aquel tiempo, existían los rezaderos y curaderos que iban a rezar y el mono desaparecía. Estos abuelos ensalmaban culebras, curaban el mal de ojo, la culebrilla y otros males.

»Don Francisco Luces pasó un tremendo susto con una aparición que, curiosamente, ocurre cada viernes de cada fin de mes que caía el treinta y uno —prosiguió Sinforiano Piñate—. La gente se preparaba y se recogía en sus casas para esa fecha, en cambio, don Francisco, para demostrar su hombría, salió un día de esos para mirar al espanto porque la gente solo oía el sonido. Venía desde donde dicen que enterraron a los muertos de la Funera. Empezó a oír unos pasos detrás de él y volteó a ver, no había nada. Siguió caminando y entonces el sonido de los pasos desiguales comenzó a aumentar: ¡Toc! Toc ¡Toc! Cuando se volteó, vio la sombra de un tuco avanzando hacia él; los golpes producidos con su zanca de madera aumentaban a cada paso, tanto así que lo atormentaron y del susto, no joda, pegó un carrerón hasta su casa, trancó la puerta y con un grito, cayó desmayado. Después no pudo dormir en el resto de la noche».

— ¿Y es cierto que existía también el espanto de un caballo?
—preguntó el periodista y don Gilberto respondió:

—Sí, pero solo los borrachitos del pueblo eran las víctimas de esa aparición. Cuando iban a sus casas después de las doce de la noche,

oían los relinchos del caballo en plena oscuridad, a esas horas, bueno pues, como no había caballos en el pueblo, el susto era tremendo. Y otra cosa; en una ocasión monseñor García visitó el pueblo, lo bendijo con agua bendita por los cuatro costados y desde esa ocasión no se ha sabido de apariciones ni espantos.

* * *

Un día después de haber retornado Sixto Mayuare desde Pimichín por la ruta orinoquense, ya nos habíamos preparado para regresar y madrugamos con el propósito de salir muy temprano para aprovechar el día. Nos despedimos de don Gilberto Mendoza, del sargento Ortiz, de don Sinforiano Piñate, de don Rufo, con fuertes abrazos y también de pocos curiosos que fueron a decirnos adiós. Le prometimos al señor Piñate enviarle la publicación de nuestras investigaciones. Al alejarnos de la orilla, nuestros amigos agitan los brazos mientras el motorista Sixto Mayuare enrumba la falca hacia el Orinoco bajando el Atabapo. Mientras navegamos raudamente en nuestra cómoda falca, gracias al motor fuera de borda, disfrutando de la fresca brisa que airea al río, viene de nuevo a mi pensamiento la imagen contrastante de aquellos remeros, de aquellos bogas que en su tiempo, como antiguos esclavos de galeras, impulsaban lentamente aquellas piraguas cargadas con productos extraídos del árbol prodigioso; o remontaban y bajaban ríos en bongos, entre inmensas distancias llevando y trayendo con mayor rapidez a sus patronos, los amos de la selva, ávidos de aventuras y riquezas, incitados también por la avaricia y la sed de poder que los impulsaba a recorrer los ríos durante muchos días para negociar o para cometer el crimen alevoso. De repente un violento topetazo sacude la embarcación y comienza a entrar agua a borbollones por un costado. Hemos chocado con una piedra al pasar por la desembocadura del Atabapo. Con desesperación

achicamos, colocándonos del lado contrario al boquete abierto para ladear la falca y evitar la entrada de agua; pero la embarcación se hundía irremediablemente. Sixto había apagado el motor y trataba de dirigir la falca hacia la orilla para arrimar. El oleaje del chorro nos vapuleaba y en un instante el agua arrastró algunos de los equipajes. Miguel se lanzó para tratar de recuperarlos, pero la corriente era muy fuerte y desistió por cansancio. Lo rescatamos lanzándole una soga. Mientras el doctor Andueza y Miguel continuaban achicando, Sixto, valiéndose de una palanca y yo con el canaleta, pudimos arrimar a una islita antes de que la falca se hundiera completamente. Gracias a Dios no ocurrió ninguna pérdida humana, tan solo quedamos muy agotados; lástima que, el maletín donde llevábamos una de las libretas con los apuntes y notas, había caído al agua junto a otros equipajes, perdiendo así parte del material recopilado para nuestra historia. Entonces Miguel Yépez busca su morral vociferando frases ininteligibles y protestas contra la mala suerte, contra la mavita y la pava, con la convicción de que la navaja que había sido de Funes y que guardaba en el morral, era la causante de las desgracias. Pero no lo encontró, también había desaparecido junto con la navaja.

Y allí, en aquella islita pétrea, nos refugiamos en medio de las aguas turbulentas del río de tres colores: verdoso el Orinoco, marrón el Guaviare y negro el Atabapo, tres en uno, sin ligarse sus aguas. Permanecemos impasibles, hablamos poco, solo hacíamos algunos comentarios. Sixto Mayuare estaba muy abatido, como todos nosotros. Yo, por mi parte, pensaba cómo iba a armar la historia arrastrada por el río y hasta llegué a pensar que estábamos a merced del capricho de aquellas almas malvadas cuyo recuerdo tratábamos de guardar y que ellas trataban de olvidar, pero aparté de mi mente ese sombrío pensamiento. Así pasamos muchas horas esperando, sin poder hacer nada; mientras tanto, nuestras ropas se secaban, la brisa fresca mitigaba el calor y el sol inclemente se mantenía incólume. Esperamos hasta que, finalmente, divisamos un bongo cuyos tripulantes, atendiendo nuestras señales, enrumbaron hacia nosotros.

Glosario de regionalismos

Balatá: látex del purgo (*Minilkara* spp.). Sustancia intermedia entre la gutapercha de Asia y el caucho (*Hevea*), se emplea particularmente en la fabricación de correas de transmisión y suelas de zapatos.

Baniva: etnia ocupante de la zona de Maroa y sus alrededores; buenos marineros, agricultores y notables fabricantes de chinchorros. Actualmente están transculturizados

Barajo: interjección que denota asombro.

Baré: etnia que habitó ambos márgenes del Río Negro desde el caño Tinquín hasta Cocuy, quedan aún pocos grupos autóctonos que se mantienen casi puros y conservan su interesante dialecto.

Cachaza: bebida alcohólica a base de guarapo de caña fermentado.

Camajai-minare: brujo, amo del veneno. Camajai significa amo, y minare, veneno.

Canalete: remo fabricado por indígenas, de madera dura y liviana con un extremo en forma de corazón.

Caleta: lugar donde se esconde o guarda una mercancía robada.

Cotorra: loro pequeño y muy lenguaraz, de color verde claro.

Chácara: bolsa de lona usada para guardar implementos y artículos de caza y pesca.

Bongo: curiara mediana o grande, reforzada con costillas de madera y bandas laterales, también de madera con la popa arreglada para colocar un motor.

Chiqui-chique (*Atatalea fanifera*): fibra vegetal utilizada para fabricar sogas, escobas y techos. Se utilizaba también para la fabricación de pólvora.

Falca: embarcación fabricada reforzando y ampliando un bongo mediano o grande que sirve de casco base, cuenta con techo y motor fuera de borda.

Goma: nombre que se le daba indistintamente al caucho o al balatá.

Guaipuinave: etnia que habitaba la región entre el río Inírida y el Atabapo.

Crusero: cacique guaipuinave que pactó con Solano para fundar San Fernando de Atabapo.

Guayare: saco o bolsa que se lleva sujeta a la espalda.

Kacure: trampa en forma de cilindro fabricada con tallos de mave o de curito para atrapar peces o quelonios.

Mañoco: producto alimenticio de origen arahuaco, es una harina de yuca de gránulos más grandes que los de una harina molida.

Mapire: cesta fabricada por indígenas, con bejucos y hojas de palmeras, sirve para transportar provisiones, especialmente para envasar mañoco.

Maracoa: caserío indígena situado cerca de la confluencia de los ríos Orinoco y Atabapo, donde Solano fundó en 1758 a San Fernando de Atabapo.

Máwari: demonio, es propiamente un fantasma que se manifiesta como una aparición. Es el señor de la muerte, el victimario por excelencia.

Murujui: yuca amarga fermentada cuya masa se agrega como levadura y para darle acidez al casabe o el mañoco.

Piragua: embarcación de tamaño mediano fabricada con armazón de cuarterones y tablas de madera.

Piaroa: pueblo que ocupa el territorio de la hoya del Sipapo y la región entre las cabeceras del Parguaza, Cuchivero, Marieta y Manapiare. Se dedican a la caza, la pesca, la recolección y la agricultura de subsistencia. Son muy proclives a contraer catarro y enfermedades broncopulmonares. Se llaman Dearuwa, gente de la montaña.

Picurearse: escaparse, fugarse del sitio donde se trabaja.

Puinave: nativos de la hoya del Guaviare, se ubican algunos en el Orinoco, entre San Fernando de Atabapo hasta Santa Bárbara, se caracterizan por su orden y limpieza.

Racional: se le decía así al criollo de raza blanca o negra.

Sarrapia (*Dipterix odorata*): árbol de tamaño mediano cuando crece en los abiertos, de follaje tupido y verde oscuro. Su fruto tiene un principio esencial, la “cumarina”, que se usa en la fabricación de perfumes y para darle aroma al tabaco de fumar.

Salvajito: “yamandú” en lengua baré. Ogro de la selva, género semi-humano. Salvaje que habita en las profundidades de la selva, de estatura pequeña, pero extremadamente fornido, totalmente cubierto de grueso pelaje, parecidos al chiqui-chique, impenetrable hasta para los proyectiles de armas de fuego. Con los pies al revés y poseedor de una fuerza descomunal.

Sitio: lugar donde se asentaban una o varias familias, generalmente a orillas del río, allí establecían su residencia y conucos.

Soga (espía): grueso cordón fabricado artesanalmente con fibra de chiqui- chique.

Trambucar: naufragar o volcarse en una embarcación.

Yaránave: de raza blanca o criollo, el que no es natural de Amazonas, (en lengua baniva)

Yucuta: bebida refrescante a base de mañoco o casabe, remojado en agua, seje o manaca.

Fuentes de información

- ÁLAMO YBARRA, Carlos. 1979. *Funes, el terror del Amazonas*.
- ÁLAMO YBARRA, Carlos. 1950. *Rionegro*.
- ANDUZE. PABLO J. 1998. *Bajo el signo del Máwari*
- FONTIVEROS, Santiago. 2001. *Tomás Funes, El Diablo de Río Negro*
- HENRÍQUEZ, Manuel. 1994. *Amazonas, apuntes y crónicas*
- IRIBERTEGUI, Ramón. 1989. *Amazonas: Diálogo de Ayer*
- IRIBERTEGUI, Ramón. 2008. *Amazonas, el hombre y el caucho*
- MARIÑO BLANCO, Tomás. 1992. *Akuena. Historia Documental y Testimonial del Territorio Federal Amazonas*
- TAVERA-ACOSTA, Bartolomé. 1927. *Río Negro, Reseña etnográfica, histórica y geográfica del Territorio Federal Amazonas*

ÍNDICE

I	
EN EL UMBRAL DE RIONEGRO	7
II	
EL LÁTEX DORADO	17
III	
EMPRESARIOS, CAUCHEROS Y BARRACONES	33
IV	
LOS GOBERNANTES	59
V	
TOMÁS FUNES, EMPRESARIO	95
VI	
LA CONJURACIÓN DE LOS AMOS	107
VII	
LA REINVINDICACIÓN	125
VIII	
MANDATARIOS O MANDADORES	135
IX	
GOBERNADOR ENCARGADO	173
X	
BAJO EL SIGNO FUNESTO	185
XI	
LOS SECUACES	203

XII	
EL AJUSTICIADOR	225
XIII	
SORPRESA FATAL	237
XIV	
EL JUICIO DE LOS AUSENTES	247
Glosario de regionalismos	261
Fuentes de información	265

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
X: @elperroylarana

Los amos de la selva
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
Noviembre de 2023





Los amos de la selva

Es un relato que tiene como escenario el Amazonas venezolano, en un tiempo o época correspondiente al declive de la explotación cauchera (1900–1921). Es un intento acendrado de conciliar las divergencias que surgen en la interpretación de los hechos sangrientos ocurridos en Rionegro. Una época conflictiva, interpretada bajo la luz de la historia novelada, en donde van entrando y saliendo de escena todos los personajes que rodean coreográficamente a ese funesto protagonista que se llamó Tomás Funes. Como en todo teatro de la vida, cada personaje juega su papel en actitud aparentemente independiente; todos ellos enredados en la misma madeja de la ambición del oro, el caucho y el poder.

N. R. GONZÁLEZ MAZZORANA

Arquitecto por la Universidad Central de Venezuela. Comenzó a recorrer el campo de la literatura en aquellos tiempos universitarios, escribiendo su primera novela de aventuras, que dejó inconclusa. Después de muchos años de dedicación a la arquitectura y la construcción, retoma su inquietud literaria y en 1998 publica su primera historia novelada: *Amazonas 1857. Un rastro sobre las cenizas* (Ediciones de la Gobernación del Estado Amazonas). En el año 2004 publica su segunda novela: *Encanto de Tonina. Amazonas 1957* (Fondo Editorial Biblioteca Amazonense-Conac). En 2012 fue publicada su obra *El Regatón* por la Fundación Editorial El perro y la rana, siendo un complemento y continuación de *Amazonas 1857*. En 2010 termina *En la neblina, Amazonas 2057* y con ella completa una trilogía que tiene el encumbrado objetivo de abarcar el transcurrir de doscientos años de historia novelada. En 2012 publica *Los Antigüeros* (Colección PatriAmazonas), reeditado con el título de *Delirio de un iluso*.

